

2003

LETRA

81

6 euros

INTERNACIONAL



CON LA PALABRA
Y LA IMAGEN
25 años de
Constitución
Española

**LOS MORADORES
DE LAS ISLAS**

J. M. Coetzee

**EL REPORTERO DE
LA ANTIGÜEDAD**

Ryszard Kapuscinski



Amin Maalouf • Shirin Ebadi • E. Bustamante • Josep Fontana • Manuel Cruz
F. de Valenzuela • Claudio Magris • J. Á. González Sainz • Manuel Barrios • A. Barba
Joaquín Leguina • A. Muñoz Molina • Miguel Casado • E. Pérez-Rasilla
Antonio Enrique • A. Serrano de Haro • R. Sánchez Lizarralde • Antonio Tabucchi

Portada: José Manuel Broto

Ministerio de Educación, Cultura y Deporte

17^a FERIA



INTERNACIONAL DEL LIBRO DE BOGOTÁ

ABRIL 17 AL 3 DE MAYO
BOGOTÁ - COLOMBIA



CARRERA 40 No. 22C - 67 CONM. (571) 381 0000 - 381 0030 FAX: (571) 428 2622 - 344 5503
BOGOTÁ, COLOMBIA Home Page Interent: <http://www.corferias.com> e-mail: info@corferias.com



LETRA⁸¹ INTERNACIONAL

DIRECTOR FUNDADOR

Antonin J. Liehm

DIRECTOR

Salvador Clotas

SUBDIRECTOR

Manuel Ortuño Armas

COORDINADORA

Rosa Pereda

SECRETARIA DE REDACCIÓN

Mercedes García Lenberg

CONSEJO DE REDACCIÓN

Victoria Camps, Josep M. Carandell,
Luis Goytisolo, Jon Juaristi,
Ludolfo Paramio, Carlos Piera,
Josep Ramoneda

LETRA INTERNACIONAL ES MIEMBRO
DE LA ASOCIACIÓN DE REVISTAS
CULTURALES DE ESPAÑA
Y DE LA FEDERACIÓN IBEROAMERICANA
DE REVISTAS CULTURALES



LETRA INTERNACIONAL

Monte Esquinza, 30, 2.º dcha.

28010 Madrid.

Teléf.: 913 104 696 - 913 104 313

Fax: 913 194 585

E-mail: editorial@fpabloiglesias.es

<http://www.arce.es/Letra.html>

DISEÑO Y MAQUETACIÓN

Torre de Babel, S.L.

REALIZACIÓN GRÁFICA

Egraf, S.A.

CIF n.º G-28667061

Depósito Legal: M-4655-1986

ISSN 0213-4721

INVIERNO 2003

ÍNDICE

- **Amin Maalouf**
Los soñadores 2
- **J. M. Coetzee**
Los moradores de las islas 4
- **Shirin Ebadi**
La libertad, la justicia y la paz 10
- **Ryszard Kapuscinski**
El reportero de la antigüedad clásica 13
- **Enrique Bustamante**
Los retos de la cultura clónica 16
- **Josep Fontana**
Hobsbawm: La historia y la vida 24
- **Fernando de Valenzuela**
El traductor ataca de nuevo 27

25 AÑOS DE CONSTITUCIÓN ESPAÑOLA 33

Gregorio Peces-Barba, Marcos-Ricardo Barnatán, José Luis Fajardo, Fernando Savater, Guillermo Pérez Villalta, Emilio Lledó, José Manuel Broto, Dulce Chacón, Menchu Lamas, Elías Díaz, José Manuel Caballero Bonald, Juan Genovés, José Antonio Marina, Martín Chirino, Luis Landero, Miquel Navarro, Manuel Cruz, Rogelio López Cuenca, José María Ridaó, Antón Llamazares, Santos Juliá, Darío Álvarez Basso, José Álvarez Junco, Eva Lootz, Manuel Vázquez Montalbán, Carmen Calvo, Clara Janés, José Manuel Ballester, Soledad Puértolas, Albert Ràfols Casamada, Álvaro Pombo, Cristina Iglesias, Juan José Millás, Soledad Sevilla, Rosa Regás, Joan Hernández Pijoan, Luis Mateo Díez, Luis Gordillo, Antonio Muñoz Molina, Alfonso Albacete, Andrés Trapiello, Eduardo Arroyo, Josefina Aldecoa, Frederic Amat, Román Gubern, Evru, Manuel Rivas, Jordi Teixidor, Victoria Camps, José Luis Alexanco, Joaquín Estefanía, Rafael Canogar

- **Claudio Magris y J. Á. González Sainz**
Una literatura fuerte 68
- **Manuel Barrios Casares**
Volver a narrar 70

LOS LIBROS

- **Manuel Cruz** (Fernando Savater); **Joaquín Leguina** (M. Echeverría y Carmen Castillo; E. Ekaizer); **Antonio Muñoz Molina** (Adolfo García Ortega); **Andrés Barba** (César Antonio Molina); **Miguel Casado** (Daniel Samoilovich); **Eduardo Pérez-Rasilla** (J. A. Hormigón); **Antonio Enrique** (Félix Grande); **Javier Alfaya** (Antonio Ferres); **Angel Repáraz** (Victor Klemperer); **Santiago Sánchez Torrado** (Rafael Díaz-Salazar) 73

CORRESPONDENCIA

- **Antonio Tabucchi, Amparo Serrano de Haro, Ramón Sánchez Lizarralde** 91

LOS SOÑADORES

Quisiera mostrarles mi más profundo agradecimiento por este prestigioso premio y, sin embargo, no les oculto que mi alegría está también teñida de tristeza. Alegría, por una parte, por compartir con ustedes los valores que nos unen, la armoniosa diversidad de las culturas, el rechazo a la intolerancia, la dignidad de la palabra escrita y nuestra veneración común por la creación más noble de la humanidad: el libro. Pero tristeza también, al constatar que estos valores, creados para ser difundidos de manera ineluctable, parecen más bien estar experimentando un retroceso en nuestro mundo actual.

Créanme cuando les digo que no se trata en ningún caso de nostalgia, aunque mis canas me acerquen a esa etapa de la vida en la que la nostalgia no es sino legítima defensa. Ciertamente es que en ocasiones observo con sufrimiento cómo el libro es arrollado por otros instrumentos del conocimiento, pero no dejan de fascinarme las imágenes de la modernidad. Considero un privilegio vivir en la era de Internet y, en cualquier caso, creo profundamente en el carácter eterno del libro, ya que nada que la humanidad pueda inventar convertirá al libro en algo obsoleto.

Por tanto, no es la nostalgia la causa de mi tristeza sino el sentimiento de que la humanidad, tras llegar a un punto de inflexión en su aventura, ha tomado el camino equivocado. Un camino equivocado, sí: resbaladizo, lleno de riesgos y que no nos lleva adonde quisiéramos llegar.

Hace unos doce años, nuestras esperanzas no tenían límite: la caída del muro de Berlín, el fin de un agotador enfrentamiento entre los dos grandes bloques y de la peligrosa carrera armamentística, el derrumbamiento de un sistema que no supo cumplir sus promesas y que corrompió las esperanzas de millones y millones de trabajadores para

construir, en su nombre y en el de la igualdad, un sistema absurdo, tiránico, monstruoso y, lo que es peor, perversamente desigual... Esta impresionante conmoción de la que todos fuimos testigos debía habernos llevado a una nueva era, a una humanidad reconciliada y finalmente adulta, preparada para entrar con sabiduría y determinación en el milenio que se aproximaba.

Sin embargo, no ha sido así. Y además ni siquiera vamos por el buen camino, aunque no quisiera tampoco pintar un panorama exageradamente pesimista. Se han producido algunos avances alentadores, por ejemplo en Europa central y oriental. Tras un periodo de adaptación, en ocasiones sangriento, parece que las cosas mejoran. Sin duda, algunos países no tardarán en unirse al pelotón de cabeza, tanto en materia de libertades como de prosperidad. Es probable que en los próximos años asistamos a un milagro polaco, a un milagro checo, a un milagro húngaro y a algunos más. La Unión Europea continúa funcionando como un potente ascensor, un potente acelerador de progreso, y no les revelo con ello nada nuevo, aunque creo que este tipo de milagros tranquilos se observan mejor desde el exterior, con algunos elocuentes criterios de comparación en mente... En términos más generales, la construcción europea sigue siendo uno de los avances políticos más estimulantes e innovadores de toda la historia de la humanidad. Y lo digo con plena conciencia de las palabras que empleo, que no son términos superlativos sino una realidad refrendada por los hechos.

Sin embargo, esta evolución positiva desgraciadamente se ve contrarrestada, o amenazada incluso, por una evolución sobre todo negativa, inquietante: no es otra que el enorme, profundo, sangriento y destructor deterioro experimentado

por las relaciones entre Occidente y el mundo árabe-musulmán.

Como ya saben, esta cuestión siempre me ha preocupado, podría incluso decir, sin temor a exagerar, desde el mismo día de mi nacimiento. No hay duda de que en un país como el Líbano, en una región como Oriente Medio, desde que abrimos nuestros ojos al mundo sentimos la necesidad de reconciliar y hacer convivir de forma armónica creencias y culturas diferentes. No se trata sólo de una exigencia intelectual o moral, sino de nuestra supervivencia.

Cada palabra que he escrito se ha visto condicionada por el hecho de haber nacido en un país que acoge a múltiples comunidades, en una región en la que se concentran las tensiones del mundo entero y de varios milenios de historia convulsa y, además, por el hecho de haber nacido en el seno de una comunidad católica bizantina de lengua árabe que vuelve sus ojos tanto a Europa como a Egipto o al Magreb. Una cultura que tiene un pie en cada orilla del Mediterráneo, una posición que nunca ha resultado cómoda, y resulta tanto más insostenible desde que éstas han comenzado a alejarse la una de la otra, convirtiéndose en terreno resbaladizo. Siento en ocasiones que pertenezco a estos dos mundos simultáneamente, pero también que no puedo identificarme con ninguno de ellos.

Occidente pretende ser portador de valores universales, pero ya no lo es. El mundo árabe-musulmán quería ser portador de valores de cambio, pero no lo es. Occidente se ha comportado con arrogancia e insensibilidad, y ha demostrado ser incapaz de difundir sus valores más allá de su zona de influencia cultural inmediata y su prosperidad más allá del estrecho de Gibraltar. El mundo árabe-musulmán, por su parte, parece incapaz de pensar en el futuro, incapaz de encontrar su lugar en este si-

glo; está anclado en su estéril apego al pasado, sumido en la desesperanza y el odio hacia el otro y hacia sí mismo.

Occidente, cada vez más, de forma consciente o inconsciente, se percibe a sí mismo como una fortaleza que debe protegerse de los bárbaros. Recurre, cada vez más, a la fuerza, mientras que su autoridad moral se desmorona. En ocasiones parece inmerso, a su pesar, en una especie de guerra colonial global sin fin.

El mundo árabe-musulmán, por su parte, cada vez más se ve a sí mismo como una víctima, irremisiblemente perdida, vencida y condenada, a la cual no le queda más política que la de Sansón, que atrajo sobre sí la destrucción y la muerte con tal de que sus enemigos sucumbieran con él.

Resulta cada vez más difícil construir puentes entre estos dos continentes a la deriva, entre estas dos orillas desdibujadas. Los que todavía sueñan con otros caminos para Occidente, con otra ruta para el mundo árabe-musulmán, con otra relación entre ambos; los que todavía creen en la emergencia de una cultura auténticamente universal en la que puedan reconocerse todos los pueblos; los que todavía insisten en afirmar que se podría haber evitado este dramático choque de civilizaciones, nos parecen cada vez más unos ingenuos, idealistas y soñadores.

Por eso tiene tanto mérito la decisión de la Asociación de Editores de Madrid de otorgar el premio Antonio de Sancha al ingenuo idealista que soy y seguiré siendo, y quiero expresarles mi más profundo agradecimiento por el reconocimiento y el respaldo que con este galardón prestan a mi obra. □

Discurso pronunciado con ocasión de la recepción del premio Antonio de Sancha

Los moradores de las islas

J. M. Coetzee

Pero, por volver a mi recién conocido compañero, debo decir que me sentí entusiasmado con él, y que enseguida tomé la determinación de convertir en mi prioridad el enseñarle todo lo indicado para que fuese útil, para que estuviese a mano, para que me sirviera de ayuda; sobre todo, decidí lograr que hablase y que me entendiera cuando yo le hablase, y en poco tiempo se convirtió en el aprendiz más apto que jamás haya existido.

DANIEL DEFOE
Robinson Crusoe

Boston, sita en la costa del condado de Lincoln, es una hermosa localidad, escribe su hombre. En ella se encuentra la torre de campanario más alta de toda Inglaterra; de hecho, los pilotos de los barcos se guían por su situación para navegar por la costa. Alrededor de Boston se extienden los *fens*, las marismas. Abundan los avetoros, aves ominosas que emiten una llamada recia, quejumbrosa, tan potente que se oye a dos millas de distancia, como la descarga de una escopeta.

Estas marismas son espacio donde habitan muchas otras clases de aves, escribe su hombre, ya sea el ánsar y el ánade real, la cerceta y el ánade silbón, para cuya captura los hombres de las marismas, los marismeños, crían patos amaestrados, a los que llaman señuelos o cimbeles.

Las marismas son trechos de humedales. Hay amplios trechos de humedales por toda Europa, por el mundo entero, pero no se les llama *fens*. *Fen* es una palabra inglesa, no sabe emigrar.

Estos señuelos del condado de Lincoln, escribe su hombre, se crían en falsas charcas, y se los domestica alimentándolos a mano. Cuando llega la estación, los mandan a Holanda y Alemania. En Holanda y en Alemania, los cimbeles conocen a otros patos de su misma especie y, a la vista de las penurias con que viven esos patos holandeses y alemanes, de que en invierno los ríos se les hielan y las tierras se les cubren de nieve, no dejan de enterarlos, mediante una forma de lenguaje con la cual se hacen entender, que en la Inglaterra de donde provienen la situación es muy distinta: los patos de Inglaterra disponen de amplias costas de mar en las que abundan los alimentos nutritivos, las mareas fluyen libremente y se adentran en las desembocaduras de los ríos; tienen lagos, ríos y manantiales, balsas abiertas o a resguardo; tienen campos llenos de grano que los espigado-

res han dejado sin recoger; allí no caen nevadas, no hay heladas, o son a lo sumo muy ligeras.

Por medio de estas representaciones, escribe, hechas todas en el lenguaje de los patos, los patos reclamo, o cimbeles, reúnen innumerables cantidades de aves y, por así decir, las secuestran. Las guían en la travesía de los mares, desde Holanda y Alemania, y las asientan al llegar en las falsas lagunas de las marismas del condado de Lincoln, sin dejar de chacharear y de charlotear a todas horas en su propia lengua, indicándoles que ésas son las balsas de las que les habían hablado, en las que han de vivir sanas y salvas.

Y mientras se afanan en hacerles ver la noticia sin dejar de darle al pico, los hombres de los señuelos, vale decir los amos de los cimbeles, se cuelan sigilosos en cobertizos o enramadas encubiertas que han construido con carrizos a flor de agua, y sin dejarse ver arrojan al agua puñados de maíz en grano; los señuelos o patos reclamo los siguen, llevando tras de sí a sus invitados forasteros. De ese modo, a lo largo de dos o tres días conducen a sus invitados por vías de agua cada vez más angostas, sin dejar de pregonar en ningún momento lo bien que vivimos en Inglaterra, hasta llegar a un paraje sobre el cual han tendido redes.

Los cimbeleros sueltan al perro señuelo que tienen adiestrado a la perfección para que eche a nadar tras las aves, ladrando a la vez que nada. Alarmados al máximo por la aparición de tan terrible animal, los patos levantan el vuelo, pero se ven forzados a volver al agua por las redes tendidas sobre ellos, y así las cosas han de nadar o perecer, siempre bajo las redes. Ahora bien, el espacio que cercan las redes se hace cada vez más angosto, como el cuello de un monedero, y en la boca del otro extremo se hallan los cimbeleros, que toman a los cautivos uno por uno, según van saliendo. A los patos reclamo los acarician y les reciben con carantoñas, pero a sus invitados los matan a porrazos allí mismo, y los despluman y los venden por centenares y por millares.

Todas estas novedades del condado de Lincoln se las escribe su hombre con caligrafía nítida y rápida, con péndola que afila a diario con su pequeño cortaplumas, antes de emprender un nuevo episodio frente a la página en blanco.

En Halifax, escribe su hombre, hasta que fue desmantelado en tiempos del rey Jacobo I, hubo un artefacto con el que se procedía a ejecutar a los reos, y que funcionaba de la siguiente forma. Colocaban al condenado con la cabeza



sobre un listón transversal o sobre la misma base del cadalso; acto seguido, el verdugo desalojaba de un golpe el perno que sostenía una pesada hoja. La hoja descendía por un bastidor alto como el portal de una iglesia, y decapitaba al reo con tanta limpieza como un cuchillo de carnicero.

En Halifax, quería sin embargo la costumbre que, si entre el instante en que se desalojaba de un golpe el perno y el momento en que descendía la hoja, era capaz el conde-

nado de ponerse en pie de un salto, bajar la cuesta a la carrera y atravesar el río a nado sin que de nuevo lo atrapase el verdugo, se le permitiera quedar en libertad. Sin embargo, en todos los años que estuvo erigido este artefacto en Halifax, tal desenlace no se produjo jamás.

Él (no su hombre, sino él) se encuentra sentado en su habitación con vistas al mar, en Bristol, cuando lee esto. Empieza a estar entrado en años, casi ya podría decirse que es un viejo. La piel del rostro, que casi llegó a tener del todo renegrida por el sol del trópico antes de que improvisara un parasol con las hojas de palmera, con el cual se daba sombra, la tiene ahora más pálida, pero sigue siendo correosa cual pergamino; tiene en la nariz una llaga producida por el sol que no se le cura.

El parasol aún lo conserva en su habitación, colocado de pie en un rincón, pero el loro que con él regresó ya ha muerto. «¡Pobre Robin!», chillaba el loro encaramado sobre su hombro. «¡Pobre Robin Crusoe! ¿Quién salvará al pobre Robin?» A su esposa se le atragantaban los lamentos del loro, pobre Robin va, pobre Robin viene, y así el día entero y otro día. Le voy a retorcer el pescuezo, decía, pero nunca tuvo el valor de hacerlo.

Cuando volvió a Inglaterra desde su isla, con su loro y su parasol y su cofre lleno de tesoros, vivió por un tiempo bastante en paz y tranquilidad, con su esposa de antaño, en la finca que adquirió en Huntingdon, pues había llegado a ser un hombre acaudalado, y más aún después de que se diera a la imprenta el libro que relataba sus aventuras. Sin embargo, los años pasados en la isla, y después los años dedicados a viajar con su siervo, Viernes (pobre Viernes, se lamenta para sí, y grazna, pues el loro nunca pronunció el nombre de Viernes, sino sólo el suyo), tornaron para él la vida del terrateniente en un aburrimiento. Y, la verdad sea dicha, también la vida conyugal fue una lastimosa decepción. Cada vez se fue recluyendo más en los establos, con sus caballos, que por ventura no charloteaban, sino sólo relinchaban cuando llegaba él, para demostrarle que ellos sí sabían quién era, y luego se quedaban callados.

Al regresar de su isla, en la que hasta la llegada de Viernes llevó una vida de silencio, se le antojó que eran demasiados los discursos que circulaban por el mundo. En cama, con su esposa, se sentía como si le cayera encima, a cántaros, una lluvia de guijarros, un repiqueteo continuo, un chacolo-teo incesante, cuando todo cuanto él deseaba era dormir.

Así, cuando su esposa de antaño rindió el espíritu, lloró su muerte pero no la lamentó. Le dio sepultura y, tras un plazo decente, tomó alojamiento en The Jolly Tar, la posada del puerto de Bristol, dejando la administración de la finca de Huntingdon en manos de su hijo y llevándose tan sólo el parasol traído de aquella isla que tanta fama le dio y el loro muerto y disecado en una percha y unos cuantos artículos de primera necesidad; y ha vivido ahí, solo, desde entonces, paseando de día por las dársenas y los muelles,

contemplando al oeste el mar, pues aún tiene muy buena vista, mientras fuma en pipa. En cuanto a sus colaciones, ordena que se las suban a la habitación, ya que no halla regocijo alguno en sociedad, pues en la isla se acostumbra a la soledad.

No lee, ha perdido el gusto por la lectura, pero desde que escribió sus aventuras ha adquirido la costumbre de escribir; es un entretenimiento que le distrae lo suficiente. Al caer la noche, a la luz de una candela, saca los papeles y afila las plumas y escribe una página o dos acerca de ese hombre, el hombre que envía informes sobre los patos reclamo del condado de Lincoln, sobre el gran artefacto de Halifax, al que puede escapar uno si antes de que caiga la espantosa hoja se pone en pie de un salto y baja a la carrera la cuesta, y sobre unas cuantas cosas más. Doquiera que va envía un informe —es su primer cometido— ese afanoso hombre suyo.

Cuando pasea a lo largo del dique de contención, por el puerto, reflexionando sobre el artefacto de Halifax, él, Robin, a quien el loro daba en llamar pobre Robin, deja caer un guijarro y aguza el oído. Un segundo, menos de un segundo hasta que da en el agua. La gracia de Dios es ágil y presta, pero ¿no será más veloz aún la gran hoja de acero templado, mucho más pesada que un guijarro y además engrasada con sebo? ¿Cómo vamos a huir nunca de ella? ¿Y qué especie de hombre será el que corre tan velozmente de acá para allá por todo el reino, de un espectáculo de la muerte (ya sea a porrazos, ya sea por decapitación) al siguiente, para enviar un informe tras otro?

Un hombre de negocios, dice para sí. Que sea un hombre de negocios, un comerciante de granos y cereales, o un comerciante de curtidos, digamos; un fabricante y proveedor de tejas, en algún lugar donde abunde la arcilla, pongamos que Wapping, que haya de viajar mucho en aras de su negocio. Hagamos de él un hombre próspero, démosle una mujer que lo ama y que no charlotea demasiado y que le da hijos, sobre todo hijas; otorguémosle un grado de felicidad razonable; pongamos luego repentino fin a su felicidad. Una crecida del Támesis en pleno invierno, y los hornos en donde se cuecen las tejas se inundan, quedan arrasados, o bien los graneros donde almacena sus provisiones, o la curtiduría; se encuentra en la ruina este hombre suyo, los acreedores caen sobre él como moscas, como cuervos, ha de huir de su hogar, abandonar a su mujer, a sus hijos, buscar un lugar donde esconderse en las peores casuchas del callejón de los Mendigos, con nombre falso, disfrazado. Y todo esto —la crecida de las aguas, la ruina, la huida, la miseria, los andrajos, la soledad—, que todo esto sea figura del naufragio y de la isla en la que él, pobre Robin, estuvo recluido lejos del mundo por espacio de veintiséis años, hasta casi enloquecer. (Y, desde luego, ¿quién afirmará que no enloqueció, al menos en cierto modo?)

Si no, que sea un talabartero con hogar y taller y almacén en Whitechapel, con un lunar en el mentón y una espo-

sa que lo ama y que no charlotea y le da hijos, sobre todo hijas, y que le procura gran felicidad, hasta que la peste asola la ciudad, es el año de 1665, el gran incendio que arrasará Londres aún no se ha producido. La peste se abate sobre Londres: a diario, parroquia por parroquia, el cómputo de víctimas va en ascenso, ricos y pobres por igual, pues la peste no hace distinciones entre una y otra condición, toda la riqueza que en el mundo haya amasado el talabartero no le valdrá para salvarse. Manda a su esposa e hijas al campo y traza planes para huir también él, pero luego no huye. No habrá temor de espanto nocturno, lee al abrir la Biblia al azar, ni de flecha que vuele de día; de pestilencia que ande en oscuridad, ni de mortandad que destruya al mediodía. Caerán a tu lado mil, y diez mil más a tu diestra, pero a ti no llegará.

Armándose de valor en virtud de esta señal, señal de que su pasaje ha de ser seguro, permanece en un Londres azotado y afligido por la peste y da en escribir informes. Topó con una muchedumbre en una calle, escribe, en el medio de la cual una mujer señalaba a los cielos. Ved, exclama, un ángel todo de blanco que blande una espada en llamas. Y el gentío en derredor asiente: así es, se dicen unos y otros, un ángel con su espada. Sin embargo, él, el talabartero, no ve ningún ángel, no ve ninguna espada. Todo lo que acierta a ver es una nube de extrañas formas, más brillante por un costado que por otro, debido al resplandor del sol.

¡Es una alegoría!, exclama la mujer en la calle, pero él no podría vislumbrar una alegoría ni aunque le fuera la vida en ello, y así lo consigna en su informe.

Otro día, caminando a la orilla del río, por Wapping, su hombre, que antes era talabartero, pero que ahora no tiene oficio ni beneficio, ve que desde el portal de su casa una mujer llama a un hombre que pasa remando en su chalupa: ¡Robert, Robert!, lo llama, y ve que el hombre se arrima a la orilla y atraca y de la chalupa extrae un saco que deposita sobre un poyete, a la orilla, antes de alejarse a remo; ve entonces que la mujer baja hasta la orilla del río y carga con el saco para llevárselo a su casa, con aspecto de total desamparo.

Aborda al hombre llamado Robert y conversa con él. Robert le informa de que la mujer es su esposa, el saco contiene provisiones para que ella y sus hijos sobrevivan una semana, carne y manteca y pan, pero que él no se atreve a acercarse ni un paso más, pues todos ellos, esposa e hijos, han contraído la peste, y eso le destroza el corazón. Y todo esto —el hombre llamado Robert y su mujer, que se comunican a voces sobre las aguas del río, el saco depositado en la orilla— representa con certeza lo que es, pero también representa una figura de su soledad, la de Robinson, en la isla, en donde en sus horas de más tenebrosa desesperación llamó a voces sobre las aguas del mar a sus seres más queridos, allá en Inglaterra, suplicando que lo salvaran, y en otras ocasiones llegó a nado hasta el barco naufragado en busca de utensilios y provisiones.

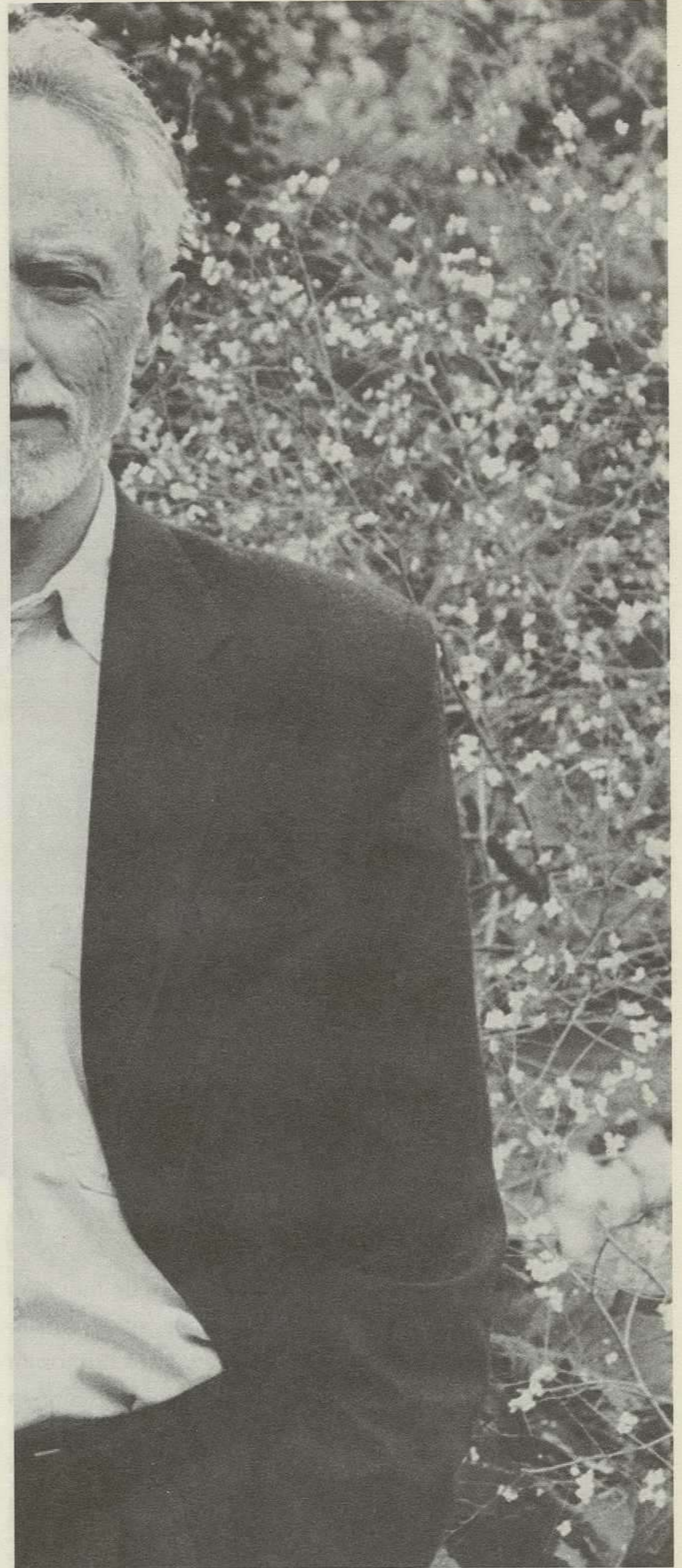
Más nuevas de aquellos tiempos atribulados y de congoja. Incapaz de soportar por un minuto más el dolor que le producen las hinchazones en ingles y axilas, signos de la peste, un hombre echa a correr dando alaridos, en pelota picada, hasta Harrow Alley, una callejuela de Whitechapel, donde su hombre, el talabartero, es testigo de cómo da brincos y volteretas y hace un millar de extrañas muecas, mientras su esposa e hijos corren tras él y lo llaman, le piden a voces que vuelva. Y esos brincos y volteretas son alegóricos de sus propios brincos y volteretas cuando, luego de la calamidad del naufragio, luego de haber batido a fondo el arenal en busca de algún signo de sus compañeros de a bordo, sin encontrar ninguno más que un par de zapatos desaparejos, comprendió que había naufragado y estaba solo en una isla desierta donde probablemente iba a perecer, donde no podía albergar esperanzas de salvarse.

(Pero... ¿acerca de qué más canta en secreto, se pregunta para sus adentros, ese hombre afligido cuyos informes lee? ¿Acerca de qué, además de su desolación? ¿Qué es lo que invoca por encima de las aguas, a través de los años, desde su fogata particular?)

Hace un año, él, Robinson, pagó dos guineas a un marinero por un loro que el marinero se había traído, a su decir, de Brasil: era un ave no tan espléndida como la suya, tan querida, pero magnífica pese a todo, con plumas verdes y una cresta escarlata, y muy parlanchina también, a juzgar por lo que aseguró el marinero. Y ciertamente el loro se encaramaba en su percha, en su habitación de la posada, con una cadenita sujeta a la pata, no fuera que le diese por echar a volar, y decía «¡Pobre Poll!, ¡pobre Poll!» una y otra vez, sin descanso, hasta que él se vio forzado a calzarle un capuchón, si bien no pudo enseñarle a decir ninguna otra palabra, «¡pobre Robin!» por ejemplo, pues quizás ya fuera viejo para aprender.

El pobre Poll, mirando por el ventanuco a los mástiles y, más allá de los mástiles, a la gran grisura del Atlántico: ¿a qué isla he ido a parar, pregunta el pobre Poll, que tan fría, tan lúgubre y deprimente resulta? ¿Dónde estabas, tú mi Salvador, en la hora en que yo más te necesitaba?

Un hombre, briago y a hora avanzada, muy de noche (otro de los informes de su hombre), se queda dormido en el umbral de una casa de Cripplegate. La carreta de los muertos aparece por la calle (aún estamos en el año de la peste), y los vecinos, dando por muerto al hombre, lo izan a la carreta de los muertos, entre los cadáveres. La carreta sigue su camino hasta la fosa común de Mountmill y el carretero, con la cara embozada para protegerse de los efluvios, lo sujeta para arrojarlo, y él despierta y se debate presa del atolondramiento. «¿Dónde estoy?», dice. «Estás a punto de que te entierren entre los muertos», dice el carretero. «Entonces, ¿estoy muerto?», dice el hombre. Y ésta también es una figura de él en su isla.



Algunos londinenses siguen dedicándose a sus quehaceres, convencidos de estar sanos, de que se han de librar. Pero en secreto la peste ya anida en su sangre: cuando la infección les llega al corazón caen muertos en el acto, según informa su hombre, como si los hubiera alcanzado un rayo. Y ésta es una figura de la vida misma, de la vida entera. La debida preparación. Es preciso que hagamos la debida preparación para la muerte, que de lo contrario nos abatirá en

el acto. Así, él, Robinson, tuvo que entenderlo cuando de súbito, en su isla, tropezó un día con la huella de un pie de hombre en la arena. Era una huella y por tanto un signo: de un pie, de un hombre. Pero también era signo de mucho más. No estás solo, vino a decir el signo; y también: da igual cuánto te alejes navegando, da igual dónde te escondas, que te han de encontrar.

En el año de la peste, escribe su hombre, hubo otros que, por puro terror, lo abandonaron todo, sus hogares, sus esposas e hijos, y huyeron tan lejos de Londres como les fue posible. Cuando hubo remitido la peste, todos condenaron de plano sus huidas, tachándolas de cobardía. Sin embargo, escribe su hombre, olvidamos qué clase de valor exigía hacer frente a la peste. No era el mero valor de un soldado, no era cuestión de empuñar el arma y cargar contra el enemigo: era cuestión de cargar contra la misma Muerte a lomos de su pálido caballo.

El loro isleño, el más querido de los dos, ni siquiera en sus mejores momentos decía una sola palabra que no le hubiera enseñado su amo. ¿Cómo ha sido pues posible que ese hombre suyo, que es una suerte de loro, y que tampoco es muy querido, escriba tan bien e incluso mejor que su amo? Esgrime con gran solvencia la pluma ese hombre suyo, no cabe duda alguna. Como si cargara contra la misma Muerte a lomos de su pálido caballo. Su propia destreza, que aprendió en la contaduría, le valía para resolver sumas y cuadrar las cuentas, no para forjar frases. La misma muerte, a lomos de su pálido caballo: ésas no son palabras que a él se le podrían ocurrir. Sólo cuando se entrega a ese hombre suyo surgen palabras tales.

Y los señuelos o cimbeles: ¿qué sabía él, Robinson, acerca de los cimbeles? Nada en absoluto, hasta que ese hombre suyo comenzó a enviar informes.

Los cimbeles de los *fens*, de las marismas del condado de Lincoln, o el gran artefacto de las ejecuciones en Halifax: informes del largo viaje que este hombre suyo parece haber emprendido para recorrer toda la isla de Bretaña, lo cual es una figura de la gira que hizo él alrededor de su propia isla a bordo del esquife que improvisó, la gira que le mostró que existía un extremo alejado de la isla, escarpado y tenebroso, inhóspito, que en lo sucesivo siempre evitó,

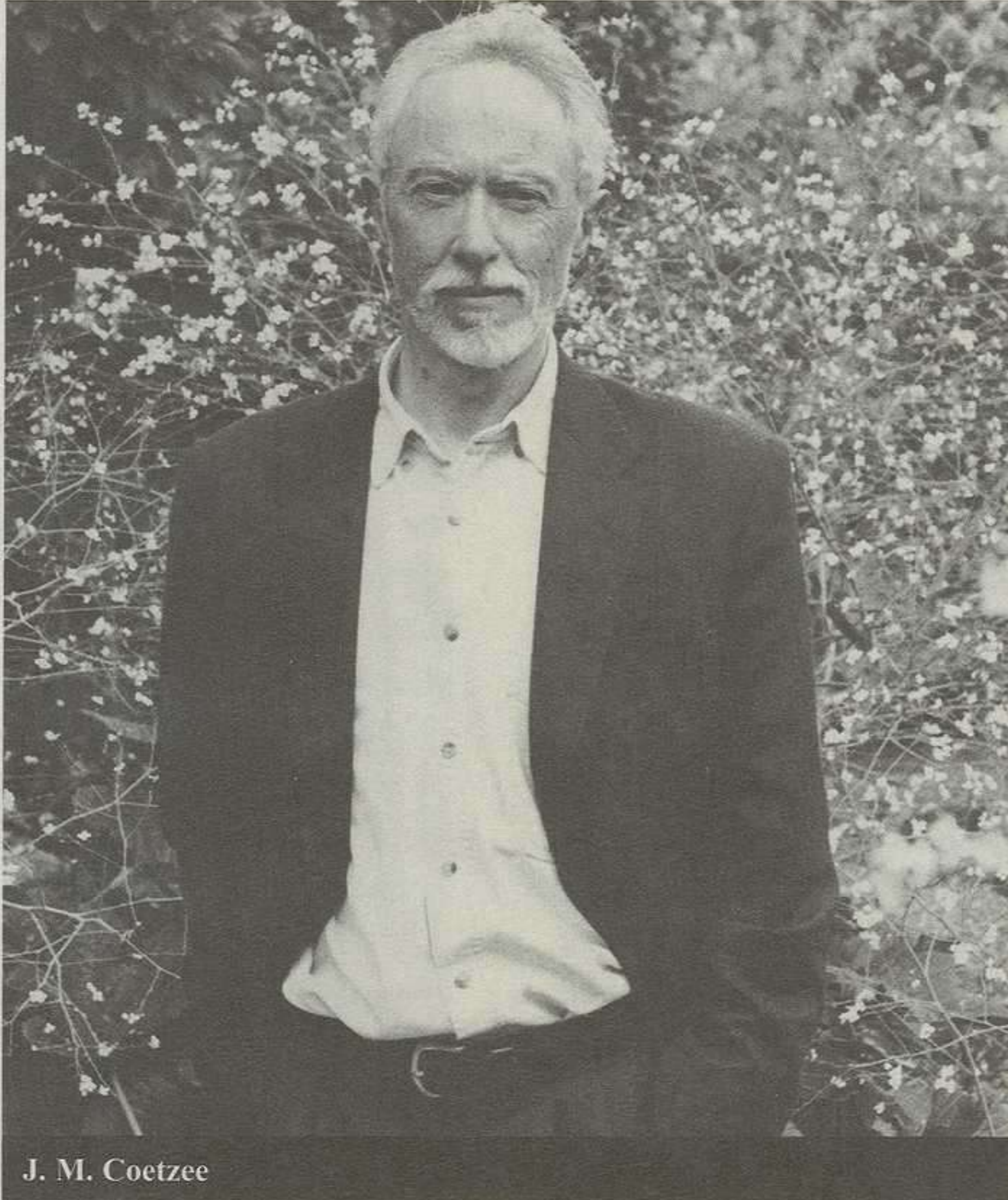
aunque si en el futuro llegaran colonos a la isla tal vez die-ran en explorarlo y asentarse allí. También eso es figura del lado tenebroso del alma y de la luz.

Cuando las primeras bandadas de plagiarios e imitadores se precipitaron sobre la historia de su isla y endilgaron al público sus propios relatos imaginarios sobre la vida de un náufrago, se le antojaron poco menos que una horda de caníbales que se precipitase sobre su propia carne, vale decir, sobre su vida, y no tuvo escrúpulos en decirlo a los

cuatro vientos. Cuando me defendí de los caníbales, empeñados en darme caza y en asarme y devorarme, escribí, pensé que me defendía de la cosa misma. Poco y mal podía imaginar, escribí, que tales caníbales fueran meras figuras de una voracidad más demoníaca que me iba a roer hasta el tuétano mismo de la verdad.

Pero ahora que reflexiona y va algo más allá, comienza a invadirle el pecho un ápice de compañerismo por sus imitadores. Pues se le antoja que en todo el mundo sólo existe un puñado de relatos, y si a los jóvenes ha de prohibírseles que exploten las hazañas de sus mayores, habrán de permanecer por siempre en silencio.

De ese modo, en la narración de sus aventuras isleñas refiere cómo despertó una noche aterrado, convencido de que el diablo se había abalanzado sobre él, cuando dormía, adoptando la forma de un perro enorme. Así, se levantó de un salto y asió un alfanje y soltó mandobles a diestra y siniestra para defenderse, mientras el pobre loro que dormitaba junto a su lecho chillaba de espanto. Sólo muchos días más tarde dio en comprender que ni un perro ni menos aún el demonio se habían abalanzado sobre él, sino que había sufrido una parálisis pasajera, y al sentirse incapaz de mover la pierna llegó a la conclusión de que algún animal se había tendido sobre ella, acontecimiento cuya lección parecería ser que todas las afecciones, incluida la parálisis, del diablo provienen y son el propio diablo, que una enfermedad repentina puede representarse como una visitación del demonio, o de un perro que es figura del demonio, y viceversa, que la visitación adquiere la figura de la enfermedad, tal como sucede en la historia del talabartero en el año de la peste, y que, por consiguiente, a nadie que escriba relatos de lo uno o de lo otro, del diablo o de la peste,



J. M. Coetzee

debiórasele de inmediato despachar como falsificador ni como ladrón.

Años atrás, cuando tomó la resolución de consignar por escrito la historia de su isla, descubrió que las palabras no acudían a él, que la pluma no fluía, que sus propios dedos eran reacios, envarados. Sin embargo, día a día, paso a paso, llegó a dominar la tarea de escribir, hasta que en tiempos de sus aventuras con Viernes en las gélidas tierras del norte las páginas se desplegaban con toda facilidad, incluso sin pensar.

Esa antigua facilidad de composición por desgracia lo ha abandonado. Cuando se sienta ante el pequeño escritorio, frente a la ventana desde la que ve el puerto de Bristol, siente en la mano mayor torpeza, nota la pluma como un instrumento más ajeno que nunca en la vida.

¿Acaso él, el otro, ese hombre suyo, encuentra mayor facilidad en la tarea de escribir? Los relatos que escribe sobre los patos y los artefactos de la muerte y Londres en las garras de la peste fluyen con bastante soltura, pero también fluían de ese modo sus propios relatos. Tal vez no lo haya juzgado bien, a ese hombrecillo atildado, de paso veloz, con un lunar en el mentón. Tal vez en este preciso instante esté sentado solo, en una habitación de alquiler, en algún rincón del ancho reino, mojado la péndola y volviéndola a mojar, acuciado por las dudas y las vacilaciones y las objeciones y los reparos.

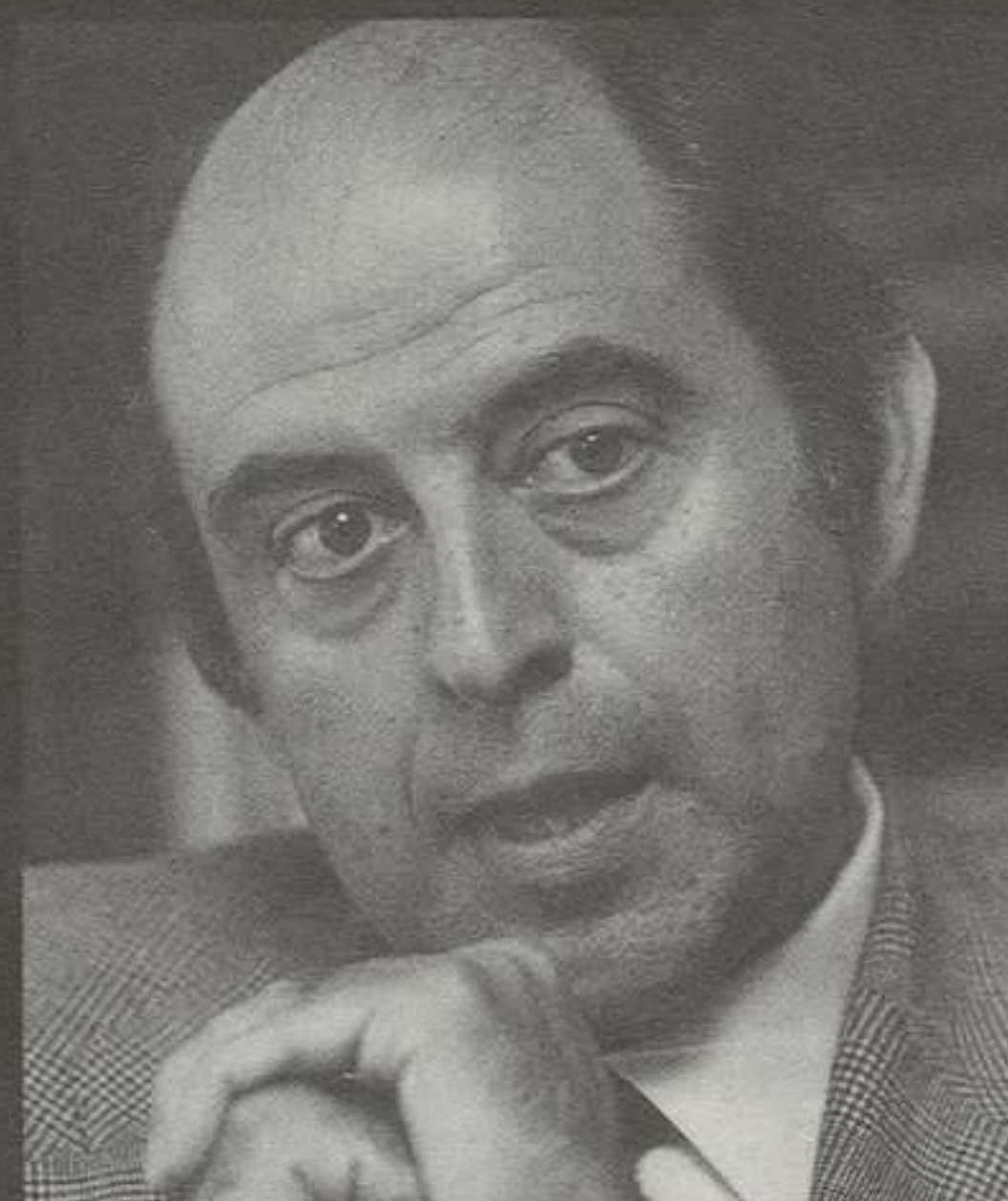
¿Cómo hay que figurárselos, a ese hombre y a él? ¿Como amo y esclavo? ¿Como dos hermanos, hermanos gemelos? ¿Como camaradas de armas? ¿Acaso como rivales, como enemigos? ¿Qué nombre dará a ese individuo innominado con el cual comparte las veladas y a veces también las noches, que sólo se ausenta de día, cuando él, Robin, pasea por los muelles e inspecciona los navíos recién arribados y su hombre galopa por todo el reino realizando sus inspecciones?

¿Acaso ese hombre, en el transcurso de sus viajes, llegará alguna vez a Bristol? Anhela encontrarse con el individuo en carne y hueso, estrecharle la mano, pasear con él por los muelles, escuchar su relato acerca de su visita al tenebroso norte de la isla, o de sus aventuras en la tarea de escribir. Pero mucho se teme que no se produzca el encuentro, no al menos en esta vida. Si tuviera que decantarse por un símil para esa pareja, su hombre y él, escribiría que son como dos barcos que navegan en direcciones opuestas, uno al este, otro al oeste. Mejor aún, que son marineros que faenan en la arboladura, uno de un barco con rumbo al este, el otro de un barco con rumbo al oeste. Los dos barcos se cruzan a la distancia de un grito. Pero está picada la mar, el tiempo es de tormenta: les azota los ojos la espuma, les quema las manos el cordaje, se cruzan tan afanosos que ni siquiera alcanzan a saludarse con la mano. □

Discurso pronunciado en la entrega del premio Nobel de Literatura el 7 de diciembre 2003

Argumentos

JOSÉ ANTONIO MARINA



A partir de la Revolución americana y la francesa, un apasionante ensayo sobre la experiencia política

José Antonio Marina



Los sueños de la razón

Ensayo sobre la experiencia política

ANAGRAMA
Colección Argumentos



ANAGRAMA

La libertad, la justicia y la paz

Shirin Ebadi

En el nombre del dios de la creación y de la sabiduría:

Me siento extraordinariamente honrada por que hoy mi voz llegue a los pueblos del mundo desde este distinguido lugar. Este gran honor me ha sido concedido por el Comité Nobel noruego. Me inclino ante el espíritu de Alfred Nobel y saludo a los que en verdad siguen su camino.

Este año, el premio Nobel de la Paz ha sido concedido a una mujer de Irán, un país musulmán de Oriente Medio. Sin duda, el que se me haya elegido servirá de aliento a las masas de mujeres que luchan por ejercer sus derechos, no sólo en Irán y en esa región del mundo: derechos que les han sido arrebatados en el transcurso de la historia. El que se me haya elegido hará que las mujeres en Irán, y aquellas en lugares aún más remotos, crean en sí mismas. Las mujeres constituyen la mitad de la población en todos los países. Pasar por alto a las mujeres y excluirlas de la participación activa en la vida política, social, económica y cultural de hecho equivaldría a despojar a la población de todas las sociedades de la mitad de sus capacidades. La cultura del patriarcado y la discriminación de las mujeres, especialmente en los países islámicos, no puede continuar para siempre.

Como saben, el honor y la bendición que supone este premio tendrán un impacto positivo y extenso sobre los esfuerzos humanitarios y genuinos del pueblo de Irán y de aquella región. La magnitud de esta bendición arrojará a todos los que aman la libertad y buscan la paz, hombres o mujeres. Quiero agradecer al Comité Nobel noruego este honor que me ha sido otorgado y la bendición que supone para aquellos en mi país que aman la paz.

La fecha de hoy coincide con el 55 aniversario de la proclamación de la Declaración Universal de los Derechos Humanos, una declaración que comienza reconociendo la dignidad intrínseca y los derechos, iguales e inalienables, de todos los miembros de la familia humana como salvaguarda de la libertad, la justicia y la paz. Y promete un mundo en que los seres humanos disfrutarán de libertad de expresión y de opinión, y estarán a salvo y protegidos del miedo y de la pobreza.

Sin embargo desgraciadamente, este año, al igual que los anteriores, el informe del Programa de las Naciones Unidas para el Desarrollo (PNUD) refleja la emergencia de un desastre que distancia a la humanidad aún más del mundo ideal de los autores de la Declaración Universal de los Derechos Humanos. En el año 2002, casi 1,2 billones de seres humanos han vivido en la pobreza más atroz, con ingresos de menos de un dólar al día. Más de cincuenta países se han visto envueltos en guerras o en catástrofes naturales. Hasta ahora, el sida se ha llevado por delante las vidas de 22 millones de personas y dejado huérfanos a trece millones de niños.

Al mismo tiempo, en los dos años pasados algunos países han violado los principios universales y las leyes de los derechos humanos utilizando como pretexto la catástrofe del 11 de septiembre y la guerra al terrorismo internacional. Tanto la resolución 57/219 de 18 de diciembre de 2002 de la Asamblea General de la ONU, como la resolución 1456, de 20 de enero de 2003 del Consejo de Seguridad de la ONU, así como la resolución 2003/68 de 25 de abril de 2003 de la Comisión de Derechos Humanos de la ONU, establecen y

recalcan que todos los Estados deben cumplir sus obligaciones conforme a la ley Internacional, en especial las leyes internacionales sobre derechos humanos y las leyes humanitarias. Sin embargo, al abrigo de la guerra contra el terrorismo, se han justificado y legitimado normas que restringen los derechos humanos y las libertades fundamentales, así como la creación de cuerpos especiales y tribunales extraordinarios que dificultan y en ocasiones hasta impiden los juicios justos.

La preocupación de los defensores de los derechos humanos aumenta cuando observan que las leyes internacionales de derechos humanos son violadas no sólo por sus enemigos declarados so pretexto del relativismo cultural, sino que estos principios son violados también por las democracias occidentales, en otras palabras, por países que figuraron ellos mismos entre los que codificaron la Carta de la Naciones Unidas y la Declaración Universal de los Derechos Humanos. Dentro de este marco, cientos de individuos detenidos en el transcurso de conflictos militares han permanecido encarcelados durante meses en Guantánamo, sin poder beneficiarse de los derechos estipulados por la Convención Internacional de Ginebra, la Declaración Universal de Derechos Humanos y del Acuerdo Internacional de las Naciones Unidas sobre derechos civiles y políticos.

Por añadidura, hay una pregunta que millones de ciudadanos de la sociedad civil internacional se formulan desde hace algunos años —sobre todo en los pasados meses—, y hoy continúan formulándose: ¿por qué hay decisiones y resoluciones del Consejo de Seguridad de la ONU que son vinculantes, mientras otras carecen de

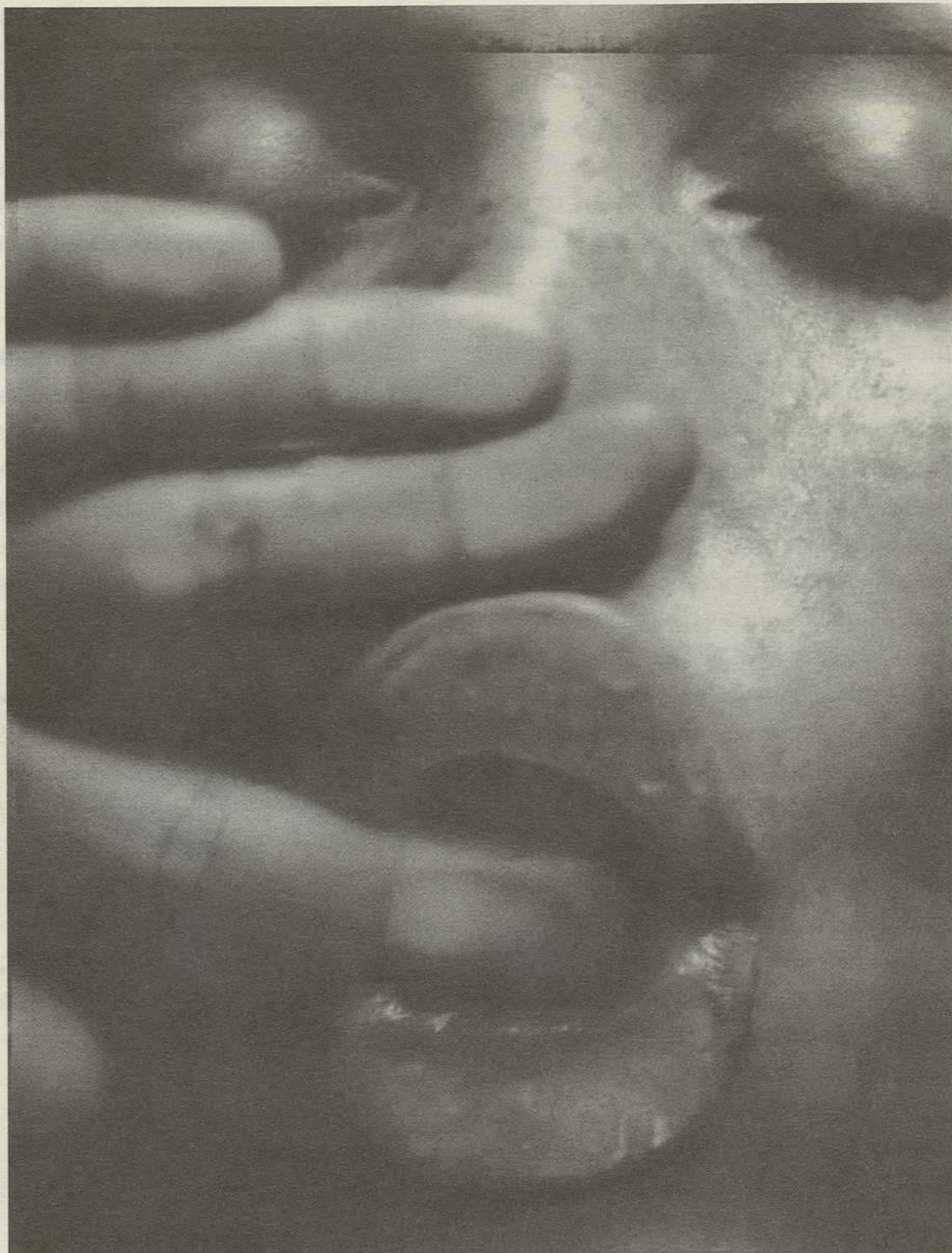
ese poder? ¿Por qué en los pasados 35 años docenas de resoluciones del ONU relativas a la ocupación de los territorios palestinos por el Estado de Israel no han sido puestas en práctica inmediatamente, y sin embargo en los pasados doce años el Estado y el pueblo de Irak, una vez por recomendación del Consejo de Seguridad y otra segunda a pesar de la oposición del Consejo de Seguridad de la ONU, han sido objeto de ataques, agresión militar, sanciones económicas y, finalmente, ocupación militar?

Damas y caballeros, permítanme hablar un poco de mi país, de mi región, de mi cultura y de mi fe.

Soy iraní. Descendiente de Ciro el Grande. El mismo emperador que hace 2500 años, cuando estaba en la cumbre de su poder, proclamó que «no reinaría sobre un pueblo si éste no lo deseaba». Y prometió no obligar a nadie a que cambiara su religión y su fe, y garantizaba la libertad para todos. En la historia de los derechos humanos, la Carta de Ciro el Grande es uno de los documentos más importantes que podemos estudiar.

Soy musulmana. El Corán cita las siguientes palabras de Mahoma, profeta del Islam: «Creerás en tu fe y en tu religión». El mismo libro divino ve la misión de todos los profetas como la de invitar a los seres humanos a que defiendan la justicia. Desde que llegó a ella el Islam, la civilización y la cultura iraníes se ha inspirado e imbuido de humanismo, de respeto a la vida, a las creencias y la fe de los demás; han buscado propagar la tolerancia y el compromiso y evitar la violencia, el derramamiento de sangre y la guerra. Los grandes autores de la literatura iraní, en especial de la literatura gnóstica, desde Hafiz, Movlavi (más conocido en Occidente como Rumi) y Attar al Saadi, Sanaei, Naser Khosrow y Nezam, son emisarios de esta cultura humanitaria. Este poema de Saadi es una muestra de su mensaje:

Los hijos de Adán son miembros
unos de otros,
Pues fueron creados de una sola
esencia.



Montse Campins Figueras *Sin título* 2003

Cuando la calamidad del tiempo
aflige a uno de los miembros,
Los otros no pueden permanecer
tranquilos.

Durante más de cien años, el pueblo de Irán se ha debatido en sucesivos conflictos entre tradición y modernidad. Mediante el recurso a las tradiciones pasadas, algunos intentaron y todavía intentan ver el mundo con los ojos de sus antepasados y vencer los problemas y las dificultades del mundo de hoy en virtud de los valores de los antiguos. Pero otros muchos, si bien respetan su pasado histórico y cultural, su religión y su fe, buscan avanzar al paso con el

desarrollo del mundo y no a la zaga de la caravana de la civilización, el desarrollo y el progreso. El pueblo de Irán, sobre todo en los últimos años, ha demostrado que considera la participación en los asuntos públicos un derecho y quiere ser dueño de su destino.

Este conflicto se observa no sólo en Irán sino también en otros muchos Estados islámicos. Algunos musulmanes, so pretexto de que la democracia y los derechos humanos no son compatibles con las enseñanzas del Islam ni con la estructura tradicional de las sociedades islámicas, han justificado gobiernos despóticos y continúan haciéndolo. Desde luego, no es fácil gobernar un pueblo consciente

de sus derechos mediante métodos tradicionales, patriarcales y paternalistas.

El Islam es una religión cuyo primer sermón al profeta comienza con «¡Recita!». El Corán cree ciegamente en la pluma y en lo que ésta escribe. Un sermón y un mensaje así no pueden chocar con la conciencia, el conocimiento, la sabiduría, la libertad de opinión ni el pluralismo cultural.

También la situación de discriminación que padecen las mujeres en los países islámicos, ya sea en el ámbito de los derechos civiles o en el de la justicia social, política o cultural, hunde sus raíces en cultura patriarcal y de dominación masculina que prevalece en estas sociedades, no en el Islam. Esta cultura no tolera ni la libertad ni la democracia, al igual que no cree en la igualdad de derechos de hombres y mujeres, ni en la liberación de las mujeres del dominio masculino (padres, maridos, hermanos...) porque amenazaría la posición histórica y tradicional de los que gobiernan y sostienen esa cultura.

A aquellos que han propuesto la idea de un choque de civilizaciones, o recomendado una guerra o una intervención militar en aquella región, a los que han recurrido al tópico de la dejadez social, cultural, económica y política del Sur en un intento de justificar sus propias acciones y opiniones, debemos espetar-

les que si consideran universales los derechos humanos internacionales, incluido el derecho de las naciones a determinar su propio destino, y si creen en la prioridad y la superioridad de la democracia parlamentaria sobre otros sistemas políticos, entonces no pueden pensar, mostrando egoísmo y desprecio, sólo en su propia seguridad y comodidad. Buscar nuevos medios e ideas para que también los países del Sur puedan disfrutar de los derechos humanos y de la democracia pero conservando su independencia política y su integridad territorial, debe ser un asunto de máxima prioridad para las Naciones Unidas con vistas a futuros desarrollos y a las relaciones internacionales.

La decisión del Comité de concederme el premio Nobel de la Paz del año 2003 a mí, como primera persona iraní y como primera mujer de un país musulmán, nos infunde tanto a mi misma como a millones de iraníes y ciudadanos de los Estados islámicos la esperanza de que nuestros esfuerzos, empeños y lucha por la implantación de los derechos humanos y el establecimiento de la democracia en nuestros respectivos países gozan del apoyo, del respaldo y de la solidaridad de la sociedad civil internacional. Este premio pertenece al pueblo de Irán. Pertenece al pueblo de los Estados islámicos y al

pueblo del Sur por haber establecido los derechos humanos y la democracia.

En la introducción a mi discurso hablé de los derechos humanos como garantes de la libertad, la justicia y la paz. Si los derechos humanos no son enunciados en leyes codificadas y puestos en práctica por los Estados, entonces, tal como dice en el preámbulo de la Declaración Universal de los Derechos Humanos, a los hombres no les quedará mas remedio que organizar una «rebelión contra la tiranía y la opresión». Un ser humano despojado de toda dignidad, un ser humano privado de los derechos humanos, un ser humano en las garras del hambre, un ser humano vencido por la hambruna, la guerra y la enfermedad, un ser humano humillado y saqueado no está ni en una posición ni en un estado que le permitan recuperar los derechos que ha perdido. Si el siglo XXI desea liberarse del ciclo de violencia, terror y guerra, y evitar que se repita lo vivido en el siglo XX —el siglo más plagado de desastres que la humanidad haya conocido— no queda más camino que comprender que todos los derechos humanos deben aplicarse a todos, sin distinción de raza, sexo, fe, nacionalidad ni posición social. □

Discurso pronunciado en la entrega del premio Nobel de la Paz el 10 de diciembre 2003

BRUNO SCHULZ

EL SANATORIO
DE LA CLEPSIDRA

MALDOROR ediciones

BRUNO SCHULZ



EL LIBRO
IDÓLATRA

MALDOROR ediciones
maldoror_ediciones@hotmail.com

BRUNO
SCHULZ

LAS TIENDAS
DE CANELA FINA

MALDOROR ediciones

El reportero de la antigüedad clásica

Ryszard Kapuscinski

Por razones evidentes un cierto griego de Halicarnaso de nombre Heródoto no puede estar hoy entre nosotros. Y es que vivió hace 2500 años pero nos dejó sus *Historias*, una obra muchas veces leída, que ha conservado su vigencia hasta el día de hoy. Un libro que incluso estos días suscita controversias entre los historiadores acerca de qué ocurría realmente en Grecia y en el mundo en época de Heródoto y hasta qué punto los hechos y acontecimientos por él descritos concuerdan con la realidad histórica.

He leído varias veces las *Historias* y he recorrido diversos continentes con este libro, pues a mi entender, esta obra es el ejemplo perfecto de un reportaje. Sí, Heródoto es para mí el primer reportero, nuestro amo y señor, el precursor de un género que se está desarrollando de manera tan creativa y dinámica.

¿De dónde procede el reportaje?

Se alimenta de tres fuentes, de las que la primera es el hecho de viajar. Viajar no en el sentido de una diversión turística o de unas vacaciones, sino como una exploración extenuante y trabajosa que presupone una preparación bien calculada, una planificación y una investigación cuidadosas para poder obtener *in situ* material utilizable a partir de conversaciones, documentos y mediante la observación. Uno de los métodos, por tanto, que utilizó Heródoto para conocer el mundo. Durante años viajó a los rincones más alejados del mundo conocido por los griegos. Vio Egipto y Libia, Persia y Babilonia, el Mar Negro y, al norte, los escitas. En su época se concebía

la Tierra como un disco plano, rodeada de un poderoso río, el Océano. Y Heródoto se había fijado como meta conocer este disco plano en su totalidad.

No obstante Heródoto no sólo fue el primer reportero; sería además el primer globalista. Sabía muy bien cuántas culturas había en el mundo y estaba empe-



Josep Guinovart
Minotauro
2002-2003

ñado en conocerlas todas. ¿Por qué? Según sus palabras, sólo se puede comprender la propia cultura si se está informado acerca de otras. Pues la cultura propia sólo revelará toda su profundidad, significado y originalidad si se ve reflejada como en un espejo por esas culturas ajenas, que proyectan una luz clara y penetrante sobre el mundo propio, ayudando así a comprenderlo mejor.

¿Qué consiguió con su método comparativo de confrontación y refle-

xión especular? Bueno, Heródoto dio a sus compatriotas lecciones de modestia, frenó su vanidad, puso riendas a su presunción, su sentimiento de superioridad, su arrogancia frente a aquellos que no eran griegos, frente a todos que fueran diferentes. «¿Aseguráis que los griegos inventaron a los dioses? En absoluto. En realidad sólo los adoptasteis de los egipcios. ¿Aseguráis que vuestro Estado es excelente? Los persas poseen un sistema de comunicación y transporte mucho mejor».

Así intentaba Heródoto apuntalar mediante el recurso del reportaje la postulación central de la ética griega, que exige discreción, sentido de la proporción y de la moderación.

Otra fuente del reportaje, además del viaje, es el mismo ser humano, aquellas personas, con las que uno se encuentra en el camino, pero también aquellas a las que visitamos para que nos transmitan sus conocimientos, sus historias y opiniones. En este sentido Heródoto parece haber sido un *maitre extraordinaire*, y a juzgar por lo que escribió, con quienes se encontró y cómo hablaba

con ellos, parece haber sido un hombre que con respecto a los demás era abierto y de buena voluntad, que establecía con rapidez contacto con extraños, que mostraba curiosidad por el mundo, interés y ansia de conocimiento. Podemos vislumbrar cómo se comportaba, cómo hablaba, preguntaba y escuchaba. Su actitud denota además lo que para un reportero es de importancia crucial: respeto al prójimo, a su dignidad y sus méritos. Escuchaba con aten-

ción el pulso y las particularidades de los pensamientos ajenos.

Heródoto conocía la debilidad de la memoria humana y sabía también que sus interlocutores brindaban a menudo versiones divergentes o incluso contradictorias del mismo acontecimiento. En su intento de ser neutral y objetivo, ofrecía escrupulosamente al lector la posibilidad de crearse su propia opinión a raíz de las variantes y versiones más extremadas de una misma historia. Y esto es, lo que hace que sus relatos resulten tan multidimensionales, vívidos y fáciles de entender. Heródoto era un reportero incansable. Se tomaba el trabajo de recorrer cientos de kilómetros por mar, a caballo o simplemente a pie para escuchar una versión distinta de un acontecimiento del pasado. Buscaba conocimiento independientemente del precio que tuviera que pagar por ello y quería un conocimiento en sumo grado auténtico, que se acercara lo más posible a la verdad. Sólo los mejores reporteros se pueden jactar de esta escrupulosidad, que remite a nuestra responsabilidad por nuestras palabras y actos.

La tercera fuente del reportaje es lo que me gustaría llamar «los deberes para hacer en casa» del reportero: leer lo que se ha escrito y lo que sobrevivió en forma de texto, inscripción o símbolo gráfico al tema del que el reportero se ocupa. Heródoto también nos enseña cómo se investiga y lo prudente que hay que ser. En su época la cantidad de material al que podía recurrir era significativamente menor de lo que tenemos a disposición hoy en día. Por ello cualquier cosa que pudiera recoger acerca de un tema, era valiosa. Naturalmente conocía a Homero y Hesíodo, los poetas y dramaturgos. Sabía descifrar las inscripciones en los muros de los templos y en las murallas de las ciudades. A sus ojos todo era importante y podía revelar una noticia, un nuevo significado. Con su ejemplo Heródoto ha demostrado, que un reportero debe ser un observador meticuloso, que también deben interesarle detalles aparentemente insignificantes, banales, ya que pueden revelarse

como símbolos o señales de mundos mucho más importantes.

«Todos los seres humanos anhelan el conocimiento por naturaleza» es la frase con la que Aristóteles —sólo unos pocos años más joven que Heródoto— comienza su *Metafísica*, para añadir después, que es al ojo al que corresponde el papel principal, pues es el que mejor puede captar las diferencias. Naturalmente nosotros sabemos lo importante que es el ojo del reportero, que registra de forma aguda y concentrada aquello que parece invisible y que sin embargo a menudo muestra la otra cara —en muchas ocasiones la más importante— de un fenómeno. La desventaja es, que quien quiera percibir lo más importante, deba estar normalmente en el lugar de los hechos. Y para llegar allí, hay que realizar un trayecto, un viaje. Y son estos viajes, la obligada presencia en el lugar de los hechos, los que permitieron a Heródoto escribir esos magníficos reportajes que leemos con las mejillas encendidas desde hace ya dos mil quinientos años.

El reportaje surge de aquello que Aristóteles llamaba «el anhelo del conocimiento». Y este ansia humana engloba en igual medida tanto la pasión de los reporteros, como las expectativas de sus lectores, oyentes o espectadores. Un reportero impulsado por el «anhelo de conocimiento» irá al encuentro de la curiosidad de sus lectores, del «anhelo de saber» de éstos.

Y precisamente en este lugar, tenemos que buscar también una respuesta a la pregunta de por qué se aprecia tanto un buen reportaje en el mundo actual. A todas luces se debe a que el ser humano moderno vive en un mundo de ilusiones y apariencias externas, de simulacros y fábulas, conjurado por los medios de comunicación. Siente instintivamente que se le contenta con falsedades, con hipocresía, artificio y manipulación virtual, por lo que busca algo que contenga el poder de un documento, de la verdad y la realidad.

Yo experimento esto en los encuentros con mis propios lectores. Cuando

cuento una aventura sucedida durante uno de mis viajes como reportero, en no pocas ocasiones me interrumpe uno de los asistentes en la sala con la pregunta: «¿Es eso verdad?». Y en cuanto aseguro a esa persona que realmente he estado allí, recorre el público una ola de alivio y se extiende una atmósfera amistosa. Por fin participan de algo real: aquel que fue testigo él mismo y que estuvo allí presente, está ante ellos en persona.

¿Qué es por tanto un reportaje literario? ¿Cómo definirlo, cómo describirlo? La respuesta a esto no resulta fácil, porque vivimos en una época que Clifford Geertz designa como una era de «géneros difuminados», una nueva especie. A lo que el antropólogo sólo puede añadir apresuradamente las palabras: «Lo nuevo es difícil de clasificar por definición.»

Durante los largos años que estuve trabajando en países del Tercer Mundo como corresponsal de una agencia de noticias, me carcomía una insatisfacción que se debía a que el lenguaje de la prensa resultaba completamente insuficiente frente a la múltiple, variada, colorida realidad de las culturas, costumbres y religiones ajenas, que a menudo resultaba difícil de definir. El lenguaje de la información cotidiano, utilizado en los medios de comunicación, es pobre, estereotipado y reducido a meras fórmulas. Por ello gigantescos ámbitos de una realidad que nos concierne pero que no se puede transmitir con ninguna noticia formalizada, quedan más allá de lo describable. ¿Cómo saldremos pues del callejón sin salida de este disgusto, esta insatisfacción?

He hecho más las sugerencias de escritores como Truman Capote, Norman Mailer o Gabriel García Márquez, cuya literatura salva el abismo entre la ficción y el reportaje de prensa. Ellos han acuñado el término *New journalism* o *Nuevo periodismo*, con el que se refieren a una forma de escribir que permite describir vivencias auténticas e historias y sucesos verdaderos con un lenguaje que admita las opiniones y reacciones personales del autor e incluso a menudo

—como pinceladas añadidas— comentarios y pasajes intercalados de tipo literario, redactados a la manera de una novela. Esta combinación creativa y así ennoblecida de dos formas diferentes de comunicación y descripción, constituye el arte del reportaje literario.

Con él se inició un alegre y fructífero «difuminarse del género», sobre todo de cara al progreso en la ciencia y tecnología que ha enriquecido y afinado enormemente nuestra imagen del mundo, una imagen que en consecuencia es cada vez más difícil de abarcar únicamente con el lenguaje. Yo mismo experimenté esto al escribir *Fiebre africana*. ¿Cómo se describe la jungla con el lenguaje de una publicación de prensa? Es simplemente imposible; hay que recurrir para ello al tesoro de las *bellas letras*, a su gran variedad de expresión. Aunque a su vez hoy en día la literatura se apropia incesantemente del lenguaje del reportaje. Baste con recordar cuántos reporteros se han convertido en protagonistas de novelas, cuántos pasajes, ya consagrados como clásicos, cuántos diálogos, están escritos en el estilo del reportaje.

En nuestro mundo multicultural las personas de otras culturas exigen ser tratadas por igual, exigen el mismo respeto que esperamos para nosotros, el mismo prestigio. Es un hecho conocido que no hay culturas «importantes» ni «secundarias», pues las diferencias sólo son el resultado de la respectiva situación geográfica y de las circunstancias históricas.

Desgraciadamente sabemos muy poco de otras culturas y con demasiada facilidad nos contentamos con estereotipos simples o falsos en lugar de conocimientos profundos. Heródoto lo sabía muy bien. Sabía también, que la comprensión y el entendimiento sólo son posibles mediante el conocimiento mutuo, que éste es el único camino hacia la paz y la armonía, hacia la comunicación y la colaboración. Con este conocimiento, el reportero se sumerge en un

torbellino de actividades: viajar, investigar, anotar y explicar porqué otros se comportan de otra forma y demostrar que estas formas diferentes de existencia y comprensión del mundo contienen una lógica propia, que son sensatas y deberían ser aceptadas, en lugar de llevar a la agresión y a la guerra.

Con esto queda claro cuál es la responsabilidad que recae en nuestros reportajes. Al ejercer nuestro oficio, no somos sólo hombres y mujeres de letras, sino también algo así como misioneros,



Josep Guinovart
Minotauro y el hijo de Ariadna
2002-2003

traductores y embajadores. Es cierto que no traducimos de un idioma a otro, pero a cambio sí lo hacemos de una cultura a otra, para que ambas se comprendan mejor y puedan así convivir de forma más estrecha, incluso amistosa. La forma en que un reportero describa China, influirá en la postura de sus lectores respecto a China y los chinos. Lo mismo vale a la postre para todos los demás temas. Por ello no debemos olvidar nunca las consecuencias humanas y humanitarias de nuestros reportajes.

Estimados damas y caballeros, no sólo llama la atención la ausencia de Heródoto entre nosotros, sino también

de una de las fuerzas impulsoras del reportaje moderno, de un hombre que tantas veces estuvo sentado aquí, en la avenida Unter den Linden, en su café preferido, estoy hablando de Egon Erwin Kisch. Cómo se alegraría, si se enterara de este homenaje internacional al arte del reportaje que ha hecho posible LETTRE INTERNATIONAL. Fue un seguidor entusiasta de este género particular y escribió muchos libros con reportajes, entre ellos también aquella magnífica antología *Periodismo clásico*, publicada en 1923 aquí en Berlín y que incluía tanto ejemplos de las obras de Plinio el Joven como trabajos de Charles Dickens, Emile Zola o Henry M. Stanley. Kisch resaltó a menudo, que nuestro género requiere pasión, curiosidad por el mundo y sus gentes, meticulosidad, entrega y un insaciable ansia de conocimiento. Precisamente estas cualidades eran también características de Heródoto.

Por cierto que sus *Historias* jugaron también un papel decisivo en un suceso que me ocurrió hace años. En 1964 hubo un golpe militar en Ghana. El ejército rebelde derrocó a Kwame Nkrumah, presidente del país. Yo estaba en Nigeria y apenas me alcanzó la noticia, viajé con el coche a Ghana. Pude cruzar la frontera sin obstáculos, pero justo antes de llegar a Accra me detuvo una patrulla militar.

Los soldados registraron mi equipaje y uno de ellos descubrió las *Historias* de Heródoto y *El Expreso Azul* de Agatha Christie. No sé si fue porque Heródoto le pareciera demasiado difícil o porque le resultara más fascinante el título *El Expreso Azul*; en cualquier caso, tras unos breves momentos de duda, confiscó la novela de Agatha Christie, a la que además recomendaban unas tapas de colores vivos. Suspiré aliviado. Heródoto podía quedarse conmigo. □

Conferencia de apertura de la ceremonia
de entrega del Premio de Reportaje
ULISES-LETRA INTERNACIONAL
edición alemana

Los retos de la cultura clónica

Enrique Bustamante

INTERROGANTES EN CASCADA

Recientemente, en un seminario internacional celebrado en Latinoamérica, se me pidió que pronunciara la ponencia principal en un panel cuyo lema central era el interrogante «¿Hombres de negocios u hombres de medios?»(1). Parecía inicialmente una pregunta simple e incluso simplista, si se orientaba tan sólo de forma personal, para dirimir si los dirigentes de los medios de comunicación debían ser preferentemente periodistas sensibles a la información y sus funciones sociales o podían proceder de cualquier otra profesión más orientada a la gestión de los negocios y del dinero. Lo que nos llevaría a una interminable discusión sobre si los periodistas, algunos periodistas al menos, no podrían transformarse o se estaban efectivamente mutando en hombres de negocios puros, o si los medios podían ser liderados y hasta controlados por expertos en finanzas y marketing, mejor dotados aparentemente para la selva del mercado moderno.

Sin embargo, la misma naturaleza de la pregunta y su reiterada formulación en los últimos años, insólita en cualquier otro sector económico, denotaba ya unas inquietudes y demandas sociales que exigían otras cuestiones en cascada. La primera y central apela a la naturaleza general o específica de la comunicación social en una economía de mercado, y puede ser a su vez declinada en varias perspectivas: ¿desde el mero punto de vista de la econo-

mía, tiene la comunicación y, más aún, la cultura en general en la que se integra, una singularidad que la diferencie sustancialmente del resto de los sectores mercantiles, por ejemplo, de una fábrica de zapatos?; y, yendo más lejos, ¿tienen la información y la cultura, desde una mirada sociopolítica en una democracia, una especificidad que las distancie de cualquier otro producto o servicio? Detrás de ambas disyuntivas aparecen opciones diferentes, no sólo sobre la personalidad y formación de los directivos de los medios, sino también sobre las condiciones de trabajo de los comunicadores de los medios.

Pero, a su vez, de la respuesta a esa interpelación dependen otras más relevantes aún: no sólo la ubicación de ese siempre cambiante cuarto poder, identificado por algunos recientemente con el poder económico después de haberse confundido peligrosamente durante años con el poder político ejecutivo; sino, especialmente, si el sistema de mercado, en sus diversas lógicas o modelos construidos históricamente en los medios de comunicación, basta para asegurar la competencia efectiva y transparente en un terreno en que, desde la perspectiva política, adquiere los trazos vitales del pluralismo como base insoslayable de la democracia representativa. Porque si consideramos este último punto tenemos que hablar del servicio público y su papel, de su equilibrio en cada sociedad con respecto a los medios mercantiles, pero también de las condiciones concretas que pueden garantizar que los medios privados compaginen su naturaleza mercantil con su sustancia de servicio social esencial. Y todo ello nos conduce al debate sobre el respeto a los públicos, en su doble cara

de consumidores y de ciudadanos, y a los mensajes informativos y culturales que pueden articular ambos perfiles.

He aquí cómo una pregunta aparentemente simple abre las puertas de un gran debate pendiente en muchas de nuestras sociedades. Pero las respuestas no pueden ser sino históricamente datadas, sobre las tendencias comunes que atraviesan a todos los países democráticos desarrollados, y sobre las tradiciones, herencias e hipotecas que determinan cuadros nacionales bien diversos. Intentaré en este texto dar cuenta de esas exigencias en cadena, aunque su complejidad, enraizada en la elección entre grandes modelos sociales, se compagine mal con las simplificaciones y los eslóganes.

CULTURA-COMUNICACIÓN:

NUEVAS TENDENCIAS DEL MERCADO

Aun a riesgo de malentendidos, me gustaría explicitar mis bases de partida sobre esta cuestión. Porque me siento muy lejos de las visiones apocalípticas que identifican la perversión de la comunicación y la cultura con su «caída» en la mercancía. Partiendo de la base, creo que incontestable, de que ambas cuestan caras y no se dan por generación espontánea al alcance de los ciudadanos, he defendido desde hace veinticinco años el concepto y la teoría de las Industrias Culturales, como término pragmático pero no acrítico, superador desde los años 70 de las connotaciones nostálgicas que acompañaron a su nacimiento, que reconoce directamente que una parte importante de la cultura y la comunicación prosperó y se desarrolló desde finales del siglo XIX gracias a su trans-

(1) Una primera versión de este texto fue presentada como conferencia en el Seminario titulado *A favor de lo mejor en los medios*, celebrado en Santiago de Chile a finales de mayo de 2003, y organizado por la Fundación Chile Unido.

formación tecnológica y mercantil. La prensa y el libro de masas, el disco y el cine y, finalmente, la radio y la televisión alcanzaron gracias a esas circunstancias una expansión nunca antes lograda en la historia de los contenidos simbólicos humanos.

En el haber del mercado está, pues, ese desarrollo de la creación y la recepción de la cultura y la información, cuyo peso sobre la generación de condiciones democráticas ha sido con frecuencia minusvalorado, bien sea en el modelo editorial con pago directo del consumidor, como en el libro-disco-cine-vídeo, bien en su lógica más acabada de modelo de flujo, pagado por el consumidor en forma de tiempo, a su vez trocado en el mercado por el dinero del anunciante, como en la radio y la televisión y, en parte, en la prensa escrita. Aunque en el debe de ese mercado pueda, lógicamente, apuntarse la raíz de muchas discriminaciones y censuras económicas, de la misma forma que muchos Estados consiguieron crear las condiciones para el acceso de toda la población a la comunicación por medios electrónicos, sin perjuicio de practicar muchas veces dinámicas políticas dominantes de censura y manipulación.

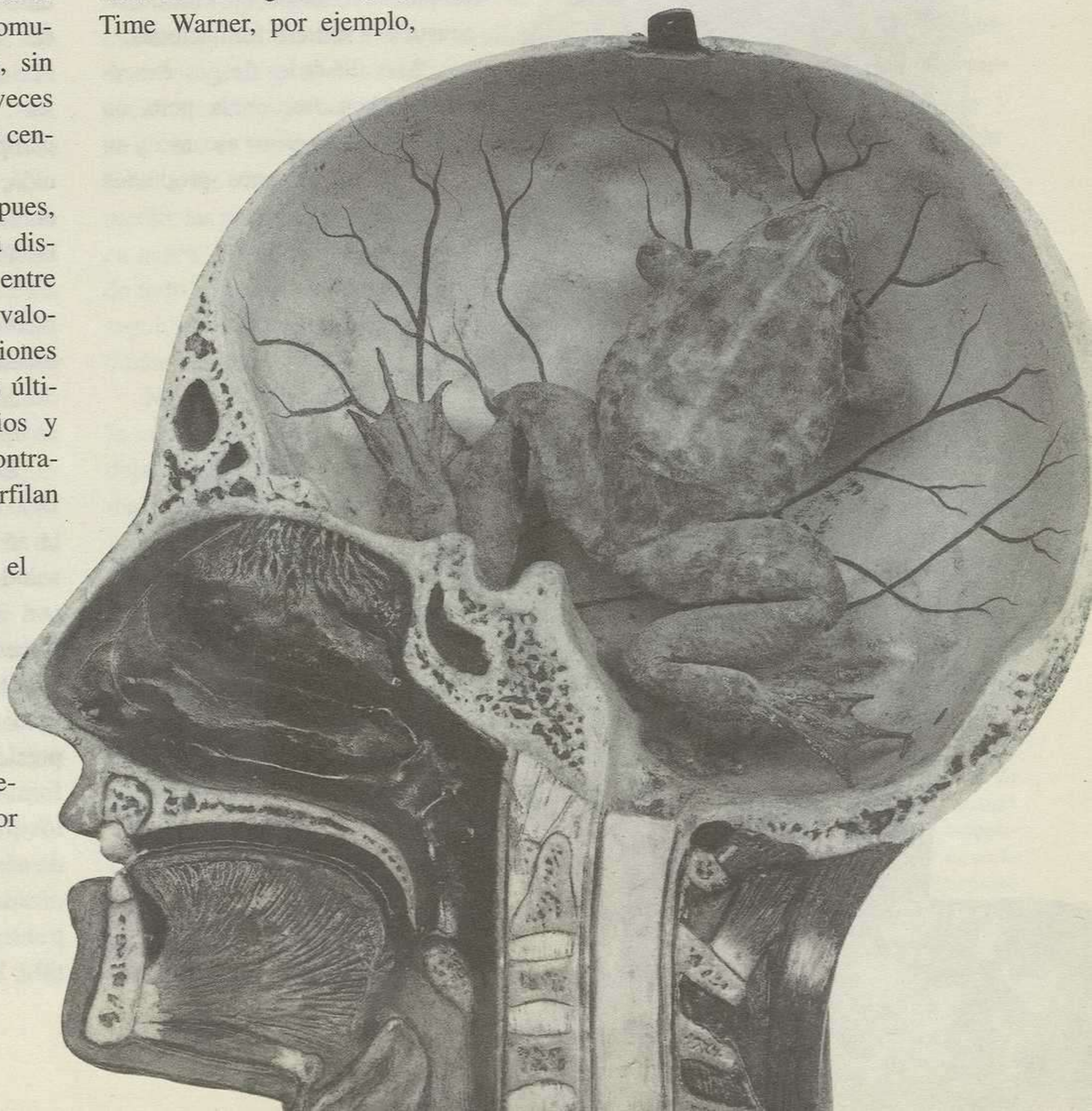
El debate no debería centrarse pues, a estas alturas, en una maniquea disyuntiva entre mercado y Estado, entre economía y política, sino en una valoración efectiva de las transformaciones sufridas por ambos planos en las últimas décadas, y en los principios y misiones, en las desviaciones y contrapesos que ambos mantienen y perfilan entre sí.

Comenzando por el mercado, el cambio más evidente en nuestro campo durante los últimos quince a veinte años es, sin duda, el gigantismo estructural que ha aquejado a los mayores grupos estadounidenses y europeos, y de otras regiones en menor

medida, que les ha hecho multiplicar su facturación por muchas veces —por tres en los años 90—, en la búsqueda de la mayor talla posible nacional e internacional, y en una diversificación multimedia que ha ido derivando desde la supuesta sinergia entre sectores culturales diversos hacia la máxima integración vertical en cada sector y la colonización acelerada de las nuevas redes. Grupos como AOL-Time Warner, Disney-Capital Cities, Viacom-Paramount, Bertelsmann,... tienen hoy ya dimensiones mastodónticas por facturación, plantilla y catálogos de derechos, y algunos como News Corporation de Murdoch operan en determinados soportes, en la televisión en este último caso, con una envergadura de operaciones prácticamente mundial. Sin embargo, esta realidad que ha llevado a algunos expertos a lanzar el fantasma de una cultura McWorld se encuentra atemperada por la todavía limitada internacionalización de esos grandes grupos (AOL-Time Warner, por ejemplo,

capta fuera de los EE UU todavía sólo un 35% de su cifra de negocios), por su endeudamiento muchas veces gigantesco como precio por un crecimiento externo aventurero que ha llevado a algunos al desmantelamiento (como Vivendi) y, especialmente, por las resistencias culturales de muchos países que demandan productos cercanos a sus raíces culturales. La integración vertical entre redes de distribución y contenidos, acelerada en los últimos años, es la amenaza más dura para la diversidad al discriminar fuertemente la difusión y la elección de los usuarios en función de las articulaciones de propiedad e intereses.

Menos destacado en la literatura internacional es el proceso similar que se ha llevado a cabo en el seno de muchos países industrializados, en donde algunos grupos nacionales se han expandido y diversificado también fuertemente en sentido horizontal y vertical hasta alcanzar características mul-



Manuel Vilariño
Cabeza de hombre soñando
1988

timedia hegemónicas en muchos campos de la información y la cultura. Porque estos fenómenos no se habrían podido dar en muchos casos sin la relajación —desregulación— de las normas que *a priori* protegían el pluralismo de posiciones oligopólicas e incluso de las que garantizaban *a posteriori* las reglas de oro de la libre competencia, y hasta sin la complicidad directa de muchos gobiernos en términos de sinergia entre poder político-económico y mediático. En el fondo de tales tendencias se descubre un sustrato común que minimiza los riesgos para la democracia y el mercado en aras de unos grupos privados fuertes —campeones nacionales— capaces de sostener por ello los colores y beneficios nacionales en la guerra

comunicativa por el mercado mundial. Y lo curioso es que esta ola ideológica mantiene su auge, aunque la observación empírica nos muestre que los mayores grupos diversifican sus intereses y censuras económicas en lugar de reforzar supuestamente su independencia, que se alían con los grandes grupos transnacionales en vez de resistirse a ellos y que, en último término y para competir en la arena internacional, precisarían concentrar tal peso financiero, devenir cuasi monopolistas en la práctica, que resultaría insoportable para una democracia en países de mercados pequeños o medianos. En cuanto a su presunta neutralidad informativa, basta contemplar cómo ensalzan la oferta de sus filiales o hermanas empresariales, cómo destacan el más leve suspiro de sus directivos y propietarios e incluso, en términos más recientes, cómo cultivan sus cuadrillas de escritores e intelectuales y marginan a los de la competencia, para entender el poder comunicativo como un híbrido de censuras y sobre-informaciones.

Más allá de los riesgos, exagerados con frecuencia pero no desdeñables en su ascenso y su potencia, de unos productos

McDonald uniformes y pan-difundidos a nivel internacional, y de las amenazas evidentes de tales procesos transnacionales y nacionales sobre el pluralismo político y de expresión, lo que se ha minusvalorado sorprendentemente son los efectos que para los creadores, los contenidos y los receptores están derivándose de tales fenómenos de crecimiento acelerado y concentración. Porque no se trata sólo de la constatación de que la información y la cultura son ya sectores de grandes expectativas de beneficios capitalistas, y de influencia indirecta sobre otros negocios, lo que supone un cambio sustancial de mentalidad que ha calado incluso en los medios bancarios. Se trata más bien de las intensas necesidades de capital y de beneficios que la expansión incontrolada lleva consigo. Casi todos los grupos importantes, a escala multinacional pero también muchas veces nacional, se han visto obligados así a acudir al mercado de capitales, a importantes empréstitos, emisiones de obligaciones, ampliaciones continuas de capital, entrada de accionistas financieros, salidas a la bolsa... en lo que podemos llamar una compulsiva tendencia a la financiarización, que se perfila como la principal consecuencia de la globalización sobre la cultura y la comunicación, la que se cierne sobre la gestión misma de los medios y, en cascada, sobre todos los escalones del proceso comunicativo desde el creador o comunicador hasta el receptor, sus hábitos y usos.

En otras palabras, las tasas de beneficio de un dígito, consideradas durante años como reveladoras de la buena salud de una empresa de medios, ahora son inútiles o ruinosas y han de ser imperiosamente trocadas en tasas de dos dígitos, a ser posible en crecimiento constante. De forma que la simple presión financiera permanente va transformando a los gestores principales de los medios de periodistas en hombres de negocios, salvo cuando algún comunicador demuestra una capacidad de transmutación considerable en ese sentido. Pero no se trata sólo de los máxi-

Manuel Vilariño
Serpiente
1985



mos directivos de las compañías, sino de las propias jerarquías y poderes establecidos en el seno de los medios que, como muestra el caso de la televisión, extensible a todos los medios y sectores culturales, ha ido trasladando el estrellato de los creadores-comunicadores (realizadores, productores, presentadores) a los programadores (los hombres del marketing) y, finalmente, a los directores financieros.

LA COMUNICACIÓN Y LA CULTURA CLÓNICA

El resultado de estas cada vez más insoportables dinámicas es, en definitiva, que el marketing y los superbeneficios se colocan en el puesto de mando, acabando con las delicadas ecologías que caracterizaban al mundo de los medios, a la cultura masiva en general. En otras palabras, la cara más palmaria de ese salto cualitativo en la mercantilización (*commodification*) es la aplicación intensiva de las técnicas de marketing testadas en los productos de consumo de masas a la distribución y la venta de contenidos culturales, con enormes inversiones en promoción, con lanzamientos intensivos de *fast-sellers*, de venta rápida y masiva que, poco a poco, intentan también aplicarse al diseño de la creación simbólica misma en la comunicación y la cultura, para crear lo que se debe vender: desde libros o discos que inundan los grandes almacenes hasta películas lanzadas en miles de copias que deben conseguir altísimas ventas en pocas semanas. Aun cuando, felizmente, el usuario de cultura muestre sistemáticamente sus peculiaridades con el rechazo y el fracaso de muchos de esos lanzamientos multimillonarios, tales estrategias van asfixiando paulatinamente a la creación minoritaria, renovadora, vanguardista, a las pequeñas y medianas empresas que tanto peso han tenido siempre en la renovación cultural, a las producciones locales enraizadas verdaderamente con las identidades nacionales. Y van poco a poco también instaurando el reino de la

repetición sobre fórmulas masivas de éxito, reiteradas mil veces con ligeras variaciones sobre rituales básicos, en lo que ha sido calificado de «reprocultura» (Yves Achille, 1997), y yo he propuesto denominar «cultura clónica», siempre favorable a la *glocalización*, es decir, a la adecuación local a cada «ventana» de mercado de productos diseñados para el mercado transnacional, que tiende a domesticar las identidades culturales locales.

Los grandes procesos televisivos me parecen en este sentido un observatorio privilegiado de análisis, porque la televisión siempre ha sido pionera en estos fenómenos de mercantilización desde que la «dictadura del audímetro» por minutos o segundos sobre cada programa se fue trasladando a los índices de venta en el mundo editorial o al control electrónico de taquilla en el *box office* cinematográfico. Pero podríamos extender estas observaciones a la prensa diaria o las revistas periódicas, cada vez más atadas por grandes campañas de marketing, por sus fascículos o regalos de todo tipo de *gadgets* sin relación con la cultura al tiempo que abiertas, incluso en el caso de la prensa de referencia o de élite, a los supuestos gustos del lector medio: las noticias del corazón, la crónica negra, al tratamiento sensacionalista de todo acontecimiento y, en general, al seguidismo sistemático respecto de la dinámica televisiva.

Más clara aún en su papel de pivote, la televisión publicitaria competitiva ha dejado atrás la simple ley de la programación menos rechazada y orientada a las grandes mayorías, para ahondar su conservadurismo comercial y su autismo respecto a la realidad exterior. Ya no se trata sólo de homogeneización de contenidos en las horas de *prime time*, con la consecuente marginalización o expulsión de los programas culturales (2) y educativos, sino de una invasión universal de los programas auto-referenciales, generados por la propia televi-

(2) Se ha estimado que los programas culturales ocupaban en 2002 un 2,1% de Antena 3 TV, un 1,5% de Telecinco y un 8,3% de TVE 1.

sión, del mestizaje y de la contaminación permanente entre ficción y realidad, de la eliminación sistemática de la oferta y los gustos de las múltiples minorías que componen la audiencia. El macrogénero de *infoshow* con sus múltiples declinaciones, *docushow*, *docugame*, *quizshow*..., más o menos discutidas socialmente (3), se expande invasivamente desde hace unos años en casi todos los países según formatos internacionales adaptados y de acuerdo con la teoría de la pepita de oro: descubierto un filón todos los mineros se apresuran a explotarlo hasta el agotamiento, para lanzarse inmediatamente, cada vez más rápidamente, hacia la siguiente mina (Bustamante, 1999). Y peor aún, los propiamente denominados *killer format* (formatos asesinos) —como *Gran Hermano*, como *Operación Triunfo*— no sólo arrastran la audiencia en un mercado horario sino que subordinan avasalladoramente a todo el resto de la programación propia e incluso colonizan la de sus competidores, multiplicando sus clones diversos en toda la gama posible durante un tiempo, aunque tales adicciones sean cada vez más aceleradas y entren en decadencia a la tercera o incluso a la segunda temporada (4) (5). Así, el sentido de la programación televisiva como catálogo de ofertas diversas para intereses múltiples, de subvención cruzada de programas mayoritarios a los

(3) En muchos países el debate público ha intentado distinguir en los *realities* entre televisión-basura y programas que soportaban valores sociales positivos. Sin embargo, el apelativo de «*realities* de superación» aplicado a OT y programas parecidos en un sentido benéfico, es bastante dudoso. Primero y sobre todo, porque estos programas mantienen la confusión entre realidad y ficción; segundo, porque su supuesto carácter de «solidarios» encubre una filosofía de competencia y éxito rápido individual; en último lugar, y una vez agotadas las vetas iniciales, dan entrada, indefectiblemente, a versiones cada vez más cargadas de suspense y morbo para mantener la audiencia.

(4) En España, la primera edición de *Gran Hermano*, iniciada en abril de 2000, alcanzó tres meses después los 9,3 millones de espectadores, pero cayó en la edición de 2002 a casi la mitad (4,6 millones de espectadores). En cuanto al gran éxito inicial de OT, su segunda edición ha perdido rápidamente fuelle y atractivo de audiencias.

minoritarios, de los productos «ricos» a los «pobres», queda seriamente dañado, prefigurando las estrategias de saturación en presencia en el resto de la cultura. Y más aún, el formato asesino televisivo, en cumplimiento estricto de su calificativo, se expande hacia el resto de los productos culturales, colonizando la venta de discos, libros, juegos, revistas, canales temáticos, mensajes telefónicos, *merchandising* de toda suerte..., y alimentándose incluso de sus críticos en los medios.

De esta forma y, por referirme al caso español, hemos podido ver cómo la programación infantil desaparecía casi completamente de las cadenas por no ser considerada un *target* rentable (6), mientras que estos espectadores especiales tienen que concentrarse obligadamente en los programas más lamentables para adultos. La propia ficción nacional, de gran éxito en los últimos años como en otros muchos países, y que permitía soñar con una industria audiovisual en ascenso, se bate en retirada frente a *realities* que apenas cuestan un 20% del gasto empeñado por un episodio de ficción. Mucho más grave aún, los telediarios, antes contemplados como un espacio público de vital importancia para la participación democrática, en tanto que única fuente informativa para una gran parte de la población,

(5) El intento de detener la caída de audiencia de los formatos de éxito, o de repetir su atractivo mediante clones, encuentra sus límites en el cansancio rápido del espectador. La vía de cargar de morbo y sexo las nuevas ediciones o copias perjudica además la imagen de la cadena, suscitando curiosas polémicas. En España, por ejemplo, el programa *Hotel Glam* (antes *Glamour*) ha dado origen a un debate en la prensa entre la productora, Gestmusic, y la cadena difusora, Telecinco, que se acusaban mutuamente de la culpabilidad de las escenas más soeces.

(6) Los programadores televisivos españoles consideran que la franja de audiencia de 4 a 12 años sólo representa el 6,5 % del total, y no atrae publicidad significativa. De forma que esta programación ha sido expulsada de los horarios vespertinos y sólo se mantiene en la franja horaria matinal y los fines de semana, alimentada casi únicamente con dibujos animados japoneses y estadounidenses. Los niños ven así prioritariamente, según las cifras de los audímetros, programas para adultos, incluyendo los peores *realities*.

están sufriendo una rápida desviación hacia el info-entretenimiento y alargan su metraje hacia los 60 minutos para dar creciente cabida a los deportes, las historias de personajes del corazón, la crónica negra, las noticias *light* o *soft*, e incluso la publicidad o el patrocinio (prohibidos por las normativas europeas) o la autopromoción. GH u OT, por ejemplo, han gozado repetidamente de atención en esos espacios, y la gala de Eurovisión de mayo de 2003 (Festival de Riga) disfrutó de espacios estables en todos los informativos de las cadenas de Televisión Española en tanto auténtico final de su Operación Triunfo. Una lógica ferozmente comercial que, paradójicamente, no resulta incompatible con dinámicas políticas y propagandísticas aparentemente anti-comerciales (7).

Desde otra perspectiva complementaria, el hecho de que estos formatos circulen a nivel internacional con meras adaptaciones al gusto local, parece elocuente sobre los caminos de la cultura global. Nacidos o reinventados con frecuencia en los últimos años en Europa (sobre todo, Endemol y sus filiales; enraizada en Holanda, es propiedad de Telefónica de España) han dado pie a algunos autores para mostrar un curioso orgullo por esta inversión de tendencia que permitiría al «viejo continente» exportar su «cultura» hacia el mundo, incluidos los Estados Unidos; aunque sean réplicas muchas veces de viejos formatos estadounidenses remozados, lanzados a nivel internacional bajo la curiosa vestidura comercial de las franquicias.

TRANSFORMACIONES EN LA «CAJA NEGRA»

Los ejemplos podrían multiplicarse hasta el infinito, como la irrupción de *quizz-*

(7) En España, esa omnipresente razón comercial ha mostrado ser compatible, como en los tiempos preparatorios y posteriores a la guerra contra Irak, con una manipulación sistemática pro-bélica de cadenas públicas y privadas (TVE y Antena 3 TV, especialmente) —en contra de la opinión abrumadora de las audiencias— que ha castigado duramente a sus tasas de audiencias.

shows cada vez más agresivos, o como la suplantación de los documentales —ya prácticamente desaparecidos— y de los informativos mismos por múltiples programas del corazón e incluso por algunos de cámara oculta en los que el supuesto periodismo de investigación escoge temas anodinos o colabora a provocar el delito para después denunciarlo. Pero la conclusión es coincidente: el abandono de las potencialidades culturales, educativas, cívicas del medio en beneficio de una concepción de la comunicación-acontecimiento, autorreferencial y endogámica al medio mismo, que se ampara siempre en la justificación de «el público lo quiere», pero se orienta —mediando audímetros y una concepción reductora y pasiva del público— hacia dinámicas mercantiles puras de costes-beneficios y hacia lógicas publicitarias extremas que nada tienen que ver con los deseos del público.

Sin embargo, todas estas transformaciones recientes no podrían explicarse sin más por los cambios en la propiedad y sus lógicas, sin tener en cuenta lo que sucede en la «caja negra» de los medios en donde se producen los procesos de creación y empaquetamiento de los significados simbólicos. Porque, una vez más, no se trata de centrarse en una insuficiente visión conspirativa incapaz de permitir una comprensión del mundo, sino de entender los complejos procesos con los que se produce y re-produce la realidad. Lo que nos retrotrae de nuevo hacia la pregunta inicial de «¿Hombres de negocios u hombres de medios?», pero declinada en un abanico diverso que va desde los directivos y los escasos periodistas-estrella hasta la masa más bien anónima que elabora de forma sistemática los contenidos de los medios.

Y aquí, en la prensa, la radio y, de nuevo de forma intensiva en la TV, se han producido también cambios cualitativos importantes en los últimos años que pasan por procesos de creciente precarización de la profesión periodística —y, en general de los comunicadores y los creadores— y

por la imposición de elementos de flexibilidad, movilidad y polivalencia, con sus correlatos en la des-especialización, la subordinación tecnológica, la imposición de una razón económica mucho más coercitiva que nunca (Rieffel, 2001). Es así cómo, en contradicción paradójica con una mejora sustancial en los niveles de titulación y formación de los comunicadores e incluso, en otro orden de cosas, con fuertes incrementos de productividad constatados por la informatización, la capacidad de resistencia de los informadores y creadores se va debilitando al tiempo que se entroniza un tiempo coactivo y una velocidad propia del capital pero hostil a la cultura y la información de calidad. Culminación de un proceso de dos décadas, las redacciones digitales o *newsroom* de muchas televisiones, y radios y periódicos, ejemplifican esa presión temporal y productiva sobre comunicadores que no sólo realizan ya la totalidad de las funciones necesarias sino que también tienen que declinar la información elaborada en múltiples soportes y lenguajes (lo que algunas multinacionales han denominado el *anycasting*), sin tiempo ni medios para garantizar la veracidad y

calidad de sus mensajes (8), en perjuicio de la diversidad y el pluralismo efectivos para los consumidores-ciudadanos.

Habría que preguntarse si estos fenómenos no vienen propiciados por una enseñanza, universitaria incluso en muchos casos, que ha dimitido de su función de formar comunicadores críti-

cos y responsables para conformarse con ser fábricas de técnicos en información. Mediando después un adecuado proceso de cooptación y de promoción interna, los creadores de información, —eslabón débil del proceso comunicativo y cultural—, se encuentran así en unas condiciones laborales que tienen también, añadidos a las consecuencias de cualquier otro sector, graves efectos sobre los equilibrios informativos y de poder en los medios y, en definitiva, sobre la libertad de expresión misma. Especialmente cuando a tal debilidad en el seno de las empresas, se unen las omisiones y dimisiones de una legislación que, en muchos países y en España en concreto en el análisis reciente de un jurista, no ha querido o podido proteger los derechos de quienes tienen encomendada socialmente una función tan trascendental (Escobar, 2003). La acumulación de casos extremos de periodistas, en los EE UU y Europa, que inventan o manipulan descaradamente las noticias no es más que la punta del iceberg de estos fenómenos y no una simple aberración individual.

(8) La denominación, cada vez más usual en la literatura anglosajona, de *media workers*, ilustra bien esta proletarianización del trabajo creativo en la información que podría extenderse al conjunto de la cultura.



Manuel Vilariño
Cráneo con sapo
1986

EL SERVICIO PÚBLICO EN LA ERA DIGITAL

En el marco de tendencias que hemos intentado sintetizar, parece indudable que correspondería al servicio público el papel no sólo de equilibrio del sistema y garantía del pluralismo, político y sobre todo de expresión y creación, sino también la misión de actuar como referencia de calidad, atemperando al menos los procesos más perniciosos del mercado. Y sin embargo, su instrumento más poderoso, la radiotelevisión pública gestionada por el Estado, ha acentuado también, en el mismo movimiento de comercialización general, sus crisis —de principios, financiera, de audiencias— hasta llegar en muchos casos a su privatización o jibarización, o al menos a dejarse tentar por los mismos objetivos de rentabilidad económica y de audiencias, en lugar de medirse por su rentabilidad social. Aun así, se presentan cuadros muy diversos según los países, incluso en la propia Unión Europea, como función de las tradiciones, las resistencias y la conciencia democrática de cada país (Bustamante, 2003).

En el Reino Unido o Alemania, en donde una larga tradición permitió paulatinamente asentar unas radiotelevisiónes públicas autónomas del poder político y estables económicamente, la crisis y las polémicas no han podido evitar un reforzamiento de la financiación pública y planes estratégicos que encaran el futuro, entre ellos una expansión y diversificación del servi-

cio público a un entorno multicanal y multiservicios, en todos los soportes digitales incluyendo Internet. Como proclamaba un reciente documento de la BBC, el nuevo papel añadido de este organismo era asegurar los beneficios del mundo digital a todos los ciudadanos, evitando el peligro de fractura social entre los ricos y los pobres en información (*The BBC Beyond 2000*). También, aunque con menor firmeza y en medio de periódicas polémicas, las televisiones públicas francesas han autolimitado su captación publicitaria y reforzado sus misiones de servicio público.

En el polo opuesto, países con una escasa tradición de servicio público como España y Portugal han apostado desde hace años por la captación publicitaria como única o dominante fuente de financiación, compatible con una tradición de manipulación política sistemática por los partidos en el poder. El resultado ha sido en ocasiones, como en el caso español, una notable y mantenida tasa de audiencias, pero también un endeudamiento acumulado gigantesco —más de 6.000 millones de euros en RTVE en 2003— que se convierte en la fuente financiera hegemónica, una sistemática desviación de sus programaciones hacia la competencia comercial y un cuestionamiento permanente de su propia existencia desde la sociedad. Además, y en un entorno insoslayable de incremento de canales y de fragmentación de los públicos que no puede hacer más que

crecer en el entorno digital del próximo futuro, estas televisiones públicas y sus gobiernos se han mostrado incapaces de afrontar el futuro digital, con estrategias caóticas y resultados mediocres (Bustamante, 2002).

En definitiva, y como numerosos documentos de la U E han constatado, en un mundo de aparente abundancia y proliferación de la comunicación como el que ha comenzado a construirse, en una proclamada sociedad de la información en donde esta última es un elemento estratégico de primer orden, el servicio público integral en la radiotelevisión no sólo continúa siendo necesario sino que se ha convertido en un elemento cardinal del Estado de Bienestar, como la sanidad, las pensiones de jubilación o la educación con la que comparte muchas articulaciones (Calabrese/Burgelmann, 1999). En resumidas cuentas, si no hay acceso general a la información y la comunicación de calidad no es posible defender, ni siquiera teóricamente, el mito fundador de la igualdad de oportunidades que basamenta toda democracia. Pero su realización efectiva y su peso referencial han de estar basados tanto en la independencia y el pluralismo del servicio público como en la autonomía financiera que sólo el dinero público puede asegurar. Lo que no resulta incompatible —en tiempos de crisis fiscal del Estado— con una captación publicitaria voluntariamente autolimitada, por debajo siempre de lo que su propia tasa de audiencia permitiría aco-

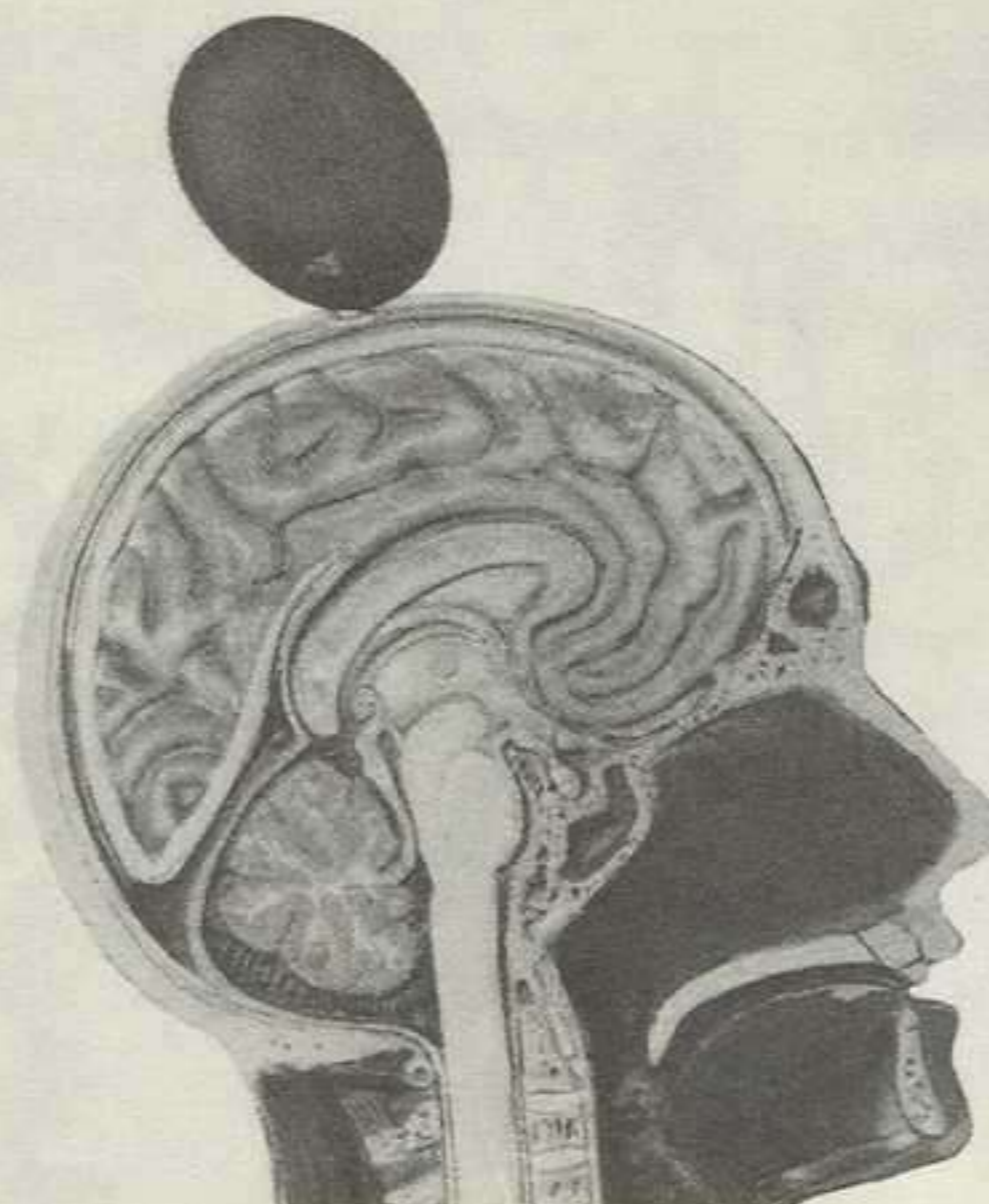
Manuel Vilariño

Cabeza con hongos

Cabeza con diabasa

Muñeco con estrella de mar

1984

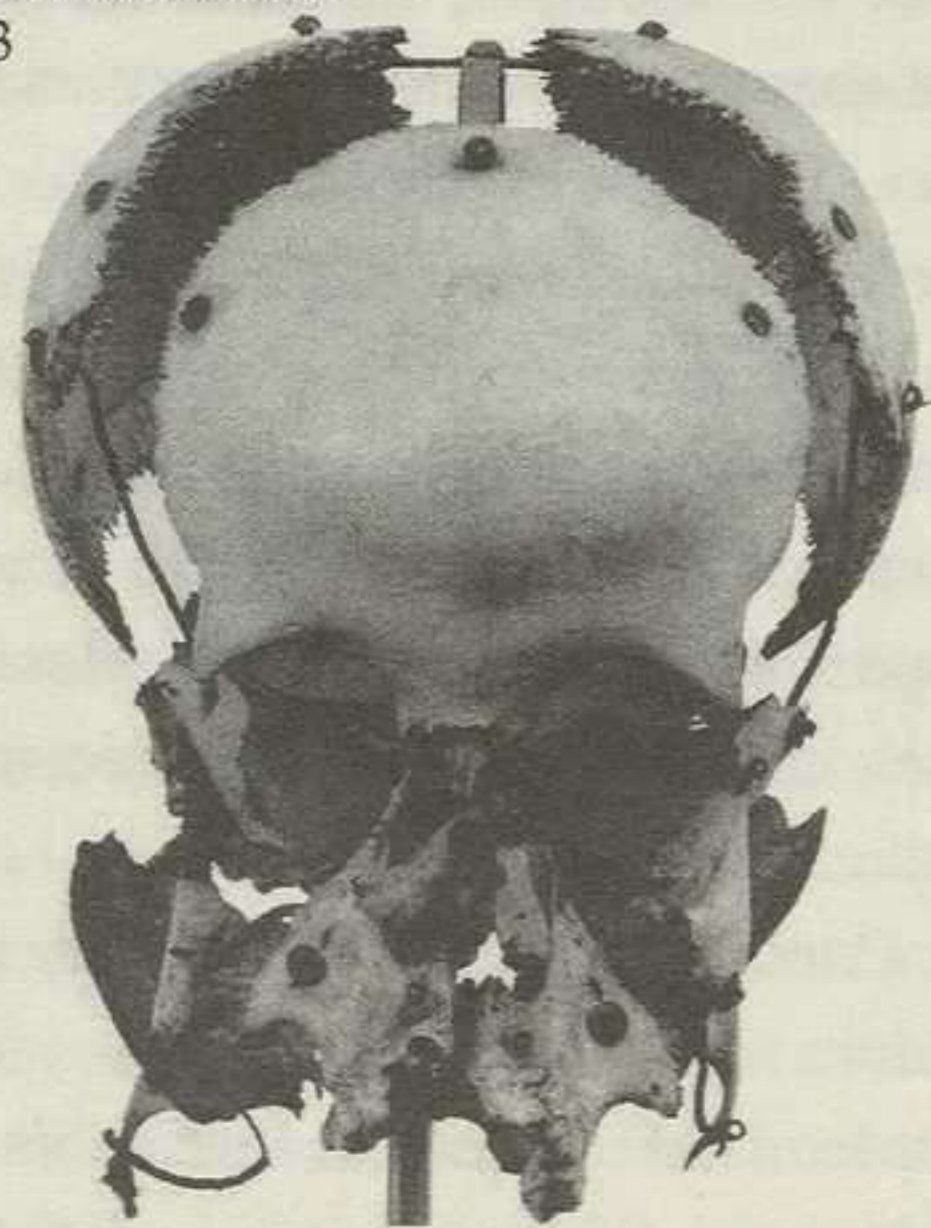


piar y extremadamente cuidada en fórmulas y tiempos, compatibles siempre con su naturaleza esencial (Moragas y Prado, 2000).

EL SECRETO RESIDE EN EL EQUILIBRIO

No ignoro las polémicas y realidades que han marcado el sistema televisivo y comunicativo de los países latinoamericanos. Y debo expresar por anticipado mi respeto a sus peculiares dinámicas e incluso mi admiración hacia algunas originales construcciones de partida, como el sistema chileno. De forma que la salvaguarda del servicio público debe adoptar en cada país una forma peculiar, adecuada a sus tradiciones y sus realidades, más allá de un aparato estatal y centralizado como en la mayor parte de los países europeos, difícil de crear o restaurar ya en muchos otros países. Trascendiendo estas experiencias y especificidades nacionales, podríamos asegurar que el secreto común a todos los sistemas comunicativos y culturales ricos reside en el equilibrio y en la armonía no sólo entre competidores, entre grandes grupos y medianas empresas, entre medios nacionales y locales, sino también entre el mercado y el no-mercado, y por tanto entre la financiación publicitaria y la pública. Esa podría ser la conclusión más destacada de dos investigaciones que he llevado a cabo con un amplio equipo los últimos tres años en los campos más destacados de la cultura

Manuel Vilaríño
Cráneo articulado
1983



y la comunicación, incluyendo los preparativos para su transición al mundo digital (ver Bustamante, 2002 y Bustamante, 2003).

Así, en el sistema de radiodifusión ese equilibrio debería concretarse no sólo en unas televisiones públicas fuertes, sino también en unas cadenas privadas saneadas y estables que colaboren a la producción audiovisual y cultural, a la identidad cultural y el enriquecimiento del espacio público. Pero para ello, además del acceso a un mercado publicitario suficiente ha de existir una regulación que garantice la competencia transparente y efectiva entre sí y con el servicio público, el pluralismo real en su seno, la diversidad de elección del usuario, los derechos del consumidor... En primer lugar porque la comunicación social, y los medios electrónicos en particular no resultan asimilables a cualquier otro mercado y porque las empresas privadas usufructúan un bien público como las ondas que debe ser compensado por normas sobre la publicidad, la información, la producción independiente, el derecho de réplica... Además, y como en tantas otros mercados crecientemente complejos, pero mucho más en sectores políticamente tan sensibles, sólo la consolidación de autoridades de regulación auténticamente autónomas y potentes pueden asegurar esa reproducción armónica del sistema, con competencias sobre las cadenas públicas y privadas, por encima de toda sospecha. En fin, la DTT o televisión digital terrestre constituye una ocasión única para asegurar ese equilibrio hacia el futuro, a condición de situarla como motor de la renovación de la televisión abierta y gratuita, y de repartir programas y múltiples de forma equitativa entre canales públicos y privados (Bustamante, 2003).

Mutatis mutandi, esa línea es extensible al conjunto de las Industrias Culturales en donde las nuevas redes y soportes digitales brindan una ocasión de oro para reformar la comunicación y la cultura en un sentido de profundiza-

ción de la democracia al tiempo que como sectores punteros de la creación de riqueza y de empleo. A condición, naturalmente, de que lo público lidere una transición en beneficio del interés general, con nuevas políticas públicas unificadas y coherentes de cultura y comunicación.

Construir y mantener ese sistema de contrapesos y equilibrios no es ciertamente fácil. Traducirlo y consolidarlo en el nuevo entorno digital que está naciendo es un desafío más complejo aún. Pero de ese reto depende algo tan vital para nuestro porvenir como el crecimiento económico y el destino del espacio público democrático. En definitiva, la articulación entre economía y democracia en la comunicación y la cultura sigue estando en la raíz de una opción básica: la elección del modelo de sociedad y de desarrollo que cada país debe decidir. □

REFERENCIAS:

- Achille, Yves (1997), «Marchandisation des industries culturelles et développement d'une réproculture», *Sciences de Société*, n° 40, Toulouse.
- BBC (1999), *The BBC Beyond 2000*, (www.bbc.uk).
- Bustamante, Enrique (1999), *La televisión económica*, Gedisa, Barcelona.
- Bustamante, Enrique (coord.) (2002), *Comunicación y cultura en la era digital. Industrias, mercados y diversidad en España*, Gedisa, Barcelona.
- Enrique Bustamante (coord.), (2003), *Hacia un nuevo sistema mundial de comunicación. Las industrias culturales en la era digital*, Gedisa, Barcelona.
- Calabrese, Andre, y Jean Claude Burgelman (comps.) (1999), *Communication, Citizenship and Rethinking of the Welfare State Social Policy*, Rowman & Littlefield, Maryland.
- Escobar, Guillermo (2003), «Regulaciones y déficit de una profesión emblemática: el derecho de los periodistas», *Telos*, n° 54, enero-marzo, Madrid.
- Moragas, Miquel y Emilio Prado (2000), *La televisión pública a l'era digital*, Barcelona, Portic.
- Rieffel, Rémy (2001), «¿Hacia un periodismo móvil y polivalente?», *Quaderni*, N° 44/45, otoño, París.

Hobsbawm: La historia y la vida

Josep Fontana

Las memorias de Eric Hobsbawm, *Años interesantes. Una vida en el siglo xx*, (Editorial Crítica, 2003) son un libro extraordinario en su doble dimensión de relato de una vida y de reflejo de un siglo del que el autor ha sido no solamente un cronista, sino un testigo excepcional. Dos dimensiones, la de la historia y la de la vida, que se funden en estas páginas porque, como ha dicho Hobsbawm, «las vidas privadas están incrustadas en el ámbito mucho más amplio de las circunstancias históricas». Hobsbawm, que analizó estas circunstancias en el libro que dedicó a ese siglo xx que ha sido, nos dice, «el más extraordinario y terrible a la vez de toda la historia», nos lo muestra ahora desde otro enfoque, el de la experiencia vivida. La experiencia de alguien que conoce muchos países y ha presenciado muchos acontecimientos, y que tiene, además, la singularidad de ser un historiador y un hombre de izquierda. Hobsbawm es consciente de que el trabajo del historiador implica un compromiso con el presente. Para decirlo con sus mismas palabras, «la mayoría de los historiadores (...) saben que al investigar el pasado, hasta el más remoto de los pasados, también piensan y expresan opiniones por lo que concierne al presente y a sus intereses». Por otra parte, ser un historiador de izquierda conlleva que este compromiso se haga explícito y que esté encaminado en última instancia, y lo diré también con palabras del propio Hobsbawm en una entrevista publicada hace unos años en Italia, «a cambiar, o por lo menos criticar, el mundo». Entenderán así porque he evitado usar, en relación con su trabajo de historiador, no en lo que se refiere a sus posiciones políticas, el ad-

jetivo «marxista», que puede llevar a confusiones con una práctica académica de la historia en los países del este de Europa que invocaba en vano el nombre de Marx, pero que no puede decirse que fuera de izquierda, por cuanto no tenía ni la voluntad de cambiar, ni la posibilidad de criticar, su propio entorno.

Años interesantes ha recibido hasta ahora elogios generales, aunque entre sus críticos los había que aguardaban con cierto afán morboso a ver de qué modo el autor pasaba cuentas de su relación con el comunismo, y algunos parecen haberse sentido defraudados al no encontrar aquí una de esas conversiones espectaculares, uno de esos actos de abjuración y penitencia —de hinojos, golpeándose el pecho y con ceniza en la frente— a que nos han acostumbrado los historiadores franceses y los ministros del PP que un día fueron rojos. A mí, si me perdonan ustedes este inciso, esas conversiones suelen producirme inquietud, porque casi nunca son para mejorar; vean, si no, el caso del actual presidente de los Estados Unidos, a quien Dios apartó en mala hora de la botella. Por regla general los conversos se veían mejor antes de caer del caballo.

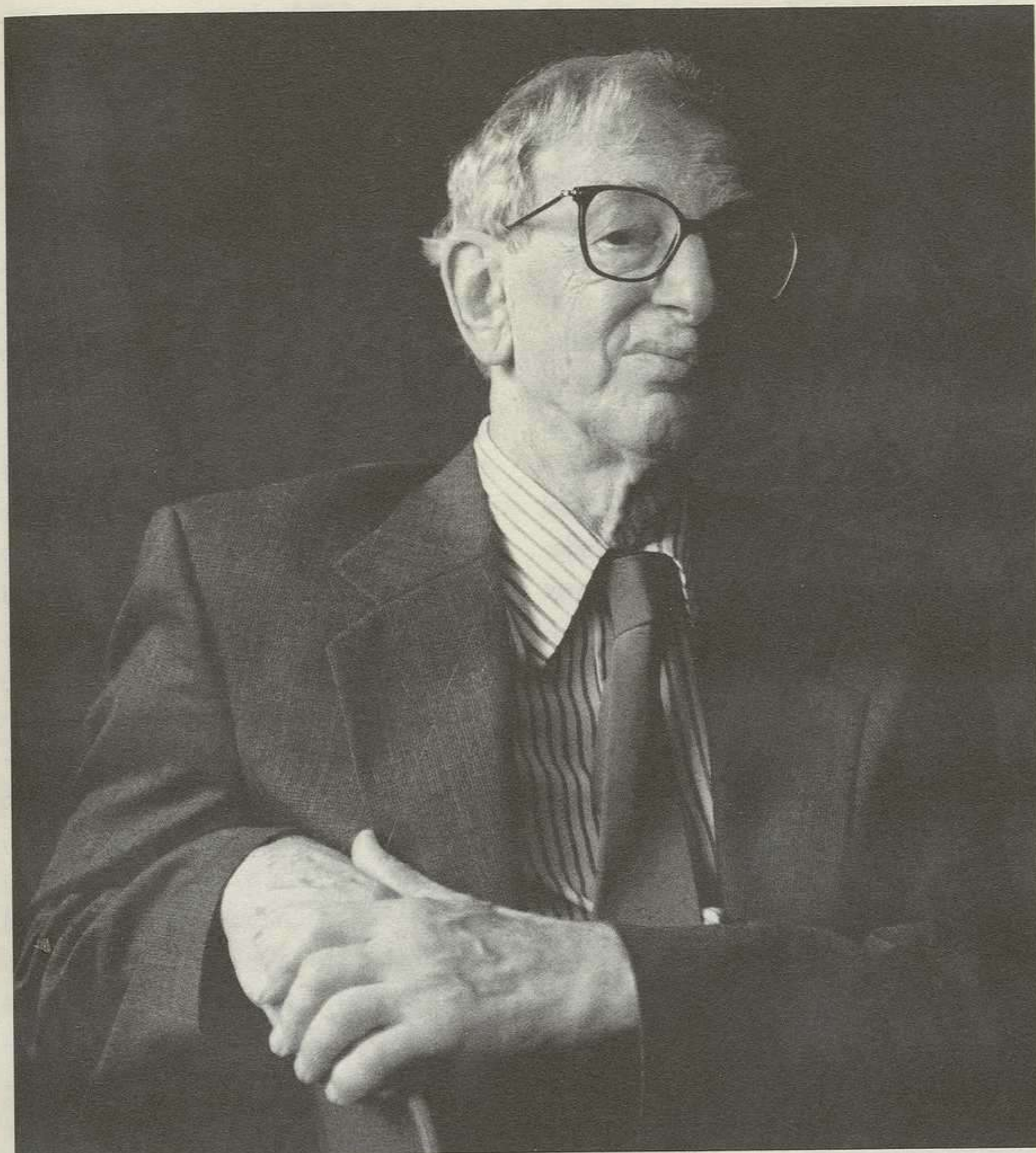
Y no es que Hobsbawm haya eludido el problema. Lo plantea desde el mismo momento en que nos habla de su encuentro con el comunismo en su primera juventud, cuando creyó ver encarnadas en él sus esperanzas de lucha por un mundo mejor, que resultarían finalmente defraudadas. Más adelante dedica un amplio capítulo a lo que significaba «ser comunista», esto es a explicarnos no ya el «por qué», que es lo más sencillo, sino el «cómo»: a decirnos qué implicaba realmente, cotidianamente, ser miembro de un partido comunista en

un país donde éste no tenía posibilidad alguna de acceso al poder.

De hecho el tema de la relación con el comunismo está presente a lo largo de buena parte del libro. ¿Cómo podría separarlo de su vida alguien que ha tenido que sufrir las consecuencias de la exclusión a que se vio condenado desde los primeros años de la guerra fría? He dicho de la exclusión, y no de la persecución. Hobsbawm desdramatiza los acontecimientos y nos advierte que lo sucedido en Gran Bretaña no tuvo nada que ver con la caza de brujas de los Estados Unidos. Pero si miran ustedes la lista de los llamados «historiadores marxistas» británicos podrán ver que entre ellos, de Christopher Hill a Edward Thompson, pasando por Eric Hobsbawm, figuran algunos de los nombres más importantes de la historiografía del siglo xx. Y podrán comprobar, al propio tiempo, que ninguno de ellos llegó a una cátedra en las grandes universidades británicas.

El complemento necesario de esta observación debe ser el de recordar que, por otra parte, los libros de estos excluidos en Gran Bretaña tampoco eran recibidos con entusiasmo al otro lado. Por ejemplo, ninguno de los de Hobsbawm fue entonces traducido al ruso. Esto puede ayudar a aclarar la diferencia que hay entre una historia «para cambiar, o por lo menos criticar, el mundo», por decirlo con las palabras del autor, y una visión codificada que responde en cada momento a los intereses cambiantes de un partido, como pedía literalmente Stalin.

Conocí hace unos años a una historiadora soviética, miembro de la Academia de Ciencias, que había asumido estas limitaciones sin ni siquiera



Eric J. Hobsbawm

darse cuenta de ellas. Un día me explicó que en la Academia estaban preparando una historia de Europa en varios volúmenes y que el problema que tenían para concluirla era que quienes se ocupaban de la Edad Antigua y de la Edad Media tenían unos tremendos debates metodológicos que les impedían completar el texto. «En cambio los que nos ocupamos del siglo XX —añadió— no tenemos problemas; estamos completamente de acuerdo.» Y en este caso concreto puedo asegurarles que no se trataba de cinismo, sino de ingenuidad.

Hobsbawm nos habla también de la suerte de hombres y mujeres que vivían en países de la Europa del Este en que los partidos comunistas alcanzaron el poder, en unas páginas que merece la pena leer para entender mejor muchas cosas que suelen plantearse en términos demasiado esquemáticos y simplistas.

Yo he conocido de cerca el drama de varios historiadores de países «del socialismo real» que pueden ilustrar esa complejidad. Historiadores que eran de izquierda, pero no «marxistas» en el sentido ortodoxo, esto es en el mal sentido, de la palabra. Como Manfred Kossok, que figuraba entre quienes habían luchado por cambiar desde dentro la República Democrática Alemana y que, viendo cómo algunos políticos que habían gozado de todos los privilegios en el régimen que se estaba hundiendo cambiaban sin ningún reparo de chaqueta, se preguntaba: «¿Para qué has trabajado y vivido durante cuarenta años? ¿Cuánto tiempo necesita un individuo para cambiar una identidad formada durante cuarenta años?». Otro caso parecido fue el de mi amigo Manuel Moreno Friginals, que acudió a Cuba para luchar por la revolución, pero no consiguió nunca que le permitieran

enseñar en la universidad porque, como me dijo un día una mediocre funcionaria cubana, «este es poco marxista». El tercero, el único que aún vive, es un modesto historiador checo, discípulo de Polisensky, que nunca gozó de privilegio alguno y que ni siquiera era miembro del partido comunista. Pero que un buen día, cuando ya habían pasado las llamadas revoluciones de terciopelo, me dijo con toda sencillez: «Y, sin embargo, yo sigo sintiéndome socialista».

Pero dejemos a un lado estas cuestiones, a las que tal vez estoy dedicando demasiado tiempo, porque en este libro hay mucho más que esto. En la medida en que hombres como Hobsbawm se habían aproximado al comunismo pensando que podía ofrecer una solución a los problemas sociales de su tiempo, es lógico que sean estos problemas los que ocupen un lugar central en sus recuerdos. Hay aquí, por ejemplo, un intento de valorar las revoluciones de los años 60, escrito por quien estaba en Berkeley en 1967 y en París en mayo de 1968. Hay una visión lúcida de la contrarrevolución política, social y cultural de la señora Thatcher y de la forma en que sus consecuencias han conducido a debilitar la izquierda británica. Hay un espléndido capítulo acerca de una Francia, que, según nos dice Hobsbawm, «ha formado parte de» su «vida durante cerca de setenta años». Y otro dedicado a lo que constituye uno de los misterios más inexplicables de la historia de Europa en las últimas décadas: el fracaso de esa izquierda italiana, que en los años 70 parecía estar esperando un turno que no podía dejar de llegarle para ascender al poder y transformar el país. Hay también unas páginas admirables sobre América Latina, que, nos dice Hobsbawm, «cambió mi perspectiva de la historia del resto del planeta, aunque sólo fuera porque eliminó la línea divisoria existente entre los países “desarrollados” y el “Tercer Mundo”, el presente y el pasado histórico». Y junto a ello una visión equilibrada de los Estados Unidos, donde se mezclan la capacidad de comprender una realidad social y cultural compleja, faci-

litada tal vez por la vía de aproximación que ha sido su pasión por el jazz, y el distanciamiento respecto del nuevo imperio americano, propio de quien ha vivido de cerca la caída de dos imperios distintos, el austrohúngaro de su primera juventud y el británico de su madurez. Lo cual le conduce a un pronunciamiento final contradictorio hacia una cultura, la estadounidense, que es y no es la suya. Todo esto, en su conjunto, hace de este libro, como el propio autor nos dice, «la cara dos de la *Historia del siglo XX*».

Este es, lo he dicho desde el principio, un libro de izquierda. Y he dicho también, usando palabras de Hobsbawm, que lo propio de la izquierda es combinar una visión crítica del presente con el propósito de seguir luchando para transformarlo. La mayoría de los análisis de conjunto del siglo XX que han publicado los historiadores en estos últimos años acaba en balances catastróficos de una época de brutalidad y genocidio, que se asocian por lo general a las consecuencias de las dos guerras mundiales, sin olvidar a algunos que se limitan a atribuir todos los males a la acción de las ideas revolucionarias. Estos últimos suelen ser casi siempre conversos, que parecen más irritados que nunca en estos momentos, cuando la desaparición del fantasma del comunismo los ha relegado a una posición irrelevante: tal es el caso de Robert Conquest, que fue colaborador de los servicios de inteligencia británicos de 1946 a 1956, y que en sus *Reflexiones sobre un siglo devastado*, a la vez que se dedica a explicarnos los horribles daños que causaron las ideas revolucionarias, no puede ocultar su frustración ante el éxito de los libros de Hobsbawm y la expresa literalmente.

Estos balances del siglo XX que denuncian, no sólo el pensamiento revolucionario, sino todas las propuestas para cambiar un mundo manifiestamente mejorable, suelen pasar por alto los daños causados por las ideas y las acciones contrarrevolucionarias o por ese inmenso crimen colectivo que ha condenado al llamado Tercer Mundo a la pobreza. Es más, como escribió hace

poco Edward Said, estamos ante una oleada de revisionismo que reivindica el colonialismo como una fuerza civilizadora y demoniza a los Nkrumah, Lumumba o Nasser como responsables de los males que sufren hoy sus países. Lo cual no tiene nada de inocente, porque no se trata de una nueva moda académica, una especie de postimperialismo que vendría a reemplazar al poscolonialismo que estaba en boga en los últimos años, sino de una toma de posiciones políticas. En palabras del propio Said, «una de las tácticas fundamentales de este revisionismo consiste en interpretar el poder imperial norteamericano actual como ilustrado e incluso altruista, y proyectar esta ilustración hacia el pasado». Irak sería, así, un ejemplo más de esa «carga del hombre blanco» de que se enorgullecía en su tiempo Kipling, cuando incitaba a los norteamericanos a que les arrebatasen las Filipinas a los españoles, a quienes obviamente no consideraba blancos, con el fin de civilizarlas. No estoy muy seguro de si somos ya lo suficientemente blancos como para que merezcamos participar en la actual tarea de civilización de Irak: espero y deseo que no.

A diferencia de estos vendedores de catástrofes que usan su visión del pasado para negar la posibilidad de un progreso social y pedir que se detenga el tren de la historia, Hobsbawm, sin ocultar los aspectos negativos del siglo XX, de un siglo que ha visto más muertes por guerra, persecución y genocidio que toda la historia humana anterior —aunque el XXI empieza por buen camino para superarlo—, ha sido capaz de establecer un balance que toma en cuenta también el aporte positivo de una época de contrastes, a cuyo fin el mundo estaba en algunos aspectos mucho mejor que a su comienzo, gracias en buena medida a los esfuerzos y a la lucha de los hombres y las mujeres que, en medio de los desastres y las matanzas, consiguieron consolidar avances y mejoras que no se han perdido: conquistas de amplio alcance como los espacios de libertad que las mujeres han obtenido, por lo menos en el

mundo desarrollado, o como esos elementos de cambio cultural que la reacción conservadora no ha conseguido eliminar, pese a haberlo intentado con todas sus fuerzas. Junto a otros más limitados tal vez, pero no menos significativos, como los conseguidos en la lucha por los derechos civiles que permitió acabar con el régimen de *apartheid* de los Estados Unidos, que había salido intacto de la Segunda Guerra Mundial: ¿quién hubiera imaginado en 1945 que un afroamericano podía llegar a ser secretario de Estado de los Estados Unidos? El hecho no deja de ser importante, aunque el tal secretario sea Powell.

De ahí la aparente paradoja de que, de todos los balances del siglo publicados en estos últimos años, sea precisamente el que nos ofrece, en la doble perspectiva de la historia y de la vida, un hombre que ha visto hundirse buena parte de sus ilusiones de juventud el que nos da la más esperanzadora de las perspectivas de futuro. Una esperanza que se asienta en esa norma fundamental que Gramsci expresó con tanta lucidez: «pesimismo de la inteligencia y optimismo de la voluntad»; conciencia de la gravedad de los problemas de nuestro tiempo, pero también confianza en que es posible remediarlos.

Porque, al cabo, en esto consiste fundamentalmente el mensaje perenne de la izquierda: el viejo mensaje de Tom Paine, que sostenía que está en nuestras manos volver a empezar el mundo de nuevo o el que en 1848 proclamaba que tenemos ante nosotros un mundo que ganar. Este mensaje es precisamente el que nos transmiten las palabras finales de esta autobiografía, que resultan dramáticamente actuales en estos días de horror y confusión. Unas palabras que dan sentido a una vida, que explican este libro, y que sintetizan la lección que ha querido transmitirnos a lo largo de toda su obra este cronista y testigo de nuestro propio tiempo: «No abandonemos las armas, ni siquiera en los momentos más difíciles. La injusticia social debe seguir siendo denunciada y combatida. El mundo no mejorará por sí sólo». □

El traductor ataca de nuevo

Fernando de Valenzuela

Volvía yo una tarde a casa, hace cosa de veinticinco años, cuando me encontré con la sorpresa de que un amigo me estaba esperando en el salón. Apenas cabían sus largos y angulosos huesos en un sillón que hubiera acogido con holgura a cualquier otra visita inesperada. Se levantó a darme un abrazo, sonriendo con toda la cara, como de cos-

tumbre, pero con una mezcla de curiosidad y timidez en los ojos, como si le estuviera pidiendo disculpas a su traductor, del que hasta entonces sólo conocía la voz y la letra, por invadir su casa sin previo aviso.

Traía una botella de *slivovice* de regalo y al cabo de media hora de charlar y de brindar por el encuentro ya sabíamos que

más de la mitad de nuestros mejores amigos eran compartidos, que éramos dos cazadores de ideas, con el agravante, en su caso, de saber usarlas.

No era en realidad un encuentro igual de novedoso para ambos, porque Milan Kundera apenas sabía nada de mí hasta entonces, mientras que yo a él estaba harto de conocerlo de la Praga de un par de años antes del 68, de cuando los estudiantes de la Universidad de Carlos imitábamos su manera de decir las cosas y su paradójica manera de pensarlas.

Eran las épocas en las que sus «amores ridículos» se publicaban a toda prisa —primero los «cuadernos», luego los «segundos cuadernos» y por fin los «terceros cuadernos de amores ridículos»— porque no había tiempo de sobra para una generación decidida a empezar a hablar de todo de otra manera. No había tiempo, pero para comprar libros se hacían colas.

SALTANDO CHARCOS

Cuatro o cinco años después, una mañana temprano, íbamos Milan y yo saltando charcos por una larga playa desierta de la Picardía. De más está decir que, con la gracia que nos caracteriza, los dos llegamos empapados. Y eso que ya no llovía.

Karel Kosik y Jan Patocka, dos de los mejores filósofos europeos de estos últimos milenios, eran el tema que nos había servido de excusa para hacer el indio por la arena. Y en medio de aquello, como no, saltó también la traducción.

Ya en casa, entre grandes risotadas tuyas y de Vera, que de tanto en tanto se llevaba la mano a la frente y exclamaba, unas veces en checo y otras en francés, «está loco, está completamente loco»,



Pep Guerrero Sin título 2000

me contó la historia de la primera traducción al castellano de su primera novela, *La broma*. Debía ser una de aquellas editoriales piratas que por entonces abundaban en Colombia y como traductor figuraba un joven estudiante al que Milan logró localizar y que, según afirma, no sabía ni palabra de checo.

¿Y cómo la tradujo? ¿Cómo? ¿Con qué?, dice Milan que le preguntó.

¿Con qué? ¿Con el corazón, con el corazón!, dice que fue la respuesta.

No es necesario ser un experto kunderrólogo para conocer la alergia que a Milan le produce —y que yo comparto— el frecuente recurso a la mencionada víscera cordial para justificar la sustitución de las ideas por sentimientos, cuanto más sentimentales mejor. De modo que la única respuesta que recibió el colombiano fue particularmente escueta:

—¡Ah!

Y la pregunta que Milan me hizo al terminar el relato tampoco fue especialmente larga:

—¿Qué te parece?

Traducir tampoco es tan difícil — fue la primera insentatez con que se me ocurrió contestarle—, al fin y al cabo, los idiomas que hablamos no son más que dialectos del sánscrito.

DIALECTOS DEL SÁNCRITO

Tengo un diccionario que compré en una librería de viejo de Praga y con el que conseguí batir todos los récords de la bibliofilia más insensata: un diccionario alemán-sánscrito, dos idiomas en los que no me faltan sólo palabras sino hasta letras. Recuerdo que cuando lo saqué del estante del librero no pude volver a dejarlo en su sitio. Fue un pronto absurdo, un ridículo homenaje íntimo.

Un homenaje al alemán de Leibniz, de Kant, de Hegel y de Marx. Al de Husserl y al de Heidegger.

Un homenaje al sánscrito, a esa raíz común de los idiomas indoeuro-

peos, que alimentándose de tantos otros y alimentando a otros tantos, constituyeron el núcleo de lo que llamamos el pensamiento europeo. Al sánscrito de Borges. A aquel idioma que cuando le preguntaron a Borges: «Pero, maestro, usted que tanto lo menciona en sus cuentos, usted, ¿de verdad habla el sánscrito?», dio lugar a una de sus respuestas más geniales y argentinas:

—¿El sánscrito?, bueno..., yo hablo el sánscrito que habla todo el mundo.

¿Hablamos aún, de una o de otra manera, el mismo sánscrito? O lo que es lo mismo: ¿hablamos todavía idiomas compartidos pero distintos y decimos en ellos cosas que valga la pena traducir? Porque si ya no tiene sentido el *logos* de los primeros griegos —la palabra que hace posible que la verdad se descubra— entonces los traductores nos estamos dedicando a uno de los oficios más difíciles y peor pagados de la historia del planeta.

Alianza Editorial

Graciela Ben-Dror
*La Iglesia Católica
ante el Holocausto*

España
y América
Latina
1933-1945



**John Arquilla
David Ronfeldt**
Redes y guerras en red
El futuro del terrorismo,
el crimen organizado
y el activismo político

Guillermo de la Dehesa
*Globalización,
desigualdad y pobreza*



Jordi Borja
*La ciudad
conquistada*



Rafael Dezcallar
*Tierra de Israel,
tierra palestina*
Viajes entre
el desierto y el mar



**Enrique
Gil Calvo**
El miedo es el mensaje
Riesgo, incertidumbre
y medios de comunicación



**Manuel
Castells**
La era de la información
Vol. 3 - El poder de la identidad
2ª edición

Rogelio Alonso
Matar por Irlanda
El IRA y la lucha armada



Alianza Editorial

Juan Ignacio Luca de Tena, 15 • 28027 Madrid • Tlf.: 91 393 85 90 • Fax.: 91 742 64 14 • www.alianzaeditorial.es

NOTA DEL TRADUCTOR

Hace cosa de 18 años se me ocurrió escribir y publicar en *Leviatán* un breve comentario en defensa de este oficio y de la que a mi juicio es la primera de las leyes a las que debe atenderse todo aquel que se atreva a escribir: el lector no tiene la culpa.

¿Quién es el lector? Suele ser casi siempre un sujeto crédulo y confiado al que le encanta creer que está leyendo a Pushkin, a Shakespeare, a Cervantes o a Kundera, sin ir más lejos. Ha comprado un libro, o lo ha pedido prestado con la intención inicial de devolverlo, y no le gusta que le digan que lo que está leyendo es de segunda mano, que casi todo lo que sabe le ha llegado de oídas.

Empezaba yo aquel comentario, que titulé «Nota del traductor», afirmando que cuando algo requiere muchas explicaciones es que no se explica suficientemente por sí mismo, que no se dirige a nuestra sensibilidad de un modo claro. Sencillo o complejo, pero claro.

Y seguía diciendo que esto es lo que suele ocurrir cuando en una traducción se abusa de aquello que la tradición editorial ha dado en llamar nota del traductor, N. del T. Hay casos en los que alguna nota del traductor se justifica. Puede tratarse de alguna palabra particularmente ambigua, de esas dos o tres expresiones intraducibles que tiene cada idioma y que, de no explicarse, inducirían a error o conducirían al lector a la pérdida inevitable de un matiz sustancial. Poco más es lo que puede justificar el recurso del traductor a esta su agresión más descarada: hacerse patente allí donde nadie requiere su presencia.

En rigor, el traductor ha de ser un desaparecido, alguien que aparece por una vez, por una sola vez en todo el libro. A bombo y platillo si es posible. En portada. Pero de ahí en adelante, mutis. Cualquier presencia ulterior es tan inadecuada como la de quien asiste a una fiesta sin estar invitado. Una vez empezado el libro el traductor es un



Pep Guerrero *Sin título* 2000

«colado» a quien nadie espera. En cuanto haga el menor movimiento todos notarán su inoportuna presencia, y si por conmiseración alguien presta atención a lo que dice, será con la esperanza de que se esfume cuanto antes. Sólo cuando se haya ido el intruso, el autor y el lector se sentirán cómodos y podrán disfrutar a conciencia, en amor y compañía.

Y si el destino del traductor consiste en desaparecer cuanto antes es porque se trata de un testigo incómodo. De un inoportuno que nos recuerda, en lo mejor del abrazo literario, que no estamos a solas. O, mejor dicho, que no estamos a solas con aquel con quien

creíamos estar. Que no estamos con él ni con otro. Que la voz que oímos no es la suya. Que estamos viendo al autor en un espejo. Y, lo que es peor, en un espejo de cuya fidelidad nunca podemos estar del todo seguros.

De la frecuente infidelidad del espejo da fe una conocida frase: *traduttore, tradittore*. Y para encontrar ejemplos de extremos desatinos no hace falta recurrir a esa estupenda parodia en la que Les Luthiers traducen «*stupid, idiots and criminals*» por «traviesos y pícaros».

Pero, ¿se trata realmente de un espejo? ¿Es en verdad una distorsión comparable a la de un espejo la que puede pro-

ducir una traducción inadecuada? ¿Es la traducción inadecuada la única que distorsiona o es más bien la traducción en sí —cualquier traducción— una distorsión del texto original y la traducción inadecuada sólo un caso extremo de esa distorsión estructural?

LA HISTORIA DE UN TEXTO

Citaba yo entonces al mejor de los amigos que Milan y yo hemos tenido, a Karel Kosik, que en su *Dialéctica de lo concreto* dice:

«La historia de un texto es, en cierto modo, la historia de su interpretación: cada época y cada generación enfatizan en el texto aspectos distintos, a unos aspectos les otorgan mayor importancia que a otros y según esa importancia descubren en el texto distintos significados. Las distintas épocas, las generaciones, los grupos sociales y los distintos individuos pueden estar ciegos respecto a determinados aspectos (valores) del texto, porque no los han descubierto como aspectos significativos, centrándose en aspectos que, por el contrario, a sus sucesores no les parecen importantes. La vida del texto transcurre así como una adquisición de significados. Pero, ¿es esta adquisición de significados una concretización de los significados *objetivamente* contenidos en la obra, o es una introducción de nuevos significados en la obra? ¿Existe algo así como el significado objetivo de la obra (del texto) o el texto no es aprehensible más que a través de diferentes aproximaciones subjetivas? Parece que estamos encerrados en un círculo vicioso. ¿Es posible una interpretación auténtica del texto que capte el significado objetivo de la obra? Si no existiese tal posibilidad cualquier intento de interpretación carecería de sentido, porque el texto sólo sería aprehensible mediante aproximaciones subjetivas. Pero si existe la posibilidad de una interpretación auténtica, ¿cómo casa esta posibilidad con el hecho de que cada texto sea interpretado de distintos modos y de

que la historia del texto sea la historia de sus distintas interpretaciones?».

Existe por lo tanto, como bien decía Kosik, un primer nivel de interpretación del texto —la lectura— indispensable para que el texto sea aquello que pretende ser: una forma de comunicación. La lectura es probablemente en este sentido —quien sabe si aún más que el habla o la escritura— la clave primera de nuestra cultura compartida. Pero el texto original, sea cual fuera la interpretación a la que lo someten los lectores, continúa abierto, disponible. El propio texto siempre puede ser diferenciado de su «lectura» y es independiente de ella.

Sí, pero menos, opinaba yo por entonces y lo sigo opinando. La lectura en la que el traductor basa su trabajo —tan subjetiva, tan dependiente de la época y de las concepciones imperantes como otra cualquiera— se consolida en un resultado fijo. De ahí en adelante el lector —el lector de la traducción— habrá de vérselas con el producto de la interpretación hecha por ese fantasmagórico intermediario. No es extraño que haga todo lo posible por ignorar su existencia.

CONTRABANDO

Decididamente, la comparación con el espejo no es del todo adecuada. La transformación que la traducción produce sólo en parte puede ser entendida como una distorsión comparable a la que puede producir un espejo: cuando el error o la incapacidad deforman ostensiblemente el texto.

Pero la transformación más radical que se produce al traducir no es ésta. Mucho más significativo aún es que al ser traducida la obra pierde lo más característico, lo más propio que posee: su idioma, su contexto primordial. Aquel contexto en el que cada palabra suena, en el que cada una de ellas no sólo es ella misma sino también todas aquellas que pudieron haber sido dichas en su lugar y no lo fueron. Aquel contexto en el que la reflexión,

o el ímpetu, o la sensibilidad, o la magia del creador literario encuentran el estilo de su discurso.

Tal parece como si, por arte de traducción, la palabra, desprovista repentinamente de su idioma, vacilase por un instante en el vacío de la más absoluta mudez, justo antes de ir a dar con sus huesos en tierra extraña.

Todo traductor que se precie está de acuerdo, en lo profundo de su sensibilidad, con la citada frasecilla italiana. Y no porque esa frase haga esencialmente referencia a las frecuentes tropelías, chapuzas o deformaciones que se cometen. Ese tradicional insulto por todos admitido se refiere a una traición primaria, sustancial. A lo que ocurre precisamente en aquel instante de vacilación. A lo que pasa en ese mágico vacío en que la traducción se perpetra. Es el instante en el que el oído del traductor elige de entre lo incierto y, sin más, afirma lo posible como seguro. El más interno de los oídos del traductor oye resonar entonces, en la palabra del autor, todo el discurso colectivo y secular de los idiomas. Viaja de uno a otro idioma. Salva el vacío. Va y viene. Busca. Trae. Traduce.

Se vuelve. Se revuelve. Habla en voz alta sin emitir sonido. Se pone la piel del habla que ha elegido. Finge. Contrabandea ideas y estilos. Traduce.

Definitivamente, la mención al espejo es inadecuada. Lo del contrabando es más preciso.

Como contrabandista, el traductor es un minorista en el comercio internacional, en el tráfico de culturas e ideas. Las grandes empresas —la televisión y la prensa— mueven un capital muy superior. Pero estos pequeños traficantes trabajan con material de mayor calidad. Lo suyo tiene más prestigio. Es el libro.

Y aunque a veces el prestigio de su mercancía pueda ser injustificado, y a pesar de lo que afirmen las más recientes víctimas del síndrome del miniordenador doméstico, su mercado no parece estar hoy más en crisis que antaño. Y no me refiero aquí a las posibles crisis

futuras del «soporte libro», al parecer radicalmente enfrentado a las maravillas de la intangible imagen. No creo que el acelerado desarrollo de las nuevas formas de comunicación e incomunicación hagan menos necesaria la callada, personal e íntima meditación; la creación y la recreación; las ideas y las formas capaces de contribuir a que nos orientemos en el temporal, al delicioso disfrute del mogollón en que estamos metidos o a la lucidez respecto a los abismos que nos acechan. O mucho me equivoco o no estamos en el umbral de la victoria de la imagen fungible sobre la cultura libresca, sino en el de una explosiva combinación de ambas.

PURÉ DE PALABRAS

Aun a riesgo de cortar el hilo del discurso, no me resisto a la tentación de recordar que los miniordenadores de 1985 eran unos cacharros enormes, torpes y carísimos, y que el único PC que por entonces había en España era el de

Santiago Carrillo. La traducción es, insistía yo por entonces, más importante que nunca. De los traductores en tanto que finos contrabandistas, de sus artes en el oficio de introducir, de tender puentes, de su función como comunicadores privilegiados entre culturas y experiencias diversas, depende en buena parte que no se produzca una marginación de los alimentos ideales básicos, una provincialización de las actitudes, una segmentación de los diálogos que, entonces sí, no podría dejar de sonar ridícula en contraposición con la universalidad de los medios de comunicación de masas. De la calidad de las traducciones depende que el resultado de una importante creación cultural, puesta en otro idioma, no sea un insípido puré de palabras, incapaz de jugar ningún papel relevante en el mundo de la comunicación de las ideas.

Terminaba yo aquella nota advirtiéndole que no será posible ni siquiera un mínimo de comunicación intercultural mientras en este país nuestro nadie

pueda sobrevivir decentemente traduciendo. Al cabo de los años, me reitero en lo dicho, si acaso con más urgencia, pero sin cambiarle una coma. Y además añado:

La posibilidad de entender las ideas que se manejan en el resto del mundo, de comprender lo que dicen, lo que piensan y lo que temen los otros, de que nos llegue bien traducido y podamos empezar a entenderlo, de que esto no se convierta definitivamente en un discurso de sordos, es la única alternativa a largo plazo a la guerra preventiva generalizada.

La otra opción es la que profetizaba hace muchos años uno de aquellos estupendos chistes soviéticos de los que ya casi nadie guarda memoria. A la pregunta de un oyente acerca de si habría o no una tercera y definitiva guerra mundial, respondía el locutor de la entonces famosísima Radio Eriván: «No, no habrá tercera guerra mundial, pero habrá tal lucha por la paz que no quedará piedra sobre piedra». □



Trama Editorial
Apdo. de Correos 10.605
28080 Madrid
Tfno/Fax: 915 738 048
trama@infonet.es



Diputació
Barcelona
xarxa de municipis

Red de bibliotecas

*Internet. Vídeos.
Revistas.
Multimedia. Diarios.
Libros. Còmics.
Todo por...*



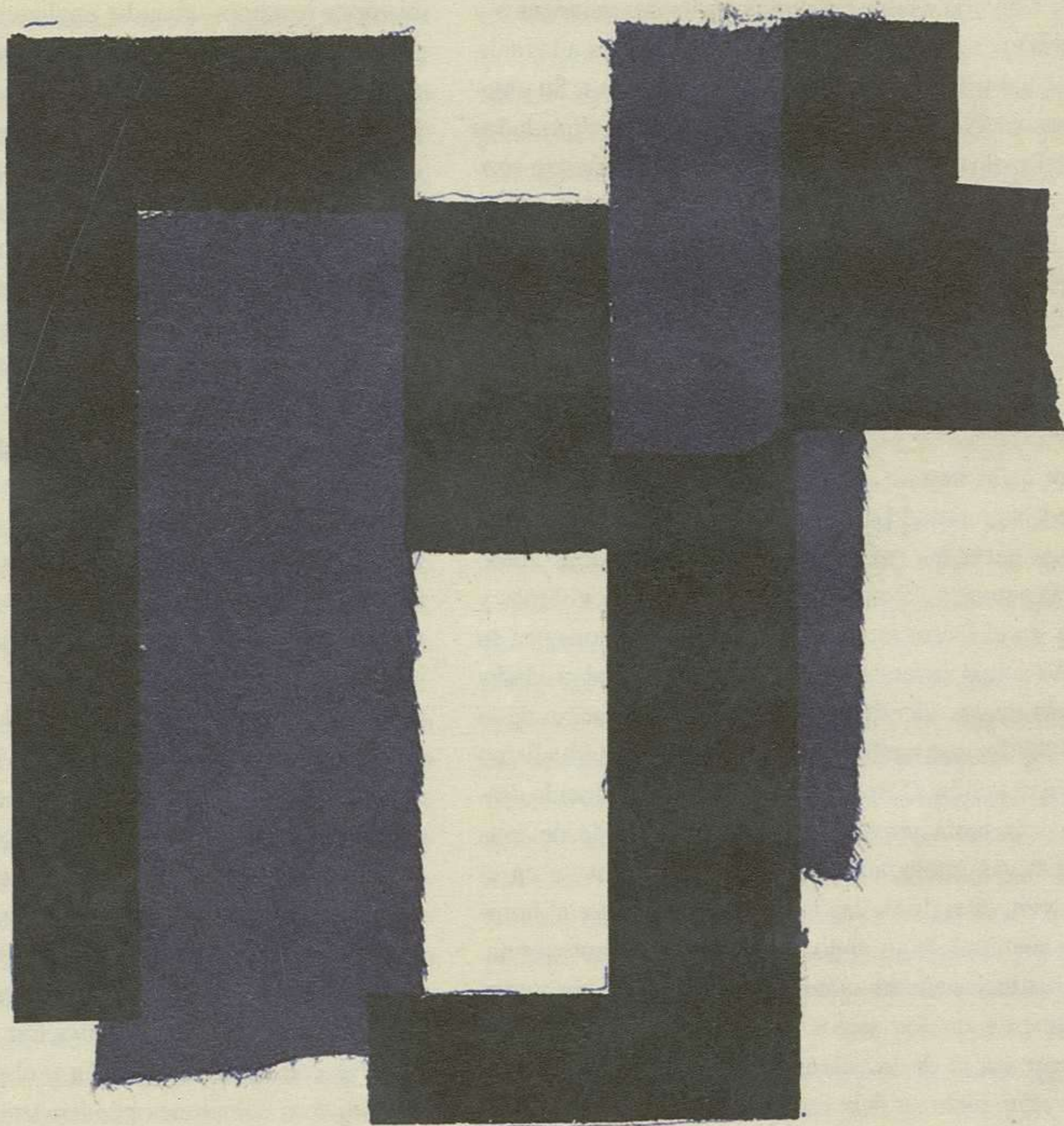
VEN A LA BIBLIOTECA. PODRÁS ACCEDER A INTERNET, CONSULTAR LIBROS, DIARIOS, ESCUCHAR CD, HOJEAR REVISTAS Y CÓMICS. DISFRUTARÁS MUCHO MÁS DE LO QUE TE IMAGINAS Y NO TE COSTARÁ NADA.

La Red de Bibliotecas de la provincia de Barcelona es un servicio compartido de los ayuntamientos y la Diputación formado por 163 bibliotecas y 9 bibliobuses.

www.diba.es/biblioteques

Con la palabra y la imagen

25 años de Constitución Española



Rafael Canogar

La Constitución Española ha cumplido veinticinco años. Como parte de los actos conmemorativos, la Fundación Pablo Iglesias invitó a veinticinco personalidades del mundo de la cultura y a igual número de artistas a plasmar su personal visión del significado de este aniversario. El resultado es un libro, cuyo título tomamos prestado para nuestro Cuaderno Central, con textos e imágenes que iluminan —una veces celebrándolos, otras de forma crítica— los conceptos principales en los que se apoya el documento jurídico que ordena la convivencia de todos los españoles. Para sus lectores, LETRA INTERNACIONAL ha seleccionado un fragmento de cada uno de los textos, acompañándolos de las imágenes que los complementan.

Gregorio Peces-Barba

DERECHO Y ARTE

[...]

El Derecho es un arte que necesita de una técnica y de unas formas de aproximación propias a la realidad social y a las relaciones entre las personas. Su objetivo es resolver problemas de escasez, otros vinculados a nuestro altruismo limitado, por no decir a nuestro egoísmo, a los conflictos y a la violencia que pueden engendrar. Lo hace desde una moralidad propia, que ya los griegos llamaron justicia, que podemos denominar ética pública, frente a la ética privada que oriente a cada individuo sobre el bien, la virtud, la salvación o la felicidad. Es la ética de la organización social y de los objetivos que debe alcanzar la sociedad a través del Derecho.

En cada tiempo en que nos da cuenta la historia, aparece siempre el Derecho, desde sus formas más primitivas hasta las más complejas y sofisticadas como son las actuales. El periodo histórico en que vivimos y donde en el Derecho aparecen las Constituciones en su sentido actual, arranca con el tránsito a la modernidad y con sus rasgos identificadores que la diferencian de la Edad Media: racionalismo, naturalismo, individualismo y secularización. Como norma suprema, producida desde la soberanía popular, la Constitución, desde esas perspectivas intelectuales, empezará a formarse en el siglo XVII, el siglo de las Luces, que devuelve al hombre la plenitud de su conocimiento y de su autonomía. El constitucionalismo avanza y se desarrolla muy profundamente en los siglos XIX y XX, con el establecimiento en él de la soberanía popular en exclusiva. El Rey dejará de ser soberano, y hablamos de la Monarquía parlamentaria en sustitución de la Monarquía constitucional. Es el modelo del Estado parlamentario representativo que dibuja nuestra Constitución. En otra dimensión, el constitucionalismo liberal, que incorpora los derechos individuales y civiles y los derechos políticos sólo para la burguesía, desde el sufragio censitario, será progresivamente sustituido por la generalización del sufragio, con el sufragio universal, y por influencia de los sindicatos y partidos obreros verá como se añaden los derechos sociales. Pasamos de ese constitucionalismo inicial al constitucionalismo social en la terminología de Fernando de los Ríos. En este momento

histórico estamos cuando analizamos, interpretamos, glosamos o valoramos la Constitución de 1978, con estos planteamientos originados desde el lenguaje de la literatura, del ensayo y de la pintura al lenguaje más duro, seminatural, poco formalizado que supone el Derecho. En los textos de este Cuaderno Central de LETRA INTERNACIONAL las artes valoran al Derecho, que desde Roma es considerado por muchos también un arte: *ars boni et aequi*, el arte de lo bueno y de lo justo.

Cuando pensamos en un sistema jurídico y en una Constitución que lo encabece, como norma máxima, de la que dependen y derivan todas las demás, el orden que supone el sistema tiene más de técnica que de arte, pero cuando nos situamos ante el caso concreto, en el que el jurista tiene que resolver un conflicto de valores y de intereses, aparecen las dimensiones artísticas de los operadores jurídicos que utilizan la intuición y la idea de lo justo, que tiene mucho de creativo y que muchas veces descubre e innova. No existe relación de causalidad propia de la ciencia y de la técnica, sino imputación de unas consecuencias ante un supuesto de hecho, y es el juez o el funcionario, con la guía de la Constitución y del resto de las normas aplicables al sistema, el que crea la nueva situación resultante de una aplicación humana y mediada por el arte. Estamos ante un lenguaje que tiene a la vez la frialdad de los conceptos generales y el calor que da el hecho concreto, la situación individual que se resuelve con el sentido común y el palpito de lo justo. Por fin, esas soluciones pueden tener la belleza de su simetría y de su lógica, que permiten calificarlas de elegantes e incluso de bellas. En la alegoría de la Justicia el filósofo griego Crisipo tiene unas palabras que se refieren a esta dimensión estética del Derecho: «De belleza y talle virginal, mirada severa e imponente, los ojos muy abiertos, revestida de la dignidad de una tristeza ni recatada ni retadora, sino que inspira simplemente respeto». La relación del Derecho con el arte se ve también en su reflejo en la pintura, en poemas, en obras teatrales, principalmente en los dramas, y también en el cine y en la literatura. Comentar una Constitución desde esas perspectivas, más intuitivas que racionales, está en una línea

de comunicación que procede de hace siglos. La justicia aparecerá en dibujos y pinturas alegóricas en Grecia y Roma, como Nike y Temis con la espada, y cuando la justicia se convierte en *aequitas* con la cultura romana se presentará con la balanza. La Edad Media unirá ambos símbolos, y esta combinación supone el fallo y la aplicación, es decir, la condena del Derecho y la aplicación de la pena por el poder.

También como símbolo del Derecho burgués, en los orígenes del liberalismo, la espada y la balanza se pueden interpretar como símbolos de las dos grandes dimensiones del Derecho, el privado y el penal. La balanza significa las relaciones horizontales de coordinación del Derecho civil y del mercantil, y la espada las relaciones de subordinación, donde el soberano es titular del *ius puniendi*, del derecho a castigar. Finalmente pueden entenderse ambos símbolos como expresión de la justicia distributiva y conmutativa.

En todo caso, la Justicia que aparece imponente en la Fuente de los romanos en Frankfurt, recibirá en otras representaciones la venda que cubre sus ojos, y parece que es un impedimento para usar la balanza y la espada, y puede parecer que es signo de oscurantismo, de falta de claridad, de incapacidad para encontrar lo justo. Así, en una obra de Schwarzenberg, la *Bambergensis*, debajo de un grabado que representa a unos jueces vestidos de bufón y con los ojos vendados, aparece la siguiente leyenda: «Todo lo que hacen estos necios es dar sentencias contrarias al Derecho».

Pero también otras representaciones y las estatuas que simbolizan la justicia y que encontramos en las sedes de muchos altos tribunales, invierten el sentido de la venda, para considerarlo como el símbolo del juez justo que resuelve los casos sin fijarse en cada persona, sin tener en cuenta más que sus razones en el caso.

En general, la pintura, especialmente el grabado, es muy crítica para con el Derecho y para con los juristas, especialmente a partir de la Reforma y más tarde de la Ilustración.

En la *Bambergensis*, ya citada, en un grabado aparecen un juez, un bandido a caballo y detrás de él, el

diablo. Existe una leyenda que dice «Mucho se roba por tierra y por mar, pero los jueces nunca dejan de robar». Siempre en esos grabados están las figuras del juez y del abogado, y se aprecian ciertas críticas de forma satírica y crítica; los jueces se venden, los abogados son avaros y cobran mucho y los juristas viven, con su jerga particular, muy separados de la sociedad.

Es verdad también que entre los artistas y literatos hay mucho estudiante y licenciado en Derecho que ha renegado de su profesión inicial, pero a veces lleva dentro el gusanillo de lo jurídico. En todo caso, la literatura, la poesía y el drama son expresión también de esa relación estrecha entre el Derecho y las artes. A *buen juez, mejor testigo* de Zorrilla, *El criminal en venganza de su honor* de Schiller, el *Crainquebille* de Anatole France, *Resurrección* de Tolstói, son algunos ejemplos de literatura jurídica. Como lo son dramas como *Antígona* de Sófocles o *Medida por medida* y *El mercader de Venecia* de Shakespeare, o *El sitio de Maguncia* de Goethe, que hace decir a su personaje la célebre frase: «No puedo evitarlo. Prefiero la injusticia al desorden», o en *Guillermo Tell* de Schiller, donde aparece una frase simbólica de nuestro tema: «Hay que alargar la mano hasta el cielo para alcanzar los derechos que allí penden, inviolables e inalterables, como las estrellas». En las nuevas artes como el cine hay ya clásicos de esa relación como *Vencedores y vencidos*, *Doce hombres sin piedad* e incluso *Un hombre para la eternidad*, basada en la obra teatral de Robert Bolt, de 1960, con el hermoso discurso final de Tomás Moro defendiéndose ante el Tribunal de la Cámara de los Lores.

Llewellyn, en 1942, realizó un amplio estudio sobre lo bello en el Derecho en su ensayo *Sobre lo bueno, lo verdadero y lo bello en el Derecho*, y el novelista y ensayista francés André Maurois leyó en 1945, en una sociedad jurídica americana, un ensayo sobre *El papel del arte en la vida y el Derecho*. Finalmente hay que señalar que el filósofo del Derecho argentino Carlos Cossio, maestro de toda una generación de grandes profesores, apuntó la relación entre el Derecho y el arte en su *Teoría egológica del Derecho*, y luego la perfiló en

1947 en su artículo *Fenomenología de la Sentencia*, en la obra colectiva *Interpretations of Modern Legal Philosophies*. Por eso, también autores como el Juez Frankfurter afirman que la interpretación no es una creencia, sino un arte. Y asimismo Raddi, refiriéndose al concepto de estabilidad jurídica, lo vinculará con dimensiones estéticas de origen arquitectónico.

Jerome Franck, el filósofo y jurista americano, tiene un ensayo interesante de otro aspecto de esta relación: *Palabras y música. Algunas observaciones sobre la interpretación de las leyes*. Inició la comparación entre el Derecho y la música al leer, en 1944, un artículo del compositor Ernst Krenek, *El compositor y el intérprete*. La intención de Frank era criticar la teoría clásica que formulara Montesquieu sobre el juez como boca muda que pronuncia las palabras de la ley utilizando la crítica que Krenek hace de los juristas musicales, que hacen hincapié en la fidelidad a la obra y la necesidad de la interpretación auténtica, que comparará con la idea de plenitud de la ley. Ante las dos posturas extremas, ese exacto seguimiento del compositor y los excesos románticos de la improvisación libre, Krenek propondrá una fórmula intermedia: la interpretación de una partitura sin abandonar la fidelidad o la creación permite un gran número de variantes igualmente satisfactorias. Por eso Frank dirá que «el órgano legislativo es semejante a un compositor. No puede bastarse a sí mismo: tiene que dejar la interpretación a cargo de otros, principalmente los tribunales».

En fin, creo que el acierto consiste en poner de relieve esta relación de las artes con el Derecho, encargando a artistas la valoración de diversos conceptos actuales de nuestra Constitución de 1978. Probablemente el punto de encuentro sea ese hombre centro del mundo y centrado en el mundo que recupera la dignidad de su autodeterminación, frente a las variaciones pesimistas, medievales como la del Papa Inocencio III, en su obra del siglo XIII sobre *La miseria del hombre*, o frente al agustinismo político que niega al hombre su luz propia y su conocimiento autónomo, sin el apoyo de la fe que administra la Iglesia. Es el humanismo de

la dignidad del hombre autónomo que cantan los renacentistas italianos y los gramáticos españoles discípulos de Nebrija, en las *laudes litterarum* que abrían los cursos académicos en las Universidades españolas en el siglo XVI, y que Juan Luis Vives desarrollará a lo largo de su ingente obra desde *De homine* de 1518 hasta *De anima et vita* de 1538, pasando por *De subventionne pauperam* de 1525 y *De concordia et discordia in humano genere* de 1529.

En el siglo XVIII, ese humanismo desembocará en la Ilustración, que es la etapa clave para la devolución al hombre de su dignidad y de su luz propia. Es el siglo de Voltaire y de su *Discurso en verso sobre el hombre*, al que califica de «amante de todas las artes y de todo gran genio». En el Discurso Preliminar de la Enciclopedia, que redactó D'Alembert y que es el compendio de todos los conocimientos y de la ideología de la Ilustración, se sacarán consecuencias del carácter central del hombre en el mundo. Así, el sistema de conocimiento expuesto en la Enciclopedia se basa en el hombre a través de las tres facultades que nos identifican como personas, y que son el fundamento de nuestra dignidad, como diferencia con los restantes animales: la memoria, la razón y la imaginación. Con ellos se formarán las tres divisiones generales que estudian las tres dimensiones principales de los conocimientos humanos: la historia, que se refiere a la memoria; la filosofía y la ciencia, que son el fruto de la razón; y las bellas artes, que derivan de la imaginación. Para el humanismo, para la ideología de la dignidad humana que Kant identificó con nuestra condición de seres de fines, que no podemos ser utilizados como medios y que no tenemos precio, el hombre es el punto de encuentro entre el arte y la filosofía, entre el hombre estético y el *homo iuridicus*.

Las espléndidas páginas que siguen, y que utilizan dos lenguajes, el de la palabra y el del arte del dibujo y de la pintura, se sitúan en la mejor línea de ese humanismo que está en la base del mejor Derecho, el de las Constituciones democráticas, del imperio de la Ley y de los derechos humanos. Ese es el escenario de nuestra Constitución de 1978. □

Marcos-Ricardo Barnatán

VEINTICINCO IMÁGENES PARA LA CONSTITUCIÓN ESPAÑOLA

La Constitución Española promulgada en 1978 ha cumplido ya 25 años. Para los que vivimos en España durante el último franquismo, asistimos a la muerte del dictador y a las primeras escaramuzas de la libertad, la llegada de la Constitución fue una verdadera bendición. Por fin teníamos unas leyes que garantizaban el ejercicio libre de la democracia, la convivencia pacífica y una serie de libertades y derechos, no todos realizados, que nos sacaban del pozo negro de la anormalidad y de esa mentada «diferencia», usada para promocionar el turismo allende los mares.

La conmemoración de ese cuarto de siglo de vigencia invita a la reflexión, como invita también a pensar en su perfeccionamiento, aquél que pueda sugerirse de la propia marcha del tiempo y del uso que hemos hecho de esa ley de leyes.

A los veinticinco artistas españoles que han colaborado en el libro *Con la palabra y la imagen* se les propuso plasmar en un dibujo «su concepción personal del aniversario de la Constitución», como se les había pedido también que hicieran en un texto a otros tantos intelectuales, poetas o novelistas.

No es fácil distraer a los artistas de sus mundos de creación, generalmente cerrados en sí mismos, y reclamarles una imagen de encargo, aunque el tema sea de importancia tan singular para sus vidas y la de sus conciudadanos. Más aún, en estos primeros años del siglo XXI, en el que la gran mayoría de los artistas, como también de los escritores, viven dentro de la burbuja de la hipermodernidad, en la cual crecen las tendencias desideolo-

gizadas, y en vías de una supuesta descrispación prevalece un eclecticismo que reduce o hace desaparecer todo tipo de antinomias.

Los artistas a los que se llamó a colaborar y que dieron respuesta positiva son todos muy conocidos, de buenas trayectorias, y de excelencias creadoras proclamadas por la crítica especializada, aunque no puedan obviarse las diferencias que pueden existir entre ellos, y no sólo las estrictamente generacionales.

Llaman la atención algunas curiosas ausencias, cuyas razones desconocemos, como la de uno de los patriarcas del arte español: Antoni Tàpies, un artista de conocidos compromisos con la libertad, la de Manolo Valdés, que fue parte fundamental del legendario Equipo Crónica, o la del aún joven Miquel Barceló, el máximo icono artístico surgido en y para la democracia. Tres nombres ejemplares que se echan en falta en un *numerus clausus* tan estricto como el de los veinticinco elegidos.

Como era de esperar los acercamientos al tema son bastante diferentes, y algunas veces resultan una auténtica sorpresa, sobre todo cuando vienen de pintores sin una tradición activa en el arte com-

prometido. Hay que recordar que algunos de los artistas incluidos tuvieron una etapa de gran actuación plástica de protesta mientras duró la dictadura: es el caso del pintor madrileño Eduardo Arroyo, exilado en París, o el de Rafael Canogar y Juan Genovés, desde el interior.

Si repasamos una a una las imágenes, el crítico de arte que convive en mí tendrá sus preferencias, pero trataré de ser lo más neutral posible en mis subrayados.



José Luis Fajardo

El libro se abre con tres esbeltos árboles de Alfonso Albacete, que podríamos interpretar libremente como símbolos de los tres poderes que encierra la Carta Magna. Sólo resulta algo sospechosa la elección de los colores, que la inocencia puede reducir a razones estéticas aunque salte a la vista su tricoloridad. José Luis Alexanco prefiere la literalidad, y como un nuevo Pierre Menard reescribe a su manera el artículo 12, su colorido, más sutil, insiste también en los de aquella otra bandera.

De más difícil interpretación son tanto la mancha vegetal de Darío Álvarez Basso como el blanco y negro punteado de Frederic Amat, imágenes bastante más esotéricas.

Eduardo Arroyo es, como siempre, muy elegante y muy claro: un plácido león de mano apoyada nos evoca el Palacio de las Cortes y un dibujado 1978 marca la fecha del evento.

El siguiente es uno de los artistas jóvenes españoles más brillantes, José Manuel Ballester, que elige la grata imagen de un puente tendido como metáfora de la Constitución. Uno de mis preferidos.

José Manuel Broto es también muy elegante, pero no hace ningún esfuerzo de comunicación, le basta con seguir siendo un solemne Broto.

El camino de la ironía es en cambio el de Carmen Calvo que nos presenta a un grupo de niños, «plurales» y enmascarados, en formación y en una escalera de colegio que puede ser la que da acceso a la puerta principal de las Cortes.

Y mientras que Rafael Canogar no quiere mirar hacia atrás y nos deja una marca de su mejor geometría actual, Martín Chirino decide empujar con sus manos extendidas el hueco de la libertad, el que deja abierto la espiral tan cara a su obra. Una generosa aportación.

¿Qué decir de la inquietante imagen de Evru? Muchos quizá desconocen su nombre, otra de las personalidades de Alberto Porta y de Zush. Un ojo que nos mira desde un magma rojo.

José Luis Fajardo se atiene al rigor del dibujo, mientras que la ronda de Juan Genovés nos recuerda su

célebre abrazo, y es un Genovés reconocible y efectivo. No podemos decir lo mismo del enigmático Gordillo.

Minimalista la aportación de Joan Hernández Pijoan y misteriosa la fotografía de un montaje laberíntico de Cristina Iglesias, que insiste en las puertas abiertas.

Si seguimos el repaso nos encontramos con dos espirales y una mano ansiosa, ¿salimos del laberinto?, de Menchu Lamas y un dibujo expresionista de Antón Lamazares.

Eva Lootz prefiere darnos un concepto muy válido «Nadie es nada sin el otro», y es evidente que para poder ser algo es necesaria la negociación, algo que la Constitución promueve.

Fronoso árbol es el de Rogelio López Cuenca, pero el colorido de sus ramas y hojas es irregular, fantástico, casi irreal.

La figura propuesta por Miquel Navarro es férrea, es dura, impone: una cabeza maciza que invita a la durabilidad. En cambio la de Guillermo Pérez Villalta es ligera, una mujer que flota en el aire o nada en un mar invisible.

Soledad Sevilla nos pinta un mapa de España, por fin, con los colores nacionales, aunque también sean los de Aragón o Cataluña.

Para acabar, tanto Ràfols Casamada como Teixidor cierran las ilustraciones del libro con retazos de sus obras habituales, sin sumar ninguna referencia concreta aparente al tema.

¿Se hacen preguntas los artistas reunidos en este libro para conmemorar la Constitución de 1978? En su gran mayoría no parecen tener demasiadas cosas que preguntar o preguntarse, más bien prevelace un espíritu de aceptación gozosa de algo que está ya muy imbricado en sus vidas de ciudadanos, aunque aisladamente podamos percibir algún destello de ironía que pueda implicar una necesidad de perfeccionamiento o de puesta al día, pero en ninguno vemos radicalidades ni urgencias. Sí una implicación serena, incluso en los más indiferentes, ya que el sólo hecho de participar en el festejo es una muestra positiva de satisfacción. □

Fernando Savater

LA FORMALIDAD DEMOCRÁTICA

PREÁMBULO «Garantizar la convivencia democrática dentro de la Constitución y de las leyes conforme a un orden económico y social justo.»

[...]

Para quienes salimos de la dictadura franquista, la democracia guardaba quieras que no un poco de aura subversiva, un puntito transgresor: tuvo algo de revocación (si no de revolución), de propósito colectivo de enmienda. Constituía una ruptura con el pasado inmediato, en ciertos casos espectacular. Pero después, como es natural, se ha transformado para la mayoría —sobre todo para los nacidos después de su advenimiento— en una forma rutinaria y algo filistea de sentido común. Está ahí como si siempre hubiese estado y como si siempre fuese a estar: ahí está, para que nos quejemos de ella. Cuando alguna decisión gubernamental nos contraría, cuando vemos un abuso o una corruptela, inmediatamente se alzan voces para denunciar que «no vivimos en una verdadera democracia», como si la verdadera democracia fuese garantía de perfecta justicia o de erradicación de cualquier atropello o desacierto político. Y no es así. Hay injusticias democráticas y disparates democráticamente acordados y hasta crímenes muy democráticamente celebrados por el pueblo soberano. No sólo hoy ni sólo en España, claro está: repasar la historia

de la Grecia clásica nos enseña que estos males vienen de lejos. Los manifestantes que hace unos meses ocupaban las calles para protestar —con mucha razón, según creo— contra el apoyo de nuestro Gobierno a la guerra de Irak, coreaban: «¡Esto nos pasa por tener un gobierno facha!». Menuda majadería. Los gobiernos democráticos también se equivocan o promueven fechorías... sin dejar de ser democráticos. La única ventaja de la democracia es que su mandato puede ser legalmente revocado y sustituido por otro de signo político contrario. [...]



Guillermo Pérez Villalta

Emilio Lledó

POR UNA EDUCACIÓN EN PAZ

PREÁMBULO «... colaborar en el fortalecimiento de unas relaciones pacíficas ... entre todos los pueblos de la Tierra.»

[...]

Si miramos en nuestro entorno, esa posibilidad de paz se nos aparece como una lejanísima e inalcanzable utopía. Y es cierto, también, que la inseguridad y la miseria del mundo provienen de enfermedades crónicas causadas por la más radical desigualdad. Proponer, en el actual estado de la historia, que soñemos el ideal de la paz puede sonar a jaculatoria piadosa para enjugar la mala conciencia que, en el mejor de los casos, nos atormenta al tener que convivir, distraídos e impotentes, con el horror.

Aunque cueste muchos años, tal vez siglos, hay que seguir alumbrando, iluminando, ese ideal. La búsqueda de la paz no puede jamás extinguirse. Serán, por supuesto, la justicia y la educación sus más agudos acicates. Una justicia que, por muy lejano que esté su advenimiento, tendrá que iniciarse en algo tan elemental como la democratización del cuerpo, que no es otra cosa que la liberación de la miseria, del hambre, que deteriora toda posibilidad de vivir y de crear. Una educación que no se deje ya inocular por todos los fantasmas de la necesidad y el fanatismo, y que se levante sobre la libertad y la racionalidad.

libertad y la racionalidad.

Si los distintos poderes siguen refiriéndose a derechos humanos, a valores morales, a bienes comunes, es que, al menos en su vocabulario, no se ha borrado el único bien que realmente nos universaliza y nos justifica: la paz. [...] □



José Manuel Broto

Dulce Chacón

EL OTRO

PREÁMBULO «Colaborar en el fortalecimiento de unas relaciones pacíficas y de eficaz cooperación entre todos los pueblos de la tierra. »

Vine sediento
Estabas
junto al pozo con tus hijos

Vine solo y sediento
Al verme
construisteis un muro alrededor del pozo

Colgaba de mis hombros una sed muy antigua
Tú tenías
un arma en la cintura

En la tierra que dejé
lloran de sol
Cae de los ojos de mi hermano
de los labios de mi esposa

Lloran de sol

Yo les dije:

Allí
detrás de las montañas
hay un pueblo
donde ha llovido mucho

Todos mis hijos buscaron ya su sitio
en las estrellas

lo reclamaron con urgencia
Mi esposa se pregunta
por qué
Por qué se fueron antes de que sus pezones
se hicieran en sus bocas

¡Los dioses prometieron tantas veces
en su vientre!

Y ella pronuncia la lluvia
Y a la boca le asoma un recuerdo
que no le pertenece

Me mira
y se pregunta por qué

Yo le dije:

Detrás de las montañas hay un pueblo
donde ha llovido mucho

Y vine
con la pregunta de mi esposa en las manos
con el recuerdo que no le pertenece

Me viste desde lejos
Llegué a la luz del día y extendí mis palmas
hacia ti:

¡Mi esposa no conoce la lluvia!

Tú diste un paso
atrás
alzaste el arma contra el miedo y pronunciaste
un disparo

tu lengua es distinta a la mía
distinta a la sed de mi pueblo
a la sed de mi hermano
y a mi sed

distinta
a los pechos sedientos de mi esposa

Ella me espera
Jamás podré decirle que
no encontré respuesta a su pregunta

Jamás podré decirle que
ha comenzado a llover
Y tú has levantado el muro
aún más

junto al pozo tenéis el granero donde guardáis la simiente
junto al horno de pan

aún más

aún más

con tus hijos alzas las piedras

Ha comenzado a llover
Ella me espera
allí
lejos del muro que me oculta la lluvia

Tiene en los labios mi nombre
y una nueva promesa en el vientre

Allí, detrás de las montañas.

Elías Díaz

ESTADO SOCIAL Y DEMOCRÁTICO DE DERECHO

ARTÍCULO 1.1 «España se constituye en un Estado social y democrático de Derecho...»

[...]

Con el Estado de Derecho se trata de convertir en *legalidad* (normas, Constitución) el sistema de valores (libertad como base) que caracteriza a la *legitimidad* democrática. Los modos de esa específica interacción entre legalidad y legitimidad han ido variando en la historia de la modernidad desde un núcleo común fundamental, en la medida también en que ambas han ido avanzando en la consecución de un mayor apoyo fáctico social, es decir en *legitimación*.

Para que pueda hablarse hoy de Estado de Derecho no basta —es necesario insistir en ello— con que estemos bajo el imperio de la ley: también puede ésta imperar (¡y de que despótica manera!) en las dictaduras cuando serviciales juristas ayudan a convertir en normas las meras voluntades del jefe superlativo y sus acólitos. Tampoco basta —¡aunque algo sea!— con la mera dependencia administrativa, con la obediencia del Estado y de sus agentes al propio Derecho, incluso con su fiscalización ante los jueces cuando el tal Derecho es creado por aquél sin esos exigidos niveles de libertad y de plural participación popular. La hoy tan difundida definición mínima (o minimalista) del Estado de Derecho y la de la misma democracia, que reduce ambos a meros procedimientos, me parece una posición muy incompleta e insuficiente desde el punto de vista científico y muy restrictiva e indiferente ante derechos y exigencias éticas de carácter social: de ahí que en ocasiones esa definición minimalista desprecie precisamente como simple estereotipo retórico prescripciones tan fundamentales como el Estado social y democrático de Derecho. [...] □

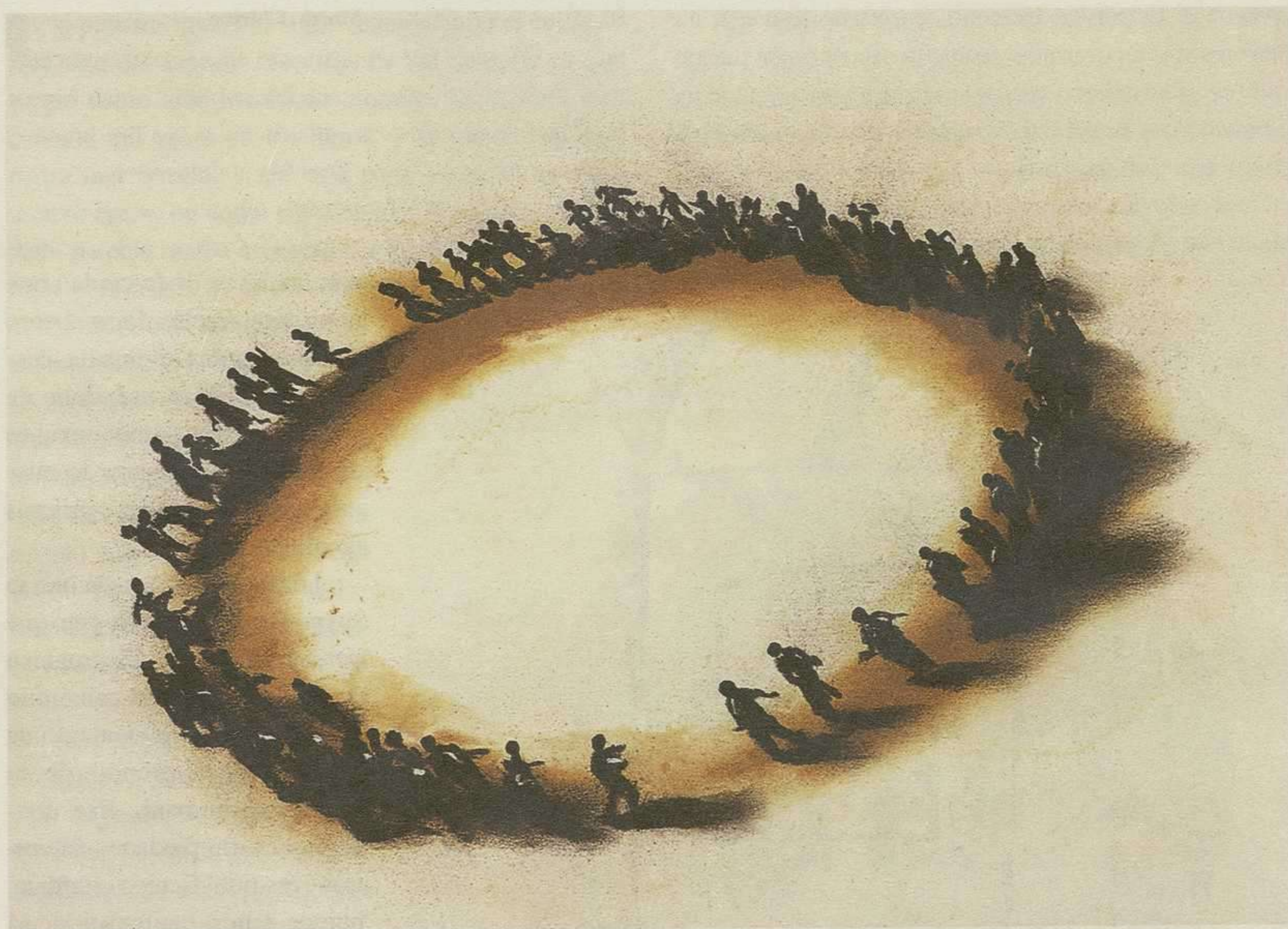


Menchu Lamas

José M. Caballero Bonald

LA PALABRA LIBERTAD

ARTÍCULO 1 «España ... propugna como valores superiores de su ordenamiento jurídico la libertad ...»



Juan Genovés

[...]

Todos aquellos que han programado —desde los tiempos de los terrores inquisitoriales a los de cualquier censura dictatorial— el mantenimiento de sus poderes y privilegios, han suprimido tajantemente el concepto de libertad, coartando la comunicación de las ideas y vetando toda apelación al pensamiento crítico. Los enemigos históricos de los derechos del hombre han recurrido siempre a una suprema barbarie: la hoguera. O quemaban herejes o quemaban libros, dos crímenes idénticos: el de la asfixia de la libertad de la cultura. En las imágenes futuristas de un mundo despersonalizado, regido por computadoras, la quema de libros representa algo más que un mandamiento atroz: es una nueva metáfora de la esclavitud.

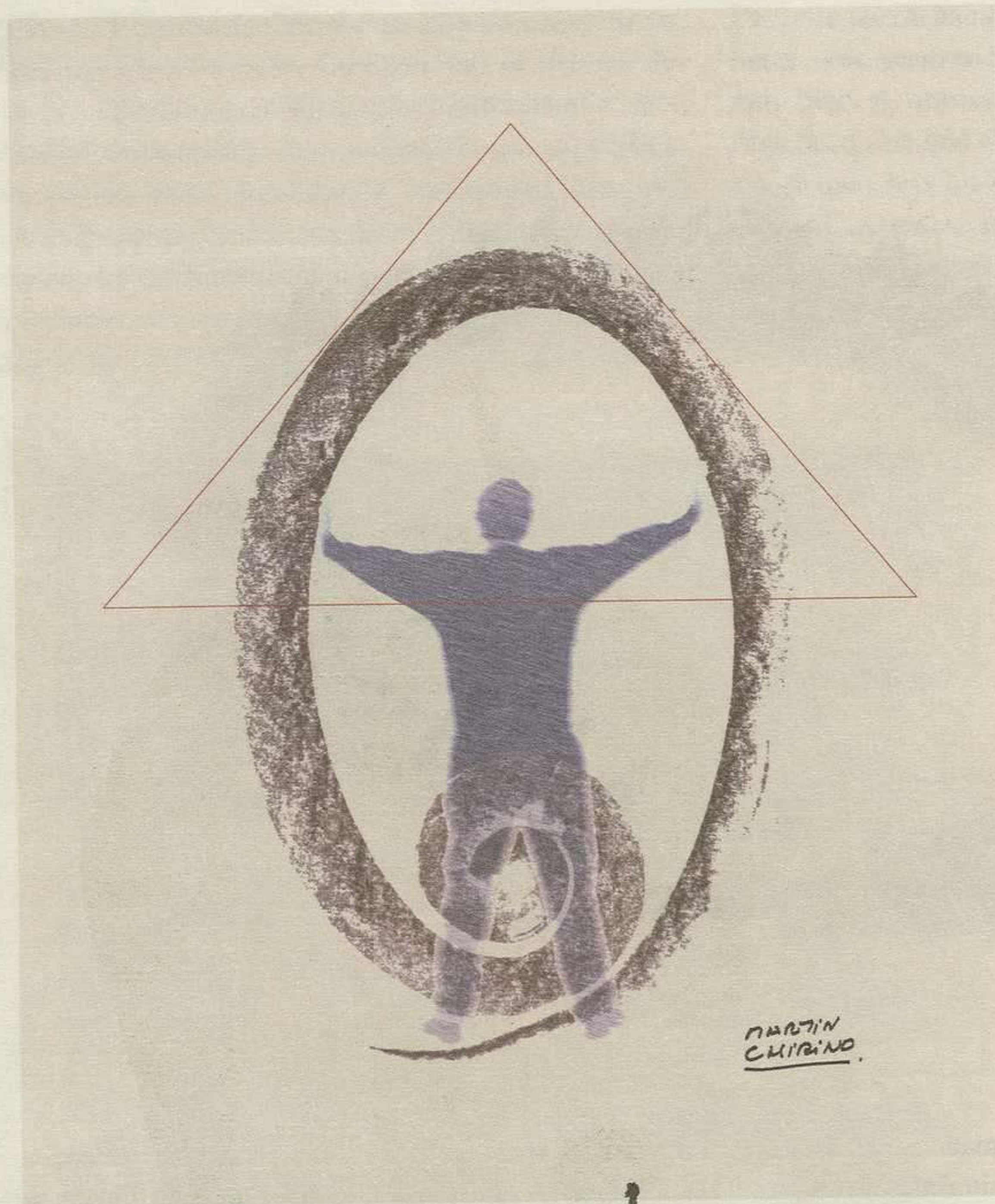
Algo por el estilo podría argumentarse con respecto a la censura. La consabida iniquidad de vetar lo que se escribe equivale a amordazar también a quien lee. Todos sabemos que destruir, prohibir ciertas lecturas ha supuesto siempre prohibir, destruir ciertas libertades. Quien no leía, tampoco almacenaba conocimientos. Y quien no almacenaba conocimientos era apto para la sumisión. De lo que fácilmente se deduce que toda democracia será tanto más efectiva cuanto más propicie el ascenso cultural de los ciudadanos, su opción a ser más libres en la misma medida que más cultos. Ya se sabe que, de una u otra forma, la cultura nunca dejará de ser un inmejorable vehículo para la tramitación de la libertad. [...]

José Antonio Marina

TRES METÁFORAS DE LA JUSTICIA

ARTÍCULO 1, 1 «España se constituye en un Estado social y democrático de Derecho que propugna como valores superiores de su ordenamiento jurídico la libertad, la justicia, la igualdad y el pluralismo político.»

Martín Chirino



con las leyes de la ciudad que considera crueles. Pero el coro de la tragedia la insulta despiadadamente acusándola de ser *autónomos*, autónoma, es decir, la vituperan por lo mismo que nosotros la cubrimos de elogios.

Justicia es dar a cada uno lo suyo, sin duda, pero ¿en qué consiste lo suyo? El progreso de la humanidad ha consistido en ir ampliando el conjunto de «propiedades» propias de la naturaleza humana. Ese concepto de «propiedades naturales» es una ficción jurídica, porque nunca han existido. Al liberar a un hombre nacido en la esclavitud no le estamos devolviendo una propiedad que había perdido —la libertad—, ya que no la había poseído

[...]

Los derechos se han ido inventando a lo largo de la historia, según se iban descubriendo los valores —la libertad, la igualdad, la autonomía, la disidencia legítima, etcétera— a lo largo del progreso de la experiencia ética. Ha sido una aventura larga y complicada, y a distintas velocidades. El valor de la libertad, por ejemplo, es un descubrimiento occidental. Casi todas las culturas valoran la sumisión y la obediencia. Para nosotros, la Antígona de Sófocles nos presenta un ejemplo de autenticidad moral, porque prefiere seguir a su conciencia antes que cumplir

nunca. Estamos expandiendo las propiedades exigibles del ser humano. Afirmamos que los seres humanos poseen libertad, igualdad, capacidad para sobrevivir. Nada de eso es verdad. Son propiedades que nos parecería bueno que existieran, y a favor de cuya existencia estamos dispuestos a trabajar. Son, pues, las propiedades que tendrían todas las personas si el mundo fuera perfecto. Los derechos son la anticipación de un mundo perfecto. Cuando cambia la idea de perfección, cambia el contenido de los derechos, y consecuentemente el de justicia. [...]

Luis Landero

EL CENTRO DEL LABERINTO

ARTÍCULO 1,1 «España... propugna como valores superiores de su ordenamiento jurídico... la igualdad...»

[...]

La palabra igualdad sigue manteniendo el brillo, y algo del aspecto inocente, de los tiempos en que surgió como afán ideológico común. Su historia está contada mil veces en los libros, y se puede leer casi como una novela, y ahí está para empezar su nacimiento épico, en aquel siglo en que la palabra «igualdad» parecía recién inventada, y formaba parte estelar de la gran tríada de la Revolución francesa. Yo no sé si seguimos o no debatiéndonos en la encrucijada histórica que se creó entonces, pero intuyo que somos hijos ideológicos de la Ilustración e hijos sentimentales del Romantismo. Y lo mismo que el Romanticismo tuvo y tiene su periferia melodramática de folletines, radio-novelas y telenovelas (por no hablar de la telebasura, que es la perversión brutal de lo romántico), también la Revolución engendró sus héroes de la Igualdad (ahora sí que hay que escribirla con mayúscula), que se confunden con místicos, demagogos, populistas, trileros, sicofantas y demás fauna de iluminados, que intentan hacer de la política un juego o una religión.

[...]

Ahí tenemos, pues, a nuestra palabra en la Constitución, como «valor superior» que es, y toparse con ella en las primeras líneas es algo que conmueve si no olvidamos en qué país vivimos y cuál fue nuestra historia. Pero la realidad es otra, y ahí es donde hay que seguir incansables, lúcidos, insomnes, para devolverle a la igualdad su antiguo resplandor, y su vigencia inevitable y siempre postergada. □

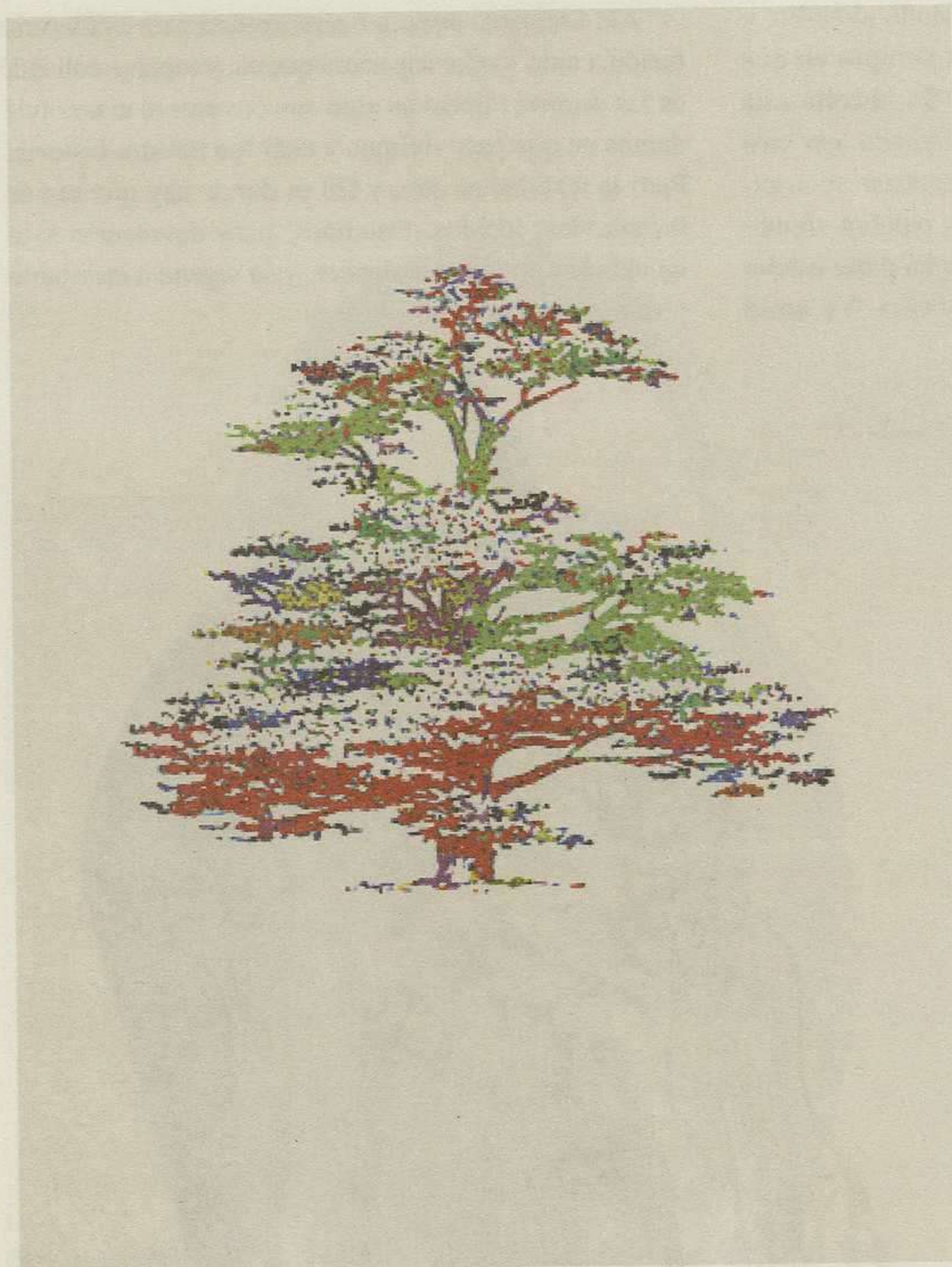


Miquel Navarro

Manuel Cruz

LA ONTOLOGÍA DE LA DEMOCRACIA

ARTÍCULO 1.1 «España se constituye en un Estado social y democrático de Derecho que propugna como valores superiores ... el pluralismo.»



[...]

Debemos renunciar a alcanzar en algún momento de la historia futura los viejos ideales universalistas que conforman lo mejor de nuestra tradición, el elemento central de la herencia recibida de nuestros mayores? En absoluto, en la medida en que el pluralismo no se pretende un ideal político en sentido fuerte. El pluralismo es, si acaso, condición de posibilidad y criterio para dirimir cuál o cuáles, de entre los ideales políticos plausibles en cada momento,

lista, por el hecho de asumir consecuentemente esa perspectiva, no renuncia a nada, ni se coloca al margen de aquello que a los demás importa. Se limita, si vale hablar así, a ser consciente de su contingencia. De la precariedad que implica, siempre, proponerse cualquier objetivo, de las dudas que deben acompañar a la opción tomada y, sobre todo, del escepticismo con que debemos reaccionar si alcanzamos, por fin, lo largamente perseguido. □

Rogelio López Cuenca

nos parecen los más deseables. Y a quienes creen tener argumentos de peso para considerar al pluralismo un mal —de idéntico rango que el error, la desigualdad, la muerte o la imperfección, por citar sólo algunos— que no nos queda más remedio que soportar en tanto que intrínseco a las cosas humanas, habría que recordarles (ya que no hay espacio para desarrollar una argumentación más completa) que las mayores atrocidades ocurridas en el pasado reciente se cometieron, prácticamente todas, en nombre de ideales absolutos, apelando a futuros perfectos que tomaban como dato desechable la imperfección del presente. En resumidas cuentas: el pluralismo no es indiferencia, ni neutralidad, ni arbitrariedad. Menos aún desdén hacia la verdad. El plura-

José María Ridao

¿CUÁL ES EL PUEBLO?

ARTÍCULO 1. 2 «La soberanía nacional reside en el pueblo español, del que emanan los poderes del Estado. »

[...]

La Constitución española de 1978 es uno de los textos elaborados con mayor grado de conformidad en la historia de nuestro país. De ahí surge, además, un acuerdo más discreto pero no menos decisivo a la hora de levantar la nueva arquitectura institucional a la que los españoles debemos ya un cuarto de siglo de estabilidad democrática: el acuerdo acerca del sentido que había que otorgar a los acontecimientos ocurridos entre el 20 de noviembre de 1975 y el 6 de diciembre de 1978, a ese universo inerte de hechos sobre los que se levantaría un orden político radicalmente diferente del que instauró la dictadura. Se estableció, así, que si los acontecimientos se desarrollaron de la manera en la que lo hicieron no fue porque interviniera el azar, ni porque respondieran a ningún designio inexorable de unas supuestas leyes de la historia, ni porque algún poder exterior lo decidiera. El complejo cúmulo de negociaciones, pactos, dudas, intrigas, presiones, lealtades y deslealtades, lúcida visión de unos y

obtusos dogmatismo de otros se resumió mediante una fórmula que explicaba sólo una parte de la realidad, pero a la que implícitamente se convino conceder una validez absoluta: si los cambios habían marchado en la dirección en la que lo habían hecho, era porque así lo habían querido los españoles. La traducción constitucional de esta fórmula, de este mito —cuya consagración legal significaba que España se sumaba a la tradición democrática que imperaba en su entorno—, se incluyó en el artículo 1. 2 de la Constitución: «La soberanía nacional reside en el pueblo español». [...] □



Antón Llamazares

Clara Janés

HUELLAS SOBRE UNA CORTEZA

ARTÍCULO 9, 2 «...promover las condiciones para que... la libertad y la igualdad de los individuos... sean reales y efectivas...»

Como una oveja perdida en la noche (1)
me acogí a la fronda...

El día partió con su hato de esperanza,
llevándose las horas y el horizonte virginal
donde todos los brotes apuntaban,
y la noche, que pudo ser cristal para los sueños,
se tornó un ojo oscuro
y el grito airado del muchacho
que me apartaba para dar paso a su rocín.
La tierra se estremeció ante el cuchillo de su voz...
Y yo, que sembraba y recogía,
sacaba agua del pozo,
disponía los alimentos sobre el mantel
y corría por los campos ondeantes de brisa
cuando tenues mariposas
expresaban el cauteloso vuelo del despertar,
sentí que esa voz cercenaba mi aliento.

Como una oveja perdida, sí, vagaba.
Y la noche
se asentó en todos los confines,
y el grito proseguía,
ocupaba la angosta callejuela,
y prendía en mí como una llama
porque, frente a su bestia, nada era yo
para el que lo lanzaba.
Y crecía su ansia de dominio,
y por su voz se abrieron hendeduras,
se cayeron las casas
y estallaron minas en mi seno,
que toda voz de hombre es voz de guerra.

Como una oveja perdida,
como una tierra exhausta de dar fruto
vagaba por el filo de esa voz
que me arrasaba
y establecía el olvido del amor,
y en la senda dejé manchas de sangre...

(1) Verso de Ida Vitale.

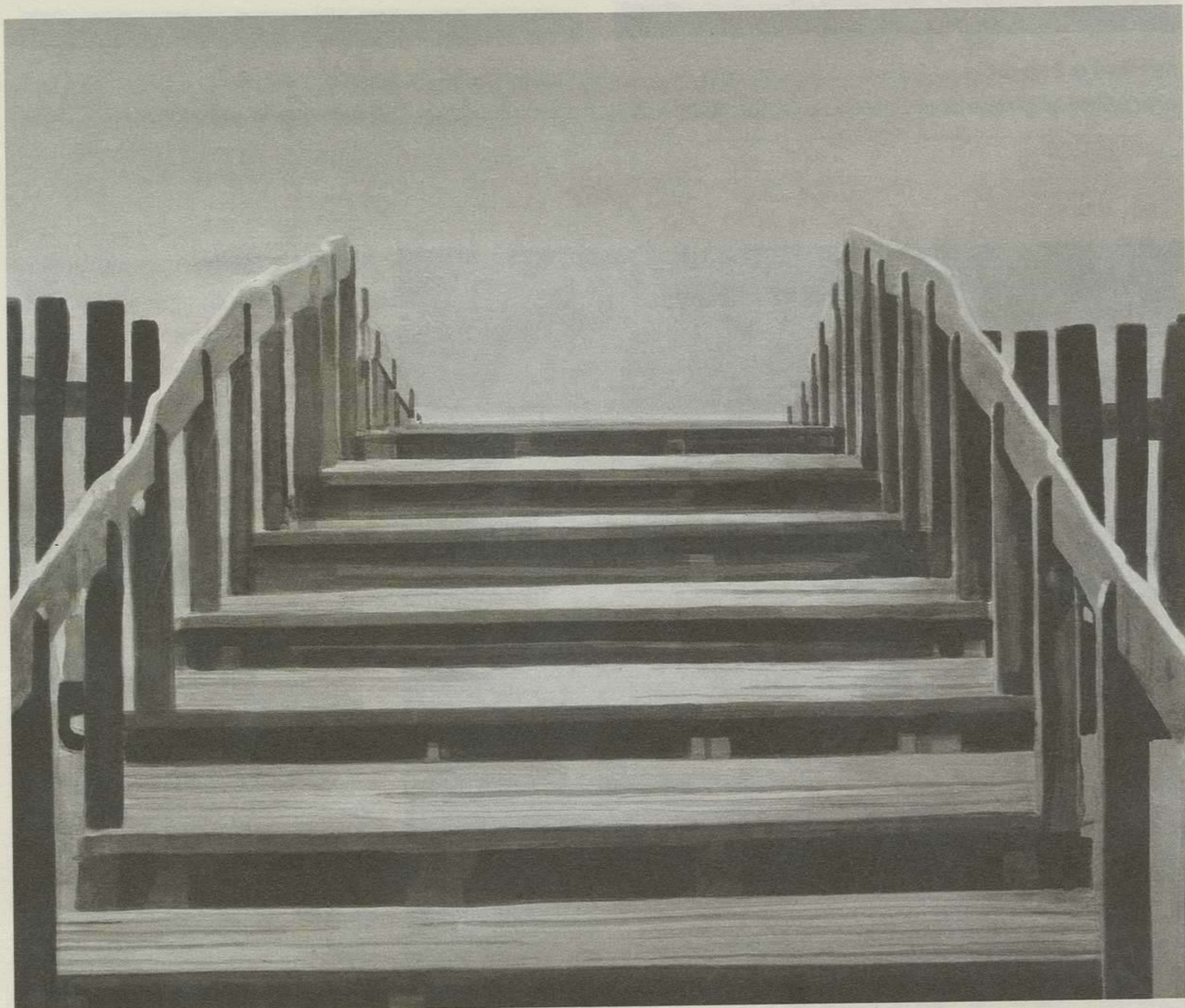
¡Cúbrelas!, me decía,
convoca una niebla azul
que confunda tus pasos con el mar.
Nadie sabrá si son las olas que han alisado el paisaje
y se mezclan con el humo
y esa nube de ira que se destaca gris
ocultando el umbral de la acogida...

Como una oveja perdida por el amor
me retiré a la espera
y amansé en mí su negación de mis trabajos
y sufrí que su mano, un día hoja suave,
se tornara de acero...
y en esa espera continuó
porque vuelven las flores del almendro
y se extiende el perfume de romero por los valles,
y blancas campanillas que indican la paciencia.

Yo llevo todavía los panes y los peces,
llevo los higos y las avellanas,
la miel y el vino...
Yo cumplo antes del alba con la luz,
lavo el horizonte con mis palabras,
dispongo el amanecer,
tejo con mis manos los instantes del día,
escribo sobre una corteza las sucesiones y los
cambios...
Ninguna de estas cosas es inferior a una transacción,
a la soldadura del ala de una nave antes del vuelo,
al arma que desgarró la tierra,
o al clavo en la madera del ataúd.

Fui espigadora un día,
y pastora por los riscos,
preparé el queso
y por la noche cantaba a las flores dormidas
y a los niños
para que entraran en el dibujo de la luna,
en las ondas de plata,
y se mecieran.
Pero también empuñé la espada,

José Manuel Ballester



del silencio o del verbo.
Fui Eduana y hace cinco mil años
revelé que la fuerza de mi cuerpo
hasta a los dioses atemorizaba;
fui Savitrí y superé la hazaña de Orfeo:
conmoví a Yama, señor de la muerte,
con mi elocuencia,
y él a mi esposo devolvió el aliento;
fui Safo y negué paso al llanto en mi morada
y el eco de mi canto a la belleza
se escucha todavía por las praderas;
fui Murasaki y escribí las aventuras de Gengi;
fui Lisístrata, Cleopatra, Antígona, Porcia, Teresa de Jesús...

Como una oveja perdida en la noche, sigo,
porque sigue la noche,

y avanzo ahora hacia la oscuridad,
firme como aquellos días
en que llegaban las aves migratorias
y su sombra acunaba las mieses soñadoras del vuelo
y el río fértil y sagrado reflejaba nuestros rostros,
de hombre y de mujer,
mezclándolos,
porque hubo un tiempo de inocencia
y creímos en el paraíso de nuestro corazón...

Entonces alguien dijo: os daréis las manos como
pares,
os pondréis los anillos de igualdad,
compartiréis la dignidad y el techo
y vuestras vidas seguirán líneas paralelas
hacia el devenir.



Santos Juliá

LA MANSIÓN Y QUIEN EN ELLA HABITA

ARTÍCULO 2 «La Constitución se fundamenta en la indisoluble unidad de la nación española... y reconoce y garantiza el derecho y la autonomía de la nacionalidades y regiones que la integran...»



Darío Álvarez Basso

nuevas instituciones, han consolidado instituciones de autogobierno y asumido competencias en un grado impensable hace sólo veinticinco años.

Precisamente, el éxito de la fórmula ha puesto de relieve sus insuficiencias. Algunas, las que se refieren a la eficacia de un sistema que ha tendido por su propia dinámica al federalismo de un elevado número de entidades sin dotarse de las instituciones propias de los sistemas federales, no son de difícil remedio: bastaría una reforma constitucional que tuvieran en cuenta esa nueva realidad creada por el éxito mismo del sistema. Otras, especialmente la relativa a la vieja pretensión de que todos se sientan cómodos dentro del mismo Estado, es de más difícil solución. Porque estar

[...]

Si se compara el clima de improvisación, inquietud, tensión y pésimos augurios que rodeó el proceso [de articulación de las Autonomías] en sus primeros pasos con los resultados obtenidos tras un cuarto de siglo, el balance es claramente positivo. La autonomía ha dejado de ser un compromiso de incierto futuro entre reclamaciones no ya contrarias sino contradictorias para convertirse en un dato irreversible: todas las nacionalidades y regiones, comenzando por Euskadi, que fue la primera en presentar un Estatuto, aprobarlo masivamente y establecer las

cómodo o no, depende no sólo de quien prepara la mansión sino de quien en ella habita. Y es evidente, desde 1998, que los partidos nacionalistas confiesan no sentirse cómodos dentro de un traje que, dicen ahora, se les ha quedado estrecho. Es más, entre nacionalistas vascos, autonomía ha pasado a ser palabra risible y despreciable. ¿Queda, si se desechara la autonomía, algún terreno común para quienes aspiran a mantener la realidad de un sólo Estado, todo lo plurinacional que se quiera, y quienes reclaman nuevos Estados propios? Seguramente, no. □

José Álvarez Junco

ADHESIÓN Y RESPETO A UN MARCO LEGAL COMÚN

ARTÍCULO 2 «La Constitución se fundamenta en la indisoluble unidad de la Nación española, patria común e indivisible de todos los españoles...»

[...]

En tiempos recientes, factores ajenos a la evolución interna de la política española han alterado el planteamiento del problema de la «unidad». El ingreso en la Unión Europea, en primer lugar, ha reducido sustancialmente la soberanía de los Estados-nación, mediatizada ahora por las directrices impuestas desde Bruselas. No hay moneda nacional, han desaparecido las fronteras, e incluso se avanza hacia un ejército europeo. Todo ello, sin duda, ha disminuido las competencias del Estado español, lo que podría ser considerado un triunfo por parte de los enemigos del «centralismo madrileño»; pero también ha reducido en la misma medida el atractivo de un proyecto independentista.

Por otro lado, el cambio de tendencia en las corrientes migratorias ha afectado seriamente la composición de la sociedad española y amenaza con hacerlo en mucha mayor medida en los próximos años. Es imposible pensar ya en una sociedad impermeable a influencias culturales y llegadas de población foránea, con una personalidad cultural homogénea y estable (una «nación» eterna y esencial, como la que constituye el sueño de todo nacionalista) que

pueda servir de base para reivindicaciones de soberanía política. Con toda probabilidad, los derechos políticos se vincularán en el futuro a la «ciudadanía», concebida en términos de adhesión y respeto a un marco legal. La «unidad» de España, por tanto, no significará comunidad de creencias, como no tiene por qué significar centralización. Por ese camino van las propuestas de «patriotismo constitucional» que lanzó el filósofo alemán Jürgen Habermas para su país y que, en definitiva, son válidas para todas las sociedades complejas del futuro. □



Eva Lootz

Manuel Vázquez Montalbán

METAFÍSICOS, MILITARES Y SOBERANISTAS

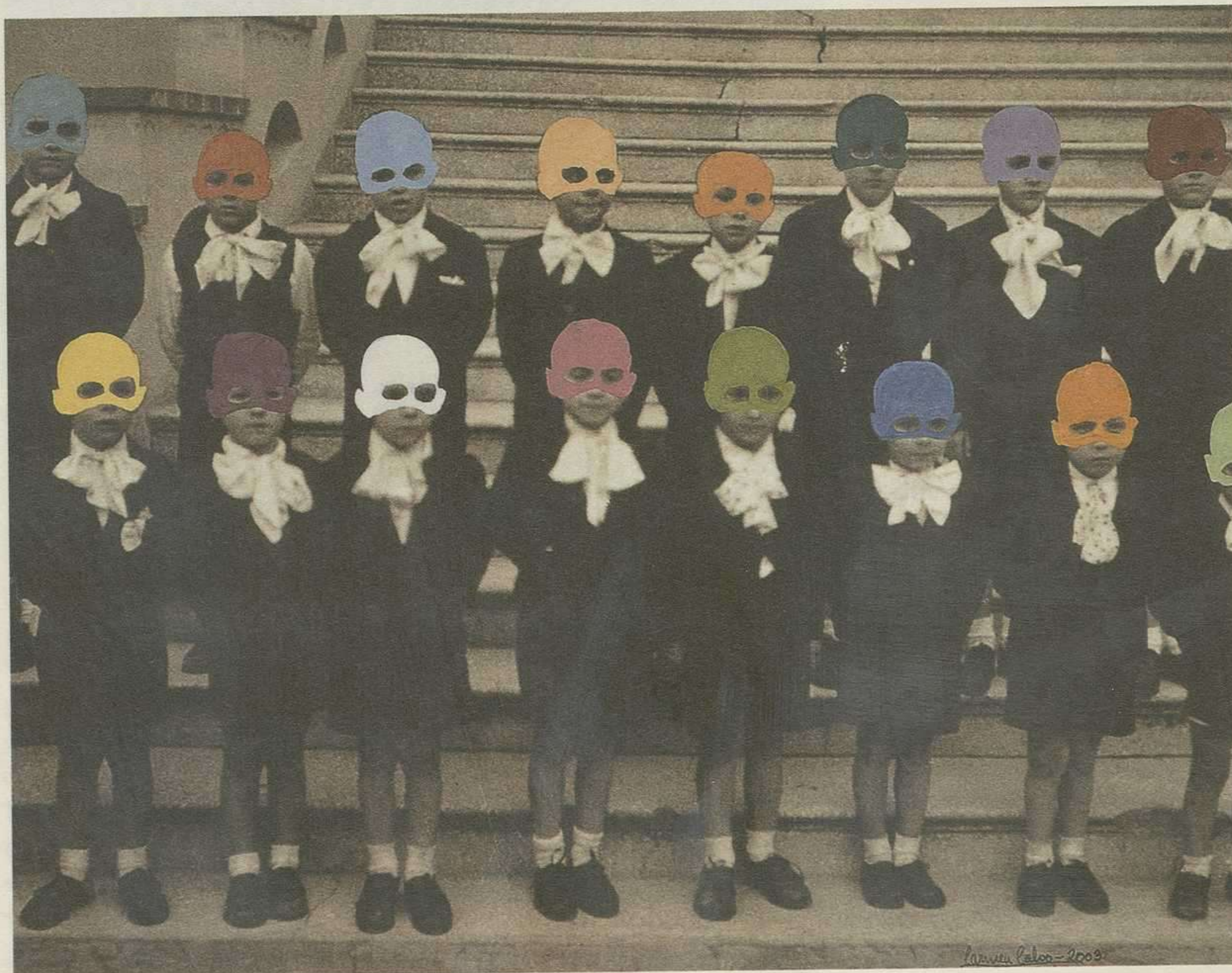
ARTÍCULO 2 «La Constitución se fundamenta en la indisoluble unidad de la Nación española, patria común e indivisible de todos los españoles, y reconoce y garantiza el derecho a la autonomía de las nacionalidades y regiones que la integran y la solidaridad entre todas ellas.»

[...]

La solidaridad entre regiones y naciones integradas en el Estado español tiene una doble lectura difícilmente rechazable. La que provendría del unitarismo regionalista consciente de los riesgos derivados de un desarrollo desigual entre los territorios del Estado, y la derivada de la cultura de la izquierda, crítica con los procesos acumulativos que comportan el desarrollo desigual y que requieren un correctivo compensatorio. La gran cuestión planteada cada vez con más torpeza política, es si, veinticinco años después de su promulgación, la Constitución requiere una revisión crítica más abierta a las posiciones sobe-

ranistas de los nacionalismos vasco, catalán y gallego, y la cultura social un replanteamiento posnacionalista que conciba, tal como lo entiende Habermas, todo Estado o comunidad como una pactada cohabitación necesaria de ciudadanos, según la fórmula publicitaria acuñada por Tucídides o Shakespeare para justificar la ciudad necesaria: «La ciudad es su gente».

El empeño pedagógico de la Constitución de 1978 respondía a lo que el común denominador de la ciudadanía que le era contemporánea podía metabolizar intelectual y emocionalmente. [...]



Carmen Calvo

Soledad Puértolas

UN CUENTO MORAL

ARTÍCULO 9, 3 «La Constitución garantiza... el principio de legalidad, la seguridad jurídica, la responsabilidad y la interdicción de la arbitrariedad de los poderes públicos.»

Celedonio Cavaledo era una persona que no estaba segura de nada. Vivía atemorizado. Lo de menos era la incertidumbre de ser hombre o mujer, ya que ni siquiera estaba seguro de ser una persona. Aunque a veces, sí. A veces sentía como una especie de intuición de ser algo, una persona, sí, un hombre, sí, y más que eso, bastante más que eso, una persona especial, un hombre extraordinario. Claro que esta sensación duraba muy poco. Era como una ráfaga, un golpe de luz que pasaba deprisa y que luego apenas podía recordarse. No dejaba huella.

Lo de ser hombre o mujer no era, en definitiva, una cuestión que le hubiera preocupado demasiado, ya que estaba establecido que era varón y, no siendo discutidor —¿de qué podría discutir, si no estaba seguro de nada?— Celedonio Cavaledo lo admitía con cierta conformidad. Lo admitía todo, esa era la norma por la que se regía. No estaba seguro de nada, pero lo admitía todo. Y los demás, y esto era lo importante, no sospechaban nada, no tenían ni la más remota idea de las dudas e incertidumbres en las que vivía. Porque eso lo había intuido —en uno de sus golpes de intuición— Celedonio Cavaledo desde su más tierna infancia: que era imprescindible que los demás no conocieran el abismo de inseguridad en el que había caído nada más nacer. Había que sobrevivir, no se sabía por qué ni para qué —quizá a la espera de que la intuición se apoderara de él y le revelara de una vez por todas la verdad—, pero así eran las cosas, y Celedonio Cavaledo las aceptaba, fiel a su idea, la única idea que tenía, de aceptarlo todo. ¿Y qué otra cosa podía hacer? Cuando se disimula, se acepta todo. El silencio se apodera de uno, se convierte en manto protector.

Le llamaban Cecé. Fue un nombre que le pusieron en el colegio.

Cada vez que oía su nombre entero, Celedonio Cavaledo se estremecía. ¡Celedonio Cavaledo!, ¡qué maldición de nombre!, tan largo, tan rítmico. No era él. El sólo era miedo a que le descubrieran, a que le

castigaran por no saber lo que era. ¿Podía existir el miedo —la nada cubierta de miedo— cobijada en un nombre tan largo, un nombre que, cada vez que era pronunciado, le estremecía, como si encerrara en él un secreto, un tesoro que, desde luego, no era él? Se refugió con gusto en el sobrenombre de Cecé. Cecé respondía perfectamente a lo que era. A la indeterminación, a la inseguridad, al pavor. Cecé podía ser cualquier cosa. Un niño, un hombre, una mujer, un perro. ¿Qué harían con él cuando se enteraran?, ¿en qué cárcel espantosa le meterían para pagar el delito de su incertidumbre?

Inseguro como era, paralizado por las dudas, Cecé no daba un paso que lo alejara de la rutina, y así fue, a los ojos de los otros, un hombre perfectamente normal. Su infancia y su adolescencia transcurrieron sin estridencias. Cecé hacía lo que hacían los demás, pero un poco menos. Salía de casa con menos frecuencia que sus compañeros, hablaba menos, se movía menos. Redujo al máximo el margen de peligro. Las normas sociales eran su más seguro amparo. Nunca una infracción, un paso en falso. ¿Un paseo nocturno por una vereda desconocida?, ¡ni hablar! ¿Llegar a la oficina con retraso?, ¿comer más de la cuenta?, ¡ni siquiera eso! Cecé cumplía las normas de la vida con meticulosidad, con un punto de extravagancia.

Y las normas no son tan fáciles de cumplir. No de esa manera. Se pueden cumplir un poco, a grosso modo, para seguir la corriente a los demás y no convertirse en un extraño, pero, si se siguen con tanta dedicación, agotan. Y Cecé, que ya era un cuarentón, estaba agotado. Naturalmente, era un hombre casado, tenía tres hijos, dos niñas y un niño, tenía una mujer agradable, un trabajo en una oficina, todo, en fin, perfectamente normal. Pero no podía más, y un día desapareció. Salió de casa después de haber desayunado, como lo había hecho todos los días de su vida, una buena taza de café y una rebanada de pan tostado con mantequilla —su única pasión secreta— y ya no se supo más de él. No fue a la oficina,

no volvió a casa a la caída de la tarde. Nadie lo había visto. Nadie veía nunca a Cecé, nadie recordaba cuándo había sido la última vez que había hablado con él, nadie pudo decir en qué momento del día, si es que fue durante el día, Cecé desapareció. La ausencia de Cecé no dejaba ningún hueco, ningún silencio.

Pero por mucho que fuera una ausencia difícil de advertir, se acabó notando. Su lugar en la mesa estaba desocupado, el plato de la cena vacío, el lado que le correspondía en la cama matrimonial, liso, desierto. Las pesquisas empezaron por la mañana. La policía se volvió loca. Jamás se había topado con un caso en el que hubiera menos pistas. ¿Es que ese Celedonio Cavaledo existía?, se llegó a preguntar el jefe de detectives. El propio Celedonio Cavaledo le hubiera dicho que no, que Celedonio Cavaledo no existía y, si existía, desde luego no era él.

Pasó mucho tiempo antes de que se conociera el paradero de Cecé y se pudiera, al fin, rescatarlo del agujero negro al que, por mera casualidad, había caído. Para bien o para mal, la casualidad existe, se cuele entre las normas y los hábitos más rígidos, lo trastoca todo, todo lo pone patas arriba, no deja, en fin, títere con cabeza. Para resumir, esto fue lo que pasó: Nada más salir del portal de su casa, Cecé tropezó, como en los viejos tebeos, con una cáscara de plátano, dio con la nuca en el suelo y perdió el conocimiento. En ese momento, pasaba por ahí un ladrón, y le arrebató la cartera. A eso del mediodía, una ambulancia se hizo cargo del cuerpo inconsciente, pero en el camino derrapó, dio tres vueltas de campana y el cuerpo de Cecé salió por los aires y fue a parar al fondo de un barranco. Pasados unos días, no se saben cuántos, Cecé recobró el conocimiento, pero a medias. No sabía cómo se llamaba, no sabía dónde estaba, no sabía qué hacía en el mundo. No sabía si estaba vivo o muerto, si era hombre o mujer, si era persona, animal o cosa. ¿Y qué hizo? Pues atracar. Tenía un hambre feroz, entró en una casa, se las arregló para atemorizar a sus habitantes,

la desvalijó y, satisfecho, siguió adelante. No hubo obstáculo que no fuese fácilmente librado ni límite alguno en su comportamiento. Este hombre sin nombre y sin memoria recorrió el mundo haciendo atrocidades sin cuento. Cuando se sentía acorralado, huía, y, como era temerario, conseguía vencer todos los cercos. Nada tenía que perder, ese parecía ser el lema de su conducta.

¿Cómo se dio con él? Por casualidad. Ya se sabe que los grandes hombres caen por cosas muy pequeñas, y, aunque sin nombre, este nuevo Cecé era un gran hombre, un malhechor famoso y muy temido en los cuatro continentes y en las islas de Oceanía. Fue la picadura de un insignificante mosquito lo que le abatió. No el mosquito transmisor de la malaria ni la mosca tse-tsé, sino un simple y vulgar mosquito. Una cáscara de plátano y un mosquito, estos fueron los mojones que marcaron la vida descarriada de Celedonio Cavaledo. Un rasguño abrió la picadura y se produjo una fuerte infección. Al cabo, el hombre sin nombre fue a dar con sus huesos en un hospital, donde se debatió durante largos días entre la vida y la muerte. Pero este hospital no era un hospital cualquiera, sino que estaba en la misma ciudad en la que Celedonio Cavaledo había nacido y había sido fundado por su mujer, que, después de la desaparición de Cecé, se había dedicado en cuerpo y alma a la caridad. Allí se encontraba la mujer, a los pies de la cama del hombre sin nombre, cuando él abrió los ojos y la reconoció. Le dijo: eres tal y cual y yo soy Cecé, tu marido, cuyo nombre de nacimiento es Celedonio Cavaledo.

La mujer no salía de su asombro. Al principio no le reconoció, pero luego el hombre dio tantas muestras de ser quien decía que era, que no tuvo más remedio que admitirlo de nuevo en su hogar, un poco a su pesar, ya que se había acostumbrado a estar sola, pero como era persona muy caritativa venció prontamente sus escrúpulos.

En esta tercera y última etapa de su vida, Celedonio Cavaledo, que había olvidado las dos anteriores y



Albert Ràfols Casamada

que en realidad era un hombre completamente nuevo, como un recién nacido, fue una persona como todas las demás. No recordaba nada de lo que aquí se ha relatado, pero, de vez en cuando, perdía la mirada en el infinito, y decía: la seguridad no es cosa que esté dentro de nosotros, sino fuera, y sé muy bien lo que me digo.

¿Exageraba? Puede ser. Por si acaso, no echemos en saco roto su enseñanza, porque, al fin, vivió, por lo que sabemos, dos vidas opuestas. Una, atemorizado e inseguro. Otra, atemorizando y despreocupado. Conoció a conciencia los dos extremos y, asombrosamente, sobrevivió, quizá sólo para contárnoslo y hacernos pensar un poco en ello. □

Álvaro Pombo

LA FRÁGIL DIGNIDAD HUMANA

ARTÍCULO 15 «... en ningún caso, [los españoles] pueden ser sometidos a torturas ni a penas o tratos inhumanos o degradantes...»

[...]

La fascinación intelectual que durante toda esta última década el Derecho viene ejerciendo sobre mí, procede de que, con notable frecuencia, enfatiza mediante leyes y prohibiciones concretísimas asuntos que, para un intelectual burgués, tan bienpensante como soy yo mismo, tiendo, tendemos, a dar por obvios y, como suele decirse, por sentados. Que el Derecho formule explícitamente, minuciosamente, lo que a simple vista nos parece obvio, me lleva a mí siempre a reflexionar sobre la fragilidad de lo que damos por sentado en nuestra convencional visión de burgueses acomodados. Este es el caso de la prohibición de la tortura. ¿Hacía falta prohibir explícitamente

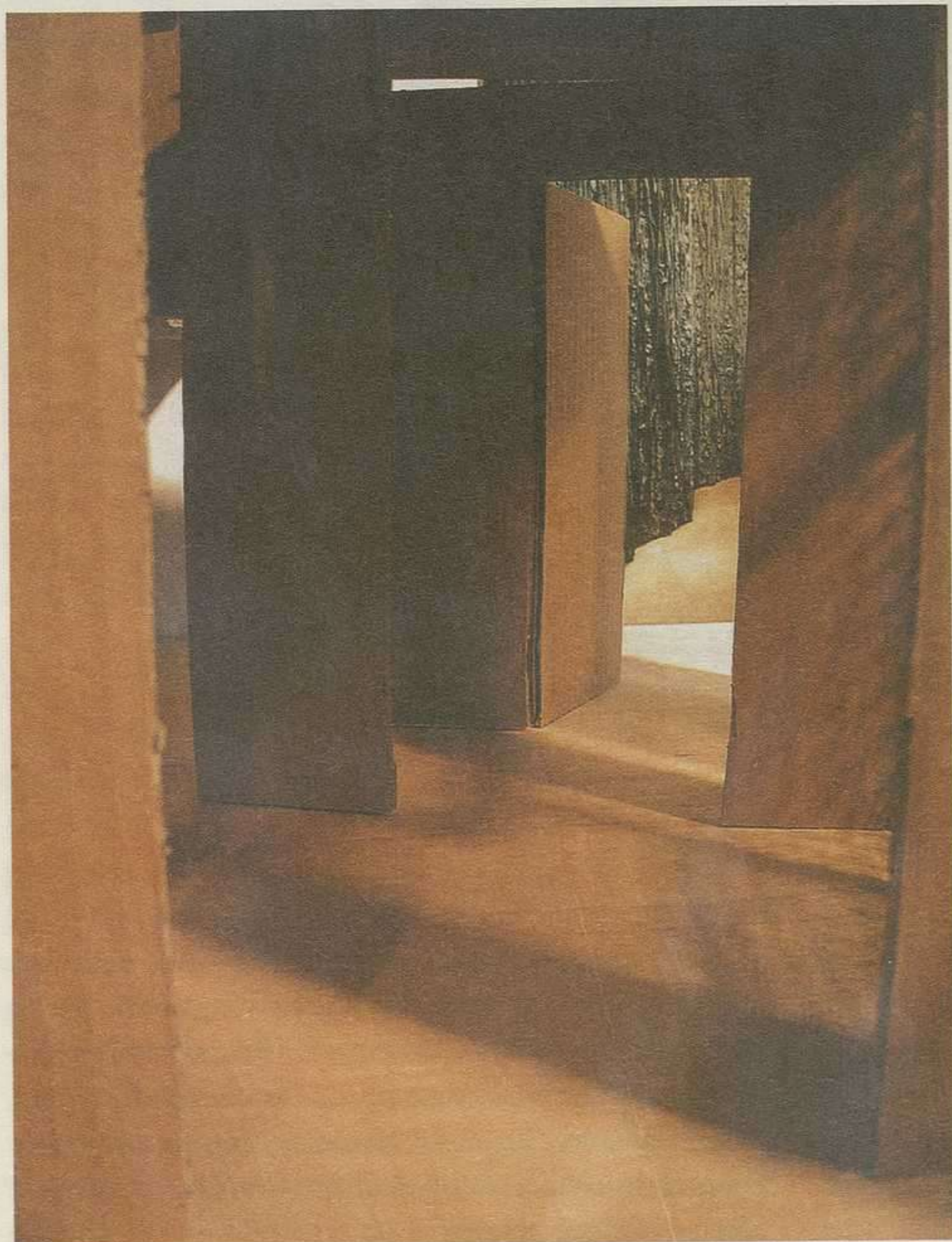
la tortura? ¿A qué hombre de bien, como yo mismo, se le ocurriría someter a otro a torturas y a penas y a tratos inhumanos y degradantes?

[...]

La Constitución española, al especificar con el Artículo 15 que la tortura está expresamente prohibida, duda de mí, y por lo tanto, casi me ofende. ¿Es posible que haya que prohibirnos a nosotros, también a nosotros, expresamente, que torturemos a un semejante?

[...]

Aquí la fractura de lo razonable y de lo proporcionado es más visible que en ningún otro sitio. Así una ley que se sitúa vigorosamente más allá de la proporcionalidad y de lo razonable es la ley del talión. Un terrorista que supuestamente pone una bomba en un lugar público con la idea de causar miles de víctimas se sale de los límites proporcionados y razonables de la humanidad. ¿Tenemos que ser nosotros mismos razonables a pesar de todo? El torturador que tortura al presunto criminal se convierte él mismo en criminal. ¿Pero no es éste un riesgo que debe correr quien tiene a su cargo la protección de la comunidad? Tomás y Valiente se sitúa, noblemente, en la posición más radical: no se puede torturar en ningún caso, ni siquiera para salvar vidas humanas. Pensando en Francisco Tomás y Valiente uno está de acuerdo con Albert Camus: hay en el hombre más cosas dignas de admiración que de desprecio. □

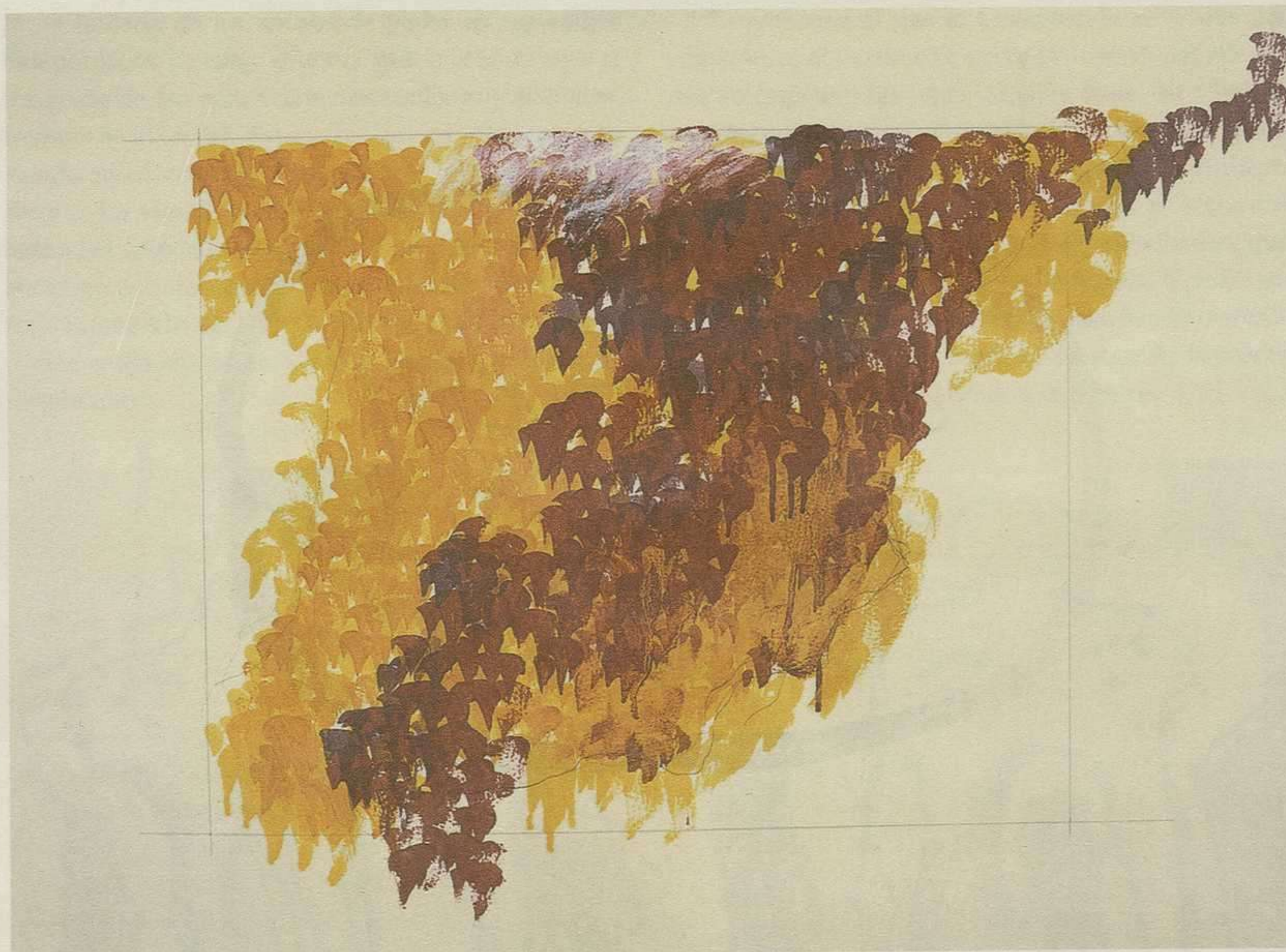


Cristina Iglesias

Juan José Millás

EL LADO OSCURO

ARTÍCULO 15 «Todos tienen derecho a la vida...»



Soledad Sevilla

[...]

Cuando tras la llegada de la democracia se redactó la Constitución española, yo esperaba que en ella no figurara la pena de muerte ni siquiera para prohibirla. Pero aparece en el artículo 15, que dice así: «Todos tienen derecho a la vida y a la integridad física y moral, sin que, en ningún caso, puedan ser sometidos a torturas ni a penas o tratos inhumanos o degradantes. Queda abolida la pena de muerte, salvo lo que puedan disponer las leyes militares para tiempos de guerra».

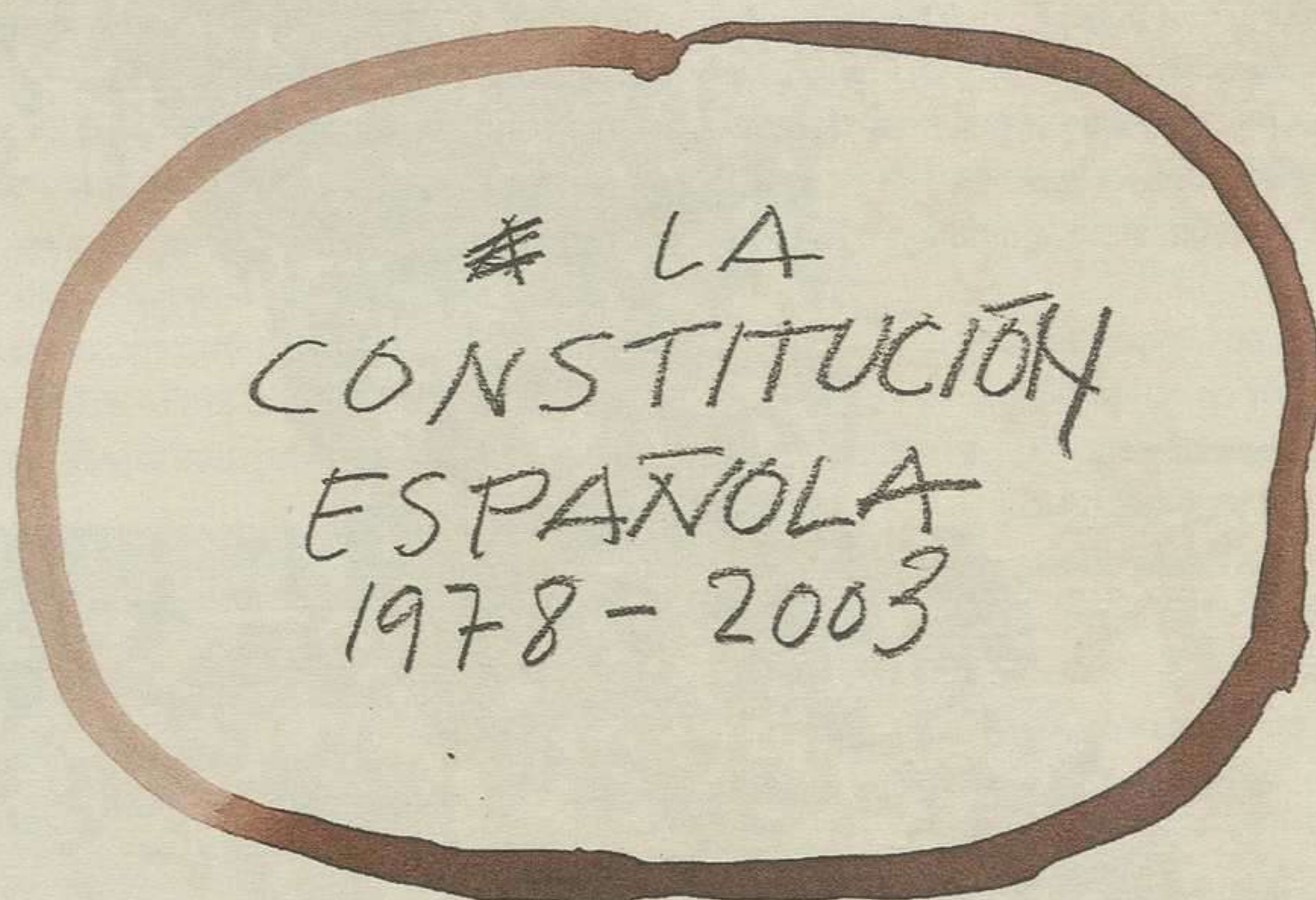
Fue un duro golpe, pues el hecho de abolir la pena de muerte significa que se puede restituir. Debería entenderse, sin necesidad de especificarlo, que todos

tenemos derecho a la vida sin que en ningún caso podamos ser sometidos a torturas o tratos inhumanos o degradantes. Da miedo vivir en un mundo en el que hay que especificar lo que debería ser obvio. Pero lo que me puso los pelos de punta de aquel artículo fue la última parte, relacionada con las leyes militares en tiempos de guerra. No entiendo cómo los civiles que redactaron la Constitución cometieron la barbaridad de aceptar que la pena de muerte podría estar justificada en alguna situación y para determinados colectivos, ni cómo los militares no han luchado por eliminar esa frase que, lejos de honrar a su institución, la denigra. [...]

Rosa Regás

UN VALOR CONSTITUCIONAL BAJO MÍNIMOS

ARTÍCULO 16, 2 «Nadie podrá ser obligado a declarar sobre su ideología, religión o creencias.»



Joan Hernández Pijoan

Joan Hernández Pijoan

[...]

La laicidad defiende la separación de los poderes de la Iglesia y el Estado, lo que quiere decir que en un Estado laico las creencias religiosas no sirven para regir los principios por los que se gobierna un país. Pero en ningún caso el laicismo va contra la práctica de esa religión o de otra cualquiera, que pertenecen al ámbito de lo privado, porque como filosofía y como movimiento social sostiene que la libertad de conciencia, la libertad ideológica y la libertad religiosa son un eje fundamental de las leyes democráticas de un país. Así es como el Estado, que es neutral en materia religiosa al ser todos

los ciudadanos iguales ante la ley, evita que sean discriminados por motivos ideológicos y religiosos y, por lo tanto, defiende que cada cual puede ejercer libremente sus opciones morales y tiene derecho a practicar la libertad de conciencia y de religión que el Estado ha de garantizarle.

El laicismo es pues, ante todo, una ética ilustrada que promueve los valores de la libertad, de la igualdad y de la justicia. El origen étnico, cultural o religioso de cada persona puede y debe quedar integrado en el derecho de ciudadanía. [...]



Luis Mateo Díez

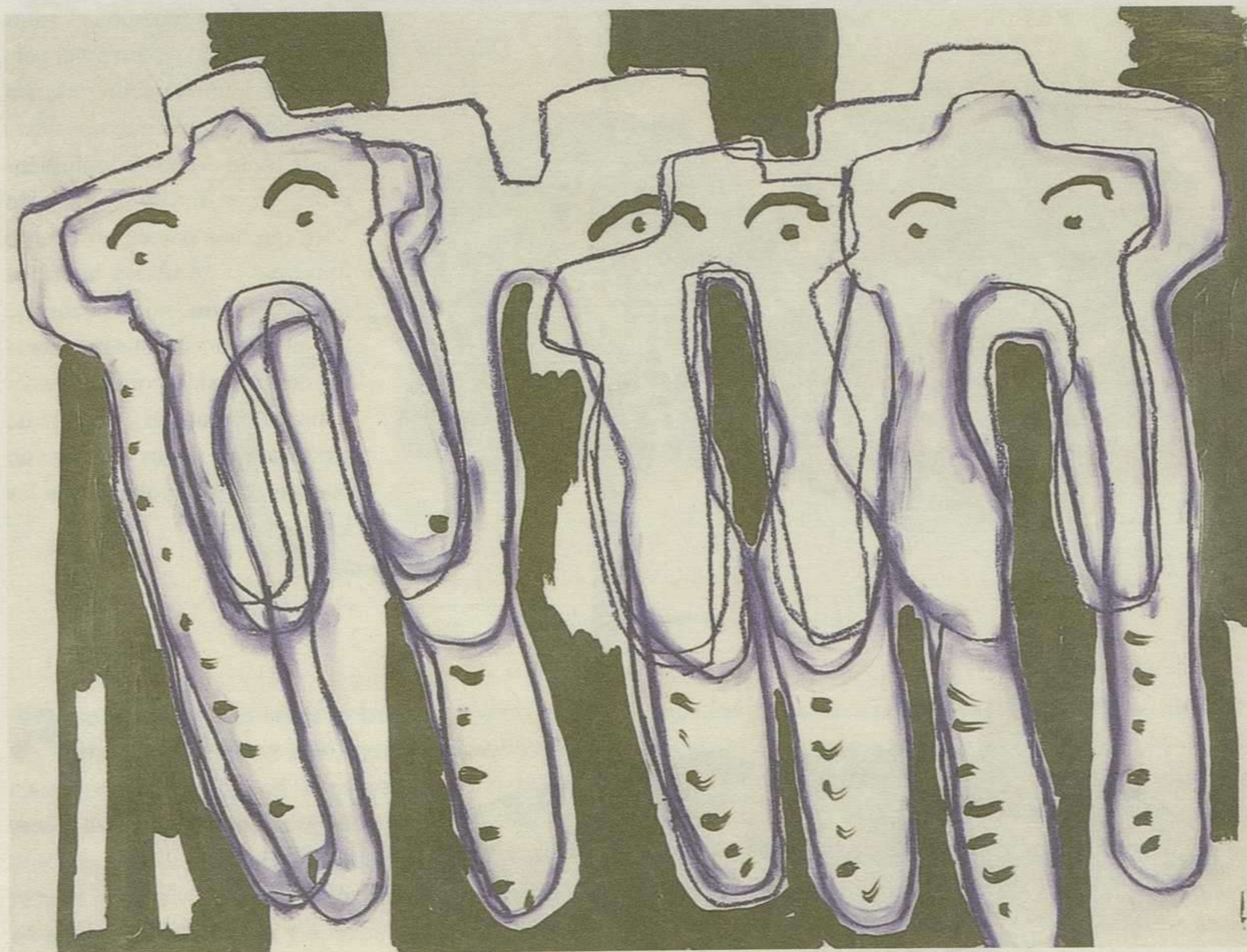
LA INTIMIDAD DEGRADADA

ARTÍCULO 18 «Se garantiza el derecho al honor, a la intimidad personal y familiar y a la propia imagen.»

[...]

La historia de los abusos de poder en regímenes políticos de muy diversa índole constituye el trasfondo de las conquistas democráticas y liberales, respecto al cual éstas se hacen plenamente significativas en tanto triunfos del individuo frente al Estado. La vigilancia constitucional del derecho a la intimidad responde, por tanto, a un deseo de limitar el campo de actuación del poder a fin de preservar un área intangible de libertad donde cada persona se realice autónomamente, sin interferencias políticas de ningún tipo.

El problema al que la Constitución no puede dar respuesta es el de cómo se ejerce la libertad más allá del debido respeto a las leyes. Si cumplimos éstas, podemos hacer con nuestra vida lo que nos venga en gana, incluso pregonar lo que atañe a nuestra intimidad. En este caso, la amenaza a la misma no proviene del poder, sino, paradójicamente, del propio individuo, que debería ser el más empeñado en protegerla. Y, más que de aquél, de las costumbres sociales que han *normalizado* el hecho del impudor como si se tratase de la prueba definitiva de la autenticidad de una persona. [...] □



Luis Gordillo

Antonio Muñoz Molina

LA LIBERTAD INCÓMODA

ARTÍCULO 20 «Se reconocen y protegen los derechos a expresar y difundir libremente los pensamientos, ideas y opiniones...»

[...]

No hay que confiarse, nunca se puede bajar la guardia: la libertad de expresión siempre está en peligro, incluso donde su conquista parece más segura. En la mayor parte del mundo no existe: tampoco ha existido en los periodos más largos de la historia. Para darnos cuenta de su valor, y también de su incomodidad, basta pensar en lo difícil que fue conquistarla en Europa y en América, en contra de todos los poderes, de las iglesias y de los Estados, en

lo rápidamente que se la suprimía o se la falsificaba una vez establecida. La falta de libertad de expresión no sólo favorece el discurso exclusivo y monótono de los tiranos: también genera fantasmas en quien sufre su ausencia, lo obliga a las medias palabras, a los circunloquios, a transigir y corromperse. La libertad de expresión, en realidad, es un derecho incómodo, porque exige responsabilidades muy grandes en quien la ejerce, y porque a él también le somete a la posibilidad del contratiempo.

[...]

Quienes hemos vivido bajo una dictadura sabemos el valor de la libertad de expresión, porque nos hemos encontrado sin ella. Una opinión que nos desagrada no se combate prohibiéndola, sino discutiéndola. Un libro que nos parece obscuro o injurioso se somete a la crítica libre y legítima, no a la censura. La integridad de nuestra libertad de expresión coincide exactamente con nuestra libertad de ciudadanos, y sus límites no pueden ser otros que los de las leyes generales. □



Alfonso Albacete

Andrés Trapiello

NOSOTROS LOS SOLITARIOS

ARTÍCULO 22 «Se reconoce el derecho de asociación.»



Eduardo Arroyo

[...]

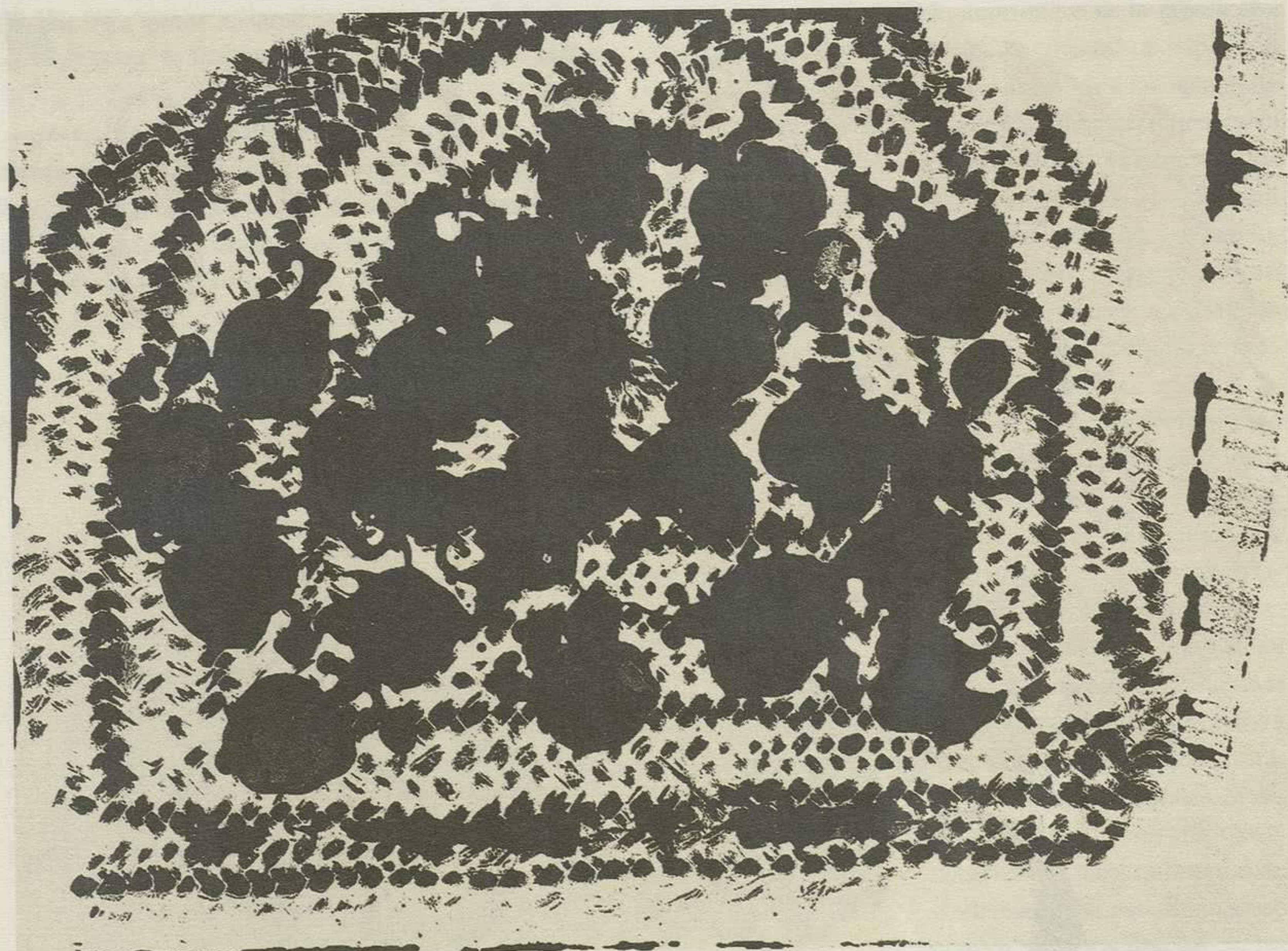
Pese a que algunas veces se ha creído que el solitario era un ser interesado, egoísta e insolidario, lo cierto es que gracias al pensamiento y la obra de muchos que lo fueron, hemos ido suavizando nuestros vínculos sociales y egoísmos y elevando algunas miras para el gobierno de los pueblos. Nietzsche, en carta a un amigo, se refería a sí y a otros que como él buscaban el camino del bien común, con una insuperable fórmula: «Nosotros, los solitarios», dijo, dando a entender que, pese a su insobornable manera de vivir su vida, no

renunciaría jamás a la creación de un hombre superior, tarea que sólo puede ser común y propia de solitarios. A Francisco Giner de los Ríos se lo confirmó alguien que seguramente conocía como pocos la soledad y sus frutos, no siempre dulces, hay que añadir. Se trataba de un pastor soriano. Le dijo: «Todo lo sabemos entre todos». Y nosotros podríamos cambiarlo en un «todos lo hacemos entre todos», alma con alma, sin olvidar nunca que las almas se cuentan de una en una y valen todas lo mismo, si son libres, como los votos. [...]

Josefina Aldecoa

EL DERECHO A HACERSE PREGUNTAS

ARTÍCULO 27 «Todos tienen el derecho a la educación...»



Frederic Amat

[...]

La nueva educación que necesita este país tiene que fortalecer una educación pública avanzada, europea y progresista. Una educación que pretenda por encima de todo cultivar la inteligencia de los alumnos, que les enseñe a pensar, que despierte su curiosidad y les impulse a investigar por sí mismos el mundo que les rodea. Y a hacerse preguntas en vez de aceptar las respuestas dadas. Que desarrolle su sentido crítico y su capacidad de análisis.

Una educación que agudice su sensibilidad a través de la literatura, la música, las artes plásticas. Una educación que prepare al niño y al joven para disfrutar de los bienes culturales que la humanidad

ha ido conquistando a largo de los siglos. Y una enseñanza que estimule en los alumnos el deseo de saber, de experimentar y crear por sí mismos y que les haga sentir el placer del trabajo bien hecho. Una educación que aparte de esos principios derivará en adultos con una cabeza bien estructurada —«bien hecha en lugar de bien llena»— como decía Montaigne.

Ciudadanos sin prejuicios que construyan y vivan una sociedad en la que la justicia, la solidaridad, la paz, la no discriminación, el respeto a la naturaleza dejen de ser utopías perseguidas por el hombre durante siglos y todavía inalcanzadas. [...]

Román Gubern

EL MÍNIMO DENOMINADOR COMÚN

CULTURA

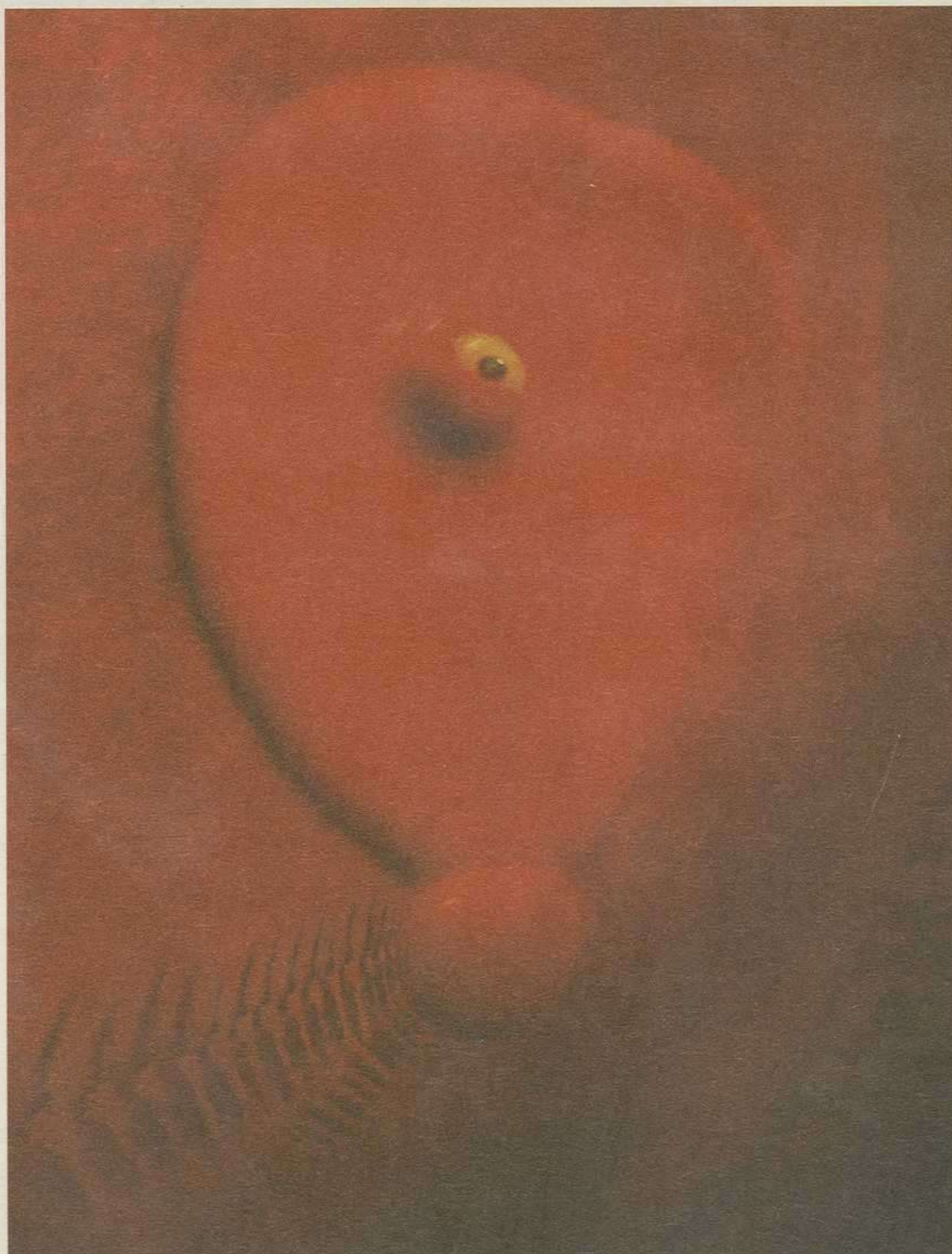
ARTÍCULO 44 «Los poderes públicos promoverán y tutelarán el acceso a la cultura...»

[...]

Es políticamente exigible que el «acceso a la cultura» del que nos habla la Constitución no sea sólo en la función de meros consumidores, sino que contemple también la condición activa de los ciudadanos como creadores o productores de bienes culturales. En un ecosistema mediático dominado por la monocultura implantada por los grandes canales multinacionales de la comunicación de masas, sobre todo de matriz anglosajona o de imitación suya, es menester reafirmar con contundencia que los bienes culturales no son reductibles a meras mercancías rentables y, con ello, consolidar el derecho a la diversidad cultural y a la originalidad disidente. De modo que cuando se emplea la elegante metáfora del «capital cultural» de una comunidad, no se excluyan las formas culturales no rentables y aparentemente «inútiles» (como la enseñanza de las llamadas «lenguas muertas» o los espectáculos de panto-mima). Por eso, la defensa actual de la cultura pasa por el combate contra el fundamentalismo del mercado, que propone que sólo tiene

derecho a la vida aquello que puede obtener réditos en el plano mercantil.

Una sociedad sólo puede ser libre, en definitiva, cuando garantiza la libre circulación de sus bienes espirituales, ofreciendo a todos sus ciudadanos las mismas oportunidades en este campo, tanto en su condición de consumidores como de productores de bienes, en cualquiera de los ámbitos dignos de ser etiquetados como culturales. □



Evru

Manuel Rivas

LA INSUFICIENCIA RESPIRATORIA

ARTÍCULO 45 «Todos tienen en derecho a disfrutar de un medio ambiente adecuado para el desarrollo de la persona, así como el deber de conservarlo.»

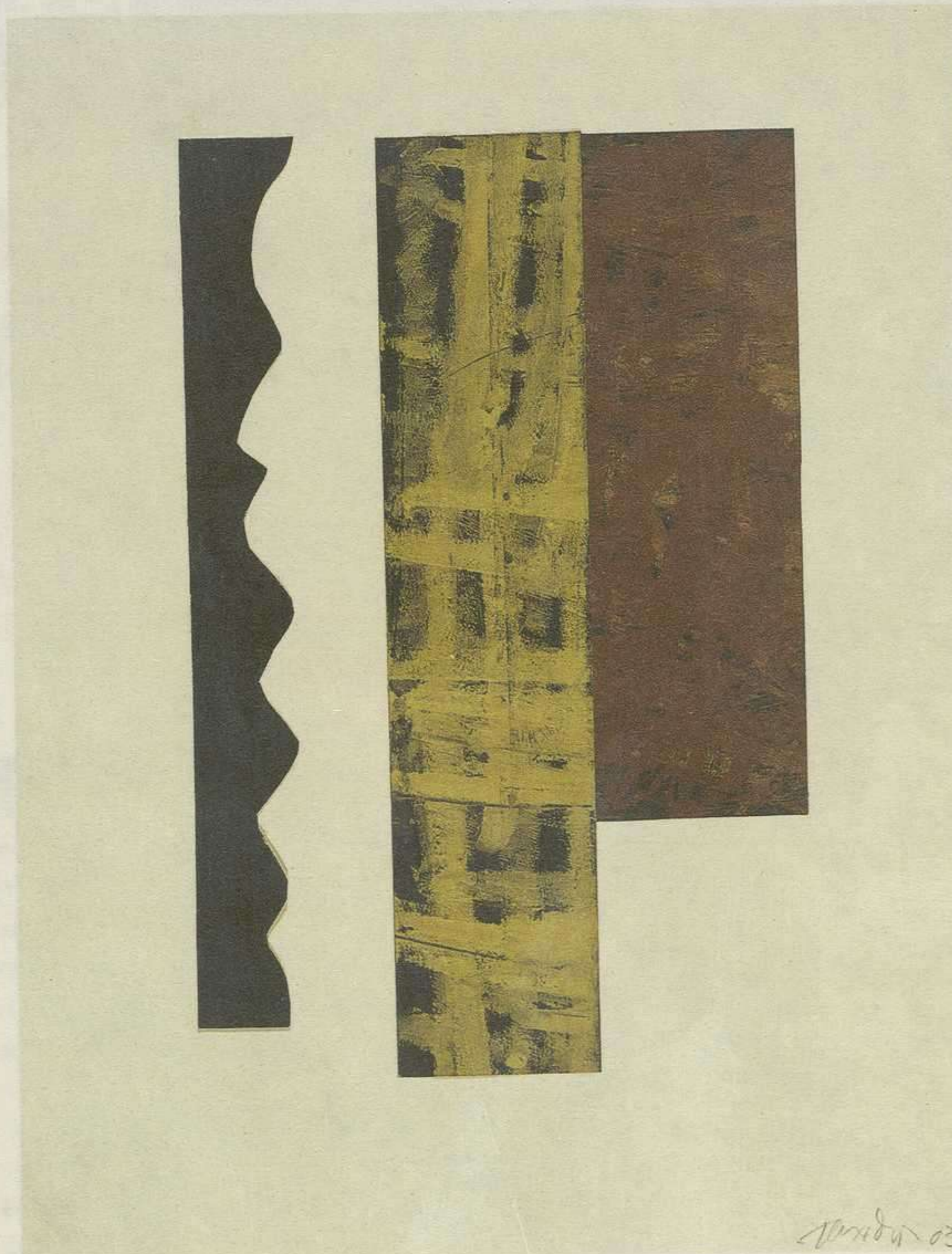
[...]

La Constitución es un ser vivo, y eso significa que tiene sus achaques históricos, propios de la biografía. Hoy en día, el «derecho a disfrutar de un medio ambiente adecuado para el desarrollo de la persona», que postula el Artículo 45, dentro del capítulo Tercero, que trata «De los principios rectores de la política social y económica», parece claro que debería figurar dentro del capítulo de los derechos fundamentales. No se trata de una simple cuestión de orden, de ubica-

ción formal, sino de afinar la concepción del ciudadano y el núcleo de sus intereses vitales. Hace veinticinco años quizás resultara precoz soñar o pensar en una Constitución de esqueleto *medioambientalista*.

Lo que sí parece urgente e imprescindible, sobre todo para quienes desean otro gobierno diferente al de los tartufos, es aplicar la revolución de la mirada ecológica al texto constitucional. Es decir, revivirlo, reinventarlo, en unas condiciones de libertad de

pensamiento y no de cautiverio, respirando aire libre y no sometiéndolo a un régimen que lleva a la insuficiencia coronaria y respiratoria, cotejando la letra con los hechos, exponerlo a la intemperie de la realidad y ver hasta qué punto, en los espacios más vulnerables, resiste el proceso *re dox* (de reducción y oxidación). [...] □



Jordi Teixidor

Victoria Camps

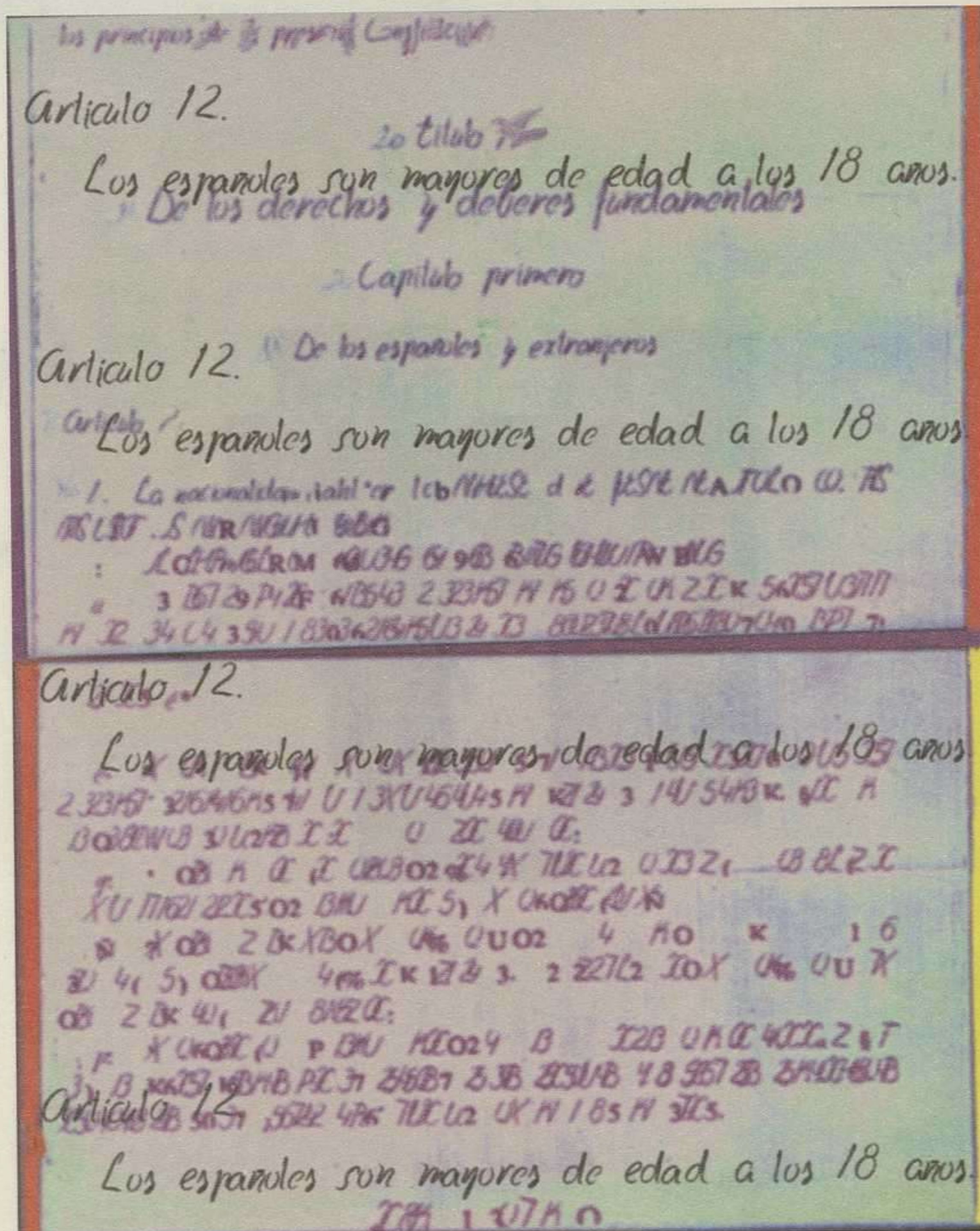
LO JUSTO Y LO BUENO

ARTÍCULO 128 «Se reconoce la iniciativa pública en la actividad económica.»

[...]

Todos los valores son, por definición, frágiles y vulnerables. No lo es menos el valor de lo público. Abandonado el socialismo puro duro y el empeño de abolir la propiedad privada por el procedimiento de poner punto final a la economía capitalista, el objetivo se ha desplazado hacia la búsqueda de una articulación equilibrada entre el dominio privado y el público, o entre los intereses de ambos espacios, si queremos decirlo de otra manera. No puede prescindirse sin más de la idea de que existen unos intereses generales que deben ser defendidos. Concebirlo así es la base del mantenimiento del Estado social. A partir de dicha convicción, lo que conviene y urge es ir determinando cuáles son tales intereses de acuerdo con las transformaciones sociales, culturales, tecnológicas, económicas que se van produciendo. Los intereses generales no son estáticos, son dinámicos y cambiables. Los descubrimos entre todos —y aquí el «entre todos» debe ser tomado del modo más literal posible—, profundizando en la democracia, poten-

ciando el pluralismo, escuchando las distintas voces, en especial las que hasta hace poco estuvieron silenciadas: las voces de las mujeres, los inmigrantes, los ancianos, los homosexuales. Dicho brevemente y con un criterio menos equívoco: los intereses generales son, por encima de todo, los intereses de los menos favorecidos, que son los que más necesitan el apoyo de lo público, los que justifican que la solidaridad no pueda ser sólo una opción privada, sino una obligación sancionada por las leyes. [...]



José Luis Alexanco

Joaquín Estefanía

PLANIFICACIÓN: UN CONCEPTO INÉDITO DE LA DEMOCRACIA

ARTÍCULO 131 «El Estado, mediante ley, podrá planificar la actividad económica general para atender a las necesidades colectivas, equilibrar y armonizar el desarrollo regional y sectorial y estimular el crecimiento de la renta y de la riqueza y su más justa distribución.»

[...]

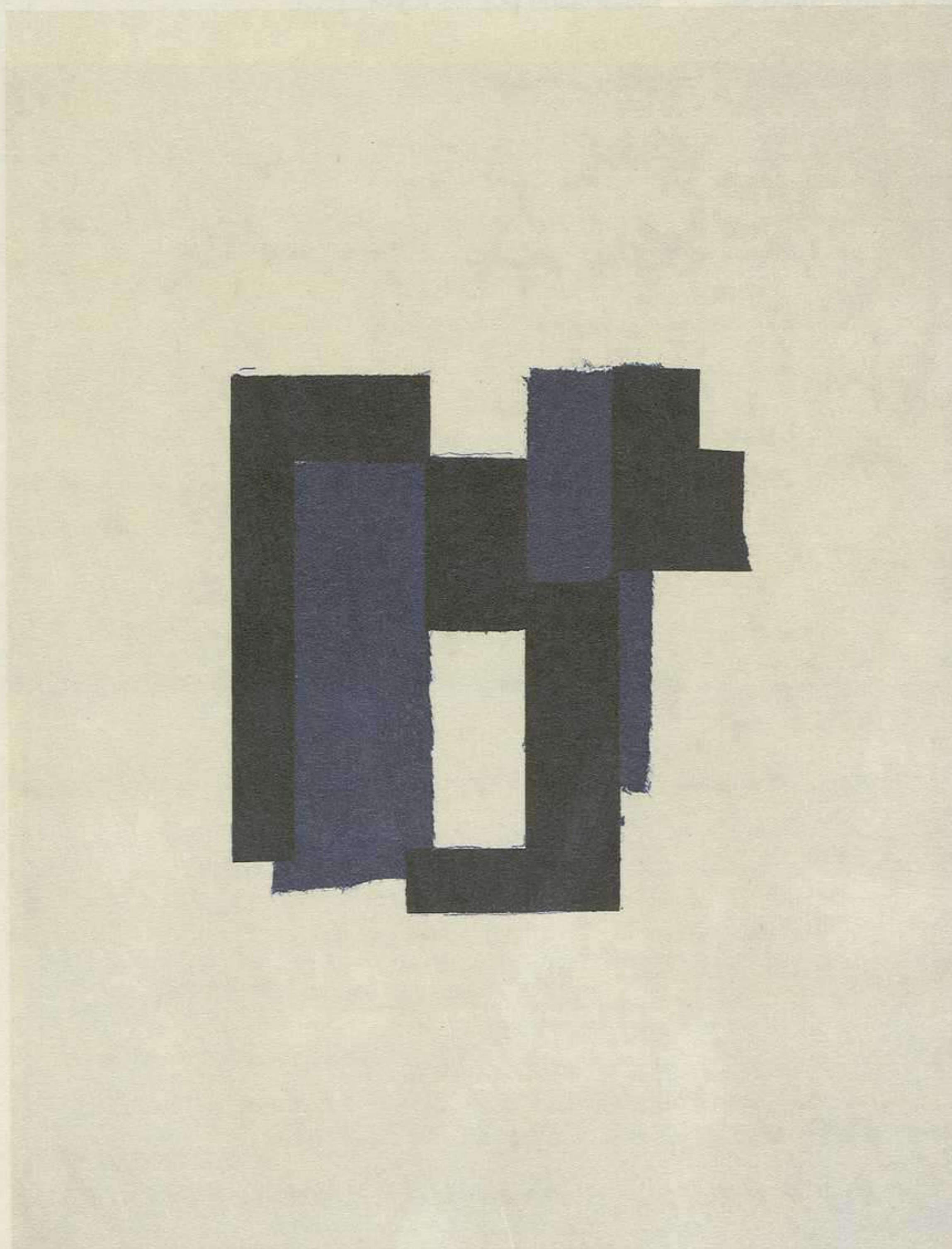
Hay una contradicción de oficio en la Constitución española, en materia económica. Elaborada en plena transición, era imposible predecir la evolución de las tendencias, mucho más si se tiene en cuenta la velocidad con la que éstas se han producido. El marco de referencia económica ha dejado de ser, para muchos asuntos, el Estado-nación, que ha sido sustituido por la globalización: aquel proceso por el cual las políticas económicas nacionales dejan de tener

importancia en beneficio de las políticas económicas que se toman fuera de las fronteras, generalmente alejadas de los representantes directos de los ciudadanos. El Estado-nación España tiene su Constitución; España, dentro de la globalización, se rige por otras reglas que en casi ningún caso han sido votadas por los ciudadanos y que no son constitucionales. La globalización está fuera, por ahora, de cualquier tratado constitucional. La globalización realmente existente es más

financiera y económica que política, por lo que las principales ausencias de regulación se notan en ese ámbito.

[...]

La ciudadanía sigue vigente en la globalización. ¿La ha estimulado, la ha desarrollado el artículo de la Constitución que legaliza la planificación? No. El Artículo 131 ha resultado casi inédito. No tiene historia. □



Rafael Canogar

entra en el círculo

PUERTAS
ABIERTAS
A LA CULTURA
VIVA



CIRCULO
DE BELLAS ARTES

Marqués de Casa Riera, 2.
28014 Madrid. Tel: 531 77 00

El Círculo de Bellas Artes es una entidad cultural privada no lucrativa, declarada de utilidad pública. Sus actividades son posibles gracias al apoyo económico que le brinda el consorcio del mismo nombre, integrado por:

MINISTERIO DE CULTURA Comunidad de Madrid

Ayuntamiento de Madrid

IBERIA
LINEAS AEREAS DE ESPAÑA

Una literatura fuerte

Claudio Magris entrevista a J. Á. González Sainz

¿Qué significa escribir? ¿Por qué narrar? ¿Es posible volver en la novela a los grandes temas, a las grandes formas de la literatura? Lejos de rendirse a la tentación de la banalidad o el desencanto, J.Á. González, en una conversación con Claudio Magris para el periódico italiano Corriere della

Sera, ofrece su respuesta como escritor a preguntas que la verdadera literatura nunca debe dejar de plantearse. Manuel Barrios Casares comenta para LETRA INTERNACIONAL Volver al mundo, última novela del autor soriano que eligió vivir en Trieste.

La población de Trieste disminuye y envejece, pero continúan llegando, transplantando sus raíces nómadas, algunos escritores —quizá en la estela de aquellos grandes que llegaron en la época de esplendor de principios del siglo XX—, así como continúan saliendo, en las partes del mundo más diversas, libros de autores fascinados por aquel «ningún lugar» adriático, como lo llamaba hace un siglo el austriaco Hermann Bahr. Después, el alemán Veit Heinichen que también ha ambientado en Trieste sus novelas policíacas, ahora (no hace siquiera un año) es el turno del español José Ángel González Sainz. Nacido en 1956 en Soria, la pequeña ciudad de la vieja Castilla inmortalizada por Machado, narrador y traductor de escritores italianos entre los que se cuentan Ceronetti, Severino y Del Giudice, González Sainz ha vivido en Barcelona, Madrid y Venecia. Galardonado en 1995 con el Premio Herralde por su novela *Un mundo exasperado*, debutó en 1989 con un libro de cuentos, *Los encuentros*, historia errabunda de personas que se pierden en la vida y en el corazón, saga melancólica de un mundo sin sentido y de valores agriamente perdidos y añorados.

Más tarde, González Sainz se ha distanciado de esta nostalgia, afirmando que el nihilismo, el mundo sin valores y significados objetivos es hoy la premisa, el punto de partida inevitable de la escritura. ¿Qué significa narrativamente —le pregunto al encontrarle



Claudio Magris

en Trieste en el Café San Marcos—, aferrarse a esta nostalgia?

—Quizá significa asumir con mayor coraje la falta de fundamento y de fines, el carácter irreductiblemente enigmático de nuestra vida, su insuficiencia insuperable, como decía Antonio Machado. Asumir, por tanto, el *dictum* de Nietzsche según la cual el mundo se ha convertido en fábula. Para la escritura narrativa todo esto es grandioso pero, al mismo tiempo, de una tremenda responsabilidad. El arte, como dijo Nietzsche, la fábula, el juego infinito de posibilidades son la única metafísica que le queda al hombre.

Narrar sin nostalgia el mundo nihilista significa afrontar el abismo de la falta de fundamentos —en la cual se ha disuelto toda certeza tranquilizadora—, junto al emocionante e inquietante deber de producir narrando aquellas interpretaciones del mundo y aquellos significados que sólo la fábula, el cuento pueden dar. Precisamente porque el mundo está sin fundamentos, la épica puede despertar el ánimo, como dice Hegel; es lo opuesto al insoportable posmodernismo que ha permitido la inanidad. Hoy debemos comenzar de nuevo a lo grande, volver a tratar grandes temas, precisamente porque así nos asomamos a la nada. Es el regreso al gran estilo, a las grandes formas, a todo lo que hoy no parece posible. Al gran estilo que también a ti te es tan caro...

—Sí, el gran estilo como aquello capaz de reducir la polvareda de las cosas a lo esencial, de encontrar y expresar lo esencial, de comprender y representar la unidad de la vida, el sentido que la invade y la mantiene unida, el hilo rojo que la sujeta y hace de ella una totalidad significativa. En el baile de Natacha en Guerra y paz están toda la vida y el sentido tolstoiano de la vida. Existe, sin embargo, la diferencia entre narrar un mundo que, a pesar de todo, tiene un sentido en sí mismo o bien inventarlo con la narración, como haces tú. En tu *Un mundo exasperado*, un hombre espera durante toda la noche la llegada de algo, quizá de la policía que le busca o quizá sólo del amanecer, y piensa en la jornada

transcurrida y en su existencia, en sus vanos intentos de «salir de casa» y aventurarse en la vida, en su defraudada y quijotesca ansia de perfección; es una especie de «último hombre moral» que descubre la miseria de los valores y la insensatez del mundo, la trágica representación de la vida...

—Sí, pero no se da por vencido, no cae en la tentación nihilista de coquetear con el absurdo, con el revoltijo de la banalidad, con el «falsete» del posmodernismo. En este desafío, en este sentimiento de amor y de resistencia al vacío, somos afines; no en vano he traducido tu *Microcosmos*. Sin embargo, hay una diferencia, porque tú, a pesar de todo, buscas un sentido latente y oculto de la vida, valores que existen también antes de la escritura, una «vida verdadera» por muy inalcanzable y recóndita que sea. Tu narración es esta odisea irónica y apasionada. Sólo que, paradójicamente, tú —después de haber teorizado en tus ensayos sobre el

gran estilo y haber escrito obras «a lo grande» como *Danubio* y otras— parece que ahora buscas lo «grande» en lo pequeño, en el fragmento disgregado, en la esquirla: en la *Mostra* haces añicos toda visión unitaria y compacta del mundo, toda continuidad épica, toda identidad. Es como si (lo has dicho tú mismo) recogieras jirones de vida hecha pedazos a golpes, desechos, escorias consumidas o seductoras, astillas y residuos depositados a la orilla del mar...

—Sí, quizá sienta demasiado la fuerza de aquella frase de Adorno, «todo, la totalidad es lo falso». Mientras, tú en cambio, has escrito una novela de gran envergadura...

—Sí, *Volver al mundo* es la segunda parte de una trilogía sobre el nihilismo. Es un libro en el que he trabajado durante seis años y que acaba de salir en España. Cuenta la historia de una mujer que vuelve del extranjero al valle

donde ha muerto el hombre al que amaba y que ha quemado amores, lugares, sentimientos, retos. A través de la investigación sobre su muerte —está escrita en clave de *thriller*— y sobre el caso sentimental de los dos, la novela busca contar el destino de todo un grupo de amigos, de una generación trágica (la juventud de los años 70) que ha consumado tantos abandonos, pulsiones, búsquedas, mentiras, heridas y busca un nuevo modo de vivir entre rebelión y aceptación, libertad y destino, desarraigo y vínculos... es una novela amplia, con ecos clásicos, de tragedia —el coro, el destino— un adiós a muchos malos maestros, una meditación sobre el tiempo y sus demonios, sobre los diversos modos de regresar o no a la propia Itaca; un libro sobre el sentido del límite, que mezcla narración, poesía y pensamiento. Quién sabe, quizá uno de aquellos libros que no se pueden o no se deben escribir ya... Pero también puede ser un modo de no rendirse... □

epi editorial pablo iglesias



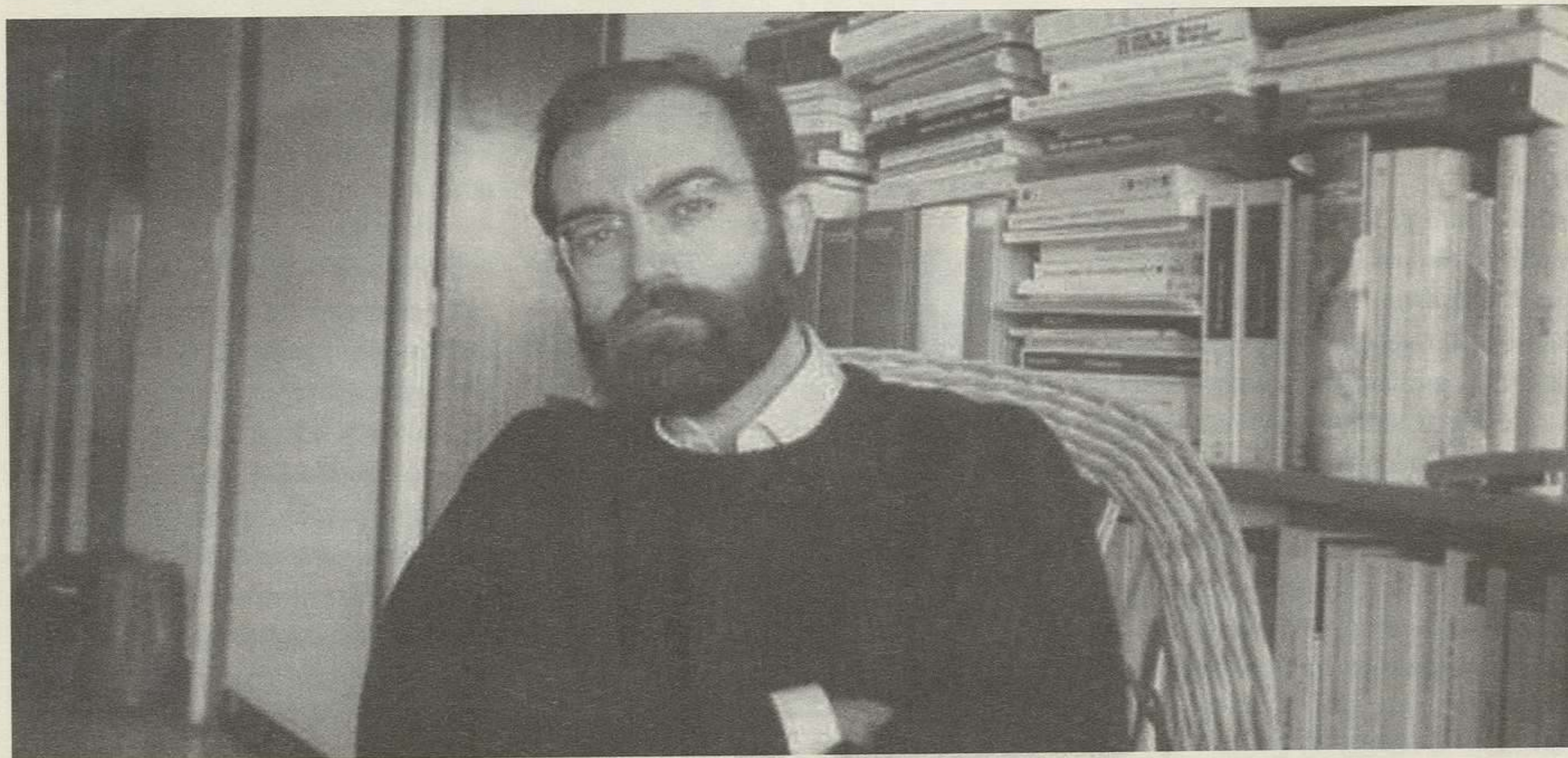
Los intelectuales y la política

Rafael del Águila, Victoria Camps, Elías Díaz,
Antonio García Santesmases, José Antonio Marina, Edurne Uriarte

Monte Esquinza, 30, 2.º dcha. 28010 Madrid Teléfono: 913 104 696 - 913 104 313 Fax: 913 194 585
editorial@fpabloiglesias.es

Volver a narrar

Manuel Barrios Casares



J. Á. González Sainz

En una época que comenzaba a mostrar signos evidentes de crisis y decaimiento de los patrones culturales de la modernidad, los novelistas españoles de la generación del 98 supieron contraponer a la consideración de la literatura como mero entretenimiento burgués su concepción del oficio de escribir como un elemento clave en la nueva tarea de búsqueda del sentido de la vida. Participando de un mismo empeño con la mejor tradición novelística europea de principios del siglo XX, hicieron de la narración testigo crítico del propio tiempo y vehículo de indagación existencial. Hoy día, en que vuelve a estar demasiado extendido un concepto banal de la literatura, conforta hallar obras como la de José Ángel González Sainz (Soria, 1956), que se atreven a recoger el testigo de toda aquella tradición. Mediante una sólida construcción narrativa, su segunda novela nos devuelve así la oportunidad

de hallar en la creación literaria un espacio singular donde experimentar el mundo como pregunta, sumando al placer de la lectura el acicate de la reflexión. No resulta ocioso, por tanto, iniciar un acercamiento a algunos de los mejores logros de esta novela desde parámetros filosóficos, toda vez que su esmerada arquitectura parece responder a un preciso ensayo de interpretación del mundo, en el que González Sainz, de manera coherente con el conjunto de su trayectoria intelectual, ha sabido combinar literatura y filosofía, ética y poesía, para ofrecer un esclarecedor diagnóstico de nuestro momento histórico.

De dicha trayectoria forman parte obras como *Un mundo exasperado*, su primera novela, que mereció el Premio Herralde en 1995, o el libro de relatos publicado en 1989, *Los encuentros*, título que viene a resaltar la paradoja de unos personajes extraviados en una

existencia carente de orientación y de señas de identidad. Pero también forma parte de esa trayectoria la encomiable labor de González Sainz al frente de una de las revistas españolas de pensamiento más sobresalientes de las últimas décadas, la revista *Archipiélago*, que él dirigió desde su creación, en 1988, hasta el año 2002. La manera en que esta revista ha sabido ejercer tareas de crítica de la cultura, de abordar con rigor y profundidad temas cruciales de la filosofía contemporánea, es otro testimonio más del rico bagaje intelectual de González Sainz, quien ha llegado así a incorporar como estímulo decisivo de su quehacer literario una perspectiva común a buena parte del pensamiento actual, heredada de filósofos como Nietzsche, Heidegger o los frankfurtianos. En un reciente diálogo-entrevista a dos bandas hecha por *Il Corriere della Sera* a él y a Claudio Magris —el ensayista y novelista italiano de quien Gon-

zález Sainz ha traducido textos como *Microcosmos* o *Utopía y desencanto*—nuestro autor declaraba expresamente la asunción de dicha perspectiva en los siguientes términos:

«El nihilismo, el mundo sin valores ni significados objetivos es hoy la premisa, el inevitable punto de partida de la escritura». Y afrontar esto sin nostalgia supone «asumir con mayor coraje la falta de fundamento y finalidad, el carácter irreductiblemente enigmático de nuestra vida, su insuprimible insuficiencia, como decía Antonio Machado. Esto es, asumir el *dictum* de Nietzsche según el cual el mundo verdadero ha acabado convirtiéndose en fábula». Ahora bien, «para la escritura narrativa, todo esto es grandioso y, al mismo tiempo, de una tremenda responsabilidad: el arte, como ha dicho Nietzsche, la fábula, el juego infinito de las posibilidades, es la única metafísica que le queda al hombre. Narrar sin nostalgia el mundo nihilista significa afrontar el abismo de la falta de fundamento —en el que toda certeza tranquilizadora queda disuelta— y, a la vez, entraña la inquietante y estimulante tarea de producir, narrando, esas interpretaciones del mundo y esos significados que sólo la fábula, el cuento, pueden dar».

Tal y como se desprende de estas palabras, la tarea del escritor no se asume aquí de la forma frívola y descomprometida, sólo atenta a las modas del mercado que hoy adopta en tanta literatura de salón posmoderno. Escuchando a González Sainz, atendiendo a los frutos de su oficio literario, uno puede percibir la afinidad con las graves palabras formuladas por Martin Heidegger en su *Carta sobre el humanismo*: «En la actual precariedad del mundo, es necesaria menos filosofía, pero una atención mucho mayor al pensar; es necesaria menos literatura, pero mucho mayor cuidado de la letra».

Si, en efecto, la tarea primera de un pensador no es la de dictar doctrinas ni suministrar sesudos rótulos para nuestros prejuicios, sino la de afrontar la

cuestión radical de qué significa pensar, por su parte, la tarea esencial del escritor es la que con esta novela afronta en puridad González Sainz, la que surge en demanda de la pregunta: «¿Qué significa escribir?».

Y ¿qué significa escribir? Acaso, abrir el mundo cotidiano a la novedad y la extrañeza, rasgar la tela de la representación convencional del mundo y asomarse a través de ella al fondo misterioso de las cosas, para volver a sondear su profundidad y rescatar algún destello de luz, trayéndolo de vuelta al gris tranquilo y común de nuestros días. Volver al mundo es, así pues, tanto como volver a narrarlo, volver a experimentarlo y a decirlo de otro modo, desaprobar su curso acostumbrado e iniciarse de nuevo en la escuela de las palabras dichas como por primera vez.

Lo cual implica que el reto asumido por esta novela es nada menos que el de cumplir, en un doble plano, la ambiciosa propuesta que reza en el título: contar cómo se vuelve al mundo después de haberse ido de él y, al mismo tiempo, realizar esa vuelta al mundo al contarla, hacerla real al narrar; hacer que el propio lector pase por esa experiencia de intento de imposible recuperación de una existencia perdida: una experiencia, que no es, sin más, la de unos personajes anónimos recluidos en un escenario imaginado de tiempo difuso, sino la experiencia del hombre contemporáneo en la época del nihilismo consumado.

Esto es lo que dota a la novela de su peso específico, liberándola de los estrechos márgenes de la narrativa costumbrista y proyectando su trama en un horizonte histórico-cultural más amplio que el definido únicamente por su carácter de novela generacional, de historia que cuenta el destino de un grupo de amigos, unos jóvenes de los años 70, que en la España franquista salieron del pueblo y del paraíso natural de la infancia para construir su propio paraíso de libertad a través de la militancia en organizaciones de izquierda radical; pero que con el tiempo vieron defraudada

sus expectativas y traicionados sus sueños por el chantaje totalitario de las ideologías, la soberbia cínica e iluminada de los redentores del mundo o el puro enquistamiento irracional en una estética de la violencia.

De todo ello trata la novela, superponiendo, como hilo conductor del relato, las pesquisas de una mujer que viaja desde el extranjero al Valle donde acaba de morir Miguel, el hombre que amaba, para averiguar los motivos de su misteriosa muerte, así como las razones de su esquiva historia de amor. La indagación en torno a la crisis de la pasión amorosa se trenza así con la indagación sobre esa otra crisis, la de la pasión política, componiendo una especie de *thriller*, si bien habría que decir que se trata por momentos de un *thriller* congelado, estático, que dilata el curso de la investigación y se demora hasta casi la extenuación en la descripción de acontecimientos supuestamente secundarios y de detalles aparentemente nimios —esos movimientos que acompañan la vida del Valle como toques de un reloj arbitrario y caprichoso— pero que lo hace de manera deliberada, para conferir a la novela su genuina atmósfera y su verdadera dimensión: no las de un relato más o menos detectivesco sobre la muerte —¿asesinato, suicidio, accidente?— del protagonista; no las de una novela psicológica sobre las cuitas del amor en tiempos reacios al compromiso sentimental; no las de un relato realista sobre una serie de personajes refugiados del naufragio de sus ideales de juventud en un territorio apartado de la historia; sino las de una exploración sobre la condición humana en la era del desencanto de mundo.

González Sainz remite así el tejido último de su texto a un estrato más radical de la experiencia contemporánea que el caracterizado por desengaños amorosos personales o desengaños políticos generacionales. Lo remite a esa experiencia histórica de vaciado del mundo, de pérdida de asideros firmes, de relatividad de valores y verdades, que viene siendo consignada por la cultura occi-

dental, al menos desde finales del siglo XIX, bajo rótulos tales como los de nihilismo, muerte de Dios, desencantamiento del mundo, caída de los grandes relatos, etcétera. Pero, además, González Sainz rechaza el gesto acomodaticio con que la mentalidad posmoderna parece haberse instalado en esa despedida total del sentido y, con la mejor prosa que sabe destilar su obra, dotando de una potente carga simbólica a su evocación de los parajes del Valle, trasunto de los de su Soria natal, se pone a relatarnos la odisea rota de Miguel, su decidido empeño en intentar el imposible retorno a Ítaca como único modo de no rendirse al abandono nihilista. Lo que surge de ahí no es meramente otro testimonio más del puro desarraigo. Es la rotunda enseñanza de que también cabe habitar en la falta de hogar y fundamento, de que también es posible narrar el abismo, seguir relatando tras la caída de los grandes relatos, ingeniando sentidos precarios, humildes, en medio de un caosmos multiversal.

Por ello, aunque en la escritura de González Sainz puede uno advertir concomitancias con la morosidad de algunos textos de Juan Benet, con la fina disección de la España tardofranquista de algunas novelas de Félix de Azúa, o incluso con la certeza del desengaño de algunos libros de Michel Houellebecq, hay en las páginas de esta novela algo más, algo cuya clave la ofrece, en mi personal lectura de la misma, la cita implícita de un verso de Hölderlin que se pone en boca del adversario último de Miguel, de ese mal maestro llamado Ruíz de Pablo, alma bella despótica, llena de narcisismo y soberbia, que trata de imponer a toda costa su utopía. Este personaje encarna al fanático iluminado, que quiere dictar a los demás el gran relato de lo que debe ser la existencia. Es la perversión totalitaria de lo que una vez sonó como clamor de libertad. Así que la asociación de este personaje a la figura de Hölderlin resulta en el texto tan llamativa como ambigua.

Pues Hölderlin, en efecto, como poeta del idealismo alemán, también

trató de cantar el absoluto y realizarlo en la tierra. Su novela *Hiperión*, considerada, junto al *Wilhelm Meister* de Goethe, una de las mejores representantes del género moderno del *Bildungsroman*, de la novela pedagógica o formativa, reúne en una única trama la desdichada historia de amor de Hiperión, la historia de sus afanes políticos, vinculados al ideario de la Revolución Francesa, y la historia de su sueño de vuelta al ideal cultural y vital del mundo clásico griego. Ese Absoluto, que es Amor, Libertad y Reconciliación con la Naturaleza, es lo buscado por Hiperión. Pero toda su amarga peripecia es la de un estricto aprendizaje de la decepción, así como del coste trágico que entraña el insensato afán de traer el Absoluto a la tierra de un pistoletazo. Y es con el presentimiento de dicha conciencia trágica con la que escribe los versos a los que alude Ruíz de Pablo: «Los poetas son ánforas sagradas en las que se derrama el vino de la vida, el espíritu de los héroes».

Sólo que Ruíz de Pablo, el iluminado que quiere contrarrestar la soberbia de una tradición opresiva con otra soberbia aún mayor, entiende esos versos como un llamado a romper el mundo existente, a liquidarlo por entero y rehacerlo al antojo de su heroico yo; mientras que la obra de Hölderlin va a ir subrayando cada vez más la finitud y tragedia de ese destino poético: quebrarse, romperse uno mismo al tratar de acoger en sí lo sagrado. En contraste con Hegel, pensador de la totalidad que se reconcilia consigo misma y se sabe a sí misma al final del decurso del espíritu humano en la historia, Hölderlin sugiere la paradójica idea de que sólo en las disonancias, en las fisuras y fallas de la existencia, despunta el Absoluto. Ítaca, el grial, el Absoluto ya no están al final del camino. Sólo existen en la medida en que existe su búsqueda. González Sainz lo expresa así en boca de Anastasio, el viejo Anastasio, cuando éste comenta a Bertha el sentido de los reiterados intentos de Miguel por volver al mundo del Valle:

«Cuando él volvía, y por paradójico que pueda parecer —como acostumbraba a decir— volvía o intentaba volver en realidad al mundo. Volver al mundo, decía, reconciliarse con ellos y también con la tierra y el tiempo y con los dioses de todo ello si los hubiera» (...) «Pero, ya ve, venía a buscar reconciliación, equilibrio, y sin embargo cada vez parecía estar más lejos de lograrlo, como si con lo único con lo que él pudiese reconciliarse fuese sólo con su incapacidad de hacerlo».

Reconciliarnos con nuestra incapacidad de reconciliación plena, definitiva. No es extraño que, tras otros tantos ropajes novelísticos, la novela de González Sainz remede ciertos rasgos estructurales característicos de la novela pedagógica moderna de formación cultural, en la que un narrador omnisciente cuenta su propia historia, la de un sujeto que sale al exterior en busca de sí mismo, reúne experiencias y luego retorna al hogar plenamente sabedor del sentido de la existencia. Sólo que aquí no hay tal regreso triunfante, el protagonista ha muerto y lo que de él nos transmiten unas voces plurales nunca llega a recolectarse en un único sentido. Ni siquiera la presunta reducción de la historia al sustrato mítico que comparece en las últimas páginas bloquea el verdadero imperativo moral de la novela de volver a narrar, de volver enhebrar de un modo inédito las palabras y las cosas. También, por todo ello, el tiempo de la narración ya no discurre según una linealidad homogénea, que simplemente se estira hacia delante. En una admirable vuelta de tuerca metanarrativa, González Sainz traslada así al plano formal, a la arquitectura del texto, su idea de esta compleja y aporética modalidad de retorno al mundo. Mediante un riguroso ejercicio compositivo, se desestructura el *Bildungsroman*, construyendo a partir de sus ruinas, de su crisis y disolución una nueva modalidad narrativa, para aprender de nuevo a decir el mundo y a pensar conjuntamente utopía y desencanto. Ahí reside el hechizo de esta espléndida novela. □

El valor de vivir

Manuel Cruz



EL VALOR DE ELEGIR
Fernando Savater
Ariel
Barcelona, 2003

El primer acierto —por orden de aparición— de este libro es su mismo título. No se trata de un elogio menor, aunque a bote pronto alguien pudiera pensarlo. Porque no me refiero únicamente a que Fernando Savater titule sus trabajos con gracia y brillantez (lo que es el caso), a que consiga capturar, con el solo rótulo que antecede al texto, la distraída atención del ocasional visitante de librerías. Es mucho más que esto: con esas primeras palabras, Savater consigue siempre situar al lector en el corazón del asunto que va a tratar, incluso resumirle, en inverosímil síntesis, la sustancia de todo lo que va a plantear a continuación. Con el libro que vamos a comentar eso está claro: *El valor de elegir* refiere, efectivamente, a la anfibología de la palabra «valor». La expresión «el valor de elegir» alude, tanto a *lo valioso* que tiene el hecho de tomar decisiones, como al *coraje* que se requiere para hacerlo. Ello ya era apuntado por Fernando Savater en el prólogo de aquel otro libro, de título nada casualmente análogo, *El valor de educar*. Pero repárese en que ambos significados del término no son sólo dos significados diferentes sino que mantienen una secreta y profunda conexión.

Si nos fijamos, comprobaremos que los dos significados remiten, el uno a la cosa misma (lo valioso) y el otro a la persona que asume la tarea. También se podría decir que uno se refiere al objeto y el otro al sujeto. O, quizá mejor, que uno apunta a una dimensión más teórica o abstracta, mientras que el otro lo hace a una dimensión más práctica. Curiosamente, las dos dimensiones en las que se ocupa este libro.

En la primera parte, Fernando Savater, a través de una serie de aproximaciones sucesivas, desarrolla lo que él mismo propone denominar una *antropología de la libertad*. Esta parte, ciertamente la más conceptual, es una auténtica joyita. En ocasiones, me he referido a Ortega como un modelo de divulgación filosófica en el siguiente sentido: cuando el filósofo profesional emprende, con la atenta mirada

que le caracteriza, la lectura de alguno de los textos orteguianos más propiamente especulativos (por diferenciarlos de los más periodísticos, para entendernos), constata de inmediato su profundo conocimiento del tema elegido, la solidez de los argumentos desplegados, la perspicacia de las críticas formuladas. Pero luego, al terminar la lectura y tropezarse con la referencia originaria del texto, surge la sorpresa: «Conferencia pronunciada en el colegio para señoritas en la primavera del año...», por ejemplo. Es decir, que ese mismo texto que resultaba útil, clarificador y estimulante para el especialista, podría ser también seguido y entendido con provecho por un auditorio no especializado. Pues bien, cuando leía la primera parte de este libro no podía dejar de acordarme de Ortega: en las primeras páginas *está todo*, se presenta una reconstrucción impecable de la problemática de la acción humana, aparecen todos los autores y problemas relevantes... y al mismo tiempo, en gran parte merced a la claridad expositiva, la soltura estilística y el gracejo que caracterizan a Fernando Savater, se leen de un tirón.

Pero para que no parezca que éste es un elogio demasiado genérico, se me permitirá que cite dos pasajes que a mí me han parecido ejemplares, uno por su perspicacia y el otro por su brillantez. El primero se refiere a la interesada asimetría con la que nos atribuimos culpa y mérito, de acuerdo con la circunstancia: «Ningún ganador del Premio Nobel o escalador que llega a la cima del Everest diluye el fulgor de su hazaña atribuyéndolo a su circunstancia social o a su afortunada dotación genética: fueron *ellos mismos*, contra viento y marea adversos, quienes estudiaron, se esforzaron, derrotaron a la incomprensión o las dificultades, etcétera. Somos excelentes gracias a nosotros pero somos malos o deficientes *a pesar de nosotros*» (página 74). El segundo, más breve, en realidad son dos afirmaciones acerca del placer: «El placer no es un medio

instrumental para conseguir nada, ni siquiera es un fin en sí mismo, sino la evaporación gozosa de la distinción entre fines y medios, sin antes ni después» (página 123) y «el placer no tiene por qué acortar la vida: más bien la socava, es decir, la ahonda. Lo que descubre el goce es que debajo de la vida —dentro mismo de la vida— hay más vida, aunque no haya vida más allá de la vida: la aventura no está en la duración, sino en la intensidad» (páginas 129-130).

La segunda parte es más práctica, decíamos, o, también decíamos, más personal. Fernando Savater, con la discreción que le caracteriza cuando tiene que hablar de sí mismo, se refiere a los diferentes capítulos que la forman afirmando que constituyen «un buen repertorio de opciones libres» y también que son unos «ejercicios de libertad». Si él me lo permite, yo me atrevería a decir que en esa parte se nos presenta el abanico de sus elecciones, sus particulares opciones, las apuestas (razonables) que configuran el armazón de su plan de vida.

Por eso creo que no hay exageración ni figura retórica alguna en las palabras del autor que los editores han incluido en la faja promo-

cional que abraza el libro: «Esta obra es el núcleo esencial de cuanto he escrito». Aquí está, efectivamente, lo que mejor define su pensamiento pero también su conducta. En un breve ensayo publicado hace cincuenta años Isaiah Berlin reflexionaba a partir de una simple frase del poeta griego Arquíloco: «La zorra sabe muchas cosas; el erizo sólo sabe una, pero la sabe muy bien». ¿A cuál de los dos grupos imaginarios, el de las zorras o el de los erizos, deberíamos adscribir a Fernando Savater? Teniendo en cuenta el espectacular despliegue de conocimientos que a lo largo de toda su obra a hecho, yo siempre había tendido a incluirlo en el primero. Pero, tras finalizar la lectura de *El valor de elegir*, he cambiado de opinión (aunque con matices). Ahora pienso que, en realidad, Savater sabe una sola cosa, pero especialmente importante, porque es la única cosa que abarca a todas las demás: sabe vivir o, quizá mejor dicho, sabe cómo enfrentarse a la vida. Probablemente sea por eso por lo que los libros de Fernando Savater interesan tanto a los jóvenes: porque son los que, por definición, tienen más ansias de vivir (y el odioso privilegio de tener tanta vida por delante). □

La buena memoria

Joaquín Leguina

A causa de esas carambolas que a menudo se producen en la vida individual y en la colectiva, la detención en Londres de Augusto Pinochet y su posterior procesamiento en Chile han roto en ese país la represa que impedía ajustar cuentas con el pasado dictatorial y, treinta años después, los chilenos, especialmente los menores de cuarenta y cinco años, quieren saber el por qué y el cómo de aquella tragedia. Estos dos libros (el primero publicado originariamente en francés) servirán para ello.

Memorias movedizas está escrito al alimón por una madre y su hija. Esposa e hija, respec-

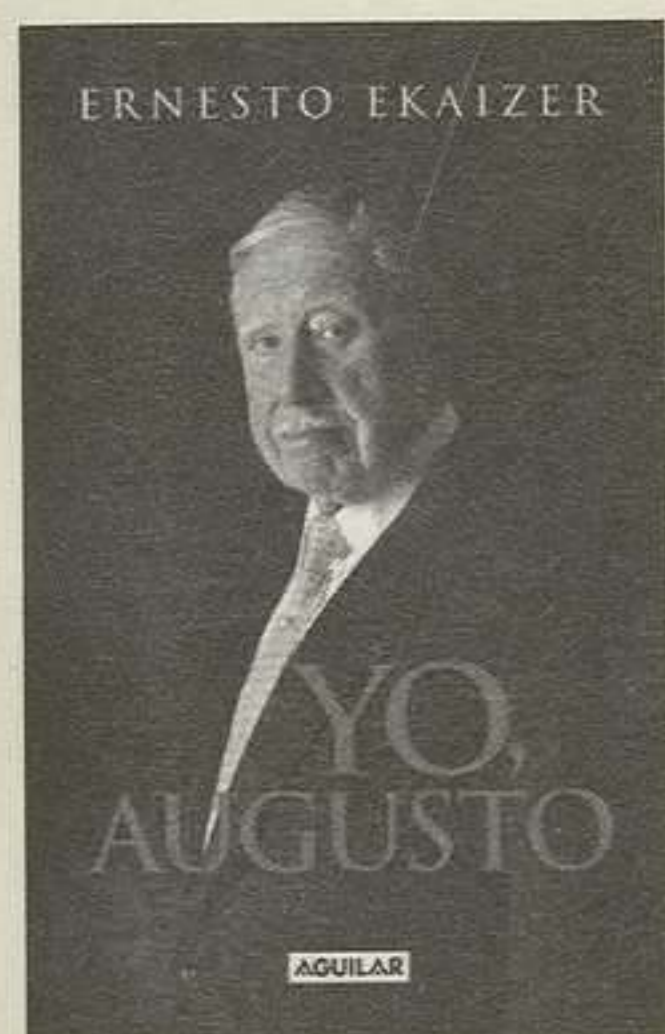
tivamente, del arquitecto Fernando Castillo, que fue rector de la Universidad Católica, democristiano de izquierdas y amigo personal de Radomiro Tomić y de Salvador Allende. Carmen Castillo, la hija, fue amiga íntima de Beatriz Tati Allende, hija del presidente de la República y sucesivamente compañera de Andrés Pascal Allende (sobrino del Presidente) y de Miguel Enríquez, ambos dirigentes del Movimiento de Izquierda Revolucionaria (MIR); este último, líder indiscutido de dicho partido de orientación castrista.

En octubre de 1974, Miguel Enríquez, que vivía en Santiago clandestinamente con

**MEMORIAS MOVEDIZAS**

Mónica Echeverría
y Carmen Castillo

Traducción de Camila Pascal
Castillo
La Fábrica
Madrid, 2003

**YO, AGUSTO**

Ernesto Ekaizer

Aguilar
Madrid, 2003

Carmen Castillo, fue descubierto por la DINA (la *gestapo* pinochetista), seguramente a causa de una delación. La DINA rodeó la casa y Enríquez (hijo de Edgardo Enríquez, Ministro de Educación con Allende) fue abatido. Carmen, que estaba embarazada, quedó gravemente herida. Las presiones internacionales permitieron su salida hacia Inglaterra, donde tuvo un niño, que no sobrevivió a causa de las heridas sufridas por su madre. Carmen Castillo escribió más tarde un libro, *Un día de octubre en Santiago* en el que narra los duros avatares de la clandestinidad bajo la dictadura.

Pero el gran descubrimiento del libro que aquí se comenta no es la hija, sino la madre, Mónica Echeverría, una mujer, en verdad, muy notable. Profesora y artista, resulta todo un descubrimiento. Por su entereza moral, también por su activismo resistente y su imaginación. Además, escribe como los ángeles, lo cual hace del libro un canto a la vida. Paradigma de los herederos de la alta burguesía chilena que en los años 60 y 70 apostaron por el futuro, Mónica Echeverría —cultura, sensible, vitalista— es una maravilla digna de admiración.

El contraste de la hija, de Carmen Castillo, dota al libro de otro punto de vista, el de los revolucionarios luchando tras una ilusión y que, con el golpe, quedaron destruidos física y moralmente. Carmen, la superviviente transterrada, asume en estas páginas su destino, consiguiendo, gracias a su madre y a su nueva vida en Francia, desatarse de una vida sin sentido, la del grupúsculo exiliado, lleno de lazos sectarios alimentados desde Cuba, la patria «de repuesto» en donde algunos de ellos, como Beatriz Allende, fueron a morir, incapaces de asumir aquel «paraíso» cerrado, al que nunca se atrevieron a llamar por su nombre.

El libro de Ernesto Ekaizer representa, sin duda, una aportación histórica de notable magnitud. En lo que se refiere al personaje que le da el título (Augusto Pinochet), pero también respecto a otros muchos avatares. El libro aclara, probablemente de forma definitiva, cómo se produjo la entrada de Pinochet en la trama golpista (a imitación de Franco, Pinochet también fue el último que se

subió al caballo de la sedición), su trayectoria hacia el poder total, su cima y su caída. El que quiera enterarse de quién era este individuo tendrá que leer el libro de Ekaizer, pero también aquél que se interese por lo que pasó con su proceso en España y con su detención en Inglaterra deberá acudir a él.

La trastienda política a tres bandas (España, Reino Unido y Chile) queda aquí desvelada. Aznar, Matutes, Fungairiño, todas las idas y venidas de unos y otros son puestas en evidencia, lo que resulta aleccionador.

Un libro, como todos los que merecen la pena, tan trabajoso de escribir (hay un apabullante proceso de documentación detrás del texto) como fácil de leer. De hecho, atrapa al lector, como suele hacerlo una buena novela.

De que Pinochet estuvo detrás de la matanza nunca hubo dudas y aquí, en este libro, están las pruebas. Acerca de su catadura moral poco puede añadirse ya, pero quizá no esté de más un recordatorio:

El 7 de septiembre de 1973, cuatro días antes del golpe, Pinochet escribió una carta personal a su antecesor, el general Carlos Prats, constitucionalista, que había dimitido pocos días antes como comandante en jefe del Ejército a causa de las insoportables presiones que estaba recibiendo. «Es mi propósito manifestarle, junto a mi invariable afecto, mis sentimientos de sincera amistad cimentada en las delicadas circunstancias que nos ha correspondido enfrentar...» decía Pinochet, para concluir con estas palabras: «tenga usted la seguridad de que, quien le ha sucedido en el mando del Ejército, queda incondicionalmente a sus gratas órdenes, tanto en lo profesional como en lo privado y personal». Tras el golpe, Pinochet expulsó a Carlos Prats del país y el 20 de septiembre de 1974 ordenó que lo mataran. Prats fue asesinado junto con su esposa por los servicios secretos de la Junta pinochetista (DINA) en la ciudad de Buenos Aires. Para ello pusieron una carga de explosivos bajo el automóvil. Hazaña que la DINA repetiría más tarde en las calles de Washington, asesinando a Orlando Letelier, que era el ministro de Defensa en el momento del golpe militar. □

La novela del desaparecido

Antonio Muñoz Molina



EL COMPRADOR DE ANIVERSARIOS
Adolfo García Ortega
Ollero & Ramos
Madrid, 2003

Paul Celan, entre otros, demostró en la práctica que puede haber una poesía *después de Auschwitz*, pero más difícil que la posibilidad de la poesía me parece la de una escritura de ficción que tome sus materiales de la experiencia directa del Holocausto. Existe, por supuesto, *Sin destino*, de Imre Kertész, que es en todos los sentidos una novela admirable, y se podrían aducir unos cuantos ejemplos más, pero Kertész, al fin y al cabo, vivió en carne propia el cautiverio en los campos, y su ficción está empapada de autobiografía, en la misma medida que el *Tanguy* de Michel del Castillo, que sufrió la deportación y vio con sus ojos de niño las cosas que de un modo u otro ha seguido contando a lo largo de su vida, casi con la misma constancia que Jorge Semprún.

Pero la pregunta no es si quien sobrevivió al Holocausto puede convertir plenamente la memoria personal en ficción: se trata de saber si es posible una novela escrita por alguien que no estuvo allí, y que por lo tanto no conoció algo que según todos los testimonios era literalmente inconcebible, un horror que estaba más allá de los límites de cualquier experiencia anterior y de las especulaciones más delirantes de la imaginación humana. Escritores contemporáneos de la tentativa alemana de «solución final» y aludidos personalmente por el desastre —escritores judíos como Saul Bellow o Isaac Bashevis Singer— mantuvieron en sus libros una distancia respetuosa hacia el relato directo de lo que les contaron tantos familiares, conocidos y amigos refugiados en Estados Unidos después de la liberación. En las novelas de Bashevis Singer abundan los supervivientes, pero éstos nunca cuentan en primera persona, y lo que se dice de ellos no es tanto lo que conocieron en los campos como los efectos indelebles que el horror dejó en sus vidas posteriores: más el reflejo que la imagen explícita, el silencio, las pesadillas y la culpa que los recuerdos que se ocultan tras ellos.

Parece que el pudor es una obligación ética y estética, que tiene el contrapeso, en equilibrio siempre inestable, del deseo legítimo de saber, de la necesidad de *revivir* lo no conocido personalmente que experimentan los que pertenecen a generaciones posteriores, que serán, seremos, los depositarios de una memoria que no puede ser apaciguada ni abolida cuando hayan muerto los últimos supervivientes. Leemos testimonios, estudiamos libros de historia, frecuentamos museos en los que se conservan no sólo los rastros materiales de lo sucedido en los campos, sino también, con mucha frecuencia, las imágenes grabadas y las voces de los que cuentan lo que vieron y vivieron. Pero quizás necesitemos algo más, un grado de identificación —no de escuchar a los otros, sino de acercarnos más a ellos, de ponernos de algún modo en su lugar— que sólo puede ofrecernos, paradójicamente, el arte de la ficción.

En este espacio que es a la vez literario e histórico, político y estético, creo que debe ser leída la última novela de Adolfo García Ortega. Su médula es el centro más oscuro del universo de Auschwitz —un maléfico agujero negro que a una distancia de sesenta años sigue royendo como un cáncer la conciencia humana— pero su superficie, su trama, envuelve ese centro más que mostrarlo plenamente, sugiere y atestigua su existencia siniestra. Entre tantas víctimas como pueblan la masa de testimonios sobre aquel espanto, quizás ninguna nos parece más desvalida, más inocente, más pura en su sufrimiento, que ese niño sin nombre al que dedica algunas líneas Primo Levi en *La tregua*, el niño pálido de las piernas muertas que nació en el campo y que en los dos o tres años de su vida no conoció más mundo que el de Auschwitz: para él fue verdad que el agujero negro se tragó toda la materia y toda la energía del universo, que toda la existencia se resumió en pánico, frío, hambre y horror.

La ficción muchas veces se nutre no de lo que se sabe, sino de lo que no se sabe: traza la

línea de lo desconocido y no proyecta sobre esa frontera una luz ilusoria, sino que nos vuelve conscientes de la extensión sin límite de lo que está más allá. García Ortega imagina vidas posibles para el niño de Auschwitz que no llegó a tener ninguna, pero no finge una verosimilitud que sería tramposa, y que en último extremo encubriría o suavizaría lo que no puede ser mitigado. Lo que él hace, al especular sobre posibles futuros y pasados, es marcar la distancia dolorosa entre lo que ocurrió y lo que podría haber o no haber ocurrido, ensayar un ejercicio de justicia poética —en el sentido más literal de la expresión— que revela así más poderosamente la magnitud de la injuria sufrida, de la cruenta vulneración de la inocencia.

Pero la novela no juega a reconstruir, a la manera ortopédica de las novelas históricas. La reconstrucción del pasado es tarea del historiador, no del novelista. En *El comprador de aniversarios* está también la perspectiva de la distancia en el tiempo, la delimitación necesaria y explícita del *lugar* desde el que se escribe: no trata de Auschwitz, sino de nuestra conciencia y nuestra imaginación de Auschwitz sesenta años después, de una aproximación a aquel

espacio abismal que en realidad no puede acabar de cumplirse, porque no vivimos entonces y no estuvimos allí. El narrador viaja hacia el campo por una autopista, pero sufre un accidente y no llega a él. Los mimbres de la ficción son tan austeros, tan lacónicos como los del estilo, y el efecto de luminosa transparencia que depara siempre al lector la prosa de Adolfo García Ortega en este libro se vuelve todavía más exacto, más preciso, más ajustado a la materia que trata. Más que el progreso ilusorio de un descubrimiento que no es posible, la trama sugiere esas obras musicales en las que después de la enunciación de un tema se suceden las variaciones sobre él. No acabamos sabiendo más sobre aquel niño de cuya existencia en el mundo sólo queda un rastro en una página de Primo Levi, pero sí ahondamos en las variaciones del recuerdo y del olvido, de la proximidad y la distancia, de nuestra misma condición personal de herederos de supervivientes y buscadores obsesivos de lo que nosotros no llegamos a vivir. Nunca es más noble la ficción que cuando a la vez que resalta sus posibilidades y sus límites, nos revela una forma sustantiva de conocimiento que es inseparable de la compasión y la piedad. □

Los regresos ficticios

Andrés Barba

La primera impresión de la lectura de este *Regresar a donde no estuvimos* trae a la memoria aquel ambiciosísimo proyecto literario del que hablaba William James en *Pragmatism*, a saber, la escritura como voluntad de integración a la experiencia, una estructura narrativa en la que cada nueva verdad pronunciada en el texto se integra en la estructura de verdades aprendidas anteriormente por el lector, y se integra, además, no como una verdad literaria, sino *de ipso*, casi vivida.

Respondiendo al proyecto comenzado con *Vivir sin ser visto* (Península 2000) César

Antonio Molina se mueve en el ambiguo terreno de la confesión, o dietario, o memoria, pero con el confuso añadido de «ficción» lo que, ya de entrada, ofrece una complejidad inusitada. La primera imposición del género confesional es el estatuto de verdad, un estatuto que atañe a partes iguales por un lado a la realidad de los hechos narrados, y por otro a la exposición de las reacciones subjetivas producidas por esos hechos, por eso añadir el adjetivo «de ficción» al género memorias puede parecer una contradicción en sí misma. No lo es, sin embargo, cuando consideramos que el proyecto literario de César

**César Antonio
Molina**
**Regresar a
donde no
estuvimos**

Memorias de ficción

**REGRESAR A DONDE
NO ESTUVIMOS**

César Antonio Molina

Península

Barcelona, 2003

Antonio Molina se adscribe más bien a ese otro que comentábamos al inicio; a saber, que los parámetros de la verdad y de lo fáctico no son coincidentes, y que, parafraseando a san Agustín, «a veces hay más verdad en lo falso que en lo cierto». Esto, lejos de atentar contra el género, lo confirma, pues hunde sus raíces en el origen de lo literario como acontecimiento; la mentira como medio para pronunciar la verdad profunda, lo artificial, lo articulado, para pronunciar lo natural, lo espontáneo. Y así, desde el punto de vista del género y su relación con la verdad, concluimos en ese sentido que estas memorias de César Antonio Molina son falsas, pero precisamente porque son falsas, son verdaderas.

La temática, por otra parte, es amplísima. Parece no haber objeto que no suscite de alguna forma el interés del autor: de Victor Hugo a una monja gallega, del cementerio protestante de Roma al muro de las lamentaciones de Jerusalén, la mirada de César Antonio de Molina se dispara, inquieta, a la búsqueda permanente de un estímulo, pues si algo se le debe apropiarse a esta mirada es su sensualidad intelectual, su afán incansable de saber todo, de ver todo, de ser excitado y salvado por lo otro, por la aparición de lo otro, una presentación que es seleccionada y dirigida por una mirada astuta y con una capacidad de relación a veces verdaderamente sorprendente, dando cuenta así de un saber casi enciclopédico.

En torno a los autores y a las fascinaciones literarias la sensibilidad de César Antonio Molina es, por describirla de alguna forma, periférica, y en el sentido historicista de la palabra, enumerativa. Se detiene ante ellos con la objetividad de un observador neutro, de un atento observador documentado; nos da la información anecdótica y descriptiva necesaria, a medio camino entre lo pedagógico y lo sencillamente enumerativo, como si sus descripciones estuvieran hechas frente a los objetos y personas mismas y nosotros, lectores, fuéramos ciegos que precisan esos datos. La solidez de la mirada se demuestra en su capacidad de especificación, en su inteligencia narrativa para seleccionar el dato, el objeto, el elemento significativo que nos da el peso de la globalidad. Y son precisamente ese tono, esa objetividad, y esa inteligencia narrativa las que nos sitúan en el estatus de verdad propio del género que comentábamos al inicio, pues la realidad descrita, aunque filtrada por la sensibilidad y la selección de los elementos, queda de esta forma

objetivada, resulta incontestable, y nosotros no somos lectores de una experiencia personal (del autor, en este caso) sino co-testigos de lo narrado, presencias incluidas en la narración.

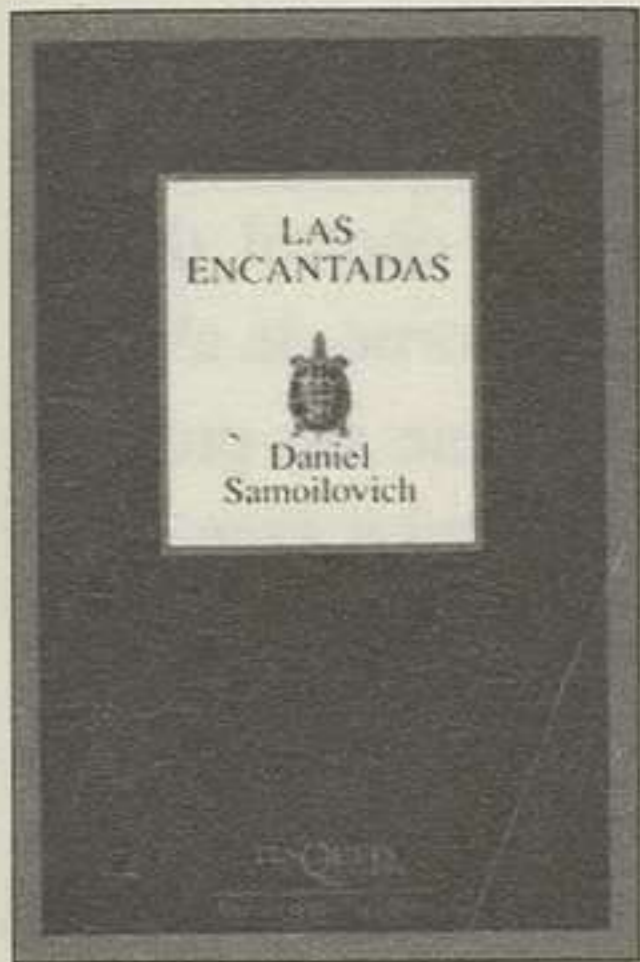
Existen, por otra parte, textos en los que César Antonio Molina se convierte en el protagonista (principal o secundario) de otro tipo de narraciones, unas veces como testigo objetivo y participante, otras como memoria evocadora y nostálgica (especialmente en los textos referidos a sus años universitarios en Galicia), y en algunas como simple espectador. El tono fundamental de estos fragmentos, aunque mantiene el dinamismo de aquellos otros, más teóricos, se detiene complacientemente en la afectividad, y siempre hay algo de trágico, de fatal, en ellos, de *fatum* en el sentido más clásico de la palabra, pues existe una especie de dificultad impuesta desde fuera que impide su realización completa. En este sentido podría decirse que César Antonio Molina bebe de unas fuentes narrativas muy claras en las que no se abandonan los postulados realistas y que concibe aún (el planteamiento de este mismo proyecto narrativo a medio camino entre la realidad y la ficción lo indica claramente) una narración que puede dar cuenta, en su vastedad, de todo lo humano, dar cuenta, como explicaba Sartre, de «la totalidad de un hombre». Y cuando hablamos de vastedad, lo hacemos en el sentido más simple de la palabra, de extensión, pues si algo podía reprochársele a su obra anterior *Vivir sin ser visto*, era que el planteamiento del proyecto no «casaba» con la extensión que le había sido impuesta. El proyecto de César Antonio Molina es, desde este punto de vista, un proyecto *ad infinitum*. A las 431 páginas que componen la última entrega podrían añadirse otras 431 y el proyecto no habría hecho más que empezar, pues la ardua tarea que se ha impuesto el autor es nada menos que la expresión de todo lo humano, de todo lo que acontece, pues todo lo humano, todo lo que acontece, merece ser contado. Un proyecto de semejantes características y envergadura está abocado sin duda a ese «divino fracaso» del que hablaba Cansinos Assens, pero pone en evidencia al mismo tiempo que su valor la mojigatería espeluznante del panorama narrativo que nos rodea.

Que fracase pues, con su divino fracaso César Antonio Molina, y que cuando llegue al fin, pueda decir como Píndaro: «Yo fui muchacho, y muchacha, y piedra, y mudo pez en el mar».

□

El pulso del azar

Miguel Casado



LAS ENCANTADAS
Daniel Samoilovich
Tusquets
Barcelona, 2003

Las Encantadas es el nombre que dio Melville al archipiélago de las Galápagos, en medio del Pacífico, a mil kilómetros de la costa de Ecuador; el nombre evoca la literatura de viajes, el relato del lugar exótico: «¿Pero cómo fabrica la noche / esos pétalos luminosos, rosados? / —pregunta Daniel Samoilovich (Buenos Aires, 1949)— ¿Qué reservas de luz tienen los árboles / que flanquean nuestro paso?». Y, como desde la primera página se nos recuerda la escala decisiva que Darwin hizo en las Galápagos durante su periplo con el *Beagle*, lo asociamos también al género *naturalista*, las descripciones y relatos de la naturaleza.

Todas estas posibilidades laten ahí; pero quizá el libro basa su estrategia en un sistema de *decepciones*, quizá trata de cómo la vida selecciona su curso, azarosa e insegura, entre infinitas posibilidades, y de cómo la mayoría de ellas quedan apartadas, incumplidas. Ya Melville ironizaba con su bautizo: las islas son un conjunto de volcanes negros, playas infestadas de tiburones, centenares de iguanas y pájaros marinos, como si —dice Samoilovich— «el Edén fuera / un infierno». *Las Encantadas*, el libro, ofrece un mundo a la vez real e irreal, hechizado e inhabitable, y ni siquiera sabemos si se nos habla del viaje que hizo Darwin entre 1831 y 1836, o el que un narrador llamado Oh realizó con una mujer diez años antes de ponerse a contarlo, después de haber soñado que regresaba a las islas; no sabemos si es una historia de pasión o de tedio, de amor o de desamor, científica o espectral, a quién le mordieron las iguanas sus botas amarillas, si jugando a la ruleta se hicieron millonarios o se arruinaron. Daniel Samoilovich ha construido con ese montaje de lugares, personajes, voces, tiempos indiscernibles un poderoso texto reflexivo que lleva a su máxima tensión la poesía concebida como pregunta.

Indiscernible resulta la experiencia del sueño; la fantasía, de la memoria. Si deslindar recuerdo e imagen ha ocupado sin éxito a toda

la historia de la filosofía, aquí el desdoblamiento de los protagonistas, la continuidad entre lo real y lo leído, añaden aún más estratos al terreno inestable que pisan los poemas. En un sistema de ecos, de correspondencias, cada figura, cada pasaje queda proyectado en direcciones diversas sin ninguna clase de jerarquía, y los actos portan un sentido no controlable. Las imágenes surgen ya con aire de repetición, retornan sin que se sepa cuándo habían sido invocadas: siempre tiburón, ruleta, hierba amarilla en las grietas de la lava. Al mismo tiempo, las frases se interrumpen, se suspende o llega de golpe la entrada de los datos, la penetración de unas épocas en otras...; el discurso debe reiniciarse de continuo. No se puede leer con la idea de desenredar hilos: la realidad es de este orden, fantasía de una repetición que no tendría fin. Borges está en esos espejos y Cortázar en esas frases abortadas; pero también están Carroll y la ciencia-ficción; también el relato de lo amoroso y algunas escenas de juego y humo nocturno en el cine de Hollywood; y mucha literatura científica, y la teoría de los juegos... vuelven a superponerse estratos, espirales de retorno.

Con matemática de obsesión perfecta dispone Samoilovich un sistema de *cajas chinas*, en que lo geométrico estructura incluso el albur de la ruleta: «Giró el plato, curvilíneo / contrapunto de las fichas cuadradas, / de las calles y columnas, dispuestas / en forma ortogonal, como si una extremada tensión las mantuviera / quietas, entrelazadas, cuadriléjicas». Así es la naturaleza: la férrea estructura del cristal y sus innumerables variaciones fractales. La geometría no da cuenta de nada, es intransitiva salvo para señalar el permanente equilibrio de conflictos; forman la realidad racimos de hechos, trenzados arbitrarios, que cada uno va tramando con ritmo inimaginable para otros: aunque los hechos parecen comunes, no lo son, porque los fragmenta la volatilidad de su sentido; ni siquiera son objetivos el

espacio o el tiempo. Más allá de donde la ciencia puede ir con permiso de sus tabúes, Samoilovich llama azar a lo que es azar: «La voluntad no puede explicar nada / porque no hay nada más raro que ella misma».

Igual ocurre con las palabras: las retoca un poco —quita, pone, juega— y seguimos entendiendo; un poco más, y ya no. Se vuelven música y se llevan el sentido, o se vuelven ruido y también se lo llevan. La escritura de *Las Encantadas* va encarnando esos procesos sin nombrarse nunca a sí misma; utiliza una suerte de tacto, como si tentativamente fuera palpando —«parece... no parece»— para ver si consigue conocer, dar nombre; en su prudencia táctil, otro juego de azar —«me quiere... no me quiere»—, más que estrategia. Su afilado y ensordecido empeño trae a la memoria el lamento del propio Darwin: «¡Qué maravillosa ocupación sería la ciencia naturalista si solamente consistiera en observar y no en escribir!».

Pero Darwin se engaña al situar el problema: las palabras estaban ya antes de la mirada, estaban en ella organizándola y ofreciéndole después su repertorio. Samoilovich muestra que apenas elegimos palabras, sino que combinamos frases, periodos, tiramos de un código y, en él, la lengua ya tiene previsto lo que hemos de decir; así, a veces se interrumpe la frase diciendo: etcétera. El trabajo del poeta ironiza, convierte en sarcasmo lo que es práctica común, denuncia que nada puede ser tomado por obvio o evidente, asume la necesidad de desmontar la rutina aun a costa de colocarse ante una duda permanente; tal vez esto es lo que debería llamarse *pensamiento crítico*.

Los dos tipos tradicionales de *saber* de los que habla Lyotard quedan aquí decepcionados: el saber narrativo, en la indecibilidad de cualquier historia; el saber científico, en su pretensión de que el enunciado resulte conforme a lo que existe. Al margen de los paradigmas, Samoilovich entrecruza también los géneros de habla: descriptivo y prescriptivo, especulativo y sentimental, la crónica detallada y la cita de un pasaje científico o la de una carta personal, la pura significación fonética y la fragmentación de la palabra; ningún género tiene prioridad: vitrina de obsesiones, deslizamiento.

El poeta es, más bien, el que lucha por evitar que se pueda decir *etcétera*, quien trata de crear situaciones verbales de las que *etcétera* quede excluido. En *Las Encantadas*, incluso el

planteamiento gráfico recuerda tal proyecto: compuestos con alineación central en la página, los poemas sugieren formas de extraños objetos, árboles irreconocibles, imponentes galeones. Samoilovich actúa contra el automatismo de los códigos que él mismo ha convocado mediante la nitidez repentina de los detalles, la extraña perceptibilidad de los pequeños hechos. Si una realidad no puede pensarse críticamente desde dentro de ella, encuentra la metáfora del *rayo* para imaginar la quiebra de ese límite: luz instantánea y sin control, detalle elevado a revelación en un entorno de absoluta oscuridad, hecho que adviene sin procedimiento, realidad bruta, necesidad y azar.

La poética aprende de la teoría darwinista de las mutaciones. En ella, el sistema se mueve de forma genérica e impersonal, pero cada caso concreto ha de manifestarse agudo e incognoscible, con la opacidad de lo que es previo a un sentido. De ese modo, el poema no produce propiamente operaciones de síntesis, sino otras clases de unidad, que proceden de la identificación, del yuxtaponerse o, también, del conflicto; el poema no resume ni aporta nada global ni la médula común de varias cosas, sino cada vez una sola cosa compleja e irreductible. Así, en *Las Encantadas*, lo científico y lo anecdótico se leen también en una clave existencial o moral; o los contrarios vienen a integrarse sin dejar de oponerse: «Somos cada uno para el otro / cura y enfermedad, daño, alivio». El amor —borroso en medio del juego de *cajas chinas*— se corporeiza de pronto como el lugar por excelencia del azar, talismán, refugio.

Pero si, en este punto, volvemos a las páginas del libro, la estrategia de la decepción obliga de nuevo a retroceder; de los efectos del amor, por ejemplo, leemos: «Su tarea / es dañar, no curar...». Resulta, por tanto, imposible eludir el *etcétera*, estamos —como la ruleta misma— estructurados por códigos. Aunque es cierto que algunos viven asediados por el deseo de lo que pudiera estar fuera de ahí; en uno de sus libros anteriores, Samoilovich lo describía: «Se quiere, no se sabe muy bien qué / y no hay en este sentimiento / ningún abandono, ninguna languidez: / es la ansiedad perfecta». *Las Encantadas* refiere ambas cosas: el implacable mecanismo y el inacabado deseo.

Así, la tensión contradictoria se mantiene activa en cada página. Mientras tres hebras ama-

rillentas en las grietas del basalto impulsan el entusiasmo por la vida, el contrapeso escéptico recuerda: «El mundo nace de nuevo, pero enfermo, / contagiado de los mundos que ya existen». Esta dinámica y la evidencia del azar no pueden componer sino escepticismo, distancia: «¿Cómo es / que pensamos que nuestra existencia / y nuestra mente son inevitables, / necesarias, e incluso probables?». Junto con la

realidad se escapa por el desagüe toda confianza del sujeto, cada mínima mutación abre una fisura en los mitos de la identidad. El suelo que nos sostiene responde a este paisaje: «Un palimpsesto, una superficie / alterada por inscripciones, / blancos, pisadas superpuestas, sueños / fracturas y rayones que sugieren / circunstancias cambiantes que impactan / sobre la forma misma de los seres». Y así existimos. □

Pasión y método

Eduardo Pérez-Rasilla



**TRABAJO
DRAMÁTICO
Y PUESTA EN ESCENA**
Juan Antonio Hormigón
ADE
Madrid, 2003

Trabajo dramático y puesta en escena, de Juan Antonio Hormigón, es uno de esos libros que desmienten lugares comunes y opiniones más o menos generalizadas sobre el teatro. Frente a quienes insisten en la imposibilidad de explicar los procesos de creación teatral, el autor presenta una imagen rigurosa y científica del hecho escénico, y construye un discurso coherente, documentado y hasta erudito, sin renunciar por ello a un sello propio y a una concepción singular de determinadas parcelas del fenómeno teatral. Consciente de que la inercia y la pereza mental añaden obstáculos a la asimilación de ideas que debieran estar pacíficamente asumidas desde años atrás, el autor adopta un tono pedagógico, e incluso reivindicativo y militante, sin que esta actitud empañe la sólida argumentación del discurso.

El autor es un intelectual y un hombre de teatro que, como algunos otros de su generación, compaginó su etapa de formación universitaria con el ejercicio del teatro, primero en el ámbito del teatro universitario y después en el del teatro independiente. Estudió, y culminó, la carrera de Medicina en Zaragoza y durante su estancia en la Facultad participó en el TEU, que muy pronto dirigiría, y como tantos otros estudiantes de aquel momento, ligó la práctica teatral al compromiso político, fruto de una conciencia crítica adquirida, o consolidada, durante los años universitarios.

Su trayectoria, primero en el Teatro Universitario y después en el Teatro de Cámara, uno de los ejemplos señeros del teatro independiente, es audaz, rigurosa y brillante. Cierta crítica lo saluda como un director sorprendentemente maduro, a pesar de su juventud. Su repertorio es exigente y amplio, pero su predilección por Brecht y Valle-Inclán pone de manifiesto su ambición artística y profesional. Precisamente, Hormigón se convertiría con el tiempo en uno de los más reputados especialistas en la obra de estos dos creadores. Pronto abandona la profesión médica para dedicarse exclusivamente al teatro. Estudia para ello en el Centre Universitaire de Formation et Recherches Dramatiques, de la Universidad de Nancy, con profesores como Bernard Dort, Jack Lang, Mario Baratto, Denis Bablet, Arthur Adamov, Paolo Grassi, Antoine Vitez y Robert Marnett.

Después, se ha dedicado a la dirección escénica, a la pedagogía teatral, a la escritura dramática, a la gestión, a la investigación..., en definitiva, a las distintas vertientes de la actividad teatral, lo que le ha procurado un profundo y preciso conocimiento de la misma. En buena medida, su biografía profesional se corresponde con la actitud mantenida por algunos otros de su generación, que han combatido durante décadas por conseguir el rigor y la profundidad en la práctica teatral, que abordan desde un conoci-

miento directo de las tareas que la integran mediante la participación en ellas y desde el estudio científico y específico de lo escénico. Esta manera de afrontar la creación teatral les ha conducido a la reflexión, una reflexión, que algunos, y Hormigón es uno de sus paradigmas, han procurado plasmar por escrito desde sus primeros trabajos. Y esta costumbre, que ha mantenido hasta nuestros días, no sólo constituye uno de los rasgos definitorios de su biografía profesional, sino que ha contribuido a que se extienda entre los directores de escena españoles, y, en consecuencia, a afianzar la dimensión intelectual de la profesión de la que se van contagiando las generaciones más jóvenes.

Y de ahí parte su reivindicación del rigor en el trabajo de escenificación, lo que le llevó a participar muy activamente en la creación de la Asociación Directores de Escena de España (ADE), en 1982, y en la puesta en marcha de los estudios de rango universitario para la formación de los directores. En la primera ha ocupado desde sus comienzos el cargo de secretario general casi ininterrumpidamente, y desde la Asociación ha impulsado la creación de una revista que pronto alcanzará el número 100, la de varias colecciones que publican ediciones comentadas y anotadas de textos dramáticos clásicos y contemporáneos, y estudios teatrales diversos, todos ellos de muy difícil o imposible acceso hasta el momento. Respecto a la segunda iniciativa, Hormigón es el Catedrático de Dirección de Escena en la Real Escuela Superior de Arte Dramático, en el ámbito de la especialidad de Dirección y Dramaturgia, de la que, desde hace ya algunos años egresan, con un título equivalente al universitario, promociones de profesionales de la escena. Como fruto de su concepción de la dirección escénica y de su condición de docente surge la de ensayista y estudioso, a la que habría que añadir la más ocasional de dramaturgo o traductor.

Trabajo dramático y puesta en escena toma como punto de partida la obra homónima del autor, agotada ya desde hace años y concebida inicialmente como un tratado sobre la teoría y práctica de dirección escénica. La obra que ahora aparece constituye una profunda revisión y actualización de aquella, a la que se han añadido numerosos trabajos, notas y visiones panorámicas, materiales todos ellos integrados en la pormenorizada exposición de la obra. Más que de una segunda edición habría

que hablar de un nuevo trabajo que retoma textos e ideas de una obra anterior. La mera comparación del número de páginas de una y de otra es suficientemente elocuente.

En el libro convergen muchas de las preocupaciones intelectuales, estéticas, y también políticas y sociales, de Hormigón. El análisis dramático, la práctica de la dirección escénica y su historia, la crítica y la historiografía teatral o la enseñanza de las disciplinas escénicas, entre otras cuestiones, se explican en el marco que establece un modelo democrático de configuración social. Los conceptos de responsabilidad y compromiso, la necesidad de un espíritu crítico ante la realidad circundante o los ideales humanistas propuestos desde la modernidad ilustrada atraviesan el discurso del libro, cuyos contenidos sólo pueden entenderse desde estos presupuestos. Conviene tener en cuenta esta circunstancia a la hora de leer un libro que, en su primera parte, presenta formalmente las características del manual universitario, del tratado o de la monografía, géneros de los que conserva la precisión, la estructura, la densidad y la claridad pedagógica o la capacidad de síntesis y la visión panorámica, pero sobre los que aporta rasgos propios del ensayo, y hasta del libro de memorias, con su singularidad personal, su tono apasionado, su preocupación por el estilo, su poderosa carga cultural y la fuerte incidencia de lo biográfico. El resultado responde al enunciado del título, pero añade un amplio panorama sobre algunas facetas del teatro contemporáneo en el marco de la sociedad en que se genera, con especial atención al teatro universitario y al independiente.

Abre el libro una sucinta historia de la dirección escénica y después de la dirección en España en el contexto de la situación europea. La segunda parte se centra en el concepto de dramaturgia, que constituye el eje vertebrador del libro. Se recurre a la definición de Pavis, a manera de síntesis o de referencia, para quien la dramaturgia «se pregunta cómo están dispuestos los materiales de la fábula en el espacio textual y escénico y según qué temporalidad. Estudia a la vez la estructura ideológica y formal de la obra, la dialéctica entre forma escénica y un contenido ideológico y el modo de recepción del espectáculo por el espectador» (página 106). La figura de Lessing y su *Dramaturgia de Hamburgo* (1767-1769) ofrecen el primer hito histórico sobre este concepto, que encontrará su territorio

adecuado en la formulación de Hermann, quien acuña el término de ciencias teatrales en 1914, y propone el estudio sistemático del espectáculo como fenómeno distinto del texto literario-dramático (página 97).

La tercera y la cuarta parte del libro están dedicadas respectivamente a la profesión del director de escena y a su formación, y cierran el primer volumen. En estos dos apartados, sumamente metódicos, se advierte fundamentalmente su condición de manual destinado a la enseñanza de la tarea, a partir del modelo al que nos hemos referido. «En muchas ocasiones he dicho y he escrito que, a mi modo de ver, la puesta en escena consiste en la coordinada articulación de trabajo dramático y práctica técnico-artesanal» (página 134). Esta articulación se explica a partir de la contradicción dialéctica entre texto y representación, establecida por Anne Übersfeld. Aunque el método de tra-

bajo de Hormigón es de factura clásica, en el sentido de que su trabajo parte siempre del análisis del texto, el autor reivindica la representación, como hecho plenamente teatral. Establecidas estas premisas, ofrece un posible y prolijamente estructurado método de análisis dramático, en cuya confección colaboró el profesor Fernando Doménech.

El cuerpo del segundo volumen está constituido por el trabajo dramático y el análisis de las puestas en escena llevadas cabo por Hormigón como director teatral, desde sus inicios en la Universidad hasta nuestros días. Constituye además un amplio cúmulo de ejemplos prácticos de las lecciones desarrolladas en la parte primera, acompañados de las valoraciones sobre los procesos de escenificación y sobre su recepción por el público y la crítica, y proponen, además, una reflexión sobre el concepto de repertorio. □

Restituir la dignidad

Antonio Enrique



LA BALADA DEL
ABUELO PALANCAS
Félix Grande
Círculo de Lectores
Madrid, 2003

Cuando se avanza trecho en *La balada del abuelo Palancas*, quizá el primer rasgo que se advierte sea que la manera de narrar del autor pertenece a un mundo irremisiblemente perdido. Porque es un narrar oral, con todos los registros —deícticos o no— que lo oral comporta: la fascinación, el ritmo, la suspensión del relato, las imágenes de comprensión inmediata y sin embargo subyugantes. Ya no se narra así, el autor es depositario último de un modo de fabular antiguo y verdadero, un hilar con morosidad y mimo los percances y las reflexiones con un único resorte vivencial: la sorpresa continua, escalonada en su intensidad. De manera que la reflexión «corazón en un puño» se hace cierta. Nunca se sabe lo que sigue, no ya tras un párrafo sino en cada línea. La oralidad, por otra parte, es tan expresiva que raya en lo gestual, y esto, una vez más, la vincula a nuestros clásicos, los cuales sabían

que lo escrito ha de imitar el *tempo* y la emoción de quien narra para los ojos y oídos de los demás, no sólo los propios.

Por esta oralidad Félix Grande accede a la más alta cota literaria. En efecto, pueden darse —todo es mejorable, supongo— una soltura mayor, una densidad más fluida. Pero lo que no va a hallar nadie en la actual literatura en nuestra lengua, es quien mejor cierre las frases que Félix Grande. Están admirablemente trazadas en su intensidad y labradas en sus mínimos pormenores sintácticos y léxicos. Una persona así requiere forzosamente al poeta. Que es, no ya quien hace hablar a las piedras, sino quien hace a los dioses hablar como hombres.

El friso humano que despliega Grande en esta descomunal novela tiene mucho de mítica cotidiana. De cierto, hombres y mujeres como los descritos hacen pensar en una España cuya ruralidad sabia y seca liga en lo profundo con

las epopeyas mediterráneas antiguas. Ofrezco esta calve: estamos y no estamos en Tomelloso, sí y no en Castilla, y no del todo en el espacio de las tres generaciones. Desde la República a la transición, con guerra civil y franquismo de por medio. Y esto es así porque tan rancios personajes, con sus dichos patriarcales y sus asombrosas situaciones, nos remiten a otros tiempos y a arquetipos universales.

Eje de todas las nervaduras argumentales y ancestrales es Palancas, en quien confluyen; hago memoria pero no recuerdo ningún retrato de posguerra comparable en su viveza, inmediatez y hondura humanas. La gran aportación de Félix Grande a la narrativa española contemporánea tiene mucho que ver con ello, con el insólito y glorioso Palancas, pastor de cabras pobre como la tierra misma; pobre pero heredero de la sapiencia de los antepasados; tan lacónico como certero en el decir, cabal en el actuar, paciente y recto con sus allegados, «sabidor» de animales y plantas, hierbas y vinos, dotado de una portentosa fuerza física, que evoca los tiempos en que ésta revestía carácter sagrado; cuidador de su honra, bienhumorado, impulsivo y por ello hiperbólico en todas sus reacciones.

Y la aportación es doble. Primera, y evidente, que este libro restituye la dignidad a la clase social más desamparada. En un sentido: la pobreza en España fue indicio de honestidad en las costumbres y en la crianza de los hijos, honestidad que, por cierto, se prolongó al cuidado y exactitud en la palabra, lo que parece que hemos olvidado. Aun cuando se blasfema, se crea lenguaje.

Y segunda, y principal, y otra vez única en nuestro panorama literario: la piedad. Yo sé —permítame el lector mi presunción— que a Félix Grande se le recordará por esto cuando pasen las generaciones. Mirar con piedad es comprender también a los adversarios. No hacer del resentimiento una cuenta pendiente. Y escribir con piedad, meterse en el sufrimiento ajeno como si fuera propio: con el mismo dolor y abandono de vida que son la materia del tiempo.

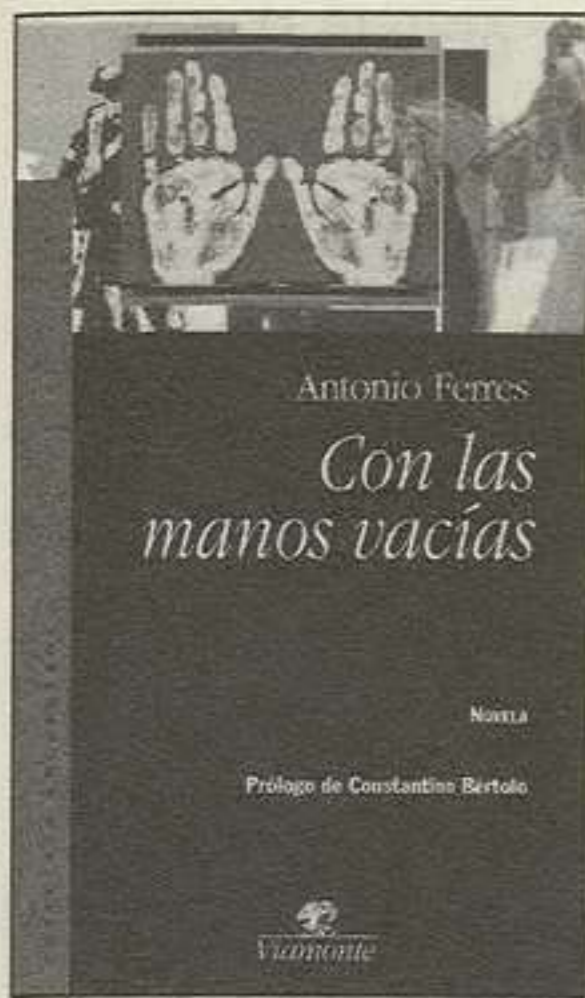
Sobrevuela las páginas de esta *Balada*, un anhelo de paz y una voluntad de conciliación que regocijan y gratifican en lo más íntimo. Y cuando cerramos el libro comprendemos por qué: ni un solo día, ni en una sola de sus páginas, desde siempre, Félix Grande dejó de ser nieto de Palancas. □

El renacer de un escritor

Javier Alfaya

Renacer, ciertamente. Antonio Ferres, madrileño, nacido en 1925, miembro en su día del grupo de escritores del llamado «realismo social», emigrado en 1964, primero en Francia, luego en México, en EE UU y en Senegal, países estos tres últimos en los que fue profesor de lengua y literatura española a lo largo de más de quince años, regresado durante el periodo de la transición a su país de origen, autor de novelas como *Los vencidos* (nunca editada en España), *El gran gozo* o *Los años triunfales*, de libros de viajes como *Caminando por Las Hurdes* (escrito en colaboración con Armando López Salinas), de

cuentos reunidos en un volumen antológico en Alianza Editorial, excluido de la nutrida nómina de escritores españoles a partir de su exilio voluntario, ha sido testigo en los últimos años de un (relativo) renacer del interés por su obra. Así, desde 1997 en que la editorial Pre-Textos publicó su novela *Los confines del reino*, se ha reeditado el pasado año otra suya, *Al regreso del Boiras* (Trama) prohibida en su día en España, así como un libro de versos, *La inmensa llanura no creada* (Endimión), por el que recibió el premio de poesía Villa de Madrid en el 2002 y un libro de carácter autobiográfico, *Memorias de un hombre perdido*



CON LAS MANOS VACIAS

Antonio Ferres
Viamonte
Madrid, 2003



AL REGRESO DEL BOIRAS

Antonio Ferres
Trama
Madrid, 2002

(Debate, 2002); a lo que hay que añadir su primera novela, *La piqueta*, aparecida bajo el sello de Destino en 1959, y *Con las manos vacías*, editada por Seix Barral en 1964, ambas reeditadas por Viamonte en 2002 y 2003 respectivamente.

Recapitulando, en el curso de seis años han aparecido cuatro nuevos libros de Ferres y han sido justamente recuperados del olvido otros dos, aunque haya que hacer la observación (importante) de que en todos los casos, salvo en el de la editorial Debate, la publicación ha corrido a cargo de editoriales marginales, con escasa presencia en el *tio-vivo* de la literatura española actual, pero aun así resulta significativo que este veterano escritor vuelva a interesar en círculos reducidos de lectores, aunque no de críticos puesto que con la notoria —y significativa— excepción de *Memorias de un hombre perdido* ha sido el silencio la respuesta de una crítica que, por lo general, ha dejado de merecer ese nombre debido a su creciente inclinación a convertirse en mera correa de transmisión publicitaria de las novedades con las que los grandes grupos atiborran las librerías.

En realidad, y hablando claro de una vez, Antonio Ferres fue un escritor de mala suerte. La tuvo cuando su obra comenzó a aparecer en la época de un realismo social de éxito efímero, enseguida denostado hasta el insulto personal por los representantes de la *non sancta* alianza de críticos y líderes de opinión tanto franquistas como de izquierda, que en plena dictadura encontraron divertido sacarle las tripas a un movimiento literario ni mejor ni peor que otros de la época —finales de los años 50, principios de los 60— pero que cometía la suprema transgresión al tener como protagonistas a obreros industriales, labradores, viñadores, mineros, marineros, camioneros y un largo etcétera. En realidad en el realismo social hubo de todo, bueno y malo. Pero a estas alturas de la película sería injusto y absurdo seguir denostando mecánicamente y sin lectura previa títulos como *Año tras año*, de López Salinas, *Un cielo difícilmente azul*, de Alfonso Grosso, *Central eléctrica*, de Jesús López Pacheco, *Dos días de septiembre* del primer Caballero Bonald o *Con las manos vacías*, de Ferres, siguiendo el dictado de los programadores de novedades de la época, inventores, como contraposición, de una vanguardia de corta vida, de la que apenas quedan recuerdos.

Ocurría que el momento no era bueno porque en 1966 la famosa *Ley Fraga* encandiló a muchos, editores —sobre todo editores, pero también a escritores, por no hablar de cineastas— que creyeron posible lo imposible: es decir, que le salieran peras al olmo franquista. Sin duda, aquel realismo *engagé* molestaba a quienes vendían el discurso de una España moderna a más no poder y hasta consumista, la venta de la miseria envuelta en papel de celofán, una práctica artística muy de moda durante aquellos años. Leer ciertos artículos aparecidos por entonces en las revistas del ramo y coreados en ocasiones por la crítica franquista, es una experiencia que no recomiendo al menos que uno tenga sentido del humor y quiera reírse un rato o se plantee en serio el estudio del ilusionismo ideológico de una cierta izquierda en las postrimerías de la dictadura. Sobre todo si se tiene en cuenta que la política represiva franquista fue aumentando en espiral a lo largo de esas décadas, que la censura siguió siendo férrea y que hablar de un aumento de la libertad de expresión bajo aquel Argos de los mil ojos que fue la *Ley Fraga* es pura y simplemente un sarcasmo.

Otra cosa, muy distinta, es que los supuestos teóricos del realismo social fueran endebles, que con frecuencia partieran de una consideración esquemática de la realidad española y que sus aventurados pronósticos de futuro fueran rematadamente ingenuos. Pero eso suele suceder con cualquier movimiento literario que derive hacia lo programático —lo hacen casi todos para defender su identidad de grupo— y los escritores que trabajaron dentro del campo del realismo social militaban en la resistencia antifranquista y se situaban dentro o en las inmediaciones del Partido Comunista, que propugnaba en la época un dirigismo estético del cual lo apearía, con el paso de los años, el progresivo descubrimiento del horror estalinista y las noticias del *gulag* soviético, que ya casi nadie, ni siquiera los más encendidos partidarios del «socialismo realmente existente», eran capaces de negar, sobre todo tras la intervención de los países del Pacto de Varsovia en Checoslovaquia.

Pero una cosa, como sabemos, es la ideología y otra la realización artística. Lo que salvó a una parte del realismo social fue el talento individual de quienes lo practicaron, y ahí nos encontramos otra vez con Antonio Ferres.

Ferres fue desde su primer libro un escritor dotado de un estilo límpido y preciso, con un excelente oído para el lenguaje hablado y una compasiva comprensión, que tiene mucho de dostoievskiana o chejoviana, del ir y venir de los seres humanos. A lo que hay que añadir un sentido mucho más lírico que épico —cuando el realismo social se escoraba inevitablemente hacia lo épico/coral— que hace que en determinadas páginas de sus novelas y relatos asome con frecuencia el estimulante universo de lo poemático. Así sucede, por ejemplo, en su libro *Memorias de un hombre perdido*, que además de ser uno de los más bellamente escritos de la literatura española actual, posee una notable tensión emotiva, y un evidente interés histórico y político, puesto que es el testimonio de un hombre que vivió en primera línea de la resistencia antifranquista. La aparente fragmentación del relato en este caso, su ruptura con una estructuración cerrada, responden a un parecido impulso poético que su único —y notabilísimo— libro de versos hasta ahora publicado, al que me refiero más arriba, a lo que hay que añadir un completo dominio del tempo narrativo. No deja de resultar extraordinario que un escritor como Ferres comience a escribir poesía a los 75 años, y lo haga tan bien que su breve obra poética, *La inmensa llanura no creada*, llamara la atención enseguida de un jurado presidido por un estudioso de indiscutible autoridad literaria como Claudio Guillén.

Desde su primera novela, *La piqueta*, hasta su último libro, *Memorias de un hombre perdido*, la obra de Ferres dibuja un largo arco sustentado por una vida rica en aventuras y en naufragios. Quizá de los seis libros citados, dejando a un lado ahora su poemario, conviene destacar dos que marcan un hito en la producción de Ferres y yo diría que en la literatura española de los últimos treinta y tantos años: las *Memorias* y la rara, densa y compleja novela *Al regreso del Boiras*. Esta última no es un libro de fácil lectura, con lo cual contraviene uno de los dogmas de la actual narrativa

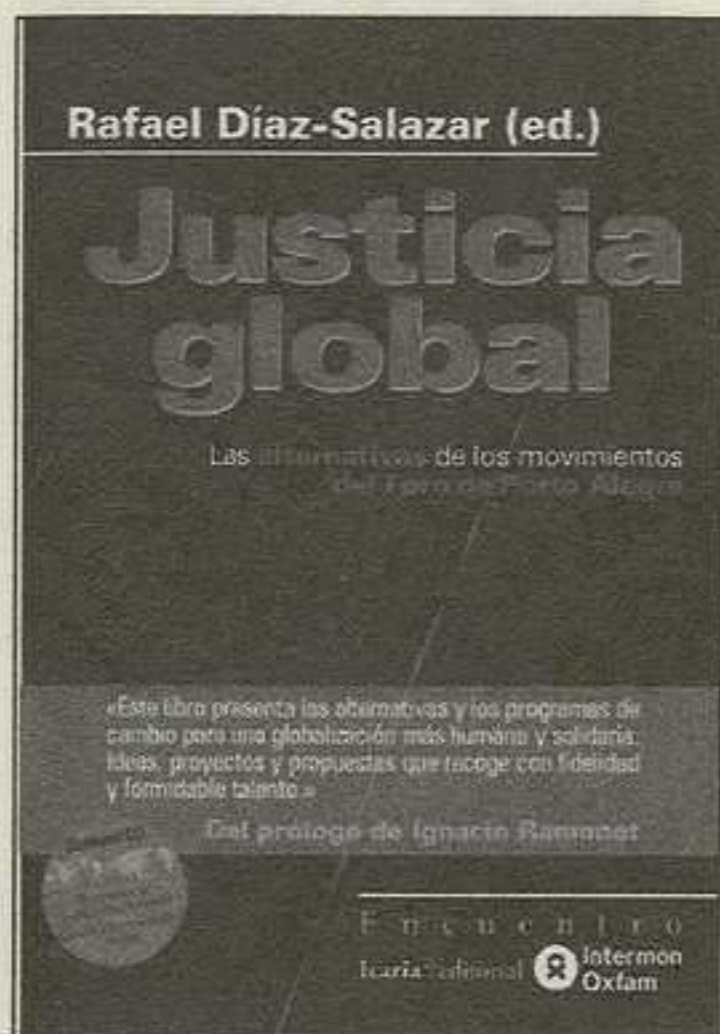
—cuanto más fácil y ligero, mejor. Hay en él una dimensión trágica, agónica, infrecuente en la literatura española de cualquier tiempo. Ese relato de odios fratricidas, de ocultaciones y de miseria moral y física es una visión honda y desesperada de uno de los momentos más ásperos de la historia española, en los que, contra lo que afirmaba el título de una película famosa, la guerra no había terminado. Por supuesto, su recuperación reciente tras la prohibición por parte de la censura franquista y de una edición casi clandestina en Venezuela, cayó en el vacío. La misión de la mayoría de los reseñadores habituales es, al parecer, responder con afán entusiasta al último premio literario o similares y dejar de lado lo que verdaderamente vale la pena. *Al regreso del Boiras* es un plato demasiado fuerte, indigesto para estómagos delicados, un libro verdaderamente singular.

Para concluir estas anotaciones es justo decir que, felizmente, Antonio Ferres ha vivido lo suficiente para saber que de la mayor parte de sus denostadores de antaño casi nadie se acuerda pero que en cambio su literatura ha vuelto a encontrar el camino del corazón y del cerebro de un puñado de lectores y lectoras inteligentes, lo que es el sueño de cualquier escritor que se respete a sí mismo. Otros escritores que empezaron a escribir por la misma época que él, como Jesús López Pacheco, fallecido en su exilio canadiense hace unos años, han caído en un olvido casi absoluto a pesar de la publicación reciente de su ambiciosa novela *El homomóvil* (Debate, 2002), de su antología poética *El tiempo de mi vida* (Germanía) y de sus ensayos recogidos en el volumen *Por un realismo crítico* (Tierradenadie editores).

Como recuerda Constantino Bértolo en su prólogo a la reedición de *Con las manos vacías*, la historia la escriben los vencedores y tanto Ferres como López Pacheco, López Salinas o Alfonso Grosso se alinearon en su día con los perdedores, porque les movía su sentido de la justicia. Lo cual es algo que los vencedores nunca perdonan. □

Hacia una globalización alternativa

Santiago Sánchez Torrado



JUSTICIA GLOBAL
Rafael Díaz-Salazar (ed.)
Icaria e Intermón-Oxfam
Barcelona, 2002

Este libro aborda un hecho importante de nuestro comienzo de siglo: la creación de redes internacionales de movimientos por la justicia global. Desde las protestas ciudadanas en Seattle y Génova crecen las organizaciones de ciudadanos que afirman que «otro mundo es posible». La máxima expresión de esta nueva ciudadanía internacionalista es el Foro de Porto Alegre, en el que se congregan las principales fuerzas que luchan por una justicia global.

Rafael Díaz-Salazar ha elaborado —en un denso estudio preliminar que ocupa la primera parte del libro— un marco analítico de las principales alternativas a la globalización neoliberal. El conjunto del texto permite conocer las propuestas de los grandes movimientos sociales y de las ONG más importantes y significativas: Attac, Vía Campesina, Oxfam, Greenpeace, Médicos sin Fronteras, etcétera. A lo largo de sus páginas aparecen, entre otras, las opiniones de Noam Chomsky, José Bové o Vandana Shiva sobre diversas dimensiones de la globalización: comercio, empresas transnacionales, crímenes ecológicos, deuda externa, o las relaciones internacionales después del 11-S. Además, el libro contiene un CD Rom con todos los documentos del primer y segundo Foro de Porto Alegre y las direcciones de los sitios *web* de 500 movimientos sociales y ONG.

En un prólogo algo retórico y triunfalista, Ignacio Ramonet describe la trayectoria histórica del Foro Social Mundial. En el amplio estudio introductorio inicial («Sociedad civil mundial, movimientos sociales y propuestas para una globalización alternativa»), Díaz-Salazar insiste en los aspectos cuantitativos y numéricos de dichos movimientos, aunque destaca también sus dimensiones más relevantes y significativas para el momento social e histórico que vivimos. Su lenguaje me parece en ocasiones excesivamente enfático («están puestas las bases para iniciar una contrahegemonía que lleve a la construcción de otro tipo de globalización») y escasamente crítico, aun-

que promete la continuidad en este trabajo de investigación, lo que siempre anima.

El estudio de Díaz-Salazar abre preguntas —a la vez preocupantes y estimulantes, a resolver en clave positiva— sobre la visibilidad e implantación real de esta dinámica mundial que no se percibe con la claridad y contundencia que aquí se afirma, al menos en nuestro ámbito nacional. Es cierto que ello depende en buena parte del «observatorio» o capacidad de escucha de cada cual (el «desde dónde»), pero también lo es que algo que requiere una atención esforzada, sostenida y explícita no parece reunir las condiciones más idóneas de un verdadero movimiento social. Como se ha dicho en otros contextos, un movimiento que no repercute realmente en la sociedad no es un movimiento social. No es esto un «jarro de agua fría» sobre el Foro, sino una reserva crítica que me parece importante y que quiere contribuir a la mejor salud del mismo. La gran pregunta es la continuidad concreta y cotidiana de sus trabajos y propuestas, el «día a día» de tantas organizaciones y movimientos de cara a la transformación liberadora de nuestra sociedad.

Otra cuestión —quizá secundaria pero relacionada con la anterior— es el porqué del escaso reflejo informativo —o insuficiente, al menos— del Foro, aunque para esa pregunta tenemos ya algunas claves de respuesta, derivadas del contexto mediático internacional y nacional.

En el apartado dedicado a «Movimientos sociales y redes internacionales de una nueva sociedad civil mundial» se ofrece una documentación exhaustiva sobre tales movimientos, así como una adecuada explicación de cada uno de ellos. En su fondo alienta el denominador común de la búsqueda de una globalización alternativa y solidaria frente a la consabida e injusta globalización neoliberal.

Nos encontramos ante un conjunto muy variado de propuestas —hechas desde el Foro de Porto Alegre más que propiamente suyas, a base

de distintos consensos y disensos— y es precisamente en su variedad y en el talante no sectario de sus organizaciones donde reside su mayor fuerza y riqueza. Los «movimientos por la justicia global» presentan una doble identidad complementaria: de resistencia y de proyecto, y expresan sobre todo su rechazo al nuevo modelo internacional de dominación capitalista. Estas páginas no se limitan a una explicación meramente descriptiva de su trayectoria, contenido y actividades, sino que las engarza y unifica un trabajo personal de articulación y sistematización por parte del autor-editor. Existen aquí suficientes elementos para elaborar una rigurosa y atractiva «antropología de la solidaridad» en su dimensión analítica y en su despliegue operativo.

Dicho trabajo de sistematización se ajusta al siguiente esquema: los principios y fundamentos del modelo de sociedad que quieren construir los movimientos por la justicia global; las propuestas destinadas a resolver los problemas crónicos de los países empobrecidos; los obstáculos internacionales para la emancipación de estos países y las alternativas en los ámbitos de deuda externa, empresas transnacionales, comercio internacional, movimientos especulativos de capitales e instituciones financieras internacionales; y finalmente, las propuestas sobre redistribución internacional de la riqueza e instrumentos de financiación de la lucha contra la pobreza.

Se exponen aquí los distintos planes y estrategias de los movimientos, sus recursos sociales básicos, los objetivos mínimos de la lucha contra la pobreza y la nueva política de la Ayuda Oficial al Desarrollo (AOD), siempre con la intención de conectar la unidad y la diversidad de dichos colectivos, lo que se concreta en la propuesta de una «Internacional de Movimientos por la Justicia Global». No se trata de una Internacional de partidos políticos sino de movimientos, y en ningún caso es una sustitución del Foro Social Mundial, sino un complemento operativo del mismo. Así, dicho Foro debe irse transformando en algo más que un mero punto de encuentro y de debate, aun reconociendo la enorme importancia y significación de éste.

Lo que alienta en el fondo de estas propuestas es una cultura moral y política distinta, apoyada en bases sociales y organizativas eficaces y que se concreta en algunos instrumentos de trabajo: un ámbito permanente de debate sobre los problemas de fondo, una red de

centros de investigación y acción, un programa consensuado de políticas para otro tipo de globalización, un ámbito de planificación y coordinación de campañas y movilizaciones, una red articulada de medios de comunicación para generar una nueva mentalidad y sensibilidad colectiva, y un grupo internacional de evaluación y seguimiento de los objetivos propuestos.

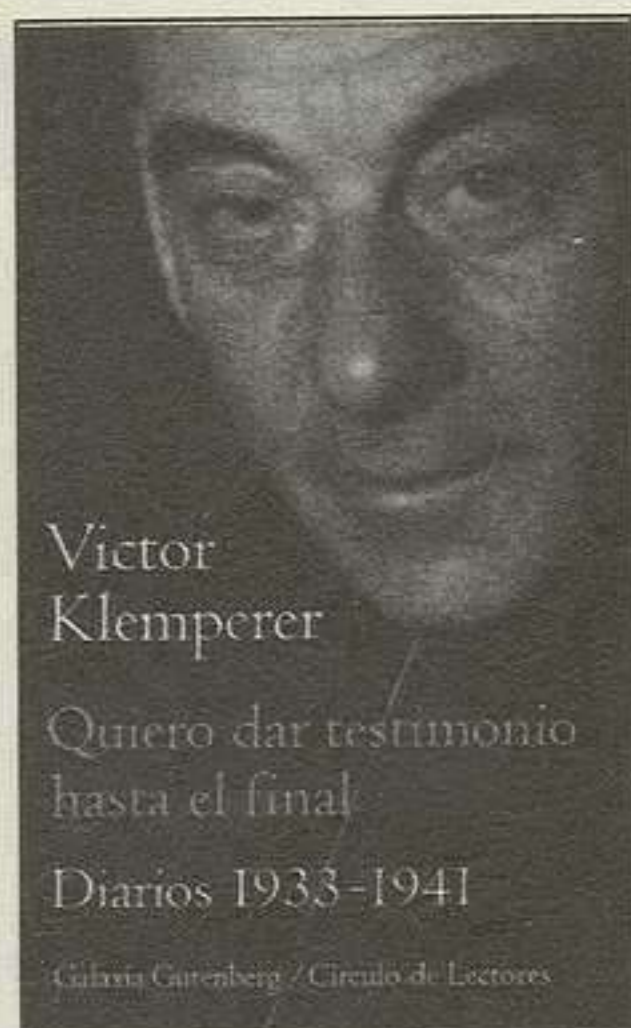
Los documentos de los movimientos del Foro de Porto Alegre que el libro contiene ofrecen un valor desigual, pero algunos de ellos son muy destacables, como el dedicado a la «Educación pública para un mundo democrático» (del Foro Mundial de la Educación); el titulado «Una cooperación alternativa para otro mundo posible», en el que se abordan los problemas cruciales de la paz, el desarrollo y la democracia; el que aborda «El control del comercio de armas» (elaborado por Greenpeace, Intermón-Oxfam, Amnistía Internacional y Médicos sin Fronteras), y el que se ocupa de «Las luchas del Movimiento de los Sin Tierra (MST) por la reforma agraria». En su conjunto, los documentos aportados son un mosaico de las cuestiones más acuciantes de panorama mundial en la perspectiva del desarrollo y de la globalización alternativa. También se hace en el libro una exposición objetiva y crítica del papel de las ONG en todos estos temas.

El apartado final del texto contiene algunos estudios breves e interesantes, de Samir Amin sobre «Convergencia en la diversidad de los movimientos sociales» y de Susan George —con carácter de epílogo— sobre las perspectivas de futuro inspiradas en el realismo y en la esperanza. Esos mismos criterios —convergencia en la diversidad, realismo y esperanza— son los que impregnan todo el libro, que se completa con el índice del CD Rom al que ya he aludido—, con toda la documentación del Foro y con un directorio de los movimientos sociales, así como con una amplia bibliografía.

El presente texto es, al mismo tiempo, una referencia, un instrumento de trabajo y un estímulo esperanzador. Es fiel al «protestar» y al «proponer» que constituyen la entraña de todo movimiento emancipador. Sus páginas destilan y contagian la sabia consigna muy bien formulada también por Susan George: «No es necesario estar de acuerdo en todo para trabajar conjuntamente en la perspectiva de conseguir objetivos comunes». □

El historiador doméstico del horror

Ángel Repáraz



**QUIERO DAR
TESTIMONIO HASTA
EL FINAL.
DIARIOS (1933-1941
y 1942-1945), II vols.**
Victor Klemperer
Traducción de Carmen
Gauger
Galaxia Gutenberg/Círculo
de Lectores
Barcelona, 2003

La presente entrega de los voluminosos diarios de Victor Klemperer (1881-1960) fue publicada en 1995 como edición abreviada, con la colaboración de su segunda mujer, 35 años después de la muerte del autor y 50 después de acabada la etapa referida. Lo escandaloso del retraso estuvo suficientemente compensado por una recepción entusiasta; en 1966 obtuvieron en Múnich el Premio Hermanos Scholl, y desde el diario *taz* hasta el programa de televisión *Literarisches Quartett* la crítica alemana ha testificado el carácter único en su precisión y en su vigor documental de estos cumplidos protocolos de la persecución antisemita. La sobria y laboriosa traducción de Carmen Gauger nos trae ahora la terca escansión del régimen nazi por una de sus víctimas, un filólogo escéptico e ilustrado.

Que Klemperer llevara a cabo su tarea contra dificultades hoy inimaginables quizá se explique por el elevado aprecio que se tenía el antiguo alumno de Karl Vossler que, lo repite, junto a su primo, el compositor Otto Klemperer, ha conseguido un lugar en la enciclopedia Brockhaus.

Estos diarios del nazismo, hay que decirlo, sólo han sido posibles gracias a la ayuda prestada por Eva, su mujer «aria», que le estimuló a escribirlos y supo ocultarlos, y a cuya perseverancia debe que no se deportara al autor a un campo de exterminio. «Tengo que seguir llevando también ahora el diario, [...] tengo que hacerlo por peligroso que sea. Éste es mi coraje profesional», registra el 27.05.41. Klemperer no tendrá la fe en Yaveh que sostenía a Job, pero casi tiene su aguante, y con seguridad mucha de su rabia. Su *Lingua Tertii Imperii* (1947), conoció tras la guerra abundantes ediciones. En 1952 fue Premio Nacional de la RDA y diputado en su parlamento, lo que lo situó inmediatamente en un lugar preferente para ser objeto de los desprecios públicos de la República Federal, bastión principal de la guerra fría. En efecto, quizá fue-

ra algo más obsequioso con el régimen de Ulbricht de lo que le convenía a él mismo.

Durante su más de sesenta años de vida, Klemperer fue sobre todo un infatigable escritor de diarios. Octavo hijo de un rabino, se bautiza en 1912, y luego se alista como voluntario en la Gran Guerra. En 1920 es catedrático universitario, escribe sobre Montesquieu y una larga historia de la literatura francesa. Pero Hitler se convierte en canciller en 1933 y, por más que el profesor siga sintiéndose «alemán hasta la médula» y determine quedarse a cualquier precio en su país, ya no puede publicar. Las cárceles alemanas se llenan pronto, los bancos no le conceden un crédito, sus alumnos lo van abandonando, y al final es destituido. No hay que decir que las sevicias de la vida diaria inducen en quien las padece recurrentes momentos de abatimiento y desesperación, y sobre todo de temor. Los amigos, todos, les hacen el vacío; les cortan al teléfono, su mujer se siente enferma, él también. Pero sigue investigando para sus proyectos, y no abandona el diario.

En 1939 ya corre el rumor de la existencia de un campo llamado Buchenwald. ¿Vendrán a buscarlo, lo matarán de un tiro? Los Klemperer sufren más registros y vejaciones, también por parte de solícitos ciudadanos anónimos; son expulsados de su casa y pasan de una «casa de judíos» a otra. En 1941 se condena a Victor a ocho días de arresto por un descuido banal, y su informe del episodio es una obra maestra.

Klemperer relata cómo sucesivamente se prohíbe a los judíos comprar tabaco, utilizar el autobús, tener animales domésticos y máquinas de escribir, cómo más tarde se les restringe el recurso a la emigración. Se habla ya de «transportes», viajes sin regreso a Polonia, a Auschwitz. En 1943 por vez primera hay noticias esperanzadoras, cuando los alemanes son derrotados en Stalingrado. Pero él tiene que retirar nieve de las calles, o trabajar en un taller grotesco. Los rusos avanzan, y arrecia el casti-

go aéreo de las ciudades alemanas. El 13 y el 14 de febrero de 1945 Dresde es reducida a cenizas, justo cuando iban a ser «evacuados» los escasos judíos sobrevivientes. Klemperer y su mujer pueden escapar, siempre con un miedo atroz a ser reconocidos, y llegar a Múnich; Alemania capitula al poco tiempo, y en junio están de nuevo en Dresde.

In lingua veritas: desde el interior mismo de un leviatán inusualmente asesino Klemperer registra su lengua y sus usos, y la grandeza del empeño hace sombra a los diarios de esos años de Thomas Mann o Ernst Jünger. Existe una consonancia con otro testimonio del peligro, el de Anna Frank, o con los cuadernos de prisión de Antonio Gramsci: el fragmento como imposición, sus recordatorios («tengo que profundizar en esto»; «indagar»), hasta la forma de referir «casos» recuerdan fuertemente al italiano. La coincidencia es no rara vez hasta temática, porque también a Klemperer le interesa la naturaleza del trabajo intelectual, la problemática de los «literatos judíos».

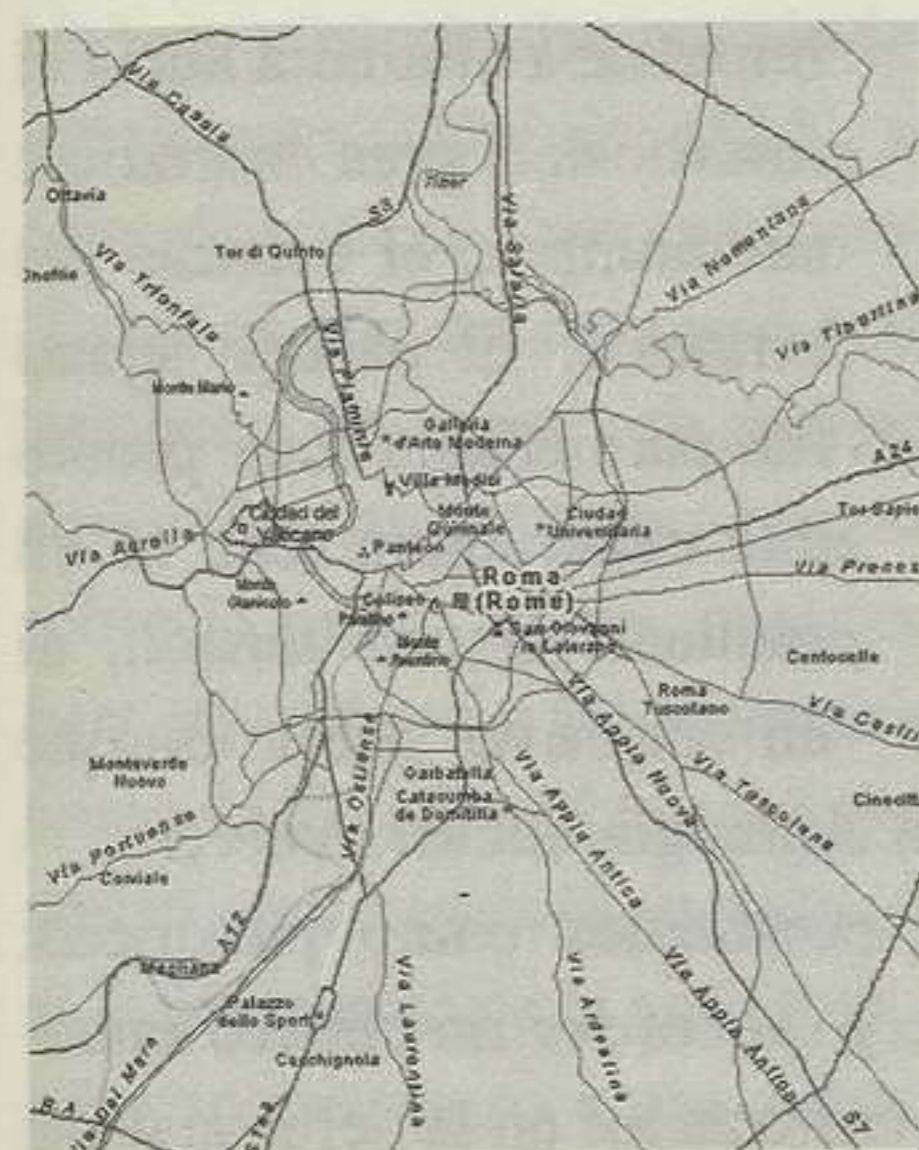
Klemperer no es un escritor del aforismo con mordiente, o de derivas filosóficas con meditaciones sobre la propia vida; es magistral en la instantánea, en el huecograbado amargo de los días del miedo, en su limitación a lo que entiende como su misión. Puede admitirse que carece del porte épico de Primo

Levi, pero no es menos contundente; con su «no puedo dejar de escribir» ha marcado la palabra en el tiempo vivido, una palabra que no capitula ante la creciente adversidad ni ante el temor a la guillotina del edificio de la Münchner Platz.

Pero si estos dos tomos son una minuta puntual desde el lado de los perseguidos por el exterminio, como el *Doktor Faustus* de Mann también son crónica de un país que, en el nadir de la decencia, se dirige al colapso en formación apretada. Klemperer es en realidad apolítico —empezó a leer periódicos con asiduidad en 1933—, más bien ingenuo, y su consciente «idealismo» lingüístico-filológico es el de la tradición de sus maestros, la del XIX. Cuando decide incorporarse al partido comunista a finales de 1945 se pregunta: «¿Soy cobarde?, para añadir:» Me parece una comedia. ¡Camarada Klemperer! ¿Camarada de quién?». El *Bildungsbürger* conservó siempre la imperpetinencia de vapulear al orden establecido. Estuvo con el paso cambiado durante el nazismo, también entre los judíos (su bautizo protestante). Más tarde, en la RDA, ni Brecht, ni Anna Seghers, ni Ernst Bloch lo tuvieron en cuenta, y en las memorias de Hans Mayer no aparece. Fue lo que quiso ser y es eminentemente en estas páginas: un historiador doméstico y valeroso del horror. □

Correspondencia

Roma



Antonio Tabucchi

Frank Berberich
Director de la Edición alemana de LETRA INTERNACIONAL

Querido Frank:

Me hubiera gustado responder a tu amable invitación con un texto que pudiera explicar el estado actual de Italia. Pero tardaría mucho, sería demasiado complicado y me faltan tiempo y ganas. Prefiero ceder la palabra a un gran escritor que describió aquella «pequeña

nada» (que sin embargo es el todo) que en los años 30 empezaba a ocupar su país.

«¿Qué es, pues, lo que se ha extraviado?»

Algo inefable. Una señal. Una ilusión. Como si un imán soltara las limaduras de hierro y de nuevo las atrajera todas revueltas. Como si los hilos se desprendieran del ovillo. Como si se desunieran los vagones de un tren. Como si una orquesta se equivocara a los primeros compases. No se podía señalar una sola cosa que antes no hubiera sido factible. Pero todas las relaciones habían cambiado un poco. Ideas que antes parecían de escasa validez, adquirían consistencia. Personas sin mayor relieve se hacían famosas. La aspereza se pulía, divergencias tornaban a converger, los independientes pactaban con el éxito, el gusto ya definido volvía a hacerse inconstante. Las líneas fronterizas, enérgicamente trazadas, eran borradas en todas partes, y una nueva e indescriptible tendencia a aparentar animaba a la gente nueva e inspiraba nuevos conceptos. Éstos no eran malos, de seguro; era solamente que se había mezclado demasiado de lo malo con lo bueno, el error con la verdad, la acomodación con el convencimiento. Esa mezcolanza parecía existir en composición con una quinta esencia, con un sucedáneo que, a pesar de su humildad, bastaba para hacer que el genio apareciera verdaderamente genial, un talento auténtica promesa, así como, según algunos, sólo una cierta dosis de cebada o de achicoria es suficiente

para dar al café la verdadera esencia de café. Se repente, los más privilegiados e importantes puestos del espíritu quedaron ocupados por gente de tal género, y todo se decidía a su modo. La culpa no la tenía nadie, ni se puede describir cómo había ocurrido todo eso. Sería injusto acusar a personas y atribuirlo a ideas o a determinados fenómenos. No era falta de ingenio o de buena voluntad, como tampoco de caracteres; era falta tanto de todos como de nadie; se diría que la sangre o el aire se había mudado, una enfermedad misteriosa había destruido la pequeña genialidad de un principio, pero todo resplandecía con nuevo fulgor y, al final, no se sabía si el mundo había empeorado realmente o más bien había envejecido. En ese momento empezó por fin una nueva era» (1).

Esa pequeña nada, ese café de achicoria, es la misma sombra fascista que desde hace un tiempo ha alcanzado la Italia actual. Y parte de ese sucedáneo de café es la alevosa *fatwa* que un odioso periodista al servicio de Berlusconi, Giuliano Ferrara, inició contra mí cuando en su periódico *Il Foglio* me tildó de «instigador verbal» de su posible asesinato.

Ya que ahora se ha hecho imposible defenderse de tales bajezas (casi todos los medios de comunicación son propiedad de Berlusconi y los dos grandes periódicos todavía supuestamente «independientes», *Il Corriere della Sera* y *La Repubblica*, se han mostrado muy comprensivos con el señor Ferrara, sobre todo las plumas de los señores Grasso y Merlo) decidí enviar una respuesta al periódico francés *Le Monde*. Curiosamente el señor Ferrara consiguió interceptar mi texto, traducirlo al italiano y, sin pedir autorización y saltándose todas las reglas del juego, publicarlo en su periódico unas horas antes incluso de que saliera en Francia. Se trata de una alarmante forma de intimidación, que revela el alcance de la situación en Italia, donde ya todo vale. Por supuesto que *Le Monde* ha interpuesto una denuncia contra Giuliano Ferrara, pero ¿que mella puede hacer una denuncia en el reino de Berlusconi?

Giuliano Ferrara es un hombre con un pasado relativamente turbio. Como hijo de un cuadro superior del partido comunista-estalinista de Italia, en su juventud y adolescencia tuvo contactos con Moscú y la *nomenklatura* del Kremlin. De vuelta a Italia, intentó convertirse, sin éxito, también él en un alto cargo del partido comunista italiano; después se acercó a Craxi, y como consecuencia de la condena de éste por corrup-

(1) Traducción de José M. Sáez. Robert Musil, *El hombre sin atributos*, Seix-Barral, Barcelona, 1986.

vamente marcados para resultar civilizada, tendido de sol y sombra, misticismo y pasión fundidos y vestidos de duelo. En la cultura española no florecen «la belleza» italiana ni «lo bonito» francés con espontánea naturalidad. Velázquez y Goya buscan y encuentran su propio camino, inmensos y solitarios, ofrecen un ejemplo somero de su propia integridad, pictórica y personal, la austeridad moral del coraje frente a esa muerte en vida que es la ceguera social y la muerte en pintura que es la decoración del tópico complaciente.

Manet se arriesga a ver.

Pinta cortesanas de cuerpo de nácar tumbadas en cojines blancos y escoltadas por sirvientes y gatos oscuros como premoniciones (*Olimpia*, 1865), soldados de uniforme negro ejecutando a un rey burocráticamente ataviado frente a la muerte (*La ejecución del emperador Maximiliano*, 1867), y sobre todo hombres de traje, ciudadanos aparentemente honorables, embutidos en su terno burgués pero sentados como faunos sobre la hierba verde, mientras ellas, con lasitud de *camembert*, se ofrecen a la degustación visual en *El desayuno campestre* (1863) que hizo escándalo. No son sólo las mujeres desnudas y los hombres vestidos, ni el bodegón, ni la proporción, ni la trivialidad de la anécdota, ni la falta de paisaje sino ¡cómo chirrían ese negro y ese verde, qué combinación impensable, que reúne la vulgaridad de la taberna y la mórbida fascinación del veneno!

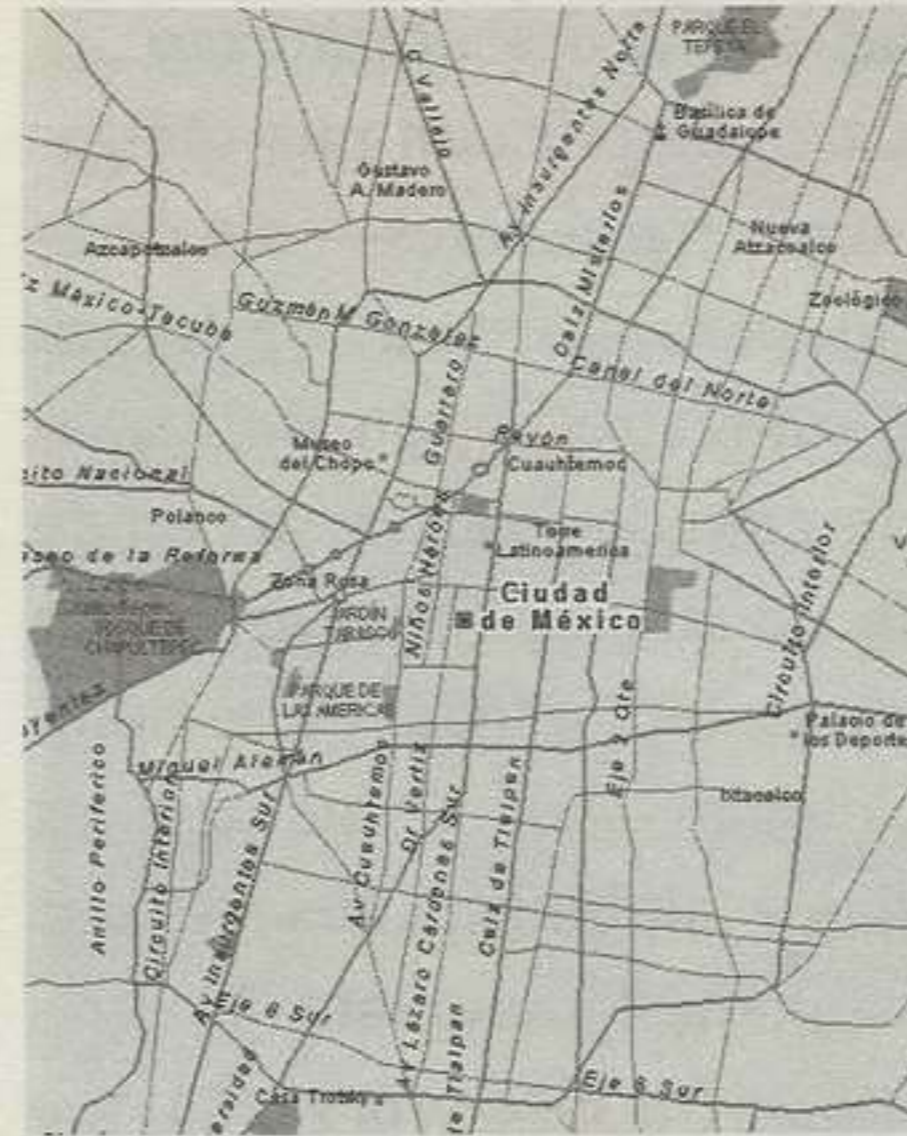
Esa misma combinación de verde y negro vuelve a florecer en *El balcón* (1868-1869) y sigue escandalizando, pero además por la elección de una temática indeterminada cuya literalidad parece desafiar, reforzándola, la asunción renacentista de el cuadro como ventana.

Es imposible ver *El desayuno campestre* sin pensar en *Las señoritas de Aviñón* de Picasso, donde entre al azul del agua y el rosa del perfume barato hay marinos con mujeres desnudas de rostros impenetrables, cubiertas tan sólo con máscaras africanas de salvaje iberismo, objeto de reverencia y temor. Se podría discutir mucho sobre cuál de las dos obras es más descaradamente arriesgada.

Si se ha traído a Manet a Madrid para reivindicar la influencia española de Velázquez y Goya en la pintura francesa, su peso en la pintura moderna, hubiese sido interesante terminar el recorrido acudiendo a Picasso, observar el juego de espejos de los grandes pintores en el concurrido pasillo de la historia. Arriesgar la formulación de intenciones paralelas, filiaciones formales o herencias temáticas —todo esto no son más que redes de palabras, intentos de hipótesis sujetas al tiempo de un modo aún más tiránico que las propias pinturas—, que en su inmensa fragilidad de lienzo y óleo guardan sus secretos en un silencio dorado.

En todo caso, cuando Manet se arriesgó a preferir el negro, a no soslayarlo ni eludirlo, a no combinarlo suavemente, a no matizarlo ni tamizarlo, escribió la primera letra del alfabeto de la pintura moderna. Un alfabeto que sólo podía ser —rabiosamente, declaradamente, libremente— de todos los colores. □

México D. F.



Ramón S. Lizarralde

Es la segunda vez que se me ofrece la oportunidad de visitar México y, para mí mal, los dos viajes han acabado marcados por el telón de fondo, ineludible como tal para mí, de la arrogancia españolista heredera casposa y ridícula de pasadas glorias. La primera ocasión fue en el año 2000, cuando España fue país invitado en la Feria del Libro de Guadalajara (la más importante del mundo en el ámbito del idioma español) y una buena porción de la gavilla de escritores y periodistas de acá que acudieron invitados a diversas actividades trasladaron allí (convenientemente concertados por ciertos organismos oficiales) sus camorras provincianas de patio de vecinos, para indignación de los colegas mexicanos y vergüenza de no pocos de los que asistíamos desde este lado.

Ahora, el pasado octubre, la cosa ha sido de otra manera (no había expedición, y yo mismo acudía invitado a título individual, tan feliz, a una voluntariosa reunión de traductores literarios —todavía más maltratados allí que aquí, por diversas razones—) y todo me hacía creer a la salida que esta sería una experiencia diferente y placentera. En otros sentidos así lo fue, parecidamente a la primera, pues la irresistible atracción que ejerce sobre mí ese abrumador universo urbano de México D.F., junto con la delicada amabilidad de los anfitriones, se sobrepone a todos los demás sentimientos e impresiones que me ha dejado la actual estancia. Y sin embargo, desde el comienzo mismo, he tenido que hacerme cargo de que mi propia presencia, por individual que fuera en oficio de francotirador, estaba en algún grado condicionada por mi calidad de español y por la específica imagen que el país del que soy ciudadano proyecta en los actuales tiempos por aquellos barrios.

No es que yo ejerza de patriota ni me sienta, por lo tanto, en la necesidad o la obligación de representar a cualquier porción de mis compatriotas y mucho menos al conjunto, ni tampoco de ofrecer explicaciones acerca de sus actitudes y comportamientos. En términos generales, con frecuencia creciente me siento extraño —luego de indignado— en mi país, a menudo perplejo y ajeno a las corrientes abrumadoramente predominantes. Será por eso por lo que experimento cada vez mayor satisfacción y placer en el viaje, en el conocimiento de otras gentes de otros lugares, por mucho que sospeche que, a poco que ahonde en el descubrimiento y la relación, inclinado como soy a meterme en todos los charcos, acabará por sucederme lo mismo. Pero el caso es que la mirada del viajero,

siempre provisional, posee la peculiaridad de colocarte en actitud distinta, precisamente no concernida sino caracterizada antes que nada por la observación y el descubrimiento...

A estas dos cosas —además de cumplir con mis obligaciones en el encuentro de mis colegas traductores— me dediqué todo lo que pude en realidad, pero, y esto es de lo que quería hablar, en cuanto dejé el anfiteatro Simón Bolívar, a pocos metros del bullicioso y abigarrado Zócalo, presidido por una impresionante *Creación* de Rivera —expresión de esa búsqueda de una identidad imposible fundada en la pureza de lo indígena anterior a la Colonia—, en cuanto dejé las discusiones más o menos literarias y filológicas, decía, hube de hacerme cargo del peso que el ya intolerable (aunque fielmente votado por más de la mitad de los electores) gobierno de Aznar arroja sobre las espaldas de cualquier españolito, mucho más perceptible cuando se viaja fuera y las personas que te rodean no están obligadas a compartir los prejuicios, las cautelas, los lugares comunes, las sumisiones que la convivencia continuada en esta sociedad impone. Para empezar, claro, está el orgullo de «potencia ocupante», de «líderes mundiales» que rezuma cada declaración o cada gesto de Aznar y sus ministros (y sus gacetilleros). Los mexicanos que leen la prensa o ven los informativos de televisión (que tampoco son demasiados, aunque lo eran casi todos los que yo frecuenté), oscilando entre el asombro y el enojo, y no porque les falten ejemplos de majadería arrogante en la política nacional, se encuentran en la obligación de interrogarte por los motivos de tanta imbecilidad, o discretamente se limitan a poner de manifiesto algún hecho a modo de sondeo de tus propias ínfulas patrióticas, por ejemplo, a propósito de los confesados planes de reclutamiento de nuestro presidente entre los hispanos de EE UU (no pocos de ellos mexicanos en algún grado). Basta con que tu respuesta resulte medianamente contundente, aunque sólo sea para desmarcarte de tales quimeras enfermizas, para que la befa aluda a las aparentes pretensiones aznaristas de restablecer alguna modalidad del Imperio, o sucedáneos, ahora que, gracias a sus belicosas fidelidades, tiene permiso para pintar algo en el mundo. En no pocos comentarios y hasta tiras noticiosas de la prensa he atrapado, en tono ciertamente amargo e hiriente, alusiones semejantes a la acción diplomática española o a cualquier intervención exterior, ya se refiera al apoyo a gobernantes corruptos y en bancarrota como en Bolivia, ya a la defensa de los suculentos negocios de señores como Cortina, Botín y otros en países donde parte de la población se muere de hambre. Uno ya imaginaba algunos de los efectos de que el propio país aspire al imperialismo, pero la constatación directa y sobre el terreno produce, cuando menos, escalofríos. Y mueve a la reflexión.

En México andan, como en otras partes, a vueltas con privatizaciones diversas de empresas de servicios esenciales para la población. Y como en casi todas partes, los más débiles se oponen a que sean objeto del enriquecimiento de algunos sus

necesidades elementales. Hasta hace poco, lo habitual era ver como se conjuraban para quedarse con parte del pastel empresas británicas, francesas, holandesas o, sobre todo, *gringas*. Pero ahora, por aquí, ha pasado a ser frecuente encontrarse, junto a los de las mencionadas procedencias, con nombres bien conocidos para nosotros como Repsol, Telefónica, Endesa, BBVA y otros, cuyos negocios son convenientemente amparados por los representantes oficiales españoles en conciliábulos más o menos opacos y *lobbies* de temerosa influencia. El principal caballo de batalla es, mientras estoy de visita, el suculento sector eléctrico, en torno a cuyo expolio se producen a diario toda suerte de escarceos y mini-crisis parlamentarias, a la vez que no pocas protestas y movilizaciones; y allí, en todas las ocasiones, aparecen nuestras benditas empresas y el nombre de España. El caso es que la mentalidad popular de acá es particularmente sensible a la intervención foránea, sobre todo a la abrumadora del Gran Hermano del Norte, pero también a la del viejo Imperio español, cuyos viejos usos torpes y predadores parecen reverdecer nuestros aznaristas triunfantes, para irritación del «buen mexicano» y bochorno del visitante (la institución del «trío de las Azores» con los adalides de dos imperios venidos a menos y el otro en pleno ejercicio no invita a la tranquilidad precisamente)...

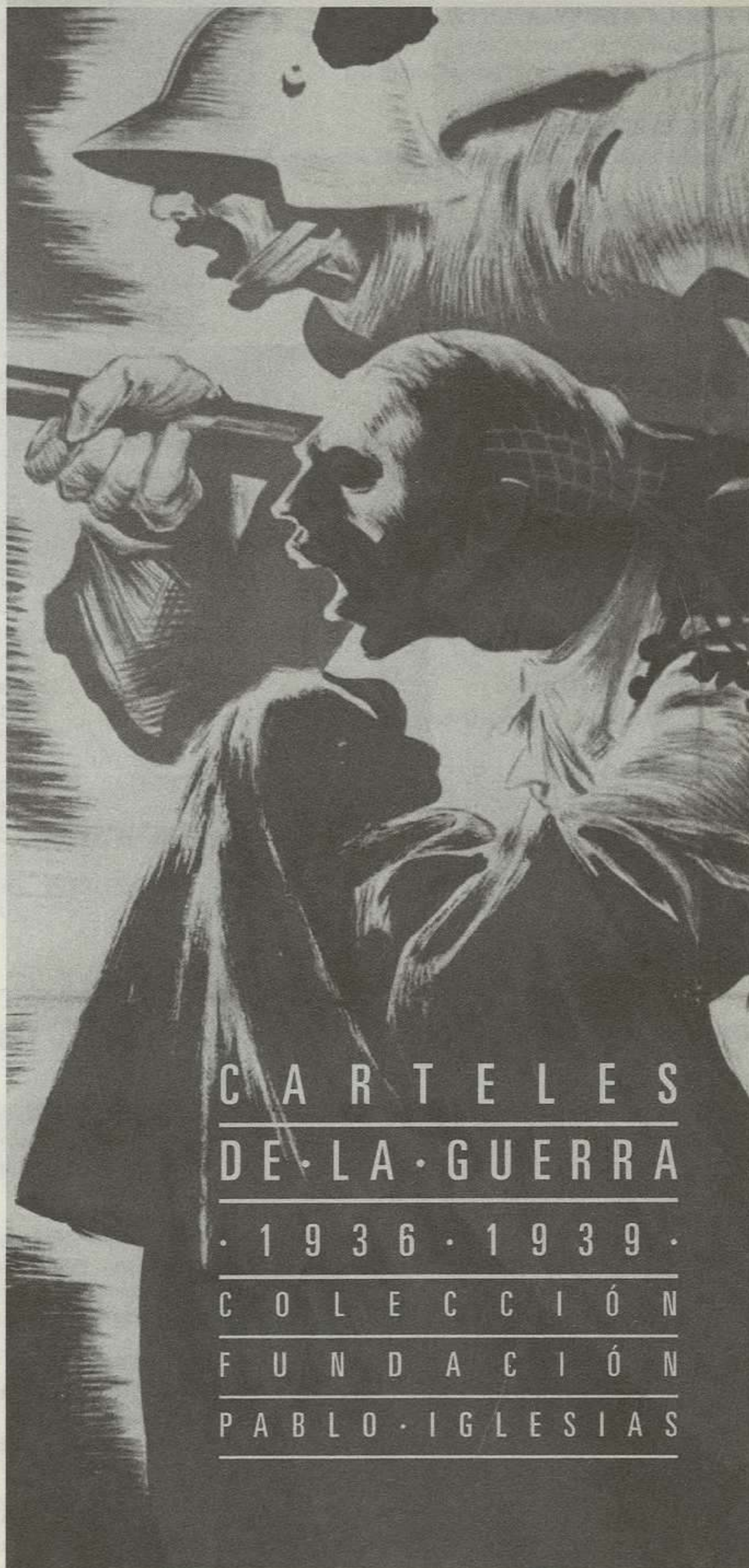
Y al fin, cualquier persona con la que haya podido ahondar aunque sólo sea un poco en estos asuntos, acaba por expresar una pregunta a modo de sorpresa o incredulidad: ¿cómo es posible que, después de lo vivido y pasado, la mayoría de los españoles apoyen o soporten tales comportamientos y procederres? Para lo cual, en términos generales, carezco de respuesta suficiente, como no sea a partir de aquella caracterización de los actuales españoles como «nuevos ricos, nuevos demócratas y nuevos europeos», que hiciera Juan Goytisolo. Y no me atrevo siempre a manifestarlo, más que nada porque ello nos conduciría a debates para los que no vengo predispuesto.

El encuentro de traductores literarios que me trajo aquí, estaba organizado por diversas instituciones, entre ellas las principales universidades del Distrito Federal, y contaba también con financiación de Canadá y Francia (nuestros vecinos siempre tan atentos a estas cosas), y la intervención consiguiente de los respectivos representantes. La ausencia de cualquier organismo español en todo ello (pregunté, y nada), me hizo darle vueltas de nuevo al asunto del principio, y, aunque tengo ya sobrada experiencia respecto al mínimo o nulo interés de nuestras patrióticas autoridades en asuntos culturales poco rentables, quise saber algo más y acabé llegando al Centro Cultural de España, instalado en un viejo edificio generosa y brillantemente reformado y ubicado en la trasera misma de la Catedral, dotado de casi todo, por lo que vi: varias salas con sus correspondientes exposiciones (de Rafael Alberti y García Alix), sala de Internet, estancia para la lectura de revistas, cafetería con espléndida terraza a la ciudad vieja..., todo excepto personas. Acudí varias veces, y

en ninguno de los casos encontré a más de cuatro (aparte de los empleados).

Una especie de precipitada y sin duda provisional conclusión acerca de la «presencia española» en México que me acompañó en mi regreso hasta toparme, ya aquí, por segunda vez, con asuntos más graves para mí, con toda probabilidad derivados también del espíritu de liderazgo mundial del señor Aznar y de su admiración por el concepto de orden imperante en los EE UU: la puesta en activo de expedientes policiales —al menos el mío— de los tiempos del franquismo y la primera transición... Pero este es, como digo, otro asunto, y ya habrá tiempo y modo de abordarlo. □

Fundación Pablo Iglesias



C A R T E L E S
 D E · L A · G U E R R A
 · 1 9 3 6 · 1 9 3 9 ·
 C O L E C C I Ó N
 F U N D A C I Ó N
 P A B L O · I G L E S I A S

CÍRCULO DE BELLAS ARTES
 SALA PABLO RUIZ PICASSO
 del 15 de enero al 27 de marzo de 2004

DE MARTES A VIERNES: DE 17.00 A 21.00 H.
 SÁBADOS: DE 11.00 A 14.00 H.
 DOMINGOS: DE 11.00 A 14.00 Y DE 17.00 A 21.00 H.

C/ MARQUÉS DE CASA RIERA, 2 • 28014 MADRID

COLABORADORES

- **MANUEL BARRIOS CASARES**
Profesor de Filosofía de la Universidad de Sevilla.
Director de la revista *ER*
- **ENRIQUE BUSTAMANTE**
Catedrático de Comunicación Audiovisual y
Publicidad de la Universidad Complutense
- **J. M. COETZEE**
Escritor surafricano. Premio Nobel de Literatura, 2003
- **SHIRIN EBADI**
Abogada y activista de Derechos Humanos iraní.
Premio Nobel de la Paz, 2003
- **JOSEP FONTANA**
Profesor emérito de Historia de la Universidad
Pompeu Fabra
- **J.Á. GONZÁLEZ SAINZ**
Escritor español. Vive en Trieste
- **RYSZARD KAPUSCINSKI**
Reportero
- **AMIN MAALOUF**
Escritor argelino. Premio Antonio de Sancha, 2003
- **CLAUDIO MAGRIS**
Escritor italiano. Vive en Trieste
- **FERNANDO DE VALENZUELA**
Escritor y traductor

LETRA INTERNACIONAL no se hace responsable de las opiniones de sus autores, ni se compromete a devolver los artículos que no hayan sido solicitados, ni a mantener correspondencia sobre ellos.

Amin Maalouf, por cortesía de la Asociación de Editores de Madrid; J. M. Coetzee y Shirin Ebadi, © The Nobel Foundation, 2003; J. Fontana por cortesía de Editorial Crítica; ilustraciones Shirin Ebadi, por cortesía de la Fundación Bilbao Bizkaia Kutxa; portadilla Cuaderno Central sobre obra de Rafael Canogar; ilustraciones Ryszard Kapuscinski, por cortesía de la Fundación Caja Navarra; ilustraciones Enrique Bustamante, por cortesía de la Xunta de Galicia; ilustraciones Fernando de Valenzuela, por cortesía de Caja de Ahorros del Mediterráneo, Ayuntamiento de Palma de Mallorca y Diputación de Cadiz; © de las reproducciones autorizadas VEGAP, Madrid 2004.

DISTRIBUCIÓN

| | |
|------------------|--|
| ESPAÑA | Librerías: Siglo XXI de España; Quioscos de prensa: COEDIS |
| ARGENTINA | Prometeo Libros - Avda. Corrientes, 1916 - 1045 Buenos Aires Teléf. y Fax: 953 11 65 |
| CHILE | Editorial Contrapunto - Avda. Salvador, 595 - Providencia - Santiago de Chile Teléf.: 223 30 08 - Fax: 223 08 19 |
| COLOMBIA | Siglo del Hombre Editores - Carrera, 32 n° 25-46 - Santa Fé de Bogotá Teléf.: 337 94 60 - Fax: 337 76 65 |
| ECUADOR | Libri Mundi - Juan León Mena, 851 - Quito Teléf.: 544 185 - Fax: 504 209 |
| EEUU | Distribuidora de Libros Nuevo Siglo - P.O. Box 430569 - San Ysidoro, Ca 92143 - 0569 Teléf.: 84 09 08 - Fax: 34 14 69 |
| GUATEMALA | Librería Sophos - Avda. Reforma, 13-89 - Zona 10 - El Portal, Local 1 - Guatemala Teléf.: 331 63 11 - Fax: 334 68 01 |
| MÉXICO | Gandhi México - Miguel A. de Quevedo, 134 - Col. Chimalistac - 01050 México D.F. Teléf.: 661 10 41 - Fax: 661 20 43 Fondo de Cultura Económica. Librería Octavio Paz - Miguel A. de Quevedo 115 - Col. Chimalistac - 01070 México D.F. Teléf.: 480 18 05 - Fax: 480 18 04 |
| PERÚ | La Casa Verde - Pancho Fierro, 130 - San Isidro - Lima 27 Teléf.: 440 82 20 - Fax: 221 03 81 |
| URUGUAY | Ediciones Trecho - Maldonado, 1092 - 11100 Montevideo Teléf.: 408 36 06 - 907 561 - Fax: 900 59 83 |
| VENEZUELA | Distribuidora Noray - Los Mangos, Edificio Alfa Las Delicias de Sabana Grande - 1050 A Caracas Teléf.: 761 35 76 - Fax: 762 02 10 |

PORTADA

JOSÉ MANUEL BROTO
25 años de Constitución Española
2003



TRADUCTORES

JULIA GARCÍA LENBERG
Ryszard Kapuscinski

MERCEDES GARCÍA LENBERG
Shirin Ebadi, Antonio Tabucchi

MIGUEL MARTÍNEZ LAGE
J. M. Coetzee

REDACCIONES

BELGRADO:
LETTRE INTERNATIONALE
Dirección: Iovan Hristic, Antonin J. Liehm.
Redacción: Cika Liubina 1/V, 1100 Belgrado.

BERLIN:
LETTRE INTERNATIONAL
Dirección: Frank Berberich, Antonin J. Liehm.
Redacción: Elisabethhof, Portal 3 B,
Erkelendamm 59/61, 10999 Berlín

BUCAREST:
LETTRE INTERNATIONALE
Dirección: B. Elvin, Antonin J. Liehm.
Redacción: Aleea Alexandru, 38, sectorul 1, Bucaresti.

BUDAPEST:
LETTRE INTERNATIONALE
Dirección: Eva Karadi, Antonin J. Liehm.
Redacción: Nagyened u. 11/A, 1123 Budapest.

COPENHAGUE:
LETTRE INTERNATIONALE
Dirección: Peter Nielsen, Antonin J. Liehm.
Redacción: Mediefabrikken, Store Kongensgade
40 E, 3, 1264 Copenhagen

ROMA:
LETTERA INTERNAZIONALE
Dirección: Federico Coen, Antonin J. Liehm
Redacción: Mediefabrikken, Store Kongensgade 40 E, 3
DK-1264 Copenhagen.

SAN PETERSBURGO:
LETTRE INTERNATIONALE
Dirección: Jelena Chichova,
Antonin J. Liehm
Redacción: Vsermirnoe Slovo, Spalernaia ul. 18,
191 187 San Petersburgo.

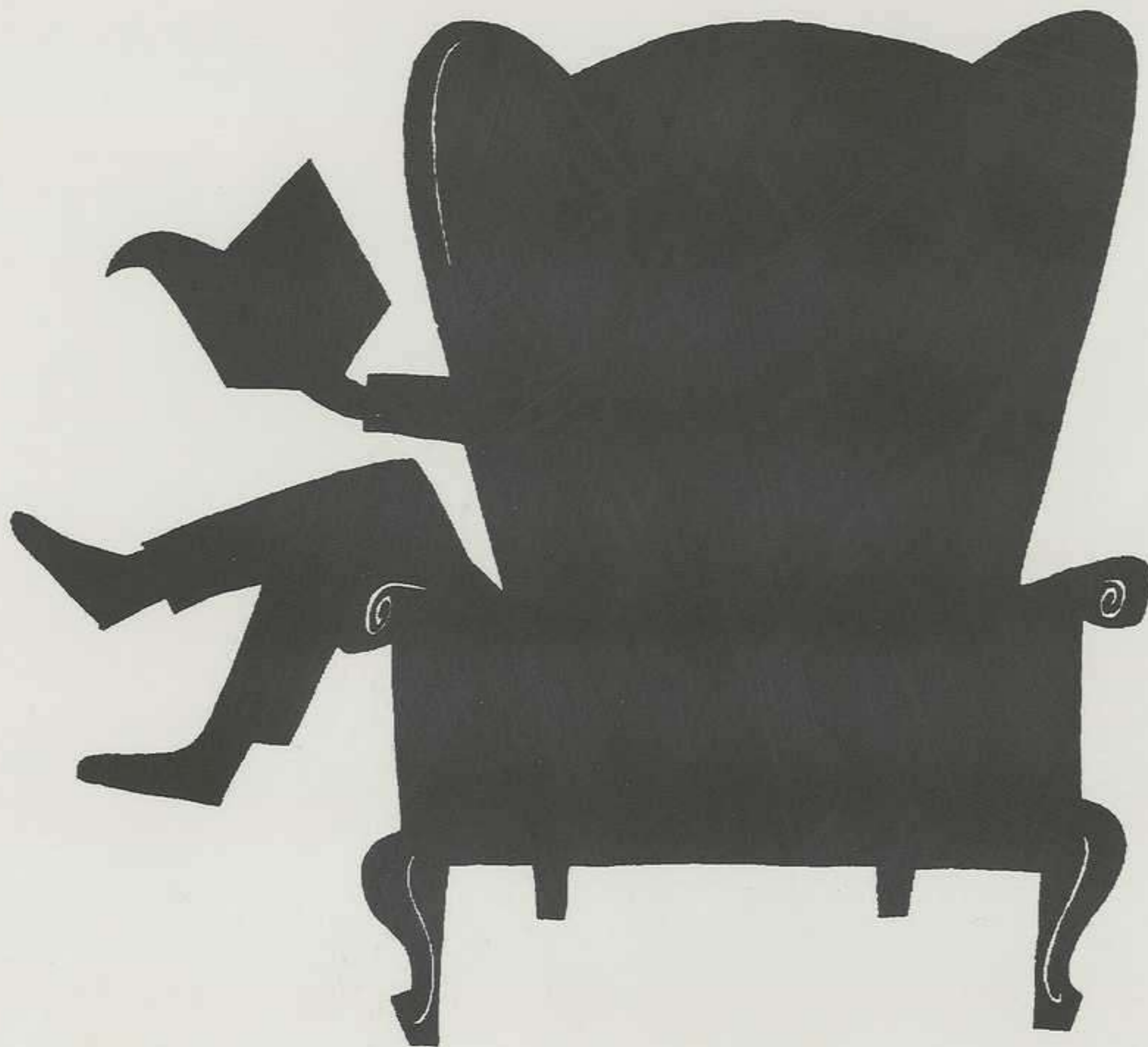
SCOPJE:
LETTRE INTERNATIONALE
Dirección: Nikolas Kosteski, Antonin J. Liehm
Redacción: Ruzveltova 34, Apdo. 378,
91000 Skopje

SOFIA:
LETTRE INTERNATIONALE
Dirección: Boris Hristov, Antonin J. Liehm.
Redacción: Open Society Fund, Serdika Str. 1,
1000 Sofia.

VARSOVIA:
LETTRE INTERNATIONALE
Dirección: Jacek Kurczewski, Antonin J. Liehm.
Redacción: ul. Hipoteczna 2, P. O. Box 133,
00950 Varsovia.

ZAGREB:
LETTRE INTERNATIONALE
Dirección: Slobodan P. Novak, Antonin J. Liehm.
Redacción: Kozarskaulica, 16
10000 Zagreb.

La cultura pasa por aquí



| | | | | |
|--|--------------------------------|---|--|------------------------------------|
| AV Monografías | Claves de Razón Práctica | Exit, Imagen y cultura | Matador | Revista HispanoCubana |
| Ábaco | CLIJ | Experimenta | Melómano | Revista de Estudios Orteguianos |
| Academia | El Croquis | El Extramundi y los Papeles de Iria Flavia | Mientras Tanto | RevistAtlántica de Poesía |
| ADE Teatro | Cuadernos de la Academia | FotoVideo | Nación Árabe | Revista de Libros |
| Afers Internacionals | Cuadernos de Alzate | Goldberg | Nickel Odeon | Revista de Occidente |
| Álbum | Cuadernos Escénicos | Grial | Nuestro Tiempo | Ritmo |
| Archiplélagos | Cuadernos Hispanoamericanos | Guaraguao | Nueva Revista | Scherzo |
| Arquitectura Viva | Cuadernos de Jazz | Historia, Antropología y Fuentes Orales | Ópera Actual | El Siglo que viene |
| Archivos de la Filmoteca | DCidob | Historia Social | La Página | Sistema |
| Ars Sacra | Debats | Ínsula | Papeles de la FIM | Telos |
| Arte y parte | Delibros | Intramuros | Papers d'Art | Temas para el Debate |
| Atlántica Internacional | Dezeme | Jakin | Pasajes | A Trabe de Ouro |
| Aula, Historia Social | Dirigido | Lápiz, Revista Internacional de Arte | Política Exterior | Tribuna Americana |
| L'Avenç | Doce Notas | Lateral | Por la Danza | Turia |
| Ayer | Doce Notas Preliminares | Leer en primavera, verano, otoño, invierno | Primer Acto | Utopías/Nuestra Bandera |
| Boletín de la Institución Libre de Enseñanza | Ecología Política | Letra Internacional | Quimera | El Viejo Topo |
| CD Compact | El Ecologista | Letras Libres | Quórum | Visual |
| El Ciervo | Er, Revista de Filosofía | Litoral | El Rapto de Europa | Zona Abierta |
| Cimal | La Estafeta del Viento | Mas Jazz | Reales Sitios | |
| Clarín | | | Renacimiento, Revista de Literatura | |
| | | | Reseña | |



Asociación de
Revistas Culturales
de España

Exposición, información, venta y suscripciones:

Hortaleza, 75. 28004 Madrid
Teléf.: +34 913 086 066
Fax: +34 913 199 267
www.arce.es
info@arce.es

Fundación Pablo Iglesias

25

Con la palabra y la imagen

25 AÑOS DE CONSTITUCIÓN ESPAÑOLA

ALFONSO ALBACETE JOSEFINA ALDECOA JOSÉ LUIS
ALEXANCO DARIÓ ÁLVAREZ BASSO JOSÉ ÁLVAREZ
JUNCO FREDERIC AMAT EDUARDO ANIBAYO JOSÉ MANUEL
BALLESTER JOSÉ MANUEL BROTO JOSÉ MANUEL
CABALLERO BONALD CARMEN CALVO VICTORIA CAMPS
RAFAEL CANOGAR MANUEL CRUZ DULCE CHACÓN
MARTÍN GIMÉNEZ ELÍAS DÍAZ JOAQUÍN ESTEFANÍA
EVRU JOSÉ LUIS FAJARDO JUAN GENDVÉS LUIS
GORDILLO ROMÁN GUBERN JOAN HERNÁNDEZ PIJOAN
CRISTINA IGLESIAS CLARA JAMES SANTOS JULIÁ
MENCHU LAMAS ANTÓN LAMAZARES LUIS LANDERO
EMILIO LLEDÓ EVA LÓPEZ ROGELIO LÓPEZ CUENCA
JOSÉ ANTONIO MARINA LUIS MATEO DIEZ JUAN JOSÉ
MILLÁS ANTONIO MUÑOZ MOLINA MIGUEL NAVARRO
GUILLERMO PÉREZ VILLALTA ÁLVARO POMBO SOLEDAD
PUÉRTOLAS ALBERT RÀFOLS CASAMADA ROSA REGÁS
JOSÉ MARÍA RIBAS MANUEL RIVAS FERNANDO SAVATER
SOLEDAD SEVILLA JORDI TEIXIDOR ANDRÉS TRAPIELLO
MANUEL VÁZQUEZ MONTALBÁN

Fundación
Pablo Iglesias

Con la palabra y la imagen

25 AÑOS DE CONSTITUCIÓN ESPAÑOLA

Monte Esquinza, 30, 2.º dcha. 28010 Madrid
Teléfono: 913 104 696 - 913 104 313 Fax: 913 194 585
editorial@fpabloiglesias.es